



La última
en
entrevista

· MICALEA SMELTZER ·

WILLOW CREEK - SERIES I



La última en enterarse
(Willow Creek Series vol. I)

Micaela Smeltzer



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Título original: Last to Know
De la obra ©Micaela Smeltzer

De la presente edición:

La última en enterarse

©Micaela Smeltzer

De la traducción: Sandra De Lamo

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: Isla Books

Imagen de la cubierta: ©Andrey Kiselev /123rf.com

ISBN: 978-84-948137-4-0

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[Epílogo](#)

[Contenido extra](#)

[La serie Willow Creek continua en...](#)

[Agradecimientos](#)

*A Jordan, mi prima favorita...
porque dijo que me haría daño si no le dedicaba el libro.*

*La música da alma al universo,
Alas a la mente,
Vuelos a la imaginación,
Y vida a todas las cosas.*

Platón

1

La hierba crujía bajo mis pies mientras seguía a Sadie a través de la entrada al festival. A mí ni siquiera me apetecía estar allí, hubiese preferido quedarme en casa leyendo o tocando el piano, pero Sadie, mi mejor amiga desde que llevábamos pañales, fue implacable al respecto.

Aquel era, oficialmente, el primer día de las vacaciones de verano y Sadie no quería que me encerrara en casa hasta que empezaran las clases en agosto, así que me obligó a salir.

Ella llamaba a esto diversión.

Yo lo llamaba infierno.

—¿A que es bonito, Emma? —canturreó uniendo las manos. Sus ojos castaños brillaban de felicidad.

—Eeh... *bonito* no es la palabra que yo escogería.

Arrugué la nariz ante la basura que cubría el césped. Un tipo chocó contra mí, empujándome hacia un lado. Me sujeté el sombrero para que no se me cayera. Era una de esas pamelas grandes y negras que me protegían la cara del sol. Sadie decía que estaba ridícula, pero a mí me gustaba. Nunca he sido de las que se toman en serio la opinión de los demás. Mi madre me crio para ser un espíritu libre, como ella, así que siempre hacía lo que quería.

—¡Emma! —gruñó Sadie cuando vio que me había separado de ella—. Llévate por ahí es como pasear con un crío: a la que me despisto has desaparecido. —Me cogió del brazo, arrastrándome por entre la multitud—. ¡Willow Creek están tocando y no me los quiero perder! Tuve que hacerle un baile sexy a Adam Carson para conseguir estas entradas en el último minuto.

—¡Puaj, Sadie! ¿¡Le bailaste en el regazo!?

La gente se volvió a mirarnos al oírme.

—Una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer —y me lanzó una mirada como si yo supiese de lo que hablaba.

—¡Pero si yo ni siquiera quiero ir! —protesté—. ¡No sé quiénes son y ni me gusta su música!

—Bueno, no todos podemos ser frikis que escuchan música clásica rollo Beethoven —argumentó.

—¿Por qué no vas sin mí? —suplicué, casi impresionada de que supiera

quién era Beethoven—. ¡Mira, comida! —Señalé un puesto—. Cogeré algo de comer mientras vas a oírlos tocar y nos encontraremos cuando acaben.

—Realmente no quieres ir, ¿verdad? —Sadie frunció el ceño. No estaba acostumbrada a que me resistiese a sus planes.

—Verdad. —Me encogí de hombros—. Probablemente me dolería la cabeza y querría ir directamente a casa al acabar.

Ella suspiró.

—De acuerdo, píllate algo de comer, yo iré al concierto y después daremos una vuelta por aquí.

—Genial —dije soltándome de su mano.

—¡Te veré en un rato! —sonrió alejándose a saltitos hacia las gradas frente al escenario, con su cabello castaño ondulando elegantemente alrededor de sus hombros.

Me dirigí hacia los puestos de comida, agradecida de haberme librado del concierto. Willow Creek era el grupo estrella del festival aquel año. Era una banda local que se había hecho famosa. Yo no sabía quiénes eran o qué cantaban, y no tenía intención de averiguarlo.

Pillé un perrito caliente y patatas y me instalé en una mesa de pícnic vacía. Minutos más tarde oí la música empezar con un redoble de batería.

Suspiré. Definitivamente, no eran mi estilo.

Cuando acabé de comer cogí mi bolso, una enorme bandolera con flecos de tela, y saqué el libro que estaba leyendo. Nunca salgo de casa sin algo para leer.

Me sumergí en el mundo ficticio de hadas y perdí completamente la noción del tiempo. Por eso me sorprendí cuando, al alzar la vista, comprobé que el sol se estaba poniendo y la gente abandonaba ya las gradas.

¿Dónde estaba Sadie?

Miré a mi alrededor, buscándola entre la multitud, y empecé a asustarme cuando fui incapaz de encontrarla.

No sería la primera vez que Sadie me dejaba tirada, normalmente por un chico. Algunos podrían pensar que era una amiga horrible, pero Sadie era... Sadie. Y siempre estaba ahí cuando realmente la necesitaba.

Volví a guardar el libro en mi bolso, recogí mi basura y la tiré en la papelera más cercana sin dejar de buscar a Sadie en todo momento. Cogí mi móvil y le envié un mensaje preguntándole dónde estaba. Por desgracia, si estaba con un chico ni me contestaría... y encima la cobertura en el recinto del festival era malísima. Le iba a cantar las cuarenta por aquello. ¡Pero si yo

ni siquiera había querido ir! Y, *cómo no*, encima habíamos venido en su coche, así que estaba atrapada en el maldito festival de Clarke County, a veinte o treinta minutos de casa. En otras palabras, no tenía forma de salir de allí. Y no podía llamar a mi madre porque ella ni siquiera tenía móvil. Además, a aquellas horas estaría trabajando en su estudio, lo que significaba que ni oiría el teléfono fijo.

—¿Te has perdido?

Chillé ante el sonido de aquella voz y retrocedí unos pasos. Casi me caí en un agujero y un chico me agarró para estabilizarme.

—¡Uah! ¿Estás bien? —preguntó apartándose un mechón oscuro de los ojos. Estaba un poco húmedo por el sudor, igual que el resto de su cuerpo. Me pregunté qué habría estado haciendo para sudar tanto, pero entonces decidí que prefería no saberlo. Mientras lo observaba, él sacó una gorra de béisbol de su bolsillo trasero y se la colocó en la cabeza, bajándose tanto la visera que la mitad de su cara quedó oculta.

—Estoy bien. —Me arreglé el cárdigan y cuadré los hombros—. Estoy... esperando a alguien —añadí para no dar la impresión de que podía aprovecharse de mí.

Él me dedicó media sonrisa, inclinando la cabeza.

—Algo me dice que estás mintiendo. —Se rascó la barbilla con sombra de dos días. No podía tener más que un par de años más que yo, quizá diecinueve o veinte a lo sumo, pero algo en sus ojos, de un gris plateado, le hacía parecer mucho mayor. Como si hubiese tenido una vida dura, o algo así. Eso me hizo desconfiar menos de él. Sé lo que es la vida dura: mi padre era un alcohólico, y las cosas se pusieron realmente feas antes de que por fin nos abandonara—. Te prometo que no muerdo.

—No encuentro a mi amiga. —Me encogí de hombros—. Pero seguro que aparecerá tarde o temprano.

Miré a mi alrededor por enésima vez, esperando ver a Sadie saltando desde detrás de uno de los tenderetes y gritando “¡te pillé!”. Pero no lo hizo, claro.

—¿Quieres que la espere contigo? —preguntó él tamborileando con los dedos sobre su pierna enfundada en tejanos.

Contemplé la multitud, a toda aquella gente que se apiñaba en el recinto, y decidí que tampoco podía hacerme nada en público.

—Sería genial —sonreí—. Gracias por ofrecerte.

Torció los labios, casi como si tratara de no reírse de mí.

—Voy a por una botella de agua y luego buscamos una mesa.

—Vale —y eché a andar a su lado. Comprobé mi móvil y no me sorprendió no tener noticias de Sadie.

Él compró una botella de agua, junto con unas patatas al queso, de esas que me dan tanta grima, con un montón de salsa de queso por encima.

—Vamos —inclinó su cabeza hacia una mesa libre—, sentémonos un rato y busquemos a tu amiga. ¿Qué aspecto tiene, exactamente?

—Alta, cabello castaño, bonita. —Me encogí de hombros.

Él se rio.

—Acabas de describir a la mitad de las chicas de por aquí. Aunque ninguna es tan bonita como tú —y me guiñó un ojo.

Las mejillas me ardían y bajé la vista. No estaba acostumbrada a que me llamaran bonita. La mayoría de la gente con la que iba al instituto, chicos y chicas, me consideraban rara. Yo era diferente, y la gente no parecía comprender lo diferente. Era mucho más fácil tacharme de rara.

—Seguro que sabes que eres guapa —añadió el chico—. Creo que me estoy enamorando de tus pecas.

Cuando era pequeña odiaba mis pecas, ningún otro niño las tenía y me daban vergüenza. Pero al crecer aprendí a amarlas porque eran parte de mí. Mi madre siempre me decía que no tiene sentido no quererse a una misma, porque ya que no puedes cambiar quien eres, lo mejor es aceptarlo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté esperando alejar el tema de conversación de mí misma.

—Maddox —contestó mientras se limpiaba los dedos llenos de queso con una servilleta—. ¿Y tú?

—Emma.

—Emma —repitió—. Me gusta.

—Uuh... ¿gracias? —Me salió casi como una pregunta.

Él se rio, como si mi extrañeza fuera mona o algo.

—¿Eres de por aquí, Emma?

—Vivo a unos veinte minutos. —Me encogí de hombros.

—¿En Winchester? —preguntó.

—Eeeh... sí... ¿cómo lo sabes?

—No te preocupes —se rio—, no soy un acosador, es que yo también soy de allí.

—Oh —me relajé.

—Tenemos un montón en común —continuó él, comiéndose otra de

aquellas patatas con queso capaces de provocar un ataque cardíaco.

—¿Ah, sí?

—Sí —asintió.

—No veo qué podemos tener en común, excepto el lugar donde vivimos...

—¿En serio? —Arqueó una ceja—. Tienes pinta de no querer estar aquí, y yo tampoco quiero estarlo. Esa es otra de las cosas que tenemos en común.

—No me gustan las multitudes —murmuré.

—Qué coincidencia —sonrió ampliamente—. ¡A mí tampoco!

Le miré con ojos entrecerrados.

—¿Qué? —frunció el ceño—. ¿No me crees?

—No te conozco —apunté—. ¿Cómo podría saber si estás hablando en serio o siendo sarcástico?

—Entonces, ¿por qué no me conoces? —sugirió—. Sal conmigo.

Le miré con la boca abierta, incapaz de formar una frase coherente.

—Eres un presuntuoso.

—No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo, eso sí que sería presuntuoso. En cambio, tener una cita permite que dos personas se conozcan sin presiones.

—¿Sin presiones? —me eché a reír—. En una cita todo son presiones.

Él tamborileó con los dedos sobre la mesa. Empezaba a preguntarme si aquello no sería un tic nervioso o algo.

—Entonces... ¿rechazas lo de la cita?

—Sí. No. No lo sé —tartamudeé—. Me estás poniendo nerviosa. —Entrelacé las manos bajo la mesa, donde él no las pudiera ver.

Rio entre dientes, quitándose la gorra y pasándose los dedos por el cabello antes de volver a calársela.

—Suelo poner nerviosa a mucha gente.

—Solo tengo diecisiete años. —La advertencia salió de mis labios antes de poder pararla—. Así que si tienes veinticinco o así, mejor será que lo dejes ahora.

—¿Te parece que tengo veinticinco? —se burló.

—No salgo con chicos —murmuré esperando que se cansara y se fuera.

—Me cuesta creer que una chica tan bonita como tú no salga con nadie —lanzó el tapón de su botella de plástico al césped y estuve a punto de llamarle la atención, pero fui incapaz de encontrar las palabras—. Y no creo que una cita sea algo tan peligroso.

—Eres irritantemente persistente —gruñí.

Él sonrió ampliamente y vi sus dientes perfectamente rectos y blancos.

—Supongo que no quiero envejecer y mirar atrás y preguntarme qué habría pasado si le hubiese pedido una cita a la chica pecosa que conocí en un festival —divagó.

¿En serio? ¿Aquel chico era real? Y aun así, acabé sucumbiendo a sus encantos.

—Vale, tendré una cita contigo —murmuré aceptando básicamente para que se callara. En cuanto lo dije comprendí que acababa de aceptar una cita con un completo desconocido.

—Excelente —sonrió y no pude reprimir mi propia sonrisa—. Y lleva ese sombrero. Me gusta.

Eso se lo tenía que contar a Sadie.

—¿Alguna noticia de tu amiga? —preguntó mirando hacia mi móvil, que estaba sobre la mesa.

Lo comprobé, aunque sabía que no había mensajes.

—Nada —mascullé.

—Tienes que buscarte mejores amigos —bromeó.

—Puede que tengas razón. —Fruncí el ceño.

Se levantó y me tendió una mano.

—Bueno, ya que estamos aquí, podríamos divertirnos.

Miré su mano como si fuese una granada que pudiera detonar en cualquier momento. Movié los dedos tratando de atraerme. En vez de aceptar su mano, me puse en pie y lo seguí. Él dejó caer la mano a un lado y sonrió para demostrar que no se había ofendido.

Comenzó a andar asumiendo que le seguiría, así que le llamé.

—¡Maddox!

—¿Sí? —Se volvió hacia mí.

—Tu basura... ¿la vas a dejar ahí? —pregunté con el ceño fruncido.

Él me miró con ojos entrecerrados.

—¿Eres una de esas chicas que siempre predicán sobre salvar el medioambiente y no comen carne?

—No —bufé—. Te comunico que soy capaz de devorar una hamburguesa con queso en tres segundos.

Soltó una carcajada.

—Bien. —Volvió atrás, recogió su basura y la tiró a la papelera—. ¿Vamos? —me preguntó por encima del hombro.

Me apresuré a seguirle.

—Bonitas botas —y señaló mis botas tipo Doc Martens tuneadas con flores.

—Gracias —sonreí.

—¿Qué quieres hacer? Aquí hay prácticamente de todo —dijo metiéndose las manos en los bolsillos—. Por ahí hay una feria —señaló con la cabeza—, y una pista de kars... aunque probablemente ya sea demasiado tarde para eso. O podríamos echar un vistazo a las casetas... podríamos encontrar algo interesante allí.

Los balbuceos de Maddox me parecieron adorables.

—No lo sé... esto no es precisamente lo mío —y me encogí de hombros.

Él se rio con aquella media sonrisa suya. Bajó la vista hacia mí y me di cuenta de lo mucho que me sacaba en estatura. Su camiseta blanca se ajustaba a su torso musculoso, haciendo resaltar aún más su tez bronceada. Mis ojos vagaron más hacia abajo y vi que llevaba unos tejanos negros con un cinturón de tachuelas y botas.

—¿Me estás repasando, Emma?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —me defendí.

Volvió a reír, frotándose la mandíbula para ocultar su amplia sonrisa.

—Y tanto que lo hacías. Está bien, puedes mirar pero no tocar por debajo del cinturón... de momento.

Le miré, boquiabierta. Seguro que no acababa de decir aquello.

Soltó una carcajada y siguió metiéndose conmigo.

—Me gusta conocer un poco más a la chica antes de desatar a la bestia. Podría asustarla.

No supe qué decir, más bien tenía ganas de salir corriendo.

Él me pasó el brazo por los hombros, atrayéndome contra su musculoso cuerpo.

—Si vas a salir conmigo, será mejor que te acostumbres a mi sentido del humor.

—No sé si quiero hacerlo —mascullé.

—¡Venga, ya, pero si soy encantador!

No estaba segura de que “encantador” fuese la palabra que usaría para describir a Maddox. Pero, claro, no hacía ni media hora que lo conocía.

—Tú lo llamas encantador, yo bruto.

—Oh, eso me ha dolido —y se llevó la mano libre al corazón.

—Dudo que tu ego tenga ni un rasguño. —No pude evitar sonreírle. Había algo en él contagioso y fácil de querer.

—No dudes de mi afecto por ti, Emma. Está más que magullado: está hecho añicos.

No pude contener la risa.

—¿Sabes qué? Olvida esta locura —dijo abarcando con un brazo a la multitud. El otro aún lo tenía sobre mis hombros, un pesado y cálido recordatorio de su presencia—. ¿Quieres charlar un rato?

—¿Charlar?

—Sí, ya sabes, mueves la boca así —gesticuló con la mano— y salen palabras.

—Y... ¿no era eso lo que ya estábamos haciendo? —pregunté confusa.

—Sí, pero creo que es imperativo que nos conozcamos mejor antes de nuestra cita, para así evitar el obligado momento raro de una primera cita y pasar directamente a lo divertido.

—¿Lo divertido? —repetí—. No te referirás a lo de por debajo del cinturón, ¿no?

—Claro que no, Emma. ¿Por qué clase de tío me has tomado? Me ofendes.

—Eh, fuiste tú el que sacó el tema antes —me defendí.

Me guio lejos de la multitud, hacia las gradas ahora vacías. Había gente recogiendo el equipo del escenario y cargándolo en una camioneta con el logo de los Willow Creek, un sauce con un columpio de cuerda.

—Da igual —continuó él llevándome hasta lo más alto de las gradas y sentándose—, solo he supuesto que, si nos conocemos un poco mejor esta noche, evitaremos lo más incómodo de una cita.

Yo aún estaba alucinando por haber aceptado salir con él, pero comprendí que tenía razón.

Estiró las piernas hasta los asientos de delante.

—Bueno, pues háblame un poco de ti.

—No hay mucho que contar. —Me encogí de hombros jugueteando con un mechón de mi rubio cabello ondulado.

—Realmente se te da fatal esto de conocer a otros —sonrió.

—Tienes razón. —Fruñí el ceño. Supongo que me había pasado tanto tiempo evitando a la gente que ahora no sabía qué hacer. Tomé una profunda inspiración y traté de pensar en algo que decirle que no fuera demasiado personal o revelador—. Toco el piano. ¿Es eso suficiente?

—Sí —él sonrió—. Resulta que yo toco la batería.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida—. No lo dirás solo para que yo piense que eres guay, ¿verdad?

Se echó a reír, bajando la cabeza para que la visera de su gorra le tapara la cara.

—Para nada. Muévete.

Me alejé un poco y él se inclinó, sacándose del bolsillo posterior unas baquetas con las que comenzó a golpear la grada, creando un ritmo.

—¿Me crees ahora? —y arqueó una ceja.

—Te creo.

Continuó tocando e hizo girar una de las baquetas entre sus dedos con un vistoso truco.

—Puedo seguir si no me crees —y sonrió como un crío.

—Ya he dicho que te creo —me reí.

Él sonrió y detuvo el redoble.

—Ah, eso era lo que quería.

—¿El qué? —pregunté confusa.

—Oír tu risa. Es preciosa, como tú.

—Estás lleno de frases ñoñas —volví a reír.

—¿Ñoñas? —fingió ofenderse, y quitándose la gorra, añadió—: La mayoría de chicas se tragan esas cosas.

—Yo no soy como la mayoría —afirmé. No era como la gente de mi edad y no me importaba. Era feliz siendo un espíritu libre como mi madre.

—Me empiezo a dar cuenta de ello —él sonrió acercándose más, hasta que nuestras piernas se tocaron.

Aunque no había querido ir a aquel estúpido festival y estaba cabreada con Sadie por abandonarme, ahora me alegraba de estar allí sentada, con Maddox. Incluso aunque fuera un poquito creído, por alguna razón me gustaba.

Fruncí el ceño al darme cuenta de que ya había oscurecido.

—Será mejor que llame a un taxi —murmuré.

No me quedaba más opción que aquella, en vista de que Saddy se había ido. Más tarde se iba a enterar.

—¿Un taxi? —Las cejas de Maddox se unieron y me miró con expresión de perplejidad—. ¿Para qué necesitas un taxi?

—Pues... —Ahora era mi turno de mirarle raro—. Porque tengo que ir a casa. Se está haciendo tarde.

—Te puedo llevar yo —se ofreció.

—No hace falta —le tranquilicé.

—No seas tonta. —Se puso en pie—. De todas formas voy en esa dirección. Iremos juntos.

—No te conozco —objeté.

Puede que Maddox me gustara, pero apenas le conocía. Meterme en un coche a solas con él podría ser peligroso.

—Vamos —me animó—, buscaremos a mi hermano y podremos largarnos. ¿Qué te parece?

¿Hermano? Entonces no estaríamos solos... Supuse que aquello sería mejor.

—Claro, genial.

—Genial —repitió—. Ven, deja que te ayude —y me tendió una mano.

—Yo...

—Es solo una mano, y estos escalones son un poco inestables. Además, se está haciendo de noche. Deja que te ayude —suplicó.

Tenía razón y yo estaba siendo estúpida. Era solo que él... me ponía nerviosa.

Puse mi mano en la suya y me ayudó a bajar las gradas. Aún había luz suficiente cuando las subimos como para hacerlo sin problemas, pero ahora agradecía la seguridad que me ofrecía su mano.

Se la solté en cuanto estuvimos de nuevo en tierra firme. Por alguna razón, la eché de menos.

Él se sacó el móvil del bolsillo y supuse que le estaría enviando un mensaje a su hermano. Segundos más tarde el móvil vibraba en respuesta.

—Dice que está en la entrada.

—Genial —dije, a falta de algo mejor.

—Así que... ¿tienes diecisiete? —Cuando asentí, él añadió—: ¿Significa eso que este es tu último verano antes del último curso?

—Eso es.

—¿Ya has decidido qué quieres hacer después del instituto?

—No —admití, estremeciéndome—. ¿Tú vas a la universidad o trabajas? —pregunté, echando la cabeza hacia atrás para mirarle.

—Supongo... que podría decirse que trabajo.

—¿Lo supones? —repetí, confusa.

—Es complicado —y se encogió de hombros.

Me pregunté qué querría decir con complicado, pero no estaba segura de

que fuese a responderme si preguntaba.

—Ya le veo. —Maddox señaló con la cabeza.

Bizqueé, no muy segura de estar viendo bien.

—Esto... —Hice una pausa, mirando de su hermano a Maddox. ¿Qué leches pasaba? ¿Eran clones o algo así? Pensé que la explicación más plausible sería que eran gemelos, pero lo de que Maddox tuviera un clon sonaba muchísimo más guay.

Nos detuvimos frente a su hermano y Maddox nos presentó.

—Emma, este es mi hermano gemelo, Mathias.

—Hola, encantada de conocerte —sonreí.

—Ajá. —Mathias puso los ojos en blanco y echó a andar hacia el aparcamiento.

—Lo siento. —Maddox frunció el ceño—. No le gusta la gente... ni los animales... ni la vida misma.

Me eché a reír.

—¿Hay algo que le guste?

—El sexo.

—Por supuesto —suspiré. Tendría que haber sabido que contestaría aquello.

—Tú ignórale. Es lo que yo hago. —Se encogió de hombros y fuimos tras su hermano.

Mathias se detuvo frente a un Nissan deportivo gris que no había visto nunca antes.

—¿Qué clase de coche es este? —pregunté, señalando. Parecía de ciencia-ficción, como si pudiera salir disparado hacia el espacio o algo así.

—Un Nissan GT-R —contestó Maddox—. ¿A que es una pasada?

En serio, ¿qué pasa con los tíos y los coches?

—Es bonito —dije encogiéndome de hombros. En mi humilde opinión, un coche era un coche y nada más.

Maddox me miró como si mi simple respuesta hubiese sido un intento de asesinato.

—¿Bonito? ¿Bonito? Este coche —y alargó una mano para acariciar la capota amorosamente—, es la esencia de la que están hechos los sueños.

—Si tú lo dices...

—¿Podemos subir ya al jodido coche? —preguntó Mathias, llevándose un cigarrillo a los labios y encendiéndolo.

—No se fuma en el coche —advirtió Maddox alzando un dedo.

—Puto aguafiestas. —Mathias puso los ojos en blanco, tiró el cigarrillo al suelo y abrió la puerta del coche. Me sorprendió que echara el asiento hacia delante y se instalara en la parte de atrás.

—Milady —Maddox extendió una mano hacia el coche—, entrad.

Le dediqué una sonrisa y subí al coche. Aunque yo no era muy alta prácticamente tuve que sentarme en el suelo para entrar en aquel coche tan bajo. ¿Quién demonios querría un coche como aquel? Bueno, evidentemente, Maddox.

Puso el motor en marcha y acarició el volante, haciendo un sonido que solo podría describirse como un gemido.

—¿Lo oyes ronronear?

¿Sería demasiado tarde para huir?

—Estás asustando a la pobre chica —dijo Mathias desde el asiento trasero—. Cierra el pico y conduce o encenderé un cigarrillo aquí dentro y a ver si eres capaz de sacar el olor a tabaco del cuero.

—Capullo —gruñó Maddox encendiendo los faros y saliendo del aparcamiento a toda velocidad.

—¡Uaah! —exclamé agarrándome a la puerta.

—Lo siento. —Maddox me dedicó una sonrisa pícar—. Debería haberte advertido de la potencia de esta monada.

Nunca había ido en un coche como aquel. Yo conducía un viejo Volkswagen Escarabajo de 1972 que la mitad de las veces ni arrancaba y que, cuando conseguía conducirlo, sonaba como si el motor fuera a estallar en llamas. En cambio, aquel sonaba diferente. Maddox tenía razón: ronroneaba.

Como Mathias estaba en el coche apenas hablamos. Maddox puso la radio y dejó que la música llenara el silencio.

Cuando nos acercábamos a Winchester empecé a darle indicaciones, conduciéndole hacia la casa baja de simple ladrillo que yo llamaba hogar.

A cualquier otro le hubiese parecido cutre, pero a mí me encantaba. Mi madre y yo hacíamos todo lo posible por mantenerla decente. Las ventanas de la fachada tenían persianas blancas y macetas rebosantes de petunias púrpura. El césped estaba verde y recién cortado, en vez de seco como el resto de las casas de la calle.

—Gracias por el viaje —dije abriendo la puerta.

—¡Espera! —Su cálida mano me cogió del brazo y me volví a mirarle—. No tengo tu número.

—Oh, claro —murmuré, dictándole los números para que pudiera guardarlo en su móvil.

—Te llamaré.

—¿Llamar?

—Sí, llamar. ¿Es un problema? —y alzó una ceja oscura.

—No, para nada —balbuceé nerviosa—. Solo que creía que nos mensajearíamos.

Rio por lo bajo.

—Si te enviara un mensaje no podría oír tu voz, y eso sería una auténtica pena. Los mensajes son muy impersonales.

—Oh —fue todo lo que dije.

Nunca había conocido a un chico como Maddox, y aún no había decidido si eso era algo bueno o malo.

—Te veré pronto —le sonreí—. Encantada de conocerte, Mathias.

Oí un gruñido en respuesta desde el asiento trasero. Mathias era, definitivamente, un tipo de pocas palabras. Pese a su aspecto, los gemelos eran polos opuestos.

Me sorprendí cuando oí cerrarse otra puerta, aparte de la mía. Miré por encima del coche y vi a Maddox.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté perpleja.

—Dándote las buenas noches como es debido —se encogió de hombros—. ¿De verdad creías que te traería hasta aquí y no me aseguraría de que entrabas en casa sin problemas?

—Pu-pues no sé... —tartamudeé. Maddox me aturdía.

Recorrimos el camino de entrada juntos y nos detuvimos frente a la puerta principal mientras yo buscaba la llave. Esperaba que se fuese nada más abrir, pero no lo hizo. En lugar de eso, inclinó la cabeza hacia mí y susurró:

—Gracias por hacer esta noche inolvidable. Buenas noches, Emma —posó sus labios en mi mejilla y se fue, dejándome allí de pie, estupefacta.

Me obligué a moverme y a entrar en casa. Apoyé la espalda contra la puerta cerrada, con la boca aún abierta por la sorpresa. Me toqué la mejilla con dedos temblorosos y cerré los ojos. Una parte de mí estaba convencida de que aquella noche había sido un sueño, y que despertaría por la mañana para descubrir que Maddox no existía. Y esa idea, sorprendentemente, me rompió el corazón.

2

No lo había soñado. ¿Que cómo lo supe? Porque a las siete de la mañana del día siguiente me despertó el tono de mi teléfono móvil.

—¿Qué demonios...? —gruñí medio dormida, palmeando mi mesita de noche en busca del teléfono.

Miré el número desconocido que aparecía en pantalla. ¿Quién podría llamarme a aquellas horas de una mañana del maldito verano?

—¿Hola? —contesté, tapándome la boca con la mano para disimular un bostezo.

—¡Emma! —canturreó una alegre voz.

—¿Quién es? —pregunté.

—Maddox —contestó la voz.

—¿Maddox?

—¿Conoces a más de un Maddox? —se rio.

—No, solo me preguntaba por qué el Maddox que conozco me llamaría tan temprano —rodé hasta quedar de espaldas y me cubrí los ojos con el antebrazo.

—¿Temprano? El sol ha salido, así que no es temprano.

—Son las siete —murmuré—. Eso es temprano.

Él chasqueó la lengua.

—Alguien que me sé no es muy madrugadora.

—No, para nada —asentí.

—¿Crees que te sentirás más animada esta tarde...?

—Uh...

—Genial, te recogeré a las seis y media.

—Maddox, yo no...

Me colgó.

Me quedé mirando el móvil y la parpadeante pantalla en la que se leía “fin de llamada”.

Sacudí la cabeza y dejé el teléfono de nuevo en la mesilla. Algo me decía que había mordido más de lo que podía masticar en lo que a Maddox se refería.

Rodé por la cama y cerré los ojos, esperando volver a dormirme, pero

cuando vi que aquello no iba a ocurrir, aparté el cobertor con un gruñido.

Recorrí el pasillo camino de la cocina, donde no me sorprendió encontrar a mi madre sentada a la mesa leyendo el periódico con una taza de té caliente.

Alzó la cabeza cuando me oyó acercarme y sonrió, lo que formó arruguitas alrededor de sus ojos. Su cabello rubio, del mismo tono que el mío, flotaba en rizos ingobernables alrededor de su cara.

—¿Qué haces despierta tan temprano, Emmie? ¿Estás enferma?

Descarté sus preocupaciones agitando una mano.

—No, yo... —No podía decirle que me había llamado Maddox o me cosería a preguntas, sobre todo sobre quién era Maddox, y bastantes explicaciones tendría que dar más tarde, antes de ducharme para nuestra, *glups*, cita—. He tenido una pesadilla —mentí.

—Entonces deja que te prepare un té.

Mi madre pensaba que el té podía arreglarlo todo.

¿Se te ha muerto el perro? Tómame un té.

¿Te han robado la bici? Tómame un té.

¿El mundo se acaba? ¡Tomemos un té!

—No, gracias. —Cogí una silla y me senté, pero ella ya estaba preparándolo.

—¿Qué tal el festival? —preguntó. Al llegar a casa me había duchado e ido directamente a la cama, sin molestarme en dar las buenas noches a mi madre. Estaba trabajando en su estudio, el garaje, y sabía que odiaba cuando perturbaba su energía cósmica o alguna mierda de esas.

—Estuvo bien. —Me encogí de hombros con una profunda inhalación. Supuse que aquel sería un buen momento para hablarle de Maddox, ya que ella misma había sacado el tema—. Conocí a un chico estando allí —y decidí obviar la parte en la que Sadie me había dejado tirada.

—¿Un chico? —Me alargó la taza de té con los ojos bien abiertos.

—Sí —asentí, soplando sobre el humeante líquido para enfriarlo.

—Háblame de él —sonrió volviéndose a sentar—. Debe de valer la pena si ha llamado tu atención.

—Bueno, él es... —¿Cómo podría describir a Maddox?—. Es bastante bromista —dije—. Muy majo —supuse que era mejor dar los menos detalles posibles.

—¿Es guapo? Tiene que ser guapo.

—¡Mamá! —gemí, y sentí que me ardían las mejillas.

—Oh, eso es que sí que es guapo —y me señaló con un dedo que movió en círculo.

—Sí, vale, está bueno —admití finalmente.

—Oooh, ¿y podré conocerlo? —preguntó emocionada—. ¡Tu primer novio! ¡Esto es tan emocionante...!

—No es mi novio —le corté—. Le acabo de conocer, así que mejor no pongamos aún etiquetas. Y sí, lo podrás conocer... pronto.

—¿Pronto? —repitió ella.

—Sí, como esta noche... a las seis y media —murmuré mirando fijamente mi taza de té para evitar sus ojos.

—¿Vas a tener tu primera cita, Emmie? —Empezó a aplaudir. Se podría afirmar que mi madre estaba más emocionada por todo aquello que yo. A lo mejor le había preocupado la idea de cumplir ochenta años y que yo aún viviera en casa, soltera, con un montón de gatos. ¿Pero qué tenía eso de malo? A mí me parecía el paraíso.

—Supongo. —Y sorbí mi té.

A pesar de su llamada de aquella mañana, aún no podía hacerme a la idea de que tenía una cita y que lo ocurrido la noche anterior había sido real. Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. Los chicos como Maddox no se mezclan con chicas como yo. Yo era demasiado tranquila y diferente: no salía de fiesta, me quedaba en casa leyendo libros, no escuchaba la música de moda, ni leía revistas, ni siquiera veía muchas películas. Yo era, como mamá solía decir, “un alma vieja”, igual que ella. No podía ni imaginar qué habría visto Maddox en mí que le hiciera pensar que valía la pena.

—Emma —dijo mi madre interrumpiendo mis lúgubres pensamientos—. Basta.

—Lo siento. —Fruncí el ceño—. No puedo evitarlo.

—Eres una chica dulce y preciosa, y es obvio que ese chico es capaz de verlo. No dejes que tus dudas te detengan.

Asentí, tenía razón. Pero no eran solo mis... rarezas, lo que me hacía sentir insegura. Desde que mi padre se había marchado temía que, si conocía a un chico, me acabaría haciendo lo mismo que mi padre hizo a mamá, y no estaba segura de poder sobrevivir nuevamente a aquel tipo de dolor.

—Bébetelo té y vuelve a la cama. —Ella cogió nuevamente el periódico, pero sus ojos seguían fijos en mí—. Saldremos a comer e iremos de compras. Escogeremos un vestido nuevo para tu cita. ¿Te parece bien? —sonrió.

—Sí. Gracias, mamá. —Me puse en pie y la rodeé los hombros con un brazo—. Te quiero.

Mi madre era todo cuanto tenía y la mejor persona que conocía. No sabía qué habría hecho sin ella.

—Yo también te quiero, Emmie.

Cogí la taza de té y volví a mi dormitorio. Tal vez fuera el té, o quizá simplemente estuviera cansada, pero aquella vez conseguí dormirme... y soñé con un chico de cabello oscuro y una sonrisa que me robó el corazón.

—¡Despierta! —Sadie saltó sobre mi cama, arrancándome de mis sueños.

—Sadie —gruñí, rodando para ver que el reloj de mi mesita de noche marcaba las diez de la mañana—. Largo de mi cama.

—Tu madre me ha dejado entrar.

—No me importa quién te ha dejado pasar —murmuré.

Ella ignoró mis gruñidos y se acomodó en la cama a mi lado.

—¿Qué te pasó anoche? Desapareciste.

—Yo no desaparecí —resoplé—. Tú lo hiciste. No pude encontrarte y no contestaste a mis mensajes.

—Mi móvil murió —se defendió—. Josh y yo pasamos al menos una hora buscándote.

—¿Quién es Josh? —pregunté, aunque no me importaba.

—Lo conocí en el concierto. Pero es igual —parloteó, y me pregunté si alguna vez paraba para respirar cuando hablaba—, nos topamos con Kayla... ¿te acuerdas de ella? Del instituto...

—Esto... claro. —Solo hacía unos días que el instituto había cerrado por vacaciones, e íbamos a clase con los mismos chicos desde parvulario, ¿realmente creía que ya no recordaba quién era Kayla?

—Bien, pues resulta que Kayla dijo que te había visto con un chico. No pudo verle la cara, pero dijo que tenía un buen culo. No me puedo creer que no me llamas para contármelo. Eso son noticias importantes, Emma, y como tu mejor amiga, debería de haber sido informada de inmediato. Llevo esperando desde octavo grado a que te desvirgues.

La miré fijamente.

—Bueno, siento no poder ser tan zorra como tú.

Se echó a reír, sin que mis palabras le afectaran lo más mínimo porque

ambas sabíamos que no eran verdad.

—¡Venga, cuéntamelo todo sobre él!

—No es más que un chico. —Me encogí de hombros y salí de la cama.

—¡Vamos, Emma! —chilló ella—. ¡Necesito más que eso!

—¡Está bueno! ¿Te basta con eso? —gruñí, comenzando a frustrarme—. ¡Me dejaste tirada, Sadie, así que perdona si no siento que te deba una explicación! —solté, con rabia en mi voz. No suelo enfadarme con Sadie a menudo, así que mi explosión era inusual.

Supe que la había herido por la expresión de su cara, y de inmediato me sentí mal por mis duras palabras.

—Lo siento, no quería decir eso.

Se puso en pie y se alisó la ropa.

—Y tanto que querías. Te veré más tarde —y se dirigió a la puerta con la cabeza gacha.

La puerta se cerró tras ella y me quedé allí de pie, mirándola fijamente. Tal vez fuera absurdo, pero una parte de mí esperaba que volviera a entrar, riéndose. Sadie y yo nunca antes nos habíamos peleado, o al menos, cuando lo hacíamos no nos separábamos hasta hacer las paces. Aquella vez parecía diferente, quizá porque éramos mayores, o porque en realidad yo no quería compartir a Maddox con ella. De momento quería tenerlo solo para mí. Era todo tan reciente, y yo no había tenido nunca antes una cita... ¿y si después decidía que yo no valía la pena? No quería emocionar a Sadie solo para que luego todo me estallara en la cara. Yo no era como ella, no me enamoraba de un chico nuevo cada semana. El hecho de que me gustara Maddox era algo muy grande para mí, y hasta que no fuera capaz de entender mis propios sentimientos, no quería hablar de ello con Sadie. Tendría que llamarla más tarde para explicárselo, pero de momento sabía que ella necesitaba distancia para calmarse.

Mi madre quería salir pronto, así que me duché y me sequé el cabello dejándolo con sus rizos naturales. Me vestí con una simple camiseta, unos shorts tejanos de cintura alta y unas Converse. Cogí la pamelita negra que había llevado el día anterior y nada más ponérmela pensé en Maddox.

Mi madre estaba en la cocina bebiendo una nueva taza de té.

—¿Todo bien? —preguntó—. Sadie parecía enfadada.

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no lo sé.

—Oh. —Frunció el ceño—. Bueno, si prefieres ir a su casa para hablar

con ella, ya comeremos fuera otro día.

—No, mamá —protesté—. Está bien. Creo que las dos necesitamos un poco de espacio.

Me estudió cuidadosamente y por fin dijo:

—De acuerdo. —Me lanzó las llaves de su coche—. Tú conduces.

Salí mientras ella se acababa el té y subí a su Nissan Cube verde azulado. Era un coche de aspecto raro, me recordaba a una burbuja, pero al menos era fiable, no como mi viejo Volkswagen Escarabajo, que había heredado de mi madre. En cuanto me saqué la licencia decidió que era el momento de renovarse el coche... cosa que debería de haber hecho como treinta años atrás, debo añadir. Yo no sabía cuánto más aguantaría el Escarabajo. Por suerte nunca me había fallado cuando realmente lo necesitaba.

Había acabado de ajustar los retrovisores cuando mi madre salió de la casa y se metió en el coche.

—¿Dónde te apetece comer? —preguntó.

—¿Marigold's? —sugerí. Marigold's era un pequeño restaurante en la calle principal que servía los mejores sándwiches del lugar, por no mencionar sus postres, que tenían sabores únicos: mi favorito era el *cupcake* de lavanda con cobertura de limón.

—Perfecto —sonrió mientras se abrochaba el cinturón—. Y después podemos echar un vistazo en la tienda de segunda mano de enfrente.

La mayoría de chicas protestaría ante la idea de pasar la tarde con su madre, pero mi madre era mi roca. Siempre había estado ahí para mí y me gustaba pasar tiempo con ella. No nos peleábamos como otros chicos hacían con sus padres. Los de Sadie estaban siempre enfadados con ella, aunque por lo general era con razón.

Había tráfico y tardamos diez minutos en llegar al Marigold's. Por suerte había un sitio libre para aparcar justo delante. Mi madre sacó un cuarto de dólar de su bolso y lo puso en el parquímetro.

Vigilé el tráfico y, cuando no vino ningún coche, salí y la seguí hasta el restaurante.

El Marigold's era un pequeño café con solo tres mesas. Las paredes estaban pintadas de amarillo brillante y cada mesa era diferente. El aparador de los dulces y sándwiches era verde.

El restaurante no pertenecía a nadie llamado Marigold. La dueña se llamaba Betty y yo no tenía ni idea de por qué le había puesto aquel nombre

al lugar, aunque supongo que fue porque le gustaría el nombre... o la flor^[1].

Había una sola mujer sentada en un rincón comiendo un *cupcake*, y Betty no estaba en el mostrador. Mi madre hizo sonar la campana y enseguida oímos:

—¡Un momento!

—¿Por qué no ocupas una mesa antes de que entre alguien más?
—sugirió mi madre.

—Claro.

Me senté a la mesa del rincón de la ventana para poder mirar la calle. Había pequeñas macetas en forma de regadera en el centro de las mesas, con varias flores plantadas.

Comprobé mi móvil mientras esperaba a que mi madre pidiera la comida, pensando que quizá Sadie me habría enviado un mensaje. Nada. Se había enfadado de verdad conmigo. Quizá no debería de haber saltado como lo hice, pero ella también se pasó cuando me dejó tirada el día anterior sin coche para volver a casa. De no haber conocido a Maddox habría estado bien jodida.

—¿Seguro que todo va bien?

La voz de mi madre me sobresaltó cuando dejó la bolsa con nuestra comida y dos *cupcakes* en la mesa.

—Sí, todo bien —le aseguré apartando el móvil.

—Pareces triste.

—Es solo que odio que Sadie se enfade conmigo —murmuré cogiendo la bolsa y sacando los sándwiches y las patatas.

Betty se acercó a nuestra mesa con dos botellas de agua.

—Te dejaste esto en el mostrador —sonrió al dejarlas en la mesa—. Avisadme si necesitáis algo más.

—¿Por qué se ha enfadado Sadie contigo? —preguntó mi madre mientras desenvolvía su sándwich.

—Por no contarle nada de Maddox —expliqué.

—Oh —dijo ella.

—Sí, “oh” —suspiré—. ¿Crees que hice mal al no contárselo? —Me revolví en el asiento, nerviosa.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Creía que os lo contabais todo.

—La he cagado, ¿verdad? —pregunté, pero no esperé a su respuesta—. Es que estaba tan cabreada porque me había dejado tirada en el festival...

Además, ni siquiera sé qué pensar de todo el tema de Maddox, así que tampoco sabría qué decirle —divagué, y me di cuenta, demasiado tarde, de que se me había escapado lo del festival. Puede que a mi madre le gustara Sadie, pero no le haría ninguna gracia que me abandonara.

—¿Te plantó en el festival? —Los ojos de mi madre se abrieron como platos.

Oops.

—Sí... —dije lentamente.

—No me puedo creer que te dejara sola en el festival. ¿Por qué no me llamaste, Emmie? —frunció el ceño.

—Estabas trabajando y sabía que no contestarías.

Sacudió la cabeza y deseé no haber dejado escapar tanta información.

—Ahora entiendo por qué os habéis peleado. Adoro a Sadie, de verdad —me miró—, pero a veces es tan irresponsable que me entran ganas de zarandearla.

No tenía gracia, pero de todos modos me eché a reír.

—Estoy bastante segura de que el señor y la señora Westbrook también quieren zarandearla. —Y es que mi pobre madre no sabía ni la mitad de las extravagancias de Sadie, como bañarse desnuda en la piscina del vecino con un chico cualquiera.

—Basta de hablar de Sadie. —Agitó una mano como para cambiar de tema—. Disfrutemos de nuestro día.

Me terminé el sándwich y metí toda la basura en la bolsa.

—Estoy nerviosa —admití.

—Oh, cariño, me preocuparía si no lo estuvieras.

Cogí mi *cupcake* de lavanda y limón.

—Me... me da miedo que después de esta noche pueda pensar que soy rara y no quiera volver a verme.

—Emma —se rio—, eres una chica maravillosa, lista, hermosa, amable... el lote completo. Cualquier chico sería afortunado por tenerte en su vida. Recuérdalo.

A veces me resulta muy fácil compararme con los demás y sentir que no soy lo suficientemente buena. Pero el caso es que cada persona de este planeta es diferente a los demás, así que es estúpido que yo, o cualquiera, intente compararse con otra persona. Todos somos diferentes por una razón y necesitamos aprender a aceptar lo que nos hace únicos. Demasiada gente actúa como si lo “singular” fuera una enfermedad, cuando en realidad es lo

que hace que tú seas tú.

—Gracias, mamá, tienes razón. —Necesitaba dejar de dudar de mí misma y de las intenciones de Maddox.

Acabamos de comer y cruzamos la calle para explorar la tienda de segunda mano.

—¿Qué te parece este? —Mi madre sostuvo un sencillito vestido rojo con pequeños botones negros en la parte delantera y un cinturón también negro.

—Humm... —Me aterraba que fuera demasiado atrevido para mí—. No me gusta.

—Vale. —Lo dejó en su sitio—. ¿Y qué tal este?

Me mostró un vestido azul marino de mangas cortas y flores de diferentes colores por todos lados.

Me acerqué para acariciar la tela.

—Es perfecto —sonreí sintiendo que la emoción bullía en mí.

—A mí también es el que más me gusta —asintió.

Acabé llevándome algunos vestidos y otras piezas más de ropa antes de volver a casa. Hacía mucho que no pasaba un día con mi madre y me di cuenta de lo mucho que extrañaba su compañía. No importaba lo mayor que me hiciera, quería que mi madre fuera siempre la primera persona a la que acudir. Siempre había estado ahí para mí, y me negaba a ser como uno de esos chicos que “odian” a sus padres. Ya había perdido a mi padre, lo último que quería era perderla a ella también.

Lancé las bolsas con mi nuevo vestuario sobre la cama y comprobé la hora. Maddox aparecería en pocas horas y no me sentía nada preparada. ¿Qué haría? ¿Qué diría?

Cogí mi móvil y llamé a Sadie. Sonó y sonó, y cuando ya pensaba que no contestaría, lo hizo.

—¿Qué? —soltó, y sonaba triste.

—Necesito tu ayuda —fue todo lo que dije.

—Estaré ahí en cinco minutos.

Sadie podría ser un montón de cosas, pero yo sabía que podía contar con ella para lo realmente importante.

3

—¿Qué te parece? —Sadie me dio la vuelta para que me mirara en el espejo. Me había puesto sombra gris humo en los párpados y carmín rojo brillante en los labios. El rojo era más llamativo de lo que yo solía usar, pero quedaba bien con mi cabello rubio y mi vestido azul marino.

—Es perfecto, gracias. —Y la abracé.

Había pasado las últimas horas sacándole todo cuanto sabía sobre chicos y maquillaje, cosa que, creo, a Sadie le encantó. En cierto momento hasta dijo que “ahora era una auténtica chica”, cosa que me hizo reír.

—Estás genial y estarás genial —me aseguró—. Así que me largo.

—¿No te quedas a conocerle? —pregunté.

—No —sonrió—. Josh y yo vamos al cine. Está en casa, esperándome.

—Oh, sí, claro —murmuré—. Gracias por venir, y siento lo de antes.

—No tienes que disculparte —me aseguró cogiendo su bolso—. Tenías razón, te dejé tirada, y supongo que me enfadé porque me hiciste ver que soy una amiga de mierda. O sea, traté de buscarte, pero tampoco mucho. Doy asco. ¿Por qué me aguantas?

—Porque eres mi mejor amiga —me reí, sentándome al pie de la cama para atarme las Converse.

—Pues tienes un pésimo gusto para las amigas. —Y se dirigió a la puerta.

—Tú sabrás —me reí. Cuando tuve las zapatillas atadas la acompañé hasta la puerta principal, dándole las gracias de nuevo.

—No olvides llamarme para contarme tooooda la cita —dijo, moviendo las cejas.

—Lo haré —le aseguré—. ¡Y ahora date prisa o te perderás tu película!

—¡Hasta luego, zorra!

—¡Mira quién fue a hablar! —repliqué, riendo.

Cuando me volví después de cerrar la puerta, mi madre estaba detrás de mí, aguantándose la risa.

—Veo que habéis hecho las paces.

—Pues sí —sonreí.

—Me alegro. No me gusta veros discutir, ni siquiera cuando está

justificado. Así que... ¿a qué hora vendrá Maddox? —preguntó, sentándose en el brazo del sillón.

—A las seis y media.

El corazón empezó a latirme a todo tren, y no solo porque ya fuera casi la hora.

—Mamá —mi voz tembló—, ¿y si no se presenta?

—Oh, Emma, no seas tonta —dijo rechazando mis preocupaciones.

—Lo siento. —Fruñí el ceño y me apreté las manos—. Estoy nerviosa.

—Todo irá bien, Emmie. Siempre y cuando él se acerque y se me presente, claro —advirtió—. Si se queda en su coche, no irás con él. Presentarse es una señal de respeto, y si no es capaz de hacerlo es que no es lo suficientemente bueno para ti —parloteó.

—Vale, mamá —me reí.

De pronto di un salto cuando en mi móvil sonó un mensaje entrante. Se me paró el corazón al ver el nombre de Maddox brillando en la pantalla. Estaba segura de que iba a decirme que no podía venir. Me obligué a leer el mensaje y respiré, aliviada, al ver que solo ponía que estaba de camino.

No había planeado conocer a Maddox o tener una cita, pero tras una noche con él ya me comportaba como una colegiala atontada. Si no iba con cuidado acabaría sentada en mi jardín desojando margaritas.

—Llegará pronto —le dije a mi madre. Me sentía como si fuera la noche de mi baile de graduación y mi madre estuviera a punto de sacar una cámara y tomar un millón de fotos.

—Tengo ganas de conocerle. Tiene que ser un buen chico para que te haya gustado.

Me quedé junto a la puerta principal, esperando su coche. Cuando lo vi venir por la calle salté, sorprendida.

Estaba aquí.

Había venido de verdad.

Oh, Dios mío...

Estaba tan preocupada por si no venía que no había pensado en cómo sería estar a solas en el coche con él o de qué hablaríamos. De pronto olvidé todos los consejos de Sadie y sentí que me invadía el pánico.

—¡Ahora vuelvo! —chillé corriendo a mi habitación.

Mi madre me lanzó una mirada curiosa y comenzó a decir algo, pero entonces sonó el timbre de la puerta y me dejó marchar.

Cerré la puerta de mi dormitorio y comencé a andar de un lado para

otro, histérica. No podía tomar aire suficiente para mis hambrientos pulmones. Iba a pasar horas a solas con Maddox y no tenía ni idea de qué hacer o decir o de adónde íbamos siquiera.

—¿Pero en qué me he metido? —murmuré para mí misma.

—¡Emma! —me llamó mi madre, y supe que se me había acabado el tiempo—. ¡Maddox está aquí!

—Puedes hacerlo, Emma. Respira profundamente y cálmate.

Cogí mi pabela y un cárdigan gris y me puse ambos.

Caminé lo más lentamente posible hacia la puerta principal. Maddox estaba sentado en un sofá, con mi madre enfrente. No sabía de qué estaban hablando. Mis oídos parecían haber dejado de funcionar y me sentía mareada. ¿Me iba a desmayar? Oh, Dios, ¡eso sería más que embarazoso!

—Emma —sonrió Maddox poniéndose en pie—. Te he traído esto. —Y me mostró un ramo de girasoles—. No sabía qué flores te gustan, pero estas me recordaron a ti.

—Gracias. —Se las cogí. Al menos podía hablar sin tartamudear—. Los pondré en un jarrón. —Y señalé hacia la cocina por encima de mi hombro.

—Te acompaño. —Maddox se me acercó. Iba vestido con sencillez, casi como el día anterior, solo que aquella vez llevaba una camiseta negra y no blanca.

Abrí el armario donde guardábamos los jarrones y me puse de puntillas intentando alcanzar el más cercano.

—Lo tengo. —Maddox estaba detrás de mí, con su esbelto cuerpo pegado al mío. Mientras alcanzaba con una mano el jarrón, tenía la otra apoyada en la encimera, cerca de mi cintura. Contuve la respiración, temerosa de moverme. Mi cuerpo estaba reaccionando de formas que no sabía que podía.

Maddox pareció notarlo, así que en cuanto tuvo el jarrón en la mano se aclaró la garganta y retrocedió un par de pasos. Inmediatamente eché de menos el calor de su cuerpo contra el mío.

—Gracias —susurré llenando el jarrón de agua y echando una pastilla para que las flores aguantaran más.

—De nada —sonrió él.

En cuanto las flores estuvieron listas señalé hacia la parte trasera de la casa.

—Las llevaré a mi habitación. Espera aquí.

Esperaba que no me considerara borde por no invitarle a mi dormitorio,

pero con mi suerte probablemente me habría dejado un sujetador en el suelo y me moriría de vergüenza. Solo de pensarlo ya me ponía colorada.

Él se rio.

—Vale, te espero aquí, hablando con tu madre. —Yo ya había echado a andar cuando añadió—: Creo que ha mencionado algo sobre unas fotos desnudita de cuando eras bebé.

Solté el jarrón y se derramó por entero. Al sentir el agua fría en mis pies grité y salté hacia atrás.

Maddox empezó a reír sin control.

—Oh, Dios, ¡te odio! —chillé, sacándome los zapatos, que estaban chorreando. Me puse un par de chanclas que había en el pasillo.

Mi madre asomó la cabeza.

—¿Qué ha pasado? Oh... —dejó escapar al ver lo ocurrido—. Venga, salid ya los dos. Yo recogeré todo esto. —Y nos empujó hacia la puerta.

—Ha sido un placer conocerte, Dawn —dijo Maddox por encima del hombro—. La traeré de vuelta a las diez.

Me puso una mano en la cintura mientras nos dirigíamos al coche.

—Vaya, ¿ya tuteas a mi madre?

—¿Por qué te sorprende? Soy bastante encantador y es evidente que le gusto. ¿Cómo no iba a gustarle? Soy maravilloso.

—Te tienes en muy alta estima —comenté.

Él se rio, una risa cálida y ronca.

—¿Y por qué no?

No tenía respuesta para eso.

—Permíteme —dijo, y se adelantó para abrirme la puerta del coche.

—Gracias —sonreí preguntándome de nuevo cómo podía gustarle a alguien tener un coche que tocaba casi el suelo. Me sorprendía no haberme caído ya de culo al entrar.

Subió al coche y puso la música baja para que pudiéramos hablar.

—¿Adónde vamos? —pregunté. Esperaba que hubiera planeado algo con comida, porque estaba hambrienta. Probablemente tendría que haberle preguntado si era una cita con cena, porque si no planeaba alimentarme, acabaría convirtiéndome en un *kraken*.

—Al parque. Pensé que podríamos dar de comer a los patos, pasear y esas cosas. —Se encogió de hombros—. Quiero que esto sea algo normal y agradable.

Mi estómago rugió y él se echó a reír al oírlo.

—Y llevo una cesta de pícnic. No dejaré que mueras de hambre —añadió lanzándome una sonriente mirada.

—Eso suena... muy bien —admití.

—¿De verdad? —preguntó con una sonrisa auténtica.

—Sí. Es perfecto.

Suspiró, aliviado.

—Estaba preocupado por si preferías ir a un restaurante, pero esto me pareció algo con lo que disfrutarías.

Me sorprendió que admitiera haberse tomado tantas molestias con la cita.

—¿Qué tal tu día? —me preguntó cambiando bruscamente de tema.

—Bien —contesté—. Lo he pasado con mi madre. Fuimos a comer y luego a un par de tiendas.

—Estás muy unida a tu madre —dijo.

—Sí —le confirmé, aunque no fuera necesario—. Ella es todo cuanto tengo desde que mi padre se largó.

—Es guay tener una madre así —susurró, y sus ojos parecían tristes cuando me miró.

—¿Tú no tienes?

—Biológica, no.

—¿Eres adoptado? —pregunté impresionada.

—No —dijo frunciendo el ceño—. Mi hermano y yo éramos niños de acogida. Por suerte, la familia que nos acogió es genial, nada que ver con todas esas historias de terror que se oyen en las noticias. ¿Por qué se fue tu padre?

Quería preguntarle más, pero aún estábamos en la fase de conocernos mejor y no quería presionarle demasiado tan pronto.

—Mi padre era un alcohólico —expliqué—, así que supongo que escogió la botella en vez de a nosotras. Creo que lo peor es que me sentí aliviada cuando se fue. Siempre nos estaba gritando a mi madre y a mí. Tenía que caminar de puntillas por la casa para no hacer ruido, del miedo que le tenía —confesé.

—Vivir con miedo es una de las peores cosas que podemos experimentar como seres humanos. Te consume en vida —dijo con el rostro sumido en sombras.

—Pareces saber de lo que hablas.

—Así es —replicó, pero no añadió más.

—No siempre era tan malo —continuó. Normalmente no habría dicho una palabra sobre el tema, pero con Maddox me sentía a gusto, y era agradable poder hablar de aquello con alguien. A mi madre no le gustaba sacar el tema y Sadie prefería hablar de chicos—. Recuerdo momentos muy buenos, como cuando me enseñó a montar en bici.

—Es bueno que tengas recuerdos como esos —comentó.

—Sí —asentí—. Y aunque me alegro de que se haya marchado, parte de mí se pregunta si lo volveré a ver alguna vez... hay tanto que me gustaría decirle...

—Tal vez deberías escribirle una carta —sugirió Maddox entrando en el aparcamiento.

—No sé dónde está —y le miré como si estuviese loco.

Maddox rio.

—No hace falta. Solo escribe lo que sientes en tu corazón. —Y di un respingo cuando me puso un dedo en el pecho, justo donde mi corazón latía.

Él se sorprendió también y apartó la mano, como si no hubiese sido consciente de lo que hacía.

—Lo siento —murmuró bajando la cabeza, avergonzado.

En el poco tiempo que hacía que lo conocía, nunca lo había visto tan incómodo, y me dio la impresión de que no era algo que experimentara a menudo. Por mucho que me resistiera a admitirlo, Maddox exudaba confianza y encanto, así que me gustó ver ese lado vulnerable.

—No pasa nada —dije mientras aparcaba el coche, pero él no me miró a los ojos.

Buscó algo en el asiento trasero y me alargó una manta.

—¿Puedes llevarla? Yo cogeré el resto.

—Claro. —Abracé la manta contra mi pecho y salí del coche.

Maddox me imitó, lanzándome una mirada severa.

—Te iba a abrir yo la puerta.

—Tienes las manos ocupadas —razoné.

Él se rio, volviendo a ser el mismo de antes.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó.

—Claro —contesté—. Aunque cuando era pequeña. Paso la mayor parte del tiempo en casa —admití.

—¿De verdad? ¿Haciendo qué? —preguntó mientras nos dirigíamos a las mesas de pícnic.

—Leo, escribo canciones... ese tipo de cosas.

—¿Escribes canciones? —preguntó, sorprendido, con los ojos muy abiertos.

—Sí —dije lentamente—. ¿Por qué?

—Yo también lo hago —sonrió—. Te dije que teníamos mucho en común, Emma.

Me estremecí ante el sonido de mi nombre en sus labios. No tenía ni idea de que alguien pudiera hacer que tu nombre sonara tan... tan... no tenía palabras para describirlo, solo sabía que era increíble.

—¿Qué tipo de canciones escribes? —pregunté sentándome a la mesa y colocando la manta a mi lado.

Maddox se sentó frente a mí, puso la cesta de pícnic entre los dos y me contestó mirándome por encima de ella:

—Canciones sobre la vida.

—Vida... ¿sabes mucho de la vida?

Torció los labios mientras pensaba.

—Puede que sea joven, pero sí, yo diría que sé un montón de la vida. De la parte más dura, al menos. —Sonrió mientras abría la cesta—. Y ahora me gustaría verte devorar esto en tres segundos, tal y como dijiste que podías hacer —y me guiñó un ojo.

Solté una carcajada cuando sacó una bolsa de comida para llevar de Five Guys^[2].

—¿Qué? —Arqueó una ceja, con aquella sonrisa de crío bailando en sus labios—. No creerías que me iba a pasar el día en la cocina para hacerte una cena casera, ¿no? Aún no te conozco lo suficiente para eso.

Nunca había conocido a un chico como Maddox y me resultaba refrescante.

—Al menos eres sincero —dije cogiendo una de las hamburguesas—. Y para que conste, nunca dije que me comería cualquier cosa que cocinaras.

Se retorció de dolor, llevándose una mano al corazón.

—Me has herido. Una bala directa al corazón. —Dejó caer la mano, se inclinó hacia mí y me hizo gestos para que me acercara, como si me fuese a contar un secreto—. Solo para que lo sepas, hago unas hamburguesas con queso cojonudas, y tal vez si eres buena, uno de estos días te deleitaré con un exquisito cuenco de delicias de queso en polvo.

—¿Queso en polvo? ¿En oposición al queso real?

—Queso en polvo como el de la marca Kraft. Ya sabes, el que va en esas cajitas azules que contienen todos los sueños de la infancia —se rio

cogiendo un puñado de patatas fritas.

—Ya veo por qué escribes canciones —sonreí—. ¿No tendrás, por casualidad, algo de beber por ahí? —intenté mirar en la cesta.

—Solo he traído agua y Pepsi Light.

—Prefiero la Pepsi Light —y tendí una mano hacia la botella.

Él me la alargó, con los ojos brillando de risa.

—Creo que te quiero.

—Y yo creo que es demasiado pronto para decir eso. Es que, vamos, ni siquiera me has visto por las mañanas. Mi pelo es un desastre y me canta el aliento un montón. —No suelo ser de las que bromean, pero con Maddox me salía de forma espontánea.

—Bueno, supongo que tendrás que dejarme dormir contigo para poder juzgarlo. —Me guiñó el ojo y me ruboricé—. Pero, ahora en serio, tocas el piano, escribes canciones, no temes comer carne y te gusta la Pepsi Light: eres la chica de mis sueños.

—No es que tengas unos estándares muy altos —resoplé.

—Si mis estándares están aquí... —sostuvo una mano tan alta como pudo—, entonces tú estás aquí. —Se puso en pie, alzando la mano incluso más—. Nunca dudes de ti misma.

Bajé la cabeza.

—Gracias.

—No me des las gracias por ser sincero. —Sacudió la cabeza—. Aunque sí que puedes dármelas por esta comida, que me ha costado una pasta. —Sonrió y supe que estaba intentando hacerme reír.

—Gracias por la comida, Maddox —dije cogiendo una patata, que mojé en una de las vinagretas—. Esto ha sido una gran idea. —Moví la mano para abarcar el parque. Señalando la comida, añadí—: Y esto es mucho mejor que una hamburguesa con queso.

—Me alegro de que lo apruebes —rio entre dientes. Recuperándose, añadió—: Espero que tu hamburguesa esté bien. No sabía qué ponerle, puesto que no hemos avanzado tanto en nuestra relación como para intercambiar detalles personales, como qué condimentos ponemos en nuestra comida.

—No sabía que los condimentos fueran tan importantes en una relación. —Desenrosqué el tapón de la Pepsi Light y di un sorbo.

—Lo son. Están al nivel de los cumpleaños, el grupo sanguíneo y el número de la seguridad social.

—Ni que intentaras robarme la identidad —bromeé mientras me

limpiaba las manos en una servilleta.

—Eso, querida Emma, requeriría un cambio de sexo —me señaló con un dedo—, y estoy bastante contento con mi miembro. Es impresionante, te lo aseguro.

Resoplé.

—¿Me he pasado? —preguntó poniéndose serio—. A veces hablo sin pensar.

—Ya lo he notado —me reí—. En realidad, me parece divertido.

—Oh, bien —suspiró aliviado—. Entonces liberaré mi parte más loca. Pero antes te haré una pregunta normal.

—¿Qué es para ti una pregunta normal? —pregunté alzando una ceja.

—¿Cómo está siendo tu verano hasta la fecha?

Pensé en ello durante un momento antes de contestar:

—Interesante.

—¿Interesante para bien? —preguntó.

—Sí —asentí y una sonrisa se formó en mis labios.

—¿Y por qué es interesante? —continuó.

—Haces un montón de preguntas —me reí—. Pero si lo quieres saber, está siendo interesante porque...

—¿Porque...? —insistió cuando me detuve.

Alcé los ojos para mirar los suyos.

—Porque conocí a un chico realmente loco en un festival la otra noche y algo me dice que este verano no va a ser exactamente como lo había planeado.

Su sonrisa era contagiosa.

—¿Y qué es lo que habías planeado, dulce Emma?

—No mucho. —Me encogí de hombros—. Solo quedarme en casa leyendo o algo así. También pensé en buscarme un curro.

—Pues entonces tenías razón, Emma porque, si de mí depende, este verano no va a ser para nada como creías. De hecho, creo que podría acabar siendo el mejor verano de tu vida —concluyó, abriendo de par en par los brazos.

—¿Y eso por qué? —pregunté haciendo una bola con el envoltorio de la hamburguesa.

—Porque voy a asegurarme de que no lo olvides jamás.

Dijo aquello con una carcajada, pero había cierta seriedad en sus ojos, así que le creí. Algo me dijo que, aunque Maddox era un bromista, no era de

los que hacían promesas a la ligera. Puede que solo lo conociera de un día, pero ya sabía que había algo especial en él. Nunca había sentido aquel tipo de conexión con nadie. Seguro que mi madre diría que éramos almas gemelas, pero yo no estaba segura de que eso existiese. Creía que conocíamos a la gente por una razón, y que cada uno de ellos podía tener impacto sobre nuestras vidas de alguna manera si se lo permitíamos. Cuando acepté salir con Maddox, mi mente ya había decidido realizar un viaje con él, fuese del tipo que fuese. Sabía que no podía dejar pasar la oportunidad de permitirle entrar en mi vida, aunque solo fuese durante un tiempo. Ni siquiera estaba pensando en un amor de verano ni nada de eso, solo quería hacer algo que me sacara de mi zona de confort, y estar con Maddox lo conseguía. En muy poco tiempo había conseguido hacer surgir una parte de mí que yo ni siquiera sabía que existía. Me había mostrado una Emma que era cálida y divertida, que reía y bromeaba y no tenía miedo de resultar herida. Cuando conoces a alguien capaz de hacer algo así por ti, no puedes dejarlo escapar.

—No lo pongo en duda —susurré finalmente mientras un escalofrío me recorría la espalda.

—Mejor. Prepárate para el verano más épico de tu vida —tarareó—. Nunca nada podrá superarlo.

—Estás demasiado seguro —me reí mientras acababa mi Pepsi Light y devolvía la botella vacía a la cesta.

—Sé cómo pasarlo bien —sonrió, golpeándose los labios con un dedo.

Y ahora mis ojos se prendieron de sus labios. Se me cerró la garganta y el corazón se me puso a cien mientras pensaba en cómo sería tener aquellos labios contra los míos. Quería abofetearme por pensar en besarle: solo hacía un día que lo conocía y ya me estaba poniendo ñoña. A ese paso, si no espabilaba mañana ya estaría buscando nombres para nuestros hijos. Necesitaba pensar en Maddox como en un amigo y nada más. No iba a convertirme en una de esas chicas que tienen rollos de verano y acaban con el corazón roto.

Maddox puso las palmas de las manos sobre la mesa ruidosamente, sacándome de mi ensueño.

—¡Hora de dar de comer a los patos! —canturreó, alzando el puño—. Dejaremos esto aquí. —Y señaló a la cesta y la manta de pícnic que habíamos traído con nosotros.

—Oh, vale. —Volví a dejar la manta—. Confías mucho en la gente, ¿no?

—He visto un montón de maldad —admitió, sin pizca de humor—, pero aún prefiero ver la bondad en la gente que me rodea. Cuando pierdes la confianza en tu entorno, lo pierdes todo.

—Sabias palabras —susurré.

—Soy un tío sabio —bromeó sacando una bolsa de pan de la cesta.

—¿Seguro que no nos meteremos en líos por alimentar a los patos? —pregunté, repentinamente nerviosa.

—¿Sabes? La primera regla para divertirse es no seguir las reglas.

Maddox fue hacia el agua y corrí para alcanzarle.

—Mi madre te matará si acabo en la cárcel —le advertí.

—Tu madre me adora, nunca tocaría ni un pelo de mi cabeza perfecta. Además, no van a arrestarnos. Venga, coge un trozo de pan y jugaremos a un juego.

—¿Qué tipo de juego? —pregunté suspicaz.

—Uno en el que le pones a cada pato que se acerca el nombre más raro que se te pueda ocurrir —sonrió.

—¿Y quién gana el juego? —Comencé a arrancar pedacitos del pan que me había dado, y los patos comenzaron a nadar hacia nosotros.

—Si te diviertes, entonces ya has ganado —replicó lanzando uno de los pedazos de pan a un pato—. Ese es Casper.

—¿Casper? —me reí, mis rizos agitándose al viento—. Ese nombre no es raro.

—Yo creo que sí —dijo con sus ojos grises brillando de risa—. ¿Tienes uno mejor?

—Tengo un montón de nombres mejores —sonreí. Dejé caer pan al suelo para el pato que había a mis pies—. Este es Pipin.

—Myrtle —lanzó otro trozo.

—Trixie.

—Leviathan —Maddox se rio mientras los patos nos rodeaban.

—Esto... —me aparté de un pato que parecía dispuesto a atacarme—. Miggy. —Le lancé el pan y graznó agitando las alas.

Lancé un chillido y Maddox corrió a mi lado.

—Creo que esto ha sido una mala idea —siseé—. Ese pato parecía dispuesto a matarme.

El animal lanzó otro graznido profundo y más patos se lanzaron a por nosotros.

—Ma... ¿Maddox? —tartamudeé—. Creo que nos están acorralando.

Los patos nos rodearon por tres lados mientras nos obligaban a retroceder hacia el pequeño estanque artificial.

—Lánzales todo el pan —me dijo, haciendo lo propio con el suyo. Le obedecí y sentí que su mano se cerraba en torno a la mía—. Emma, ¿confías en mí?

Le miré, meditando sus palabras. ¿Confiaba en él? No, no como confiaba en mi madre o en Sadie, personas a las que conocía de toda la vida. Pero de alguna forma confiaba en él, o no habría estado allí en aquel momento.

—Sí —contesté, mi voz apenas un susurro.

—Entonces, estamos a punto de tener diversión de la buena —sonrió apartándose el cabello de los ojos.

—¿Eh? —Entonces chillé cuando me rodeó la cintura con un brazo y me arrastró al agua—. ¡Maddox! —grité—. ¡Bájame!

—Vale.

No debería habérselo pedido. El muy capullo me soltó y fui a parar al agua. Estaba helada y sucia, ni siquiera podía ver el fondo. Lo más seguro es que acabara pillando algún tipo de lepra por haberme metido allí.

Salí escupiendo y limpiándome el agua de los ojos.

Maddox estaba de pie en medio del agua, hundido hasta las rodillas, riéndose de mí de forma histérica. Se me cayó el sombrero, lo cogí y lo lancé a la hierba.

El estanque no era muy profundo pero lo suficiente como para empapar a una persona... y eso es lo que pretendía hacer yo con Maddox. Estaba tan ocupado riéndose que no me vio llegar. Lo agarré del brazo y tiré de él. Aunque yo era más pequeña, conseguí hacerle perder el equilibrio. Tropezó y cayó de lleno en el agua. Cuando consiguió volver a ponerse en pie, tenía la camiseta negra empapada y pegada a su pecho.

—Oh, muy bonito, Em.

Se lanzó hacia delante, arrastrándome hacia la parte más profunda del estanque. Le rodeé la cintura con las piernas: si yo me hundía, me lo llevaría conmigo.

—No me puedo creer que esta sea tu idea de pasarlo bien —protesté.

Él se rio, moviendo las piernas para mantenernos a flote en la parte más profunda.

—Pero te estás divirtiendo, ¿verdad?

—Sí —admití rodeándole el cuello con los brazos.

El agua caía por su largo flequillo y sus labios se separaron al exhalar. De pronto me sorprendí imaginando cómo sería inclinarme hacia él solo un poquito y besarle. Sabía que nunca me atrevería, pero soñar es gratis.

—Esto no es algo que yo haría normalmente —confesé bajando las piernas de su cintura. Pataleé en el agua, pero mantuve mis brazos alrededor de su cuello.

—¿El qué? ¿Tener una cita?

Me eché a reír bajando la vista con timidez.

—Bueno, eso tampoco. Quería decir... esto... me hace sentir un poco atrevida, como si pudiera hacer cualquier cosa.

—Puedes hacer cualquier cosa, Emma. —Sus dedos se enredaron en mi cabello mojado—. Todos somos capaces de hacer grandes cosas si nos lo permitimos.

—No sé qué podría hacer yo que fuera especial —murmuré.

Bajó la voz y apoyó su frente contra la mía. Su empapado cabello me rozó la piel y me estremecí.

—Entonces tendremos que averiguar qué tienes de especial.

—¡Eh! —gritó una voz desconocida—. ¿Pero qué creéis que estáis haciendo?

Maddox y yo nos volvimos hacia la voz.

—¡No podéis nadar ahí!

—Oh, mierda —murmuró Maddox—. Vamos, nada. Rápido, rápido — me animó, mientras nadábamos en dirección contraria al oficial de policía.

En cuanto llegamos al césped me cogió de la mano.

—¡Corre! —gritó con una sonrisa salvaje.

Y eché a correr.

4

Solo yo podía acabar en la cárcel en mi primera cita. Y ni siquiera por algo guay, como fumar hierba o por exhibicionismo. No, nos arrestaron por huir de la escena del delito, lo que por alguna razón acabó siendo resistencia al arresto, y nos acabaron multando por allanamiento.

—Esto es increíble. —Agarré los barrotes de metal de la celda con las manos—. Me dijiste que no nos arrestarían por dar de comer a los patos —siseé.

—Eh, al menos será una buena historia que contar algún día a nuestros nietos —razonó Maddox—. Y no nos han arrestado por dar de comer a los patos.

Supongo que en eso tenía razón, pero darles de comer había sido el desencadenante de nuestro arresto, así que en mi mente aún contaba.

Me volví a mirarle, sentado en el estrecho banco de metal.

—Crees que esto es gracioso, ¿verdad? —Me estremecí porque aún tenía la ropa mojada.

—Creo que es la releche —sonrió—. Vamos, ¿quién iba a imaginar que podían arrestarte por nadar en un estanque?

—Cualquiera que haya leído los carteles donde pone que está prohibido nadar —le fulminé con la mirada. No se lo estaba tomando nada en serio.

—Admite que te estabas divirtiendo —me retó—. A veces un poco de diversión compensa las consecuencias.

—¡Y a veces un poco de diversión te lleva a ser arrestado! —chillé—. ¡Y otras, acabas con un bebé!

Él se echó a reír apoyando la cabeza en la pared de cemento.

—Tía, cómo te has disparado. De los arrestos a los bebés... ¿Significa eso que la próxima vez que queramos divertirnos pasaremos directamente a la parte de hacer bebés? —y sonrió con picardía, moviendo las cejas.

Me dejó con la boca abierta.

—¡Eres increíble!

—Y tú te pones adorable cuando te enfadas —sonrió.

—Oh, si crees que ahora estoy enfadada, espera a ver —apoyé las manos en la cintura y me incliné hacia él, mirándole fijamente.

—Ya te veo las tetas, ¿eso cuenta?

Me cubrí el pecho con los brazos chillando y di media vuelta. La risa de Maddox resonó por el pequeño recinto. Puede que me estuviera volviendo loca, pero en el fondo me alegraba de que no nos hubiesen separado.

Vi pasar a un oficial y pregunté:

—¿Cuándo llegará mi madre?

Se detuvo, nos miró y se encogió de hombros.

—Si yo fuera ella os dejaría pasar la noche en la cárcel para enseñaros una lección.

Y se fue, dejándome allí de pie, asombrada. Me volví hacia Maddox.

—¿Toda la noche? ¡Yo no duraría ni una noche en la cárcel! ¡Quiero irme a casa! ¡Quiero dormir en mi cama!

—Bueno, yo también prefiero mi cama, Em. Y a Sonic.

¿Por qué leches se ponía a hablar ahora de los restaurantes Sonic? La comida era lo último en lo que yo podía pensar.

—Eres imposible.

—Y aun así, te gusto —canturreó recostando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos—. Siéntate y tranquilízate. Seguro que tu madre llegará pronto. Por nada del mundo te dejaría aquí.

Me senté a su lado, pero no porque me lo hubiese dicho, sino porque mi cuerpo ya no tenía fuerzas para sostenerme. Sorbí por la nariz y me limpié las lágrimas. Entonces sentí que él se volvía hacia mí.

—¿Estás llorando?

—S-sí —tartamudeé secándome más lágrimas.

—No llores, Emma, por favor, todo va a salir bien. —Me rodeó los hombros con un brazo y me acercó aún más a él. Le dejé hacer porque necesitaba consuelo—. Sé que aún no te lo había dicho, pero lo siento. No pretendía que ocurriese esto.

—Lo-Lo sé.

—Oh, Em. —Me pasó el pulgar bajo los ojos—. No quería hacerte llorar. Solo quería que lo pasáramos bien...

—Ni... Ni siquiera sé po-por qué es-estoy llo-llorando —tartamudeé aferrándome a su camiseta en busca de apoyo... y también para sonarme un poco la nariz en ella por venganza.

Él me apartó suavemente el cabello de la cara.

—Estaremos fuera en cualquier momento, ya lo verás.

—¡Mi madre no va a venir a sacarme de aquí! ¡Me pudriré en la cárcel por el resto de m-mi vidaaaaa! —sollocé incontrolablemente.

Estaba sentada en el suelo con la espalda contra la pared. Llevábamos ya una hora en comisaría y la madre de acogida de Maddox acababa de llegar para sacarlo. Mi madre, en cambio, estaba perdida en combate. De hecho, probablemente estaría en casa, en su estudio, concentrada en su última obra de arte, y ni se enteraría de que estaba en la cárcel hasta el día siguiente.

Sí, iba a pasar la noche en la cárcel.

Maddox estaba de pie junto a la celda, con su madre.

—No te preocupes, Em. Te sacaremos de aquí.

—Pe-pe-pero tú no e-e-eres mi ma-ma-maaaadreee...

Tenía un berrinche de niña de cinco años, pero no me importaba. Me habían *arrestado*, hasta me habían esposado, y ahora estaba en la *cárcel*. Estaba bastante segura de que aquello bien merecía un berrinche.

—Soy consciente de que no soy tu madre —se rio él, mirándome a través de los barrotes—. Pero te prometo que te sacaré de aquí.

—¿Có-como? —pregunté alzando hacia él mis ojos llorosos.

—Tengo mis medios —y me guiñó un ojo. Después le dijo a su madre de acogida—: Quédate con ella, por favor.

Le vi marchar y me puse a llorar aún más fuerte.

—Hola, cariño —me dijo su madre a través de los barrotes—. Ya sé que este no es el mejor modo de conocernos, pero soy Karen.

Tomé varias inspiraciones tratando de contener mis sollozos.

—Y y-yo, Emma.

—Emma —repitió ella—. Es un nombre precioso. Siempre quise tener una hija y llamarla Emma, pero acabé con tres hijos.

—¿T-Tres? —pregunté tratando de distraerme del hecho de que ella no dudaría en abandonarme en cualquier momento, porque no había forma humana de que Maddox convenciera a las autoridades para que me liberaran sin más.

—Sí —ella sonrió, poniéndose en cuclillas para estar a mi nivel—. Ezra, Maddox y Mathias.

—Cre... Creía que M-Maddox y Mathias eran de acogida...

—¿Te lo ha contado? —Su voz subió de volumen por la sorpresa, y después sonrió—. Debes de ser especial. En respuesta a tu pregunta, sí, son

mis hijos de acogida... pero los consideraré como propios desde el momento en que los conocí cuando eran pequeños.

—A-Ahora mismo Ma-Maddox no me gusta mu-mucho —hipé secándome las últimas lágrimas. Llorar no iba a solucionar nada y tendría que ser más dura si quería sobrevivir a una noche en la trena.

Karen rio y su risa repicó como una campanilla.

—No, supongo que no. —Miró hacia el pasillo y se puso en pie—. Aquí viene.

Yo también me incorporé, lista para que me dijera que iba a pasar allí la noche. Apareció con la cabeza gacha y los hombros hundidos. El estómago me dio un vuelco y casi vomité. Sabía que no iba a poder sacarme de allí.

Estaba a punto de ponerme a llorar de nuevo cuando el muy cabrón me enseñó un juego de llaves y las agitó ante mis ojos.

—¿¡Te han dado las llaves!? —chillé saltando emocionada—. ¡Soy libre! ¡Soy libre! ¡Soy libre!

Él se rio mientras habría la celda de retención.

—Sí, la verdad es que fueron muy comprensivos cuando les expliqué la situación. —Y volvió a cerrar la puerta en cuanto salí.

—Ah, que conste que te odio —le dije sosteniéndole la mirada. Y después le di una bofetada, no muy fuerte, pero lo suficiente para que picara—. Esto por hacer que me arrestaran. —Y besándole en el mismo lugar, susurré junto a su oído—: Y esto por liberarme.

Eché andar y oí a Karen comentar a mi espalda:

—Me gusta.

—Sí, a mí también —confesó Maddox.

Karen fue tan amable como para llevarnos de vuelta al parque para recoger el coche de Maddox. Le di las gracias mil veces, y puede que hasta le prometiera mi primer hijo, ya que había sacado de la cárcel a Maddox y él me había liberado a mí.

Maddox y yo caminamos de vuelta a su coche en silencio. Me abrió la puerta y me tendió las llaves.

—Ponlo en marcha, ahora vengo.

Le lancé una mirada de extrañeza, pero hice lo que me pidió, más que nada porque aún tenía frío y quería poner la calefacción pese a que era

verano.

Saqué el móvil del bolsillo de mi cárdigan y gemí. El poli que nos había arrestado me lo había confiscado, pero me lo devolvió en cuanto me soltaron... Aunque poco importaba, porque el trasto estaba destrozado.

La cita había empezado genial y se había convertido en un completo desastre. No me arrepentía de haber salido con Maddox, pero no saltaba de alegría anticipando la siguiente cita con él. Tal vez estuviese siendo injusta, al fin y al cabo, no era como si hubiera planeado que nos arrestaran, pero estaba enfadada.

La puerta del coche se abrió y Maddox subió, dejando la cesta de pícnic en la parte de atrás y tendiéndome el sombrero.

—Aquí tienes —sonrió.

—Se me había olvidado —murmuré cogiéndolo.

—Pues yo no —se jactó.

Puse los ojos en blanco. No entendía cómo podía estar tan contento con la mierda de noche que habíamos tenido. Quería echárselo en cara, pero yo no era así. Además, de no ser por él aún estaría sentado en la celda de detención llorando a mares. Así que supongo que había cosas que se le daban bien... como conseguir que le arrestasen y que luego le soltasen como si nada.

Me puse la pamea y volví a concentrarme en mi móvil... casi implorándole que resucitara. No tenía dinero para comprarme otro.

Maddox me miró para ver qué estaba haciendo.

—¿No te va el móvil? —preguntó.

—No —suspiré pellizcándome el puente de la nariz. Tenía ganas de tirarlo por la ventana, pero pensé que aún podría salvarlo.

—Ah, Emma, lo siento. Te compraré uno nuevo —prometió, y su voz sonaba sincera.

Me estremecí.

—No necesito caridad. No me debes ningún teléfono.

Él resopló mientras conducía a través de la ciudad, camino de mi casa.

—Nunca he dicho que necesitaras caridad, pero es culpa mía que se te haya estropeado el móvil, así que lo mínimo que puedo hacer es comprarte uno nuevo.

—Me has sacado de la cárcel, así que ya me has compensado bastante —murmuré apoyando el codo en el borde de la ventana y mi cabeza en la mano.

—También te metí allí. —Sus dedos tamborileaban sobre el volante.

—No me lo recuerdes —gruñí.

—¿Significa eso que no quieres volver a salir conmigo? —soltó de golpe—. Porque te juro que no había planeado que nos arrestaran ni nada por el estilo. Vamos, que no es como si tenga por costumbre que me arresten... —Encogió sus fuertes hombros—. De hecho ha sido mi primera vez. Me gustaría prometerte que nunca más ocurrirá, pero, oye, nunca se sabe...

—¿Alguna vez te callas? —le interrumpí. Mis palabras podrían haber sonado duras, pero no era mi intención—. Eres como un bebé que acaba de aprender a hablar y no puede callar ni cinco segundos.

Ignorándome, añadió:

—Básicamente creo que merezco una segunda oportunidad.

—Oh, así que piensas eso —resoplé—. ¿Y por qué?

—Porque estoy bueno, tú estás buena y juntos podríamos hacer magia.

Apreté los labios intentando reprimir la risa, pero al final se me escapó.

—Creo que puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que nunca había conocido a nadie como tú.

—Me esfuerzo por ser diferente a todos los demás. —Me guiñó un ojo—. Lo hace todo más interesante.

—Ajá... —murmuré mirando por la ventana.

—Entonces... —comenzó—. No me has contestado a lo de la segunda cita...

—Tengo que pensar en ello y, desafortunadamente... —Sostuve el móvil y lo sacudí—, no podré hacerte saber mi decisión.

—Mierda —gimió—. Pero como aún quiero comprarte un móvil nuevo, ¡creo que tengo esperanzas! —Gritó como un hombre a punto de ir a la guerra. Ya estaba aprendiendo que Maddox era muy dramático. Me pregunté si alguna vez habría pensado en ser actor.

Por fin nos acercábamos a mi casa y dejé escapar un suspiro de alivio. Estaba agotada, me dolían los ojos de tanto llorar y todo lo que quería era ducharme para librarme de aquella asquerosa agua de estanque y meterme en la cama.

Maddox aparcó en la entrada y busqué la maneta de la puerta.

—Gracias por... mmm... una tarde interesante. Te aseguro que no la olvidaré... nunca.

Maddox rio por lo bajo y se inclinó hacia mí. Me alejé de él hasta que mi espalda quedó pegada contra la puerta del coche.

Maddox bajó la cabeza y alzó los ojos para mirarme a través del velo de su oscuro cabello.

—Oh, Emma, tiembles como un pajarillo cuando estás conmigo. Puede que tenga los dientes muy afilados —su mirada se deslizó hacia mi garganta, donde mi corazón palpitaba erráticamente, y añadió, con un tono bajo y profundo—, pero eso no significa que muerda.

Mi cuerpo se encendió. Nunca antes había sentido algo así, pero había oído hablar de ello un montón a Sadie.

Si no huía y me mantenía alejada de Maddox, acabaría metida en un buen lío.

—Te-tengo que irme —tartamudeé aferrándome a la maneta de la puerta. Salí disparada del coche y acabé cayendo sobre la gravilla de la entrada—. ¡Mierda! —maldije cuando las afiladas piedras se me clavaron en las rodillas.

—¡Emma!

Un segundo más tarde Maddox estaba fuera del coche y frente a mí. Me cogió por los codos y me levantó del suelo.

—¿Estás bien? —Me miró de abajo arriba—. Estás sangrando. —Sus ojos estaban fijos en mis rodillas y tenía el ceño fruncido.

—Es solo un rasguño —murmuré apartándome de él. Lo rodeé, pero chillé cuando se me doblaron las piernas.

Me cogió en brazos y recorrió a zancadas el camino hasta la entrada.

—Pero ¿qué crees que estás haciendo? —chillé.

—Voy a llevarte dentro, a limpiarte las heridas y a ponerte una tirita —explicó—. Ahora dame las llaves antes de que tenga que tirar la puerta abajo, y no dudes ni por un segundo que lo haré.

—Oh. Dios. Mío. —Puse los ojos en blanco.

—Emma —gruñó él—. Las llaves.

—Hay una bajo el felpudo. No he cogido las mías. Parece que tendrás que bajarme —sonreí, triunfal.

Maddox notó mi sonrisa y me devolvió una de las suyas. Dejé escapar otro chillido cuando me cargó al hombro para poder coger la llave.

Me entró en casa y me llevó hasta el baño. Encendió la luz y me sentó en la encimera del lavabo.

—Esto es... encantador —comentó contemplando la decoración anticuada que le rodeaba.

—No hemos tenido dinero para reformarlo —murmuré agachando la

cabeza avergonzada.

Nunca me había avergonzado de ser pobre, pero tampoco es que quisiera que todo el mundo lo supiera... y mucho menos Maddox.

—Me gusta —sonrió—. Es *vintage*.

Resoplé.

—Ya... creo que no se ha reformado desde los setenta. —Señalé con la cabeza hacia la bañera verde guisante—. Pero este lugar... es mi hogar —y me encogí de hombros.

Me sobresalté cuando su cálida mano acunó mi mejilla.

—Sshh... —siseó acariciándome el labio inferior con el pulgar—. No tienes por qué darme explicaciones. —Me echó la cabeza hacia atrás y apoyó su frente contra la mía. Su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. Sé que literalmente te conocí ayer, pero es como si te conociera de toda la vida. Solo he tenido esta sensación de... *pertenencia* con mi familia de acogida, y sé que sonará a locura, pero siento que debemos conocernos más.

—Maddox... —empecé.

—Déjame acabar —me instó. Sacudió la cabeza y sus oscuros cabellos me acariciaron la frente—. No te estoy pidiendo nada romántico... aunque admito que estoy deseando besarte —sonrió—. Pero los dos estamos de vacaciones de verano y creo que deberíamos convertirlo en el mejor verano de nuestras vidas.

—¿Có-Cómo? —Mi voz temblaba de nervios. Maddox me afectaba de tal forma que tan pronto le estaba metiendo bronca como al minuto siguiente me convertía en un manojito de nervios.

Su sonrisa se ensanchó.

—Supongo que tendremos que averiguarlo juntos.

Sin una sola palabra más, abrió el armario del botiquín y se concentró en desinfectarme las rodillas peladas, untarme Neorporin y ponerme una tirita de Hello Kitty.

Me bajó de la encimera y me besó en la frente.

—Descansa un poco. El verano más épico de tu vida empieza mañana.

Abrí la boca para replicar, pero ya había dado media vuelta y salía del baño. Un momento más tarde oí cerrarse la puerta principal.

¿En qué demonios me había metido?

5

Tras borrar los mensajes que la policía había dejado en el contestador, me metí en la cama y me dormí de inmediato. Había acabado exhausta, pero a la mañana siguiente me sentí fresca y lista para conquistar el día.

—Mamá —la llamé entre bostezos mientras me dirigía a la cocina.

Me detuve cuando encontré una nota en la mesa de la cocina donde mi madre me decía que iba a pasar el día fuera, reponiendo materiales.

Cogí una manzana y me senté a comerla.

Como estaba sin móvil y no tenía planes, supuse que pasaría el día haciendo lo habitual en mí: tocar el piano y leer. No es que me importase, disfrutaba pasando tiempo sola.

Me acabé la manzana y tiré el corazón a la basura.

Me vestí y me senté al piano. Escogí una canción al azar, coloqué las partituras frente a mí y dejé la mente en blanco.

Había empezado a tocar el piano de bien pequeña y mi talento había sido una fuente de conflicto entre mis padres. Algunos decían que yo era un prodigio, así que mi padre quiso que me hiciera profesional. Pero yo era muy pequeña y mi madre se negó en redondo. Ella creía que el talento era algo que debía disfrutarse, no forzarse, y no quería que yo acabara odiando algo que amaba tantísimo. Agradecí mucho tener una madre como ella. Aunque mi padre fuera un capullo borracho que nos acabó abandonando, al menos tenía una madre increíble, mientras que otros no tenían ni eso.

Estaba tan concentrada en la música y en la forma en que sentía las teclas bajo mis dedos que cuando sonó el timbre de la puerta solté un grito y me caí de la banqueta.

Me serené, me alisé la ropa y me aparté el cabello de los ojos. Estaba segura de que era Maddox el que estaba en la puerta, así que me sorprendió no ver a nadie cuando abrí. En su lugar había una simple caja de cartón marrón en el felpudo de la entrada. La recogí y la sacudí un poco. El tenue sonido no me dio ninguna pista de su contenido.

Cerré la puerta con el pie y fui a buscar un cuchillo a la cocina. Corté la cinta de los bordes y me eché a reír al descubrir lo que había dentro.

—¿En serio, Maddox? —reí aún más al ver la caja blanca de un nuevo

modelo de iPhone. Pero lo que me hizo reír fue una caricatura que había pegada en la caja, de un chico que supuse era Maddox pidiendo perdón.

Despegué el dibujo con mucho cuidado y me lo llevé, junto con la caja, a mi habitación. No sé por qué decidí pegar el dibujo en el espejo de mi tocador. No quería tirarlo.

Una vez colocado el papel en el espejo, me senté en mi cama y abrí la caja blanca. Dentro, encontré el móvil. Nunca había tenido nada tan... tan brillante. O nuevo. Lo saqué de la caja y apreté el botón redondo que encendía la pantalla. Sabía cómo funcionaba porque Sadie tenía uno igual.

Resoplé cuando vi el fondo de pantalla. Era una foto de Maddox haciendo pucheros, con un bocadillo de cómic donde se leía: “¿Ya me has perdonado?”.

Di un respingo cuando el móvil empezó a sonar en mi mano. La cara de Maddox apareció de nuevo en la pantalla, aunque esta vez la foto era diferente, una normal en la que lucía una sonrisa fácil y parecía estar riéndose de algo.

—¿Hola? —contesté.

—¿Y ahora?

Me reí, echando la cabeza hacia atrás.

—Eres incansable.

—¿Entonces...?

—Te perdono —suspiré. En ese momento decidí que era imposible permanecer enfadada con Maddox.

—Excelente —dijo él, y supe que estaba sonriendo—. No lo olvides, la aventura número uno empieza hoy.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Justo... ahora.

Colgó y un minuto más tarde apareció un mensaje en la pantalla.

SAL DE CASA. CAMINA HASTA LA SEÑAL DE ESTOP Y GIRA A LA DERECHA.

TE ESTARÉ ESPERANDO

—Maddox —murmuré sacudiendo la cabeza.

Esperaba que mis shorts y mi camiseta fueran apropiados, porque parecía que no tenía tiempo de cambiarme. Me metí el móvil en el bolsillo trasero y seguí sus instrucciones.

Cuando doblé la esquina de la calle y le vi, me eché a reír.

—¿Tan seguro estabas de que vendría? —Señalé hacia donde estaba él, recostado contra una brillante motocicleta roja que resplandecía como una manzana de caramelo bajo el sol.

Él se encogió de hombros con cierta vergüenza.

—Tenía esperanzas.

—Así que... —Señalé con una mano la motocicleta—, ¿esta es nuestra primera aventura?

—Eso es —sonrió él—. ¿Has montado en moto alguna vez?

—No —admití.

Su sonrisa se amplió.

—¿Te asusta? Puedes agarrarte a mí bien fuerte, a mis abdominales no les importará. —Y se pasó una mano sobre su estómago plano, oculto tras una ajustada camiseta gris.

—No me asusta —dije poniendo los ojos en blanco.

—Pues tal vez debería, porque cuando Mathias descubra que se la he cogido, intentará matarnos a los dos —murmuró frunciendo el ceño y frotándose la barbilla.

—O podríamos acabar arrestados de nuevo, esta vez por robar una moto —señalé.

—Bueno, al menos nos habremos divertido —y se encogió de hombros.

—¿Por qué le has cogido la moto a Mathias? —pregunté.

Él me tendió una cazadora de cuero. Era de la talla perfecta y noté que aún le colgaba la etiqueta del precio de una manga, así que la arranqué. Maddox parecía tener un montón de dinero y por un momento me pregunté de dónde lo sacaría.

Mientras me ponía la cazadora, él comenzó a explicarse:

—Bueno, yo tenía una...

—¿Tenías? —repetí—. ¿Qué le pasó?

—Pues... —Agachó la cabeza frotándose la nuca con la mano—. Es una larga historia...

Me crucé de brazos.

—Tengo tiempo.

Me miró con sus ojos grises llenos de dudas.

—En realidad no vale la pena.

—Ajá —murmuré—. Sigo esperando.

Maddox dejó escapar un suspiro y miró al cielo como si tratase de

encontrar la fuerza para seguir.

—Yo... esto... la estrellé.

—¿Estrellaste tu moto y ahora quieras que me suba contigo a la de tu hermano? Eso suena como el camino más rápido para acabar en urgencias.

—¡Solo me rompí un brazo! —se defendió—. ¡Además, yo te protegeré!

—¿Me protegerás mientras estrellas la moto? Eso tiene muchísimo sentido —resoplé.

—Ya sabes a lo que me refiero —murmuró por lo bajo.

—Así que, a pesar del hecho de que ya has estrellado tu propia moto y de que podrían arrestarnos por robar la de tu hermano, ¿aún crees que esto es una gran idea? —pregunté, alzando una ceja y esperando su respuesta.

Él arrugó el gesto.

—Es una idea excelente —me corrigió.

Por supuesto que él pensaba que lo era.

Yo era una chica lista que nunca hacía lo que no debía. Era una chica normal, algunos dirían que hasta aburrida.

Era sencilla.

Corriente.

Nada especial.

Fácil de olvidar.

Y por eso, aunque sabía que volver a casa y fingir que aquel encuentro nunca había ocurrido era lo mejor, dije:

—Vale, hagámoslo.

La sonrisa de Maddox no podía ser más ancha.

—Por un segundo pensé que me ibas a pedirme que me largara —se rio.

—Lo he pensado —admití—. Pero solo por un segundo —confesé cuando él bajó la cabeza. Volvió a sonreír al oírme—. Tienes razón, Maddox. Este es un verano para la aventura.

Su sonrisa era demoledora.

—Me alegra que estés de acuerdo. —Eché el brazo hacia atrás y sacó un casco. Traté de cogerlo, pero él no me dejó, sino que me lo puso y lo aseguró él mismo—. Mírate —se rio, golpeando con los nudillos sobre la dura superficie. Notaba el casco pesado e incómodo sobre mi cabeza, como si mi cuerpecillo fuera a derrumbarse bajo aquel peso—. Eres una motera de lo más sexy.

—Gracias... supongo —me reí.

Se puso su propio casco y cabalgó la moto.

—Vamos, Em —dijo tendiéndome una mano.

Me temblaba todo el cuerpo. No me podía creer que estuviera a punto de hacer aquello. A pesar de mi anterior seguridad, estaba aterrorizada. Las motos tienen dos ruedas y un motor muy rápido... y aquello ya bastaba para hacerme huir a toda prisa.

Pero me negué a ser la chica que se acobardaba ante todo, así que me cuadré de hombros, fingiendo que el miedo no existía.

Me aferré al hombro de Maddox y pasé la pierna sobre la moto. Restregué mi cuerpo contra el suyo hasta que estuve bien sentada y me pareció que no iba a caerme.

—¿Cómoda? —se rio con calidez, echando una mano hacia atrás para cogerme por el muslo.

Di un respingo contra él y ahogué una exclamación.

—¿Estás bien?

—Mmm... sí, estoy bien —dije intentando recuperar el aliento. Él no había pretendido nada al tocarme, estaba haciendo una montaña de un grano de arena—. ¿Adónde vamos exactamente?

—No tengo ni idea —contestó con sinceridad—, y esa es la gracia.

Antes de poder responder salimos disparados carretera abajo. Lancé un gritito y le rodeé el pecho fuertemente con los brazos. Más que oírle reír, lo sentí. Cerré los ojos con fuerza y apoyé la cabeza en su espalda. Íbamos tan rápido que me daba miedo mirar alrededor.

Cuando paramos en un semáforo, me dijo:

—Emma, me estás agarrando tan fuerte que acabarás dejándome señales.

—¡Entonces no vayas tan rápido! —me defendí.

—Vale —se rio—, iré más lento... un poquito, al menos.

Tragué saliva.

La luz se puso en verde y volvió a darle gas.

—¡Maddox! —chillé. Si aquella era su idea de diversión, que no contara conmigo.

—¡Abre los ojos, Emma! —¿Cómo demonios sabía que los tenía cerrados?—. ¡El mundo pasa junto a ti!

Me abracé aún más a él y abrí lentamente los ojos.

El mundo no era más que un borrón a nuestro alrededor, como si fuésemos tan rápido que el tiempo se hubiese detenido. No daba tanto miedo como creía.

Nuestro pueblo pronto quedó atrás mientras nos dirigíamos hacia la ciudad. Una hora más tarde entrábamos en el parking de un restaurante. Me temblaban los brazos y no hubiese podido moverme ni queriendo.

Él se quitó el casco y se peinó el cabello con los dedos.

—¿Em? ¿Emma? —me llamó al ver que no me movía.

Yo estaba petrificada.

—No me puedo mover —murmuré contra su espalda.

—Claro que puedes. —Su risa era ronca.

Intenté mover los dedos.

—No.

—Venga, no te he asustado tanto, ¿verdad? —preguntó cogiéndome los brazos y quitándoselos de alrededor del torso.

—Estaré bien —le aseguré—. Solo dame un minuto... o cinco.

Se quedó quieto, esperando a que reuniera la energía necesaria para bajarme de la moto. Cuando finalmente fui capaz de hacerlo, casi me caí de lo mucho que me temblaban las piernas.

—Uauh. —La mano de Maddox salió disparada para agarrarme antes de que me cayera.

—Gracias —repliqué recuperando el equilibrio.

Cuando estuvo seguro de que estaba bien, me soltó y se bajó también. Luego me quitó el casco y lo guardó.

Me pasé los dedos por el cabello, esperando que no se diera cuenta de lo mucho que me temblaban las manos. El viaje no había sido tan terrible una vez redujo la velocidad, pero aun así había temido caer si no me agarraba lo suficientemente fuerte.

—Pu-puede que no sea tan malo a la vuelta, ¿no? —razoné.

Maddox se echó a reír, pasando un brazo sobre mis hombros mientras me conducía al restaurante.

—Quizá —fue todo lo que dijo.

—No pareces muy convencido.

Él me abrazó aún más fuerte.

—Bueno, es que parecías muy asustada. Tengo arañazos en mi estómago para probarlo. ¿Te gustaría verlos? —y me guiñó un ojo mientras se cogía el bajo de la camiseta con la mano libre.

—No. No importa, está bien —tartamudeé.

Se rio por lo bajo mientras sacudía la cabeza.

—¿Qué? —pregunté.

Él se encogió de hombros mientras subíamos la escalera hacia el restaurante.

—Es que me parece supermono que te cortes cuando digo según qué cosas.

—Eso que no tienes filtro —repliqué.

—También es verdad —aceptó con una carcajada. Y abriendo la puerta del restaurante, añadió—: Espero que te gusta la pizza.

—La pizza es mi vida —le aseguré—. Es más importante que ducharse y respirar.

Se echó a reír y la sonrisa no abandonó sus labios.

—Entonces sí que amas la pizza.

El interior del restaurante era muy elegante para ser una pizzería. Contemplé los brillantes suelos de madera y los ricos detalles del local. Podía ver la cocina y había un fuego de leña.

—Así es como cocinan la pizza, a la madera. Son deliciosas —comentó Maddox cuando me vio mirando el fuego.

—¿Para dos? —preguntó la jefa de sala.

¿Una pizzería con una jefa de sala?

—Sí —contestó Maddox—. ¿Y podríamos sentarnos fuera?

—Por supuesto —dijo ella sonriendo mientras cogía los menús—. Síganme.

Una vez sentados, la jefa de sala desapareció y yo siseé a Maddox:

—¿No habías dicho que esto era una pizzería?

Él arqueó una ceja y me miró por encima del menú.

—Y lo es.

—Me imaginaba... no sé, algo más tipo Pizza Hut con manteles a cuadros rojos y blancos y platos de papel —murmuré—. Este lugar es demasiado elegante.

Maddox rio y dejó el menú a un lado.

—Bueno, tal y como yo lo veo, te debía una después de lo de anoche. Creí que estaríamos en paz si te llevaba a comer a un buen sitio.

—¿Después de estar a punto de matarme con la moto?

—No he estado a punto de matarte —dijo poniendo los ojos en blanco—. No seas dramática.

—Pues yo he tenido que agarrarme para no morir.

Una sonrisa juguetona apareció en sus labios.

—A lo mejor a la vuelta puedo hacer algunos trucos.

—Ni se te ocurra —le advertí entrecerrando los ojos.

Se rio y volvió a coger el menú.

—En realidad, nunca te haría algo así.

—Espero que no —murmuré justo cuando un camarero aparecía junto a nuestra mesa.

—Soy Tyler y hoy seré su camarero. ¿Puedo traerles algo de beber para comenzar?

—Agua, por favor —sonreí al camarero.

—Pepsi light.

El camarero hizo una mueca.

—Lo siento, ahora mismo solo tenemos productos Coca Cola en la máquina expendedora. Nuestro barril está estropeado.

—Jodida Coca cola —gruñó Maddox—. Esto es una conspiración, te lo digo yo.

Resoplé y traté de disimular tosiendo.

—Entonces agua también para mí —murmuró Maddox.

—Enseguida vuelvo. —El camarero dio media vuelta y desapareció dentro del local.

Volví a estudiar el menú.

—Pide lo que quieras —Maddox se puso en pie—. Y si vuelve antes que yo, pídemela una grande de pepperoni... Y no, no pienso compartirla. Me comeré toda esa cabrona yo solo.

—¿Adónde vas? —pregunté perpleja.

—A por una Pepsi Light, por supuesto —y me miró como si la loca fuera yo.

—Vale, de acuerdo —me reí.

Le contemplé marchar y sacudí la cabeza.

—¿Listos para pedir? —preguntó el camarero dejando nuestros vasos en la mesa.

—Oh... esto... sí. Una grande de pepperoni para él y una de queso para mí. Oh, y algunos de estos rollitos de pepperoni —y señalé una foto del menú—. Tienen buena pinta.

—Le gustarán. —Recogió los menús—. Ahora mismo los pido.

Estudié los edificios cercanos mientras esperaba a Maddox. Muchos parecían ocupados por bufetes de abogados y otros profesionales, pero también vi una tienda de animales y una heladería.

—¡He encontrado una! —canturreó Maddox sacándome de mis

pensamientos. Se dejó caer en su silla y alzó una botella de Pepsi Light con orgullo.

—Pues sí que te gusta la Pepsi Light —me reí mientras bebía mi agua.

—Amo la Pepsi Light tanto como tú la pizza, con todo mi corazón —y se llevó una mano de forma dramática al pecho antes de desenroscar el tapón.

—Eso es un montón —comenté.

Maddox abrió la boca para decir algo, pero entonces llegó el camarero con los rollos de pepperoni.

—Aquí tiene su entrante —dijo sonriéndome. Al mirar hacia Maddox se sobresaltó. Creí que estaba a punto de meterle bronca por la Pepsi Light, pero no lo hizo. En lugar de eso, el chico miró a Maddox con una expresión extraña antes de añadir—: Perdona, pero es que me resulta muy familiar.

Maddox se removi6 en la silla, inc6modo. Se cubrió la boca con una mano y murmuró:

—No lo creo. Debe confundirme con otra persona.

El camarero lo miró durante unos segundos más y por fin sacudió la cabeza.

—Sí, supongo que sí. Perdonen —me sonrió con torpeza y se alejó de nuestra mesa.

—Eso ha sido raro. —Arrugué la nariz y miré a Maddox.

—Mmm... sí, raro —contestó él, con la mirada perdida—. Perdona, vuelvo enseguida.

Se volvió a levantar y se fue antes de que yo pudiera añadir palabra.

¿Qué demonios pasaba?

Le observé alejarse con cara de perplejidad.

No estuvo mucho tiempo fuera, pero cuando volvió llevaba puesta una gorra negra de béisbol. Tenía la visera baja y sus ojos quedaban ocultos.

Le lancé una intensa mirada nada más sentarse.

—De verdad que se te da fatal esto de las citas.

Sonrió.

—¿Qué? ¿Estás de coña? A mí se me da bien todo —y volvió a coger su Pepsi Light.

—¿Y a qué viene lo de la gorra? —pregunté cogiendo uno de los rollitos de pepperoni y mojándolo en la salsa marinara.

—Me daba el sol en los ojos —dijo tocando la visera.

Me lo quedé mirando fijamente.

—¿Maddox?

—¿Emma? —sonrió.

—¿Y por qué no te has puesto las gafas de sol si tanto te molesta? —y señalé unas de marca que llevaba colgadas del cuello de su camisa.

Él bajó la vista y sonrió, avergonzado.

—Se me habían olvidado...

Por alguna razón no pude creerle. Tenía la sensación de que aquel repentino deseo de llevar gorra venía de lo que había dicho el camarero.

—¿No será que conoces a ese chico y no quieres que te recuerde? —le pregunté.

—¿Qué? No, no lo conozco —se burló—. Ya te he dicho que la gorra es para el sol.

Suspiré y decidí dejarlo pasar.

—Esto está realmente bueno —dije señalando el entrante.

Maddox cogió uno.

—Sí, me encanta este sitio. Buena comida y buen ambiente.

—Pero sin Pepsi Light —me burlé.

Él se rio y noté que se le había quedado un poco de salsa marinara en la comisura de la boca.

—Y eso es una pena.

Maddox se pulió el resto de rollitos de pepperoni justo cuando el camarero volvía con nuestras pizzas. Mi estómago rugió al ver aquella delicia de quesos. No mentía cuando le dije a Maddox que adoraba la pizza.

Después del agotador viaje hasta allí, estaba hambrienta.

Cogí un trozo de pizza y le di un bocado.

—Oh, Dios mío. —Tuve que contener un gemido—. Es la mejor pizza que he comido jamás.

Maddox me contempló durante un momento y se aclaró la garganta.

—¿Qué? —pregunté.

—Tú... esto... tal vez no deberías hacer ruidos como esos en público —y señaló con la cabeza hacia una mesa ocupada por tres hombres lo bastante mayores como para ser mis abuelos. Los tres me miraban con la boca abierta.

—Oh —me ruboricé y dejé la pizza, repentinamente avergonzada.

—Aunque, si los hicieras a puerta cerrada y conmigo encima... entonces sí que molaría —y me guiñó un ojo.

—Maddox —siseé con las mejillas incendiadas.

—Lo siento, no he podido resistirme —se rio.

Me gustaría decir que perdí el apetito, pero sería mentir. Aquello era pizza y nada, ni siquiera mi gran vergüenza, me impediría disfrutarla.

Acabamos de comer y Maddox pagó por la cuenta. Normalmente hubiese protestado, pero después de que me arrestaran la noche anterior y del terrorífico viaje en moto de la mañana, supuse que me lo debía.

El estómago me dio un vuelco al acercarnos al aparcamiento. Tenía que volver a montar en la moto.

Oh, Dios.

Me quedé helada y Maddox se volvió a mirarme cuando notó que ya no estaba a su lado.

—¿Emma? —me llamó—. ¿Estás bien?

—Uh...

—Oh, Em. —Regresó a mi lado y me cogió de la mano—. Está bien, no iré rápido, te lo juro.

Cerré los ojos y tomé una inspiración profunda. Solo era una moto, podía hacerlo. Aquello iba de vivir aventuras y de salir de mi zona de confort.

—¿Irás despacio? —pregunté.

—Tanto que un bebé tortuga podría adelantarnos —se rio. Después se puso serio y añadió—. Siento haberte asustado antes.

—Estás perdonado —murmuré—. Pero, en serio, si vuelves a asustarme con esa cosa tendrás que dormir con un ojo abierto el resto de tu vida.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Me siento intrigado ante la idea de que puedas colarte en mi habitación por la noche. Eso abre tantas posibilidades...

Puse los ojos en blanco.

—Eres... —Pero no había palabras para describir lo que Maddox era.

—¿Increíble? —sugirió él con una sonrisa.

—Más bien imposible —repliqué—. Pero puedes creerte increíble si te hace sentir mejor.

Él se rio, pasándose los dedos por el cabello. Llegamos a la moto y él cogió el casco que yo había llevado en el camino de ida. Antes de volver a ponérmelo, dijo:

—Creo que contigo he encontrado mi media naranja.

Cortó mi réplica metiéndome el casco por la cabeza. Me tambaleé bajo el peso extra y él me cogió por la cintura, atrayéndome hacia él. Nuestros cuerpos se alinearon perfectamente. De hecho, el mío se curvaba contra el suyo... como si mi cerebro se hubiese apagado por completo y mi cuerpo

hubiese tomado el control. Tragué saliva y di gracias en silencio por la protección que me proporcionaba el casco.

—Aún no estoy preparado para poner fin a nuestra primera aventura.
—Sus manos temblaron sobre mis caderas.

—¿Ah, no? —Si aquella aventura implicaba seguir en la moto tendría que dejarlo. Podía darme un ataque si tenía que pasar un segundo más de lo necesario en aquella cosa.

—No —sacudió la cabeza y sus peculiares ojos grises se oscurecieron como nubes de tormenta.

—Oh... ¿y qué tienes en mente? Porque esta moto y yo no somos muy buenas amigas.

Él se rio y sus manos subieron por mi espalda. Temblé ante sus caricias a pesar de que estábamos a más de 26 grados.

—Pensaba que podrías venir a mi casa. —Y como si notara mi tensión, se apresuró a añadir—: Mi madre estará allí, no tienes de qué preocuparte. Es solo que... dijiste que te gustaba la música y hay algo que me gustaría enseñarte.

Inhalé profundamente tras la seguridad del casco para controlarme. Sabía que acabaría aceptando porque había algo en Maddox imposible de resistir, pero una parte de mí gritaba que aquello era una locura. Al fin y al cabo, apenas hacía unos días que lo conocía. Pero no quería seguir siendo la misma chica toda mi vida, pasar el verano encerrada en mi casa, tocando el piano y leyendo todo el rato... dejando que Sadie me arrastrar al centro comercial de vez en cuando. Quería *vivir*, y con Maddox me sentía... *viva*.

—Suenan bien —grazné.

Sus manos se apartaron de mi cintura.

—Excelente. —Golpeó el casco con los nudillos—. Larguémonos de aquí.

Comencé a sudar al pensar en el viaje de vuelta en moto.

Él subió a la moto y se puso el casco.

—Todo irá bien, Emma —y me tendió una mano.

Asentí y me obligué a montar tras él. Como no tenía ninguna experiencia con chicos me sentía un poco incómoda por tener que pegarme tanto a él, pero no tenía elección.

—Agárrate fuerte... —me advirtió dando gas. Yo le rodeé el pecho con mis brazos y le sentí reír. Maddox echó una mano hacia atrás para acariciarme el muslo. Solté una exclamación tan alto que juro que tuvo que

oírme por encima del ruido del motor— ...y no te sueltes.

6

El viaje hasta casa de Maddox no fue tan malo como el primero. De hecho, en cierto modo lo disfruté, aunque para cuando llegué a su casa estaba más que lista para bajar de aquella cosa.

Al quitarme el casco contemplé boquiabierta la enorme casa.

—Joder, ¿vives aquí?

Él se rio.

—Sí. De hecho, Mathias y yo vivimos en la casa de invitados, en la parte de atrás, pero también tenemos habitaciones en la casa. Simplemente nos gusta tener privacidad.

—¿Casa de invitados? ¿Tenéis una puñetera casa de invitados? —exclamé. Debería de haberlo supuesto dado el enorme tamaño de la casa, pero aun así...

Maddox se rio mientras se quitaba la cazadora de cuero. Echó a andar hacia la parte trasera de la casa, indicándome con la cabeza que lo siguiera.

—De hecho, es a la casa de invitados adonde vamos.

Abrió una verja de hierro y entramos en un bonito patio trasero. El césped, de un verde brillante, estaba bien cortado, y había una piscina de un azul resplandeciente. Yo solo había visto casas así en las revistas. Definitivamente no tenía nada que ver con la desgastada casa baja en la que yo vivía.

—Diría que para ser chicos de acogida, Mathias y tú tuvisteis suerte con Karen —comenté sin dejar contemplar aquella casa palaciega. Era realmente hermosa. Aunque era grande no resultaba totalmente intimidante. De hecho, tenía cierto aire hogareño, y pensé que sería por su estilo colonial de Nueva Inglaterra. Parecía la típica casa que podrías ver junto a un lago, en algún lugar—. Es un sitio precioso.

—Sí, tuvimos mucha suerte —dijo Maddox con una leve sonrisa y los ojos oscurecidos—. Pero después de toda la mierda que vivimos de niños con nuestros padres, creo que nos merecíamos toda la felicidad que pudiéramos obtener.

Asentí. Sabía que Maddox no me conocía lo suficiente como para contarme todos los secretos de su vida con sus padres biológicos o los

detalles de su acogida, pero sentía curiosidad. Normalmente no me interesaba conocer a la gente, prefería meter la nariz en un buen libro y olvidarme de que el mundo real existía, pero sentía una conexión con Maddox. *Quería* llegar a conocerlo. *Quería* pasar tiempo con él. Me sentía atraída hacia él de una forma que incluso a mis diecisiete años sabía que era diferente. *Él* era diferente.

—¿Emma?

Tropecé y me di cuenta de que me había aislado con mis pensamientos. Maddox estaba junto a la puerta de una casa de invitados de dos plantas. Parecía como una pequeña versión de la casa principal.

—¿Vienes? —preguntó.

—Oh, uh... sí... —y corrí a su lado.

Me sonrió antes de abrir la puerta.

—Hogar dulce hogar.

En el interior, la planta baja estaba decorada con lo justo, había una pequeña cocina a mi derecha y una alfombra raída cubría el suelo de madera. Las paredes estaban pintadas de blanco y con ladrillo vista. Creo que nunca antes había visto ladrillo usado en el interior de una casa.

—Esto es lo que quería enseñarte. —Maddox movió un brazo hacia un lado con una sonrisa casi tímida.

Los únicos muebles del salón eran un futón extendido como una cama, cubierto con cojines de todo tipo, y un escritorio lleno de papeles amontonados.

Pero sabía que Maddox no se refería al futón.

—Hala —exclamé al ver el despliegue de instrumentos. Había un micrófono, una batería completa, guitarra, bajo y un piano.

Maddox bajó la cabeza.

—Dijiste que te gustaba la música y que tocabas el piano... así que esperaba que quisieras tocar algo para mí.

Me quedé ahí de pie, asombrada. No me podía creer lo inseguro que de pronto parecía Maddox, él que normalmente era tan creído. Aquel era un aspecto de él de lo más infantil.

Abrí la boca para decirle que me encantaría hacerlo cuando oí un ruido como de refriega a mi espalda. Lancé un chillido y le cogí del brazo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclamé sin aliento.

Él apretó los labios intentando contener la risa. Me cogió por los hombros y me hizo dar la vuelta. Contra la pared había una pequeña jaula y

pude ver algún tipo de criatura yendo de un lado a otro. Me acerqué y miré dentro. Esperaba ver un hámster, pero no lo era. La criatura alzó ligeramente la cabeza para mirarme y movió su pequeña nariz negra.

—¿Eso es...?

—Un erizo —asintió Maddox con una sonrisa. Abrió la jaula y metió una mano para sacar al pequeño—. Emma, te presento a Sonic.

—¿Sonic? —pregunté recordando la noche anterior, en la comisaria. Entonces había creído que hablaba de una cadena de restaurantes de comida rápida—. ¿Por qué lo llamaste Sonic?

Maddox ahogó una exclamación mientras apretaba el erizo contra su cuello.

—¿No conoces al erizo Sonic?

—Eeh... —le miré como si hubiese perdido la cabeza—. ¿No lo tienes justo ahí? —y señalé a su mascota.

Él sacudió la cabeza con fuerza.

—Sonic the Hedgehog... el videojuego... ¿No te suena?

—No, lo siento —confesé tras pensar un poco.

Jadeó.

—Esto. Es. Una. Tragedia. —Sacó su móvil del bolsillo trasero y tecleó algo. Después me lo plantó en la cara—. Este es Sonic the Hedgehog.

Contemplé el dibujo de un erizo de color azul.

—No se parece en nada a un erizo, pero si tú lo dices...

Maddox suspiró y apartó el móvil.

—Bueno, cuando acoges a un erizo llamarlo Sonic es lo más apropiado. Aunque durante un momento de debilidad me planteé llamarlo Apúa el Huno.

—¿En referencia a Atila el Huno? —resoplé.

Maddox me miró fijamente.

—El hecho de que sepas quién fue Atila el Huno pero no Sonic the Hedgehog es tristísimo, Emma. Casi una blasfemia.

—Chico, qué obsesión tienes con ese erizo —me reí.

—Voy a pillar el videojuego de Sonic y te obligaré a jugar. Ya lo verás, ya —murmuró—. Toma, ¿quieres cogerlo?

Me puso a la espinosa criatura ante las narices.

—Esto... —Miré al erizo—. ¿Cómo lo cojo?

—Pues como lo hago yo —se rio—. Solo ten cuidado con las púas.

Sostuve las manos en alto y él me puso al erizo en ellas. Sonic olisqueó mis manos, y supongo que decidió que yo le gustaba, porque se quedó

dormido inmediatamente en ellas. Solté una risita.

—Creo que le gusto.

Alcé la vista a tiempo de ver algo centellear en los ojos de Maddox.

—¿Cómo no ibas a gustarle? —murmuró.

Sus palabras me sorprendieron y una oleada de calidez me recorrió el cuerpo.

Maddox carraspeó y se cruzó de brazos. El gesto hizo que su camiseta le marcara aún más los músculos del pecho y el estómago. Tragué saliva ante el espectáculo.

—A lo mejor debería regalarte un erizo —se rio—, en vista de lo mucho que le gustas a Sonic.

—¿Sonic y Apúa el Huno? —bromeé alzando una ceja.

Él se echó a reír y recogió al erizo de mis manos, devolviéndolo a su jaula. Contemplé al pequeñín arrebujiándose en su camita.

Maddox me guio hacia el piano con una mano en mi cintura. Me senté en la banqueta y él a mi lado. Como el asiento era muy pequeño nuestros cuerpos estaban muy juntos.

—¿Qué quieres que toque? —pregunté con la voz temblándome por los nervios. Normalmente tocaba estando sola. La mayor audiencia que había tenido había sido mi madre. Me aterrorizaba cagarla con Maddox mirándome.

—Lo que quieras. —Su voz sonó suave y muy cerca de mi oído. Salté cuando sus dedos rozaron mi cuello al apartarme el cabello del hombro—. Quería verte la cara —susurró, mirándome con tal intensidad que me quedé sin aliento.

Le lancé una tímida mirada, con el corazón laténdome locamente en el pecho. Aquel chico me tenía totalmente desconcertada. Aquel loco, arrogante, increíblemente guapo muchacho al que acababa de conocer pero que conseguía revolucionarme por dentro.

Pese a lo nerviosa que me ponía, jamás me había sentido tan inmediatamente a gusto con alguien como lo estaba con Maddox. Había algo tan contagioso en él que era imposible que no te gustara.

—Vale —repliqué finalmente.

Cerré los ojos y me mojé los labios con la lengua. No pensé en ninguna canción en particular, simplemente dejé que mis dedos me guiaran.

Normalmente tocaba siguiendo una partitura, incluso aunque no la necesitara. Siempre había tenido buen oído para la música y podía interpretar

cualquier canción con solo oírla una vez. Me llevaba varios intentos tocarla bien, sí, pero siempre había sido capaz de dominar incluso las piezas más complicadas.

Aquel piano era mejor que el que tenía en casa. Las teclas eran suaves y lisas, casi como si fuera nuevo y nadie lo hubiese usado.

Cuando la canción acabó y abrí los ojos descubrí a un perplejo Maddox contemplándome.

—Eres increíble —susurró.

—Anda ya —repliqué bajando la vista.

Él sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Crees que podríamos tocar una juntos?

—Claro.

Su sonrisa fue cegadora e hizo que el estómago me diera un vuelco.

—¿Qué instrumentos tocas... además de la batería, claro? —pregunté.

—Un poco de todo, pero la batería es mi favorita. Me encanta sentir el ritmo pulsando a través de mi cuerpo y haciendo vibrar mis huesos —dijo con pasión—. Puedo tocar la guitarra decentemente, un poco el piano... no como tú, eso te lo aseguro —se rio—. Canto... pero no delante de la gente, solo cuando estoy solo componiendo.

—Eres todo un portento —bromeé con una sonrisa, empujándole un poco con el hombro.

Él me sonrió.

—Es solo que amo la música. Es mi vida.

Podía ver el amor brillando en sus ojos al hablar. Le envidié por aquello. Yo estaba a punto de empezar mi último año de instituto y no tenía ni idea de lo que quería hacer. Aquello me asustaba.

—¿A qué te gustaría dedicarte por el resto de tu vida —le pregunté a Maddox antes de poder pensarlo siquiera.

Él se quedó quieto y con ojos serios, contestó:

—A la música, por supuesto.

Agaché la cabeza.

—¿Qué te gustaría hacer a ti?

Tomé aire y me obligué a volver a mirarle.

—Ese es el problema, no lo sé y eso me aterra. Tengo que averiguarlo, pero no sé si existe algo que me apasione tanto como a ti la música. —Fruncí el ceño—. Quiero... quiero tener ese brillo en los ojos que tú tienes.

Él alargó una mano para apartarme el cabello de la frente.

—Tú ya tienes brillo en los ojos, Em. Brillan por la vida.

—Eso no me hace sentir mejor.

Él se rio, agachando la cabeza. Su oscuro cabello le cayó sobre los ojos. Me moría de ganas de apartárselo como él había hecho conmigo, pero no era tan atrevida como Maddox.

Por fin apoyó los dedos en las teclas del piano y comenzó a tocar.

—¿Conoces esta? —me preguntó cuando no me uní a él de inmediato.

—No... pero sigue tocando.

Él lo hizo, cerré los ojos y escuché la música.

—Es “Counting Stars” de One Republic —dijo.

—Nunca la había oído —repliqué, aún concentrada.

La música paró y abrí los ojos.

—¿No conoces a One Republic? —Me miraba boquiabierto—. Eso es como... imposible.

—Uh... ¿lo siento? —Me eché a reír—. La verdad es que solo escucho música clásica.

Me miró como si le hubiese roto el corazón.

—Emma, debo mostrarte lo increíblemente maravillosos que son One Republic... y The Fray, porque son jodidamente buenos también. —Se levantó de la banqueta y añadió—: Vuelvo enseguida.

Le vi subir las escaleras del segundo piso de la casa de invitados. No estuvo fuera mucho tiempo y volvió con un iPod negro.

—Toma —dijo tendiéndomelo—. Puedes quedártelo.

—No quiero quedármelo. Solo lo tomaré prestado por un tiempo —y me lo metí en el bolsillo.

—No, no, quédatelo. Yo ya ni lo uso. Lo tengo todo justo aquí. —Sacó su móvil del bolsillo y lo agitó—. Lo que me recuerda que puedes meterle música al móvil que te compré. Pero lo haremos en otro momento. Mathias aún está durmiendo y si te llevo arriba y lo despertamos se cabreará aún más de lo que se habría enfadado si llega a descubrir que le faltaba la moto.

—¿Aún duerme? Pero si son las dos de la tarde...

—Estuvo fuera toda la noche. —Se encogió de hombros, sentándose nuevamente a mi lado. Comenzó a tocar la misma canción y me miró—. ¿Crees que podremos interpretarla juntos si la toco una vez más?

—Sí.

Me sonrió y volví a cerrar los ojos para concentrarme en la música. No me costó mucho pillar la canción, y para cuando hubo acabado estaba lista

para tocarla.

Una tímida sonrisa curvaba mis labios cuando comenzamos a tocar juntos. Ahogué una exclamación de sorpresa cuando Maddox empezó a cantar. Su voz era suave y ronca. Estaba totalmente concentrado en la canción y era espectacular verlo. Me pregunté si yo tendría el mismo aspecto cuando me dejaba absorber por la música. O por un libro. Él tenía una expresión de pura satisfacción en la cara. Si tenía ese aspecto al cantar y tocar el piano, estaba deseando verlo a la batería.

La última nota vibró en el aire y dejé caer mis manos en el regazo. Maddox me miró y sus ojos eran de un alegre gris claro.

—Gracias.

Agaché la cabeza y unos mechones cayeron hacia delante para cubrirme la cara. Maddox me hacía sentir cosas que nunca antes habría creído posibles.

Cuando volví a alzar la vista aún me miraba con intensidad, con aquellos increíbles ojos plateados.

—¿Quieres hacer una locura? —preguntó, su voz apenas un susurro, como si temiera que saliera corriendo si me hablaba en un tono normal.

—¿Cuál? —pregunté frunciendo el ceño.

—La que nos apetezca. —Sus ojos se fijaron en mis labios. El corazón brincó en mi pecho ante la expresión de deseo en sus ojos—. Quiero vivir contigo más aventuras como la de hoy. No quiero que acabe aquí.

Le miré, confusa. No comprendía aquel repentino hilo de pensamientos, pero decidí seguirlo.

—Sí —sonreí—, hagámoslo.

Lo que había dicho la noche anterior resonaba en mi cabeza. *Prepárate para el verano más épico de tu vida. Nunca nada podrá superarlo.*

Yo quería aquel verano épico del que hablaba. Quería hacer todas las locuras que se me ocurrieran y darme, por fin, la oportunidad de vivir sin temor a ser herida por abrirme a los demás.

Su sonrisa brillaba, cegadora, y dejé escapar un chillido de sorpresa cuando me envolvió en sus fuertes brazos. Los míos colgaron a los lados durante un momento antes de alzarlos lentamente para rodear su torso. Podía sentir sus músculos flexionándose bajo mis manos y el calor de su cuerpo me rodeaba.

Me soltó y dejé caer los brazos, esperando que no creyera que le había estado metiendo mano. Me aparté el cabello de los ojos rezando para que no notara lo mucho que me temblaba la mano.

—Entonces... —comenzó con una sonrisa arrogante—, ¿cuál es la segunda aventura que te gustaría vivir este verano? Porque la moto fue la primera, por si no lo sabías —y me guiñó un ojo con una sonrisa juguetona.

—Tejer.

La palabra me salió antes de poder detenerla. Me tapé la boca con una mano, como si pensara que con aquel gesto la palabra regresaría a ella. Sí, quería aprender a tejer, así de rarita era, pero me sentía tonta por habérselo dicho a Maddox.

—¿Tejer? —Alzó una ceja—. ¿Quieres sentarte a tejer jerséis y mantitas como una abuela?

—Sí. —Me encogí—. Aunque no tenemos por qué hacerlo. No sé ni por qué lo he dicho.

—No, no —se apresuró a tranquilizarme—. Está bien, tejer puede ser divertido. Podría hacerle un regalo de Navidad a Mathias —sonrió, travieso—. Creo que necesita unos calcetines nuevos. ¿Y qué más? —preguntó—. La mayor locura que se te ocurra.

—Siempre he querido saltar a una de esas enormes piscinas de bolas de plástico —admití encogiéndome de hombros—. Nunca lo hice de pequeña.

—Hecho. ¿Y qué te parece la caída libre?

—¿Te refieres a tirarme de un avión? —pregunté, y él asintió—. Lo haría.

—Creo que te amo, Emma —se rio.

Odiaba la forma en que mi cuerpo ardía con sus palabras. No debería pensar en las palabras “amor” y “Maddox” en la misma frase. Acababa de conocerlo... además, había jurado que nunca me enamoraría. El amor hacía débiles a las personas. Les hacía hacer cosas estúpidas simplemente porque el otro les importaba demasiado.

—¡Oooh! —Juntó las manos—. Vayamos al acuario de Baltimore.

—Nunca he estado en el acuario, así que suena divertido —sonreí.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Nunca has estado en el acuario? ¿Ni de niña? —Sacudí la cabeza—. Eso está mal, Em. —Se llevó un dedo a sus carnosos labios mientras pensaba—. ¿Y qué tal montañismo? —preguntó—. Se supone que hay unas vistas espectaculares desde la montaña no muy lejos de aquí.

—Me apunto —accedí. El montañismo no era lo mío, pero aquel era un verano para experimentar—. Lo haré, aunque no me guste. —Le saqué la lengua—. Y cuando me salgan ampollas en los pies espero que me cargues

hasta la cima de la montaña —me burlé.

Él se rio.

—Puedo hacerlo —dijo, flexionando los músculos de su brazo.

Después, poniéndose serio, añadió—: Eso me suena a verano épico, Em.

Me quedé prendada de sus ojos plateados durante unos momentos.

—Sí, épico —acepté.

Y no estaba siendo sarcástica.

7

—¡Arriba! ¡Vamos al centro comercial!

Entreabrí los ojos y de inmediato me los cubrí con una mano, haciendo una mueca ante el rayo de sol que se colaba por mis ventanas ahora abiertas.

—Sadie —gruñí—. Estaba durmiendo.

—Y ahora estás despierta. —Sentí que me daba un manotazo en los pies—. Sal de la cama, vístete y bebe de este maravilloso té que prepara tu madre. De hecho, me gusta, no sabe a barro como el último que me hizo.

—No quiero ir a ningún sitio —supliqué—. Déjame dormir.

—No puedes. Es verano y vamos a divertiiiiirnos —canturreó.

—Pero yo ya me estaba divirtiénd... durmiendo.

—Emma Rayne Burke, te sacaré de la cama a rastras si es necesario. Necesito tiempo con mi mejor amiga.

—Vale —gruñí.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo —y juntó las manos con una palmada. Un momento más tarde oí cerrarse la puerta de mi habitación.

Obligué a mi cansado cuerpo a salir de la cama y me puse un par de shorts, un top blanco y el sombrero negro que tanto le gustaba a Maddox... simplemente porque no tenía tiempo para domar a la bestia. Siendo la bestia mi pelo, claro.

Encontré a mi madre y a Sadie en la cocina.

—Aquí estás, Emmie. —Mi madre me tendió un plato con un sándwich de huevo—. Me alegro de que paséis tiempo juntas, chicas.

Y con esto se metió en el estudio y supe que tendría suerte si llegaba a verla en algún momento durante el resto del día.

Me senté a la mesa junto a Sadie y le di un mordisco a mi sándwich.

—¿De verdad tenemos que ir al centro comercial? —gemí.

Nuestro centro comercial era mi pesadilla personal. Era bastante cutre, con tiendas demasiado caras y olor a comida quemada por todas partes, pero lo cierto es que lo hubiese odiado incluso si hubiese sido una pasada de centro comercial.

—Sí, de verdad —se rio, acabándose su sándwich—. Necesito un vestido para la barbacoa de mi padre de este finde. Será mejor que vengas

—y me miró, retándome a decir que no.

—Claro —acordé—. Voy cada año.

La familia de Sadie organizaba una barbacoa una semana después del fin de las clases para celebrar el comienzo del verano. Había sido una tradición para mí desde que era amiga de Sadie... lo que significaba toda mi vida.

—Lo sé. —Frunció el ceño—. Pero has estado rara desde el festival.

Sabía que aquella era la oportunidad perfecta para hablarle más sobre Maddox, pero fui incapaz de abrir la boca y comenzar. Creo que una parte de mí temía que si no mantenía a Maddox en secreto, desaparecería, o se convertiría en un producto de mi imaginación.

—Sí, lo sé —suspiré.

—Te enfadaste mucho conmigo, ¿eh? —Frunció el ceño.

Yo me encogí de hombros.

—Ya lo habías hecho antes, debería de estar acostumbrada.

—Dios. —Golpeó la mesa con la palma de la mano—. Soy una amiga de mierda. Deberías despedirme y buscarme un repuesto.

Se me escapó una sonrisa al oírla.

—Sabes que no hay nadie como tú.

Ella se echó a reír y la tensión abandonó su cuerpo.

—Ahí tienes razón. Soy única.

Me acabé el sándwich y lavé nuestros platos.

—Vale —suspiré pesadamente—. Estoy lista para la tortura.

Ella puso los ojos en blanco y cogió su bolso.

—Eres tan dramática, Emma. Deberías considerar seriamente entrar en el club de teatro. —Se dirigió hacia la puerta principal, dejándome en la cocina.

—Claro, como soy tan sociable... —repliqué.

Sadie se detuvo, riendo.

—Ah, sí, lo olvidaba, soy tu única amiga humana. El resto son todos imaginarios.

—Al menos ellos no me cabrean como tú —bromeé.

—Pasando, Emma —su tono era ligero—. ¡Mueve el trasero y sal de aquí antes de que te abandone! —me gritó ya desde la puerta.

—¡Como si me fueses a romper el corazón si te marcharas sin mí!

La contrapuerta de cristal se cerró, pero Sadie aún se giró para enseñarme el dedo.

Mucha gente no entendería nuestra amistad, pero cuando conoces a alguien desde siempre llega un momento en que ya no importa lo que os digáis.

Cogí mi bolso y la seguí. Me acomodé en el asiento del pasajero de su viejo Hyundai Elantra.

—Espero sacar de esto al menos un *pretzel* con esa deliciosa salsa de mostaza. ¡Es lo único bueno que hacen en ese centro comercial!

Sadie se rio mientras salíamos de mi entrada.

—No te preocupes, me aseguraré de que recibas tus *pretzels*. Y tal vez, si eres buena chica y no te quejas demasiado, incluso te compraré un Cinnabon —y me dio unas palmaditas en la cabeza.

Me llevé una mano al corazón.

—Creo que me quieres.

—Solo un poquito —y me mostró los dedos índice y pulgar ligeramente separados.

En muchos sentidos Sadie era como la hermana incordiosa que siempre había querido y nunca había tenido. Sadie tenía una hermana menor, Abby, y un hermano mayor llamado Sam. Cuando yo era más pequeña sentía celos porque tenía hermanos; incluso cuando se peleaban, yo quería aquello. Ahora, siendo mayor y habiendo crecido con un padre tan cabrón, me alegraba de no tener más hermanos.

Fruncí el ceño al pensar en mi padre. Había una parte de mí que lo echaba de menos, al fin y al cabo, era mi padre. Pero aún estaba enfadada con él por abandonarnos como lo hizo. Mi madre no se merecía que la dejaran con una casa y facturas por pagar... por no mencionar una niña.

Probablemente mi padre fuera —vale, era de verdad— la razón por la que yo prefería la compañía de los libros y me mantenía alejada de los chicos.

Excepto de Maddox. Él era diferente, aunque no llegara a entender por qué lo era.

Sin embargo, no confiaba en él. No podía. Y nunca tendría mi corazón. No podía dárselo. Pero podíamos ser amigos.

Amigos... Menuda broma, teniendo en cuenta lo mucho que me atraía. Haría bien en mantenerme alejada de él... pero no podía.

Él era el sol y yo no podía evitar sentirme atraída por su calor.

—¿Emma? ¿Eeeemmmmmaaaa?

—¿Qué? —Sacudí la cabeza para despejarme.

—Ya hemos llegado —y señaló al centro comercial.

—Oh. —Miré hacia el exterior de ladrillo. ¿Cuándo habíamos llegado? Ni podía recordarlo.

Sadie abrió el coche y bajó, colgándose el bolso al hombro y ahuecándose el cabello.

Sadie siempre estaba impecable, el cabello arreglado, el maquillaje perfecto y la ropa a la moda.

La seguí hasta el centro comercial, rezando para que no nos encontrásemos demasiada gente del instituto.

La charla banal era la maldición de mi existencia.

Sadie parecía tener una misión. Atravesó la multitud con zancadas poderosas y tuve que correr para alcanzarla.

—Será mejor que aún tengan ese vestido —murmuró—. Está rebajado y es perfecto.

No tenía ni idea de qué vestido estaba hablando, pero si conocía a Sadie probablemente era corto y dejaría sus tetas prácticamente a la vista.

Cuando miró hacia atrás y me vio arrastrándome tras ella, me cogió del brazo y tiró de mí.

—Vamos —gruñó.

No me soltó y prácticamente entró corriendo en la tienda.

Miró hacia las perchas y chilló.

¡Cruza los dedos para que lo tengan en mi talla! —Por fin me soltó y corrió a inspeccionar las prendas—. ¡Sí! —exclamó, sosteniendo un vestido sin tirantes. El top era un diseño en corsé con flores, mientras que la falda era de color agua—. Tenía que ser mío —y lo estrechó contra su pecho.

Pensé que estaba a punto de besarlo y ofrecerle su primer hijo.

—¡Y ahora tenemos que encontrar uno para ti! —dijo saltando arriba y abajo.

—Esto... no.

Los vestidos como aquellos no eran mi estilo. Eran demasiado elegantes y demasiado caros para lo que yo me podía permitir. Sadie siempre estaba intentando comprarme vestidos y otras cosas, incluso sus padres me mimaban porque sabían que las cosas se habían puesto difíciles para mamá y para mí desde que papá se había ido.

Puso los ojos en blanco y se agarró al perchero de metal.

—Sí, voy a comprarte un vestido. Te lo debo por lo del festival y por el resto de mierda en que te he metido. *Pretzels* y *Cinnabon* no son suficientes para compensarte. Por favor, no me lo discutas —y juro que el labio inferior

le tembló.

Yo era incapaz de resistirme a sus pucheros y ella lo sabía. Era así como me había convencido para hacer tantísimas cosas a lo largo de los años... normalmente ir a fiestas.

—Bien —accedí—. Pero nada que valga más de cincuenta dólares. Lo digo en serio —y agité un dedo en su dirección.

Ella ni me contestó. En lugar de eso empezó a recorrer los diferentes percheros como una hada demente puesta de crack.

—¡Y nada demasiado revelador! —grité tras ella, haciendo que varias personas nos miraran.

Corrí tras Sadie para evitar que se le fuera la pinza.

Sacó un vestido del perchero y lo sostuvo mientras me acercaba.

—¡Este es perfecto!

Tenía que admitir que había escogido bien para mí. El vestido era de color crema con flores rosas, rojas, naranjas y azules bordadas. Tenía gruesos tirantes y no mucho escote.

—Te gusta —dijo ella, sonriendo como el gato de Cheshire—. Dilo, Emma.

—Lo has clavado —gruñí—. Me gusta de verdad. —De hecho, podría decir que hasta lo adoraba.

Extendí una mano y acaricié la tela con los dedos.

—¿Ves? Deberías confiar en mí más a menudo. —Resplandecía de emoción, con su cabello castaño claro ondeando alrededor de sus hombros. Llevó todas las cosas hacia las cajas, deteniéndose en uno de los mostradores de joyería. Cogió un conjunto de sencillas pulseras de plata y lo puso todo junto a la caja registradora.

Me mordí el labio inferior, nerviosa.

—Sadie, no tienes que comprarme el vestido.

—Cállate. Te lo mereces y te lo voy a comprar. Fin de la discusión —y asintió con firmeza.

—Gracias —dije sabiendo que acabaría dándole las gracias cien veces más antes de que acabara el día.

Una vez hubo pagado, cogió la bolsa y nos dirigimos a la zona de restaurantes. Tal como me había prometido, me compró uno de aquellos *pretzels* que tanto me gustaban y un Cinnabon. Nos sentamos, comimos y reímos. Me alegraba de no seguir peleada con ella. Odiaba estar enfadada con Sadie.

Tras visitar unas cuantas tiendas más, Sadie me llevó de vuelta a casa.

—Gracias de nuevo por el vestido —le dije con la bolsa en la mano. Estaba pensando en pedirle a Maddox si quería acompañarme a la barbacoa. Aún me asustaba presentárselo a Sadie, pero aun así quería que viniera. Ya estaba imaginando su reacción al verme con aquel vestido.

Ella puso los ojos en blanco.

—Por enésima vez, Emma, de nada.

Nos echamos a reír y salí del coche, diciéndole adiós con la mano antes de entrar en casa.

—¿Eres tú, Emmie? —me llamó mi madre desde la cocina cuando cerré la puerta principal.

—Sí —contesté preguntándome quién más podría haber sido.

La encontré sentada a la mesa de la cocina con una taza de té. Tenía arcilla bajo las uñas y llevaba su cabello claro despeinado, echado hacia atrás y recogido con un clip.

Alzó la vista de la libreta en la que estaba escribiendo la lista de la compra y me sonrió.

—Queda algo de té, por si te apetece.

Me serví una taza y me senté a su lado.

—Esta noche volveré al estudio. Cuando me sobreviene esta... —hizo una pausa buscando las palabras apropiadas— oleada de creatividad, tengo que seguir trabajando. He pensado que podrías encargarte de comida china o algo.

—Suena bien —accedí.

Mi madre rara vez preparaba cena. No es que no se preocupara, simplemente era un poco despistada y a veces perdía la noción del tiempo. A mí no me importaba encargarme de mi propia comida, sobre todo porque las pocas ocasiones en las que ella cocinaba le gustaba experimentar, y todos sus experimentos acababan fatal.

Dejó el bolígrafo y se me quedó mirando. Yo le dirigí una mirada de extrañeza y pregunté:

—¿Por qué me miras así?

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa triste en los labios.

—Es que estaba pensando en la preciosa mujercita en la que te has convertido. Vas a comenzar tu último año en el instituto y después irás a la universidad. Sé que destacarás en cualquier cosa que decidas hacer en tu vida. Siempre has sido una chica brillante. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

No solía ponerme muy emotiva, pero sentí que se me llenaban los ojos

de lágrimas. Mi madre siempre se las apañaba para decirme lo lista y bonita que era. Constantemente me decía lo orgullosa que estaba de mí, alabando mis logros.

Pero a veces me sentía... casi inútil. No es que fuera idiota, sabía de dónde venían aquellos sentimientos. Mi padre nos había tratado como una mierda para luego abandonarnos, y eso había dejado un regusto amargo en mi boca.

Si yo no era lo suficientemente buena para él, ¿entonces cómo iba a serlo para nadie más?

Forcé una sonrisa.

—Gracias, mamá. —Tomé un sorbo de mi té para disimular el temblor de mi voz. Dejé la taza y reseguí con un dedo el dibujo del esqueleto de T-Rex dibujado en ella, sonriendo ante las palabras grabadas en la taza: Té Rex. Siempre me hacía sonreír.

Mi madre me palmeó la mano con una sonrisa y se puso en pie, acabándose el resto de su té. Dejé la taza vacía en el fregadero.

—Te veo luego, Emmie —y se inclinó para besarme en la cabeza al pasar.

Cogí mi taza y regresé a mi dormitorio.

Como los últimos días habían sido... raros (era la única palabra que se me ocurría para describirlos) no había leído nada, cosa que pensaba rectificar aquella misma noche. Repasé mis estanterías en busca de algo nuevo que leer.

Leo todos los géneros, incluso algún que otro libro de no ficción. Me aburro fácilmente si leo lo mismo todo el tiempo.

Como fui incapaz de decidirme, cerré los ojos y escogí uno al azar de la estantería. Me senté en la cama y encendí la tele para tener algo de ruido de fondo mientras pasaba las páginas del libro.

Me perdí en aquel mundo de fantasía, imaginándome como la heroína. Después de todo, ¿no era esa la razón por la que la gente lee? ¿Para vivir las vidas de otros durante un momento?

Pasaron varias horas hasta que el rugido de mi estómago me sacó de aquel mundo ficticio.

Había llegado el momento de pedir comida para llevar, y como estaba hambrienta, pedí como para cinco personas. Mi madre me mataría, aunque al menos me había acordado de pedirle arroz con pollo frito para luego, cosa con la que esperaba ganar puntos.

Me senté en el sofá del comedor con el libro en el regazo y escuchando el iPod de Maddox. Enrollé el cable de uno de los auriculares, moviendo la cabeza al compás de la canción que sonaba. En realidad no estaba mal, y acabé volviéndola a escuchar. Tal vez me estuviera perdiendo algo por escuchar solo música clásica.

Cuando sonó el timbre de la entrada dejé el libro a un lado pero mantuve el iPod en la mano. Cogí dinero de la mesa de la cocina y abrí la puerta.

Me quedé mirando al chico de pie al otro lado.

—No eres el repartidor del chino —dije mirando sus manos vacías.

—No —se rio él.

—¿Quién eres? —pregunté empezando a cerrar la puerta. Había visto *48 horas* y sabía que cuando un tipo extraño aparecía en tu umbral, nunca era para nada bueno.

—Ezra —contestó apartándose los rizos negros de sus almendrados ojos oscuros—. Soy amigo de Maddox.

—¡El mejor amigo y hermano de acogida! —añadió otra voz desde el camino de entrada.

Di un paso fuera para mirar a Maddox, su confianza evidente por la forma en que se movía al acercarse.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—¿No te alegras de verme? —Fingió quedarse sin aliento.

—Estoy confusa —repliqué.

—Estábamos cerca —se encogió de hombros—, y necesitaba pedirte un favor. ¿Podemos entrar? —y señaló a la casa.

—Claro. —Sacudí la cabeza y me aparté. Una vez dentro cerré la puerta y me saqué el iPod del bolsillo, dejándolo en una mesita auxiliar—. Si tenías un favor que pedirme, ¿por qué no me has enviado un mensaje? ¿O llamado?

—¿Y perder la oportunidad de ver tu preciosa cara? De eso nada —bromeó, sentándose en el sofá—. Y ahora, las presentaciones. Emma, este es Ezra. Es el auténtico hijo de Karen.

Ezra puso los ojos en blanco.

—Por favor, puede que sea su hijo biológico, pero sabes que te quiere más a ti.

Maddox se rio.

—Cierto, pero claro, ¿cómo no iba a amarme? —y se señaló de arriba abajo.

—¿Podemos ir al punto en el que me explicas por qué estáis aquí?

—interrumpí. No solía ser tan borde, pero estaba hambrienta, y cuando tengo hambre... cuidadito conmigo.

—Alguien está gruñona —le susurró Maddox a Ezra.

—Tengo hambre —me defendí, cruzándome de brazos.

—Da igual —continuó Maddox, frotándose las manos—. El caso es que nosotros, y por nosotros me refiero a toda la familia, estaremos fuera todo el fin de semana. Nos vamos mañana por la mañana y necesito que alguien cuide de Sonic.

—¿De verdad me estás pidiendo en serio que te haga de niñera de tu erizo? —Contuve la risa—. No tengo ni idea de cómo cuidarlos.

—Es fácil: lo alimentas, le pones agua y lo llenas de amor y afecto. ¿Qué hay de complicado en eso? —dijo.

—Mi madre nunca me ha dejado tener mascotas —le avisé.

En realidad a mi madre no le importaba, mi padre había sido siempre el antianimal, pero Maddox no tenía por qué saberlo.

—No es como si fueras a quedarte a Sonic. En cuanto volvamos recogeré al pequeñín. Serán solo unos pocos días.

—¿Y qué pasa si se muere? —siseé—. No quiero ser la responsable de la muerte de tu erizo.

Una vez maté un pez solo con mirarlo. Verdad de la buena.

Maddox miró a Ezra y de nuevo a mí.

—No vas a matarlo, Em. Vas a ocuparte de él.

—¿¡Y si por ocuparme de él lo mando a la tumba antes de tiempo!?! —chillé.

—Lo harás bien —continuó él—. Tengo una fe absoluta en tus habilidades como niñera de erizos.

Sabía que no iba a librarme de aquello.

—¿Porfa, Em? —suplicó con sus ojos grises bien abiertos en modo ruego—. Eres la única a quien puedo confiárselo.

Suspiré, vencida.

—Vale, cuidaré de tu erizo.

—¡Gracias! —Saltó del sofá y me abrazó, plantándome un beso húmedo en la mejilla.

—Esto... de nada —murmuré.

El timbre de la entrada sonó y, antes de poder moverme, Maddox ya estaba camino de la puerta. La abrió de par en par y gritó:

—¡Oooh, comida! —Y sacó su cartera del bolsillo trasero. Le dio al

chico un fajo de billetes y cerró la puerta con el pie.

Yo me quedé allí de pie, petrificada por la forma en que Maddox se hacía cargo de todo.

—Tenía dinero para pagarlo, ¿sabes?

—Y me he adelantado. —Me guiñó un ojo mientras dejaba las bolsas en la mesita de café—. Es como si supieras que íbamos a venir. Has ordenado comida suficiente para todos, lo que es genial porque estoy hambriento.

Se sentó en el suelo y comenzó a sacar cajas blancas.

—Sírvelo tú mismo —murmuré sacudiendo la cabeza.

Fui a la cocina a por platos y tenedores porque soy incapaz de usar los palillos.

Después de un momento de organización, los chicos aparecieron en la puerta de la cocina. Maddox tenía medio rollito de huevo en la boca.

—Espero que esté bueno —dije con una mano en la cadera—, porque eso era para mí.

Masticó y se lo tragó.

—Hay como seis más.

—Y me los iba a comer todos —bromeé.

Los tres nos servimos raciones de todo en nuestros platos.

—En serio, ¿por qué has pedido tanta comida? —preguntó Ezra mirando alrededor como si esperara que una multitud saliera de detrás de una puerta oculta.

—Tenía hambre y esta comida me gusta hasta fría al día siguiente. —Me encogí de hombros—. Y supongo que ha sido buena idea pedir tanta, en vista de que os habéis presentado sin avisar para robarme la comida.

Ezra tuvo la decencia de parecer avergonzado, pero era evidente que a Maddox no le importaba. Era el tipo de chico acostumbrado a hacer lo que le apetecía, cuando le apetecía. No es que me molestara, el hecho de que no temiera ser él mismo era lo que me gustaba de él.

—Maddox me ha dicho que os conocisteis en el festival —comentó Ezra.

Asentí, pero antes de poder decir nada, Maddox intervino.

—Ella se quedó tan impresionada por lo bueno que estoy que cayó desmayada a mis pies. Pero como en La Bella Durmiente, mi beso la despertó. Es una historia muy romántica que seguro explicaremos a nuestros nietos.

Miré a Ezra y los dos nos echamos a reír.

—Eres un creído de mierda —bromeó Ezra empujando con el hombro a Maddox.

—Perdona si la verdad era tan aburrida que he tenido que adornarla —carraspeó Maddox. Luego miró alrededor y me preguntó—: ¿Dónde está tu madre?

—En su estudio, ajena al resto del mundo.

No era algo que me molestara. Al fin y al cabo, yo me parecía mucho a ella, me perdía fácilmente en mi propio mundo, donde el paso del tiempo no importaba.

—Bueno, entonces creo que deberíamos comer hasta reventar y luego salir a por un helado —sugirió Maddox.

—Sí, porque atiborrarme hasta vomitar y luego comer helado suena como una gran idea —me reí.

—Vale —él rio también, agachando la cabeza—. ¿Qué tal si vemos una peli?

Ezra se aclaró la garganta.

—Me siento como el gran olvidado aquí.

—Aaah, lo siento, cielito —dijo Maddox poniendo voz de pito—. ¿Me perdonas? —y se inclinó hacia Ezra poniendo morritos.

Ezra lo empujó.

—No podemos quedarnos hasta muy tarde —le advirtió—. Tenemos que hacer las maletas.

—Ya meteré algo de ropa en una bolsa por la mañana —replicó Maddox.

Ezra puso los ojos en blanco.

—Sí, pero nuestro vuelo es a las nueve de la mañana y tenemos que traer a Sonic aquí. Además, ya sabes lo encantador que es Mathias por las mañanas.

Maddox frunció el ceño.

—Ojalá pudiéramos irnos sin él.

—Ya, pero no podemos —murmuró Ezra.

—¿Solo una película? —suplicó Maddox, mirándonos a Ezra y a mí.

—Pues... —empecé.

—Mientras no sea una peli de tres horas, me parece bien.

—Entonces, decidido —Maddox me sonrió—. ¡Hora de cine!

Los chicos me ayudaron a limpiar nuestro desastre y a guardar las sobras antes de instalarnos en el salón. Ezra quitó algunos cojines de uno de

los sofás y los puso en el suelo, lo que dejaba el sofá de dos plazas para Maddox y para mí.

No pude por más que preguntarme si Ezra lo habría hecho a propósito.

Maddox repasó nuestra colección de DVD.

—No tienes nada decente —murmuró—. ¿Por qué?

—No somos mucho de ver películas —me encogí de hombros—, así que dejamos de comprarlas.

—Pues parece que vamos a ver *Air Bud*.

Momentos más tarde empezaba la película y Maddox se sentaba a mi lado. No sé por qué, pero quería desesperadamente cerrar el espacio entre nosotros y enroscar mi cuerpo alrededor del suyo.

Era una tontería, una estupidez, incluso. Él no era mi novio, ni siquiera estaba segura de que fuéramos amigos. Mi mente y mi cuerpo estaban librando una batalla entre la razón y la atracción.

Yo no quería un novio. Después de todo, no podía confiar en un chico que no sabía si me abandonaría como hizo mi padre.

Pero mi cuerpo... oh, mi cuerpo quería a Maddox.

Nunca antes había experimentado aquella clase de atracción. Sí que había tenido algún que otro cuelgue por un chico, pero nada comparado con aquello. Era como si Maddox hubiese aparecido en el momento en que decidí cerrar mi corazón para siempre.

Seguía repitiéndome que apenas lo conocía y que mis sentimientos desaparecerían pero, de algún modo, ni yo misma me lo creía.

Di un respingo cuando sentí el brazo de Maddox por encima de mis hombros.

—Ven aquí —me animó, atrayéndome hacia su costado. Cogió la manta que colgaba del respaldo del sofá y me tapó con ella.

Me hizo sentir protegida y cuidada.

Estaba realmente jodida.

Pero supongo que debe de haber cosas peores que colgarse de un tío bueno al que has conocido en un festival, ¿no?

Al menos, eso esperaba.

8

Me desperté poco después de medianoche y parpadeé hasta abrir los ojos.

—¿Qué? —pregunté adormilada.

—Shhh —susurró Maddox—. Nos hemos quedado dormidos.

Di un respingo.

Oh, Dios mío: me estaba llevando en brazos al dormitorio.

Me dejó delicadamente en la cama y se apartó.

—Te veré por la mañana. —Su voz era suave—. Buenas noches.

Posó sus labios con ternura sobre mi frente y mis ojos se cerraron ante el contacto.

—Buenas noches, Maddox —susurré mientras él salía de la habitación.

En cuanto supe que se había ido me puse el pijama. Me metí bajo las mantas y pronto los sueños flotaron tras mis párpados cerrados, todos ellos protagonizados por un chico de ojos grises.

Me senté y aparté las mantas. ¿Por qué estaba sonando el timbre de la puerta a las... y busqué mi despertador... seis de la mañana?

—Oh, mierda —murmuré recordando de pronto mis obligaciones como niñera de erizos.

Salí corriendo de mi habitación y pasillo abajo para abrir la puerta de un tirón. Mi pobre madre ni siquiera sabía que había aceptado hacerme cargo de la pequeña criatura. Sabía que no le importaría, pero aun así me sentía fatal por no habérselo dicho antes.

—Buenos días —sonrió Maddox de pie junto a un Mathias de aspecto gruñón que sostenía la jaula de Sonic. Sonic, por su parte, estaba en las manos de Maddox.

Me aparté e invité a los gemelos a entrar mientras disimulaba un bostezo.

—Podéis ponerlo en mi habitación.

Mathias gruñó algo ininteligible que supuse podría traducirse como un odio al mundo y a la vida en general. Parecía el tipo de persona que se

quejaba por cualquier cosa.

—Por aquí —guié al gemelo gruñón hasta mi dormitorio.

Él dejó la jaula sobre mi tocador, murmuró un “adiós” y abandonó la habitación.

—Odia madrugar. —Maddox se encogió de hombros.

—Tu hermano y yo tenemos eso en común —y me aparté el pelo de los ojos.

Maddox se rio.

—Toma, te he hecho una lista. —Se sacó un papel del bolsillo y me lo puso en la mano.

Lo desplegué y lo leí, tratando de entender lo que había garabateado. Él empezó a recitar todo lo que había escrito, diciéndome cuánta comida debía darle a Sonic, instrucciones para el baño y cuánto tiempo le gustaba jugar.

—Creía que los erizos eran nocturnos —murmuré.

—La mayoría lo son, pero Sonic es especial. —Maddox sonrió con orgullo al erizo. Maddox me recordaba a esa gente loca de los perros. Ya sabéis, esos que se pasan el día hablando con ellos y besándolos. Pues así era Maddox, pero con un erizo.

—Por supuesto —suspiré.

Maddox miró a la espinosa criatura con el ceño fruncido.

—No quiero dejarlo.

—¿Cuándo volverás? —pregunté.

—El domingo por la noche —y se pasó los dedos por su revuelto cabello.

Fruncí el ceño. Recordé que había dicho que estarían fuera el fin de semana, así que no podría venir a la barbacoa.

Un coche pitó y Maddox lanzó una maldición.

—De verdad que me tengo que ir. —Me pasó al erizo y añadió—: Gracias, Em. —Comenzó a irse y se detuvo, inclinando la cabeza para besarme la mejilla—. Te echaré de menos —susurró—. Pero cuando vuelva será el momento de vivir otra aventura juntos.

—Suena bien —sonreí. Abracé a Sonic contra mi pecho y seguí a Maddox hasta la puerta. No entendía por qué me dolía tanto el pecho al verle marcharse. No habíamos estado juntos ni una semana. No tenía sentido, pero entonces recordé lo que solía decir mi madre, que las mejores cosas de la vida no tenían explicación, simplemente ocurren.

—Adiós —dije cuando se dirigió al coche.

Él sonrió y el estómago se me llenó de mariposas.

Mientras el SUV, uno de esos enormes Suburban negros, salió de nuestra entrada, alcé una mano y me despedí. Entonces, sintiéndome tonta, también levanté la patita de Sonic para que también se despidiera.

Cuando el SUV se perdió de vista miré al erizo.

—Bien, ahora estamos solos, colega.

Me olisqueó la mano y se me meó encima.

—Qué asco. —Me dio una arcada y corrí a mi dormitorio para meterlo en su jaula antes de lavarme cinco veces las manos.

Cuando regresé a mi habitación Sonic estaba roncando pacíficamente en su jaula. Me metí de nuevo en la cama y me dormí.

La siguiente vez desperté con el olor a té y con mi madre inclinada sobre mí.

—Emma —dijo mirándome con expresión severa—, ¿qué demonios es esto? —y se apartó para señalar hacia la jaula de Sonic, que en ese momento estaba bebiendo agua.

—Es Sonic —contesté mientras me sentaba y me frotaba los ojos—. El erizo de Maddox.

—Bien, y si esa cosa le pertenece, ¿qué hace en nuestra casa? —y arqueó una ceja lanzándome la típica mirada de madre.

—Pues... le dije que lo cuidaría. Maddox y su familia estarán fuera de la ciudad hasta el domingo y necesitaba que alguien se encargara de él —expliqué.

Mi madre suspiró.

—Bueno, en cierto modo es mono.

—¿El erizo o Maddox? —me reí.

Ella puso los ojos en blanco.

—Hablabas del erizo, pero Maddox también es mono. —Se sentó en el borde de la cama y se puso seria—. Y también es un buen chico. Es dulce... me gusta.

—¿Quieres salir con él? —y solté una risita.

Mi madre me dio una palmada en la pierna.

—Emmie, hablo en serio. Parece un buen chico. Sé que nunca antes habías salido con nadie por culpa de lo de tu padre, no soy estúpida. Supongo que no quiero verte alejarlo de ti solo por eso.

—No estamos saliendo, mamá —gruñí—. Nos acabamos de conocer.
Ella sonrió.

—He visto la forma en que te mira. Puede que yo sea vieja, pero aún sé lo que significa esa mirada.

—No eres vieja —repliqué—. Y él no me mira de ninguna manera.

—Sé lo que vi anoche. —Su sonrisa se ensanchó.

—¿Anoche? —pregunté frunciendo el ceño.

—Ajá —asintió y tomó un sorbo de su té—. Anoche vine a por un poco de agua y os vi a los tres en el salón. Tú ya te habías quedado dormida, y la forma en la que él te miraba... —Sonrió con melancolía—. Me recordó a un chico que amé durante un verano, antes de cumplir los dieciséis. Solía mirarme así y jamás lo he olvidado. Era algo tan... puro...

Nunca le había oído hablar de ningún hombre anterior a papá.

—¿Y qué pasó con el chico? —pregunté.

—Pues no lo sé —contestó con el ceño fruncido. Después se encogió de hombros—. Solo estaba visitando a su familia por vacaciones y nunca volví a verle. Y entonces conocí a tu padre.

—Y ya sabemos cómo acabó eso —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

—Emmie —me cogió de la mano y apretó—, tienes que dejar de odiarle. Sé que las cosas nos fueron muy mal por un tiempo, antes de que se fuera, pero no siempre fue así.

—¿Y por qué tú no le odias? —pregunté, y sentí que me temblaba el labio inferior por las ganas de llorar.

—Porque gracias a él te tengo a ti. ¿Cómo puedo odiar al hombre que me hizo semejante regalo?

Me gustaría poder ser más como mi madre, tan amable y compasiva.

Le tendí los brazos y ella me envolvió en un abrazo.

No importa lo mayor que nos hagamos, nunca lo somos demasiado para un abrazo de mamá.

—Te quiero tanto, Emma —dijo pasándome los dedos por el pelo.

—Yo también te quiero, mami. —Me sequé las lágrimas con las manos—. ¿Y cómo se llamaba aquel chico? —pregunté.

—Matthew —contestó.

¿Estábamos Maddox y yo destinados a ser como Matthew y mi madre, un simple amor de verano?

Sacudí la cabeza con fuerza. ¿En qué estaba pensando? Aquello nuestro

no era amor.

No era nada.

Vale, eso no era cierto. Era una aventura. Y las aventuras no tenían nada que ver con el amor.

Pero si no volviera a ver a Maddox después del verano, ¿me conformaría?

Sabía, sin la menor duda, que la respuesta era no. No me conformaría.

De ningún modo.

9

La semana pasó a un ritmo insoportablemente lento, y fue bastante aburrida sin Maddox.

Había planeado leer y poco más aquel verano, pero ahora ya no me apetecía tanto. Quedarme en casa día tras día comenzaba a ser desesperante.

Al menos ya era domingo, lo que significaba que aquella tarde tenía que ir a la barbacoa de Sadies y que Maddox volvería por la noche.

Me había mensajeando varias veces al día, y se ponía nervioso si no le tenía al tanto de cómo le iba a Sonic.

La forma en que se preocupaba por aquel erizo era encantadora.

Como si mis pensamientos lo hubieran invocado, mi móvil recibió un mensaje.

MADDOX: TE VEO ESTA NOCHE. DALE UN BESO A SONIC DE MI PARTE.

Me reí.

EMMA: ¿A QUÉ HORA LLEGAS? Y NO PIENSO BESARLO.

MADDOX: ¿PORFI? ¿X MÍ? LLEGAMOS A LAS 10 PM, PERO YA SABES CÓMO SON LOS VUELOS.

EMMA: PUES NO.

MADDOX: ¿NO QUÉ?

EMMA: NO SÉ CÓMO SON LOS VUELOS. NUNCA HE SUBIDO A UN AVIÓN.

MADDOX: ENTONCES MOLA QUE VAYAMOS A SALTAR DE UNO ;)

EMMA: LO HABÍA OLVIDADO.

MADDOX: NO TE ME ACOBARDES.

EMMA: NO LO HARÉ.

MADDOX: OYE, ME TENGO QUE IR.

EMMA: OK. HASTA LUEGO.

Dejé el móvil y miré a Sonic.

—Volverá pronto.

Levantó su cabecita, como si supiera de lo que estaba hablando. Abrí la jaula y lo saqué. Después de darle un abrazo, lo que era complicado por las púas, comencé a hacerle mimitos y a decirle lo mono que era siguiendo las instrucciones de Maddox. Lo había puesto por escrito, en serio.

Dejé a Sonic en la cama mientras me arreglaba. Me puse el precioso vestido que Sadie me había regalado, me recogí el cabello en un moño descuidado y me maquillé un poco. No solía llevar mucho, solo rímel y brillo de labios, pero aquel día decidí ponerme un poco más. Me apliqué la base, viendo desaparecer mis pecas a medida que la extendía por mi cara.

Cuando acabé de peinarme y de maquillarme fui a buscar a mi madre.

—¿Estás lista? —pregunté llamando a su puerta.

—¡Casi! —contestó.

Volví a mi habitación a ponerme los zapatos y solté una exclamación.

—¿Sonic? —Miré por toda la cama—. ¿Sonic? —Moví las almohadas, pensando que se habría escondido debajo—. ¡Sonic!

¡Oh, no! ¡Había perdido el erizo de Maddox!

Me dejé caer de rodillas para mirar bajo la cama.

—¿Sonic?

No podía verlo, pero allí debajo estaba tan oscuro que no se veía nada... y estaba bastante segura de que había escondido allí unas galletitas saladas al queso. Tal vez Sonic las había encontrado y se estaba dando un festín. ¿A los erizos les gustaban las galletas saladas con sabor a queso? ¿Les sentarían bien?

¡Oh, Dios mío, iba a matar al erizo de Maddox a base de galletitas!

Cogí mi móvil nuevo y encendí el modo linterna... y, en serio, ¿cómo podía molar tanto aquella cosa con linterna y todo?

Enfoqué bajo la cama, pero Sonic no estaba allí. Aunque las galletitas sí.

—¡Mamá! —grité—. ¡Mamá! ¡Ven!

Estaba empezando a entrar en pánico.

—¿Qué? —preguntó entrando en mi habitación corriendo y a medio peinar.

—No encuentro a Sonic.

—¿Qué quieres decir con que no encuentras a Sonic? —prácticamente chilló—. ¿Es que no está en su jaula?

—lo saqué y lo dejé en mi cama un rato. Me daba pena que pasara todo

el rato en la jaula, y no pensé que se escaparía. —Me llevé las manos al pecho tratando de respirar—. Maddox va a matarme.

—Tranquila —me advirtió mi madre—. No puede haber ido muy lejos.

Retiró cojines y almohadones como yo ya había hecho, pero Sonic no estaba allí.

—Dios mío —murmuré—. Esto es malo. Muy malo.

—Cálmate, Emma —gruñó mi madre—. Espera... ¿Qué es eso?

Señaló hacia mi almohada, donde se veía un misterioso bulto.

—¡Sonic! —grité. Alcé un lado de la funda y metí la mano para sacarlo—. ¡Me has asustado —y procedí a besar al erizo, tal y como Maddox quería. Supuse que, al final, siempre se salía con la suya. Devolví a Sonic a su jaula y me aseguré de que estuviera bien cerrada—. No vas a ir a ninguna parte.

—Voy a acabar de arreglarme —dijo mi madre saliendo de mi habitación—. Intenta no volver a perder al erizo.

—¡No se lo digas a Maddox! —grité a su espalda.

Su única respuesta fue reírse de mí, y hasta yo tuve que admitir que había tenido su gracia.

—¡Emma! —chilló Sadie corriendo hacia mí. Solo tuve un segundo para prepararme antes de que cayera sobre mí y me rodeara los hombros con sus delgados brazos—. Me alegro de que estés aquí. No puedo con todos estos viejos —susurró mirando a sus familiares, que se habían reunido en el patio trasero—. El abuelo no hace más que pedir ensalada de patatas, y cada vez que se la damos golpea la mesa con los puños y dice: “¡yo no he pedido esto! ¡Traedme ensalada de patata!”. Y no nos cree cuando le decimos que eso es ensalada de patata.

—Uauh...

—Sí, lo sé...

Miré a mi alrededor.

—Creí que ibas a invitar a gente del instituto...

—Lo hice —dijo encogiéndose de hombros—, pero parece que todo el mundo está pasando un verano más divertido que nosotras. —Me pasó un brazo por la espalda, guiándome hacia una de las mesas llenas de comida. Mi madre había traído un pastel y té... té helado, esta vez, y no su habitual té

caliente—. ¿Qué ha pasado con ese chico con el que saliste?

Siempre lo había compartido todo con Sadie, pero de pronto... no quería hacerlo. Maddox me parecía un cuento de hadas y temía que, si le hablaba de él, el hechizo se rompería.

De todos modos, me sorprendió un poco que Sadie me preguntara ahora por él, ya que yo le había prometido llamarle la noche de la primera cita... cosa que no había hecho.

—Pues... hemos quedado algunas veces. —Me encogí de hombros—. Nada especial.

—Claro. Ya me dirás cuándo es la boda —dijo sin creermelo.

—Estás loca —me reí a carcajadas.

—Y tú nunca antes habías mirado dos veces a un tío. Así que esto es especial.

Cogí un plato de plástico y comencé a apilar comida.

—No tanto —le aseguré.

Sadie se puso detrás de mí.

—Deberíamos ver una peli mañana —sugirió.

—No creo que pueda —dije frunciendo el ceño.

Ella resopló.

—¿Y qué otros planes tienes? ¿Leer? Venga, Emma. Espera... —Hizo una pausa—. ¿Vas a salir con él? ¿Con el chico misterioso?

Me sonrojé.

—¡Vais a salir!

—Aún no lo sé —murmuré—. Y no es misterioso.

—Pero esperas que sí —replicó ella—, y lo es para mí. No sé nada de él.

—Es increíble —confesé finalmente—. Me gusta de verdad, ¿vale?

Aunque solo somos amigos.

—Tuvisteis una cita —razonó ella mientras nos dirigíamos a una mesa—, y eso significa que sois más que amigos.

—No necesariamente —gruñí. Traté de buscar cualquier otro tema de conversación que no tuviera que ver con mi vida privada—. ¿Y en quién te has fijado tú este verano?

A Sadie nunca le duraban demasiado los novios, pero normalmente escogía uno para el verano y cuando llegaba el momento de volver a clase, cortaba con él.

—Bah. —Se encogió de hombros—. Todos los tíos buenos se han ido fuera. ¡Ya ves! —Sonriendo, añadió—: Estoy tratando de convencer a mi

padre para que me deje pasar el verano en la casa de la playa de mis tíos —y se relamió como si ya imaginara a los chicos que encontraría allí.

—Seguro que tu padre está siendo de lo más comprensivo con eso —me reí.

El señor Westbrook era uno de los padres más estrictos que yo conocía, pero solo porque se preocupaba mucho por sus hijos. No era un capullo como mi padre. De hecho, mientras crecía muchas veces deseé que el padre de Sadie fuera el mío, el tipo de padre que me habría llevado en hombros, al zoo o simplemente pasado tiempo conmigo.

Sadie bufó.

—Está siendo un idiota sobre el tema. Pero cumpliré dieciocho años en unos meses, así que no entiendo a qué viene tanto lío. Soy una adulta.

Llamar a Sadie adulta era de risa.

—Al menos tu padre se preocupa por ti —comenté.

Ella se echó el cabello castaño por encima del hombro y me estudió con aquellos ojos color miel.

—Tu padre se preocupa por ti, Emma. Al fin y al cabo, eres su hija.

La miré fijamente.

—Pues tiene una extraña forma de demostrarlo.

—Han pasado ya dos años —dijo con suavidad.

—Lo sé —suspiré—. Y ya lo he superado. Pero a veces es demasiado fácil enfadarse con él.

—Quizá cuando te enfades deberías pensar en lo bien que estás ahora que se ha ido —dijo sonriendo con tristeza.

Sadie podía estar un poco loca, ser escandalosa y hasta irritante. Pero era mi mejor amiga, y a veces era mucho más sabia que yo.

—Tienes razón.

—Lo dices como si te sorprendiera —y se echó a reír. Después se puso en pie y rodeó la mesa para abrazarme—. Te quiero, Emma, eres como una hermana para mí y odio verte triste.

—Lo sé... ¿Dónde crees que estará? —susurré.

Ella se separó y se encogió levemente de hombros.

—Sé tanto como tú, pero esté donde esté, espero que le estén dando la ayuda que necesita.

—Ya... —asentí.

Mis emociones eran un altibajo constante en lo referente a mi padre. Estaba tan cabreada con él por abandonarnos, por no ser el padre que yo

necesitaba, que si algún día aparecía por casa probablemente le abofetearía.

Pero otra parte de mí estaba triste y le echaba de menos. Puede que no hubiese sido un gran padre, pero era mi padre.

Y, como Sadie había dicho, también esperaba que hubiese pedido ayuda. Puede que lo odiara la mayoría de los días, pero aun así no quería que sufriera.

Sadie volvió a sentarse y cambió a un tema más ligero. Pronto todo pensamiento sobre mi padre desapareció, así como la luz del cielo.

Al comenzar a oscurecer empezó la auténtica fiesta. El señor y la señora Westbrook habían tendido hileras de luces parpadeantes por todo el patio y tenían música atronando a través de unos altavoces Bose.

—Venga —Sadie me cogió de la mano—, vamos a bailar.

Dejé que me arrastrara hasta el centro del patio, donde su hermano mayor, Sam, bailaba con una de sus primas pequeñas.

Sadie comenzó a bailar a lo loco y yo imité sus movimientos. Parecíamos dos tontas, pero no me importaba: me estaba divirtiendo.

Mi madre se rio de nosotras desde la mesa a la que estaba sentada con los padres de Sadie. Le hice gestos para que se uniera a nosotras.

—¡No! —se rio—. ¡Vosotras seguid!

Sonreí y me solté la goma del pelo, dejando que mis mechones rubios cayeran flotando sobre mis hombros mientras bailaba y cantaba.

Me sentía como una mariposa emergiendo de su crisálida.

Y aunque Maddox no estuviera allí, no pude evitar pensar que él era el responsable de mi metamorfosis.

10

Maddox me llamó por la noche para decirme que su vuelo se había retrasado y que llegaría a casa demasiado tarde para recoger a Sonic. Le aseguré que no importaba, y que le había cogido cariño al erizo. Preferí no mencionar que casi lo había perdido.

Al día siguiente, presintiendo que Maddox pasaría muy temprano a recoger a su querida mascota, me las arreglé para madrugar. La noche anterior me había pedido que estuviese lista para una nueva aventura, y estaba al mismo tiempo emocionada y asustada por saber lo que había planeado. Puede que conociera las opciones, pero no tenía ni idea de cuál habría escogido él.

Contemplé mi reflejo en el espejo. La chica que vi casi parecía una extraña.

Sí, era yo, con el mismo cabello indomable, los labios carnosos y las pecas, pero lo diferencia radicaba en lo que vi en mis ojos: brillaban de felicidad. Incluso mi piel refulgía y mis mejillas tenían un precioso rubor natural.

Maddox estaba recuperando a la despreocupada Emma que solía deslizarse colina abajo y cantar canciones con abandono, la chica que ignoraba la crueldad del mundo.

Resultaba extraño verla de nuevo reflejada ante mí. Había estado ausente durante tanto tiempo que pensé que se había perdido para siempre. De hecho, había dejado de buscarla. Había aceptado que mi vida iba a ser así de melancólica... pero me equivocaba.

Sonreí y me alisé el cárdigan. Aquella emoción que sentía por verle era nueva, pero excitante. Se suponía que no debía gustarme, ni él ni ningún chico, para así no resultar herida; pero sabía, sin ningún tipo de duda, que era imposible ignorar a Maddox.

El timbre sonó por toda la casa y salí del baño. Tenía los pómulos alzados en una constante sonrisa mientras me dirigía hacia la puerta. Intenté disimular un poco, pero era imposible: simplemente era feliz por volver a verle.

Ni siquiera había pasado una semana desde la última vez que le había

visto, pero en el momento en que abrí la puerta y lo vi allí, de pie, sentí que había sido una eternidad.

No hubiera podido controlar mi reacción ni queriendo: salté a sus brazos, rodeándole el cuello con los míos.

—Te he echado de menos —admití contra su hombro.

Su risa baja fue un cálido y agradable sonido. Sus manos me acariciaban la espalda y no parecían querer soltarme.

Obligué a mis brazos a bajar y di un paso atrás. Entonces regresó la timidez.

—Lo siento —murmuré arrastrando la punta del pie por el suelo.

Él se rio y sentí sus dedos en mi barbilla. Me alzó lentamente el rostro hasta que pudo mirarme directamente a la cara.

—No te disculpes. Me ha encantado. —Sus ojos estaban serios por una vez, sin risa alguna brillando en sus grises profundidades.

No sabía qué decir, y como posiblemente yo era una de las personas más raras del planeta, acabé balbuciendo:

—Oh... esto... deberías... eeh... coger a Sonic.

Sus labios se elevaron en una sonrisa.

—¿Ah, sí? —Alzó las cejas—. Porque a mí se me ocurre que hay algo que debería hacer primero.

—¿En serio? ¿Qué...?

Mi réplica quedó a medias cuando sus suaves labios entraron en contacto con los míos. Me quedé de piedra y al principio no supe ni qué hacer.

Mi cerebro estaba en plan: “¡Oh, Dios mío! ¡Te está besando!”, y al segundo siguiente me gritaba: “¡Pero haz algo! ¡No te quedes ahí dejando que lo haga él todo!”.

Con el corazón a punto de explotarme en el pecho, crucé los brazos tras su cuello. Mis dedos jugaron con los sedosos mechones de su cabello. El contraste entre su suave cabello y la sombra de barba que me rozaba la cara resultaba agradable. Sus dedos se hundieron en mis caderas y jadeé ante la presión.

De pronto me encontré de espaldas contra la pared, con la brisa que entraba por la puerta acariciándome la cara.

Él aplastó sus labios contra los míos.

Reclamándome.

Devorándome.

Poseyéndome.

Y yo se lo permití.

Sus labios se separaron de los míos y su aliento recorrió mi cara. Los dos respirábamos con dificultad. Sus manos se relajaron sobre mis caderas, pero yo mantuve mis manos enredadas en su cabello.

—No me esperaba esto —jadeé.

Él se rio, acariciándome los labios con los suyos. Cerré los ojos ante la sensación de aquel suave contacto.

—Por eso exactamente lo he hecho. —Me acarició el cuello con la nariz—. He deseado besarte desde el primer momento en que te vi, pero quería esperar hasta saberlo.

—¿Saber qué? —grazné, mi voz repentinamente ronca.

—Quería saber que tú también sentías esta loca conexión que tenemos—me susurró al oído, y yo me estremecí.

—¿Co-conexión? —tartamudeé, clavándole los dedos en los hombros para no caerme.

—Ajá —canturreó—. Normalmente no recojo a chicas en los festivales —se rio— para luego planear un verano de aventuras con ellas. —Su voz bajó un poco—. Pero sabía que tú eras diferente, y de forma egoísta quería estar cerca de ti.

Todo mi cuerpo se estremeció.

—¿Qué estamos haciendo, Maddox?

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—¿Somos pareja? —solté antes de poder evitarlo.

—Si me estás preguntando si quiero que seas muy novia, la respuesta a esa pregunta es un rotundo... sí —y murmuró la última palabra en mi oído.

Temblé, aferrándome a sus brazos para no caer.

—Yo... yo no sé si puedo hacerlo —admití.

Sus ojos se entristecieron y apretó los labios.

—Temía que dijeras eso.

—Es de-demasiado pronto —tartamudeé, y la garganta se me cerró. ¿De verdad creía eso? Sentía como si conociera mejor a Maddox después de una semana que a la mayoría de la gente con la que había ido al colegio desde parvulario. Pero aún no me sentía preparada para dar aquel salto.

Él apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos como si sintiera un gran dolor.

—Está bien. —Se pasó la lengua por los labios y alzó una mano para

posarla sobre mi nuca. Los ojos se le oscurecieron con una promesa—. Solo para que lo sepas, no me arrepiento de haberte besado, y llegará el día en que seas tú la que me lo pida, y entonces te besaré hasta que te olvides hasta de tu nombre.

Me quedé sin respiración. Le creía.

Maddox dio un paso atrás y, tras guiñarme un ojo, se encaminó por el pasillo hacia mi dormitorio.

Yo aún estaba asombrada y no hubiera podido moverme ni queriendo. Alcé una mano temblorosa y me toqué los labios.

La última, y primera vez que me había besado un chico, había sido antes de que mi padre se fuera, y aquel beso no podía ni compararse a este. Si había un beso capaz de hacer estallar fuegos artificiales, ese era el de Maddox.

—Uauh —susurré, bajando la mano.

Hice cuanto pude para recomponerme antes de que Maddox volviera con la jaula en las manos y Sonic al hombro.

—¿No tienes miedo de que se caiga? —pregunté.

—No. —Inclinó la cabeza para mirar al erizo—. Sonic sabe agarrarse, está acostumbrado. ¿Te importa aguantarme la puerta? —preguntó.

—Oh, sí, claro —me peleé con mis propias palabras mientras abría rápidamente la puerta para que pudiera dirigirse al coche.

Corrí tras él y le ayudé a colocar la jaula en el asiento trasero, algo nada fácil teniendo en cuenta que el coche era un tres puertas.

—¿Lista para marchar? —Me sonrió y el estómago me dio un vuelvo. Odiaba que mi cuerpo reaccionara así a él, como si fuera incapaz de resistirse.

—Deja que me despida de mi madre.

Mi madre ya sabía que iba a pasar el día con Maddox, así que en realidad no necesitaba volver a entrar en casa, pero tenía que alejarme de él y de su hipnotizadora mirada antes de que acabara haciendo alguna estupidez. Como pedirle que me besara y darle la razón.

Dejé a Maddox junto al coche y entré rápidamente en casa, directa al estudio de mi madre. Ella alzó los ojos en cuanto entré y dejó lo que estaba haciendo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, solo quería decirte adiós... así que... adiós —y me quedé de pie junto a la puerta.

Ella se echó a reír, su sonrisa brillante y feliz.

—Adiós, Emma. Diviértete con Maddox, ¡pero no te quedes preñada!

—¡Mamá! —gemí con las mejillas encendidas.

Ella rio otra vez.

—Lo siento, me pareció que era mi responsabilidad como madre decir eso. Aunque ya sé que contigo no tengo que preocuparme.

—Gracias, mamá —susurré, repentinamente embargada por una emoción que no podía ni describir.

Mamá ladeó la cabeza, aún sonriendo.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por estar siempre ahí para mí... por ser la mejor madre que podrías ser.

—Oh, Emma. —Dejó caer las manos a los lados y se manchó los tejanos con arcilla—. No tienes que agradecerme eso... aunque sea agradable oírlo. Es mi obligación como madre ser siempre lo que necesitas que sea, ya sea un hombro sobre el que llorar o una figura disciplinaria.

—Solo quería que supieras que eres una madre bastante increíble. —Me encogí de hombros—. Mereces saberlo.

—Bueno, pues gracias. Te quiero, Emmie.

—Y yo a ti, mamá. —Retrocedí un paso y comencé a cerrar la puerta—. Será mejor que me vaya antes de que Maddox venga a buscarme.

Ella se rio.

—Sí, vete y diviértete.

Me deslicé en el asiento del brillante deportivo y me reí al ver que Maddox tenía a Sonic haciendo equilibrios en el volante.

—¿Todo bien? —preguntó con un ceño de preocupación.

—Sí, todo va genial —le aseguré.

—Vale —dijo—. Toma, coge a Sonic mientras conduzco.

Cogí al erizo y me lo coloqué en el regazo mientras me ponía el cinturón.

—¿Lista? —preguntó.

Yo no estaba segura de si se refería a lista para salir o lista para otra aventura, pero supuse que la respuesta era la misma.

—Sí.

—Oh, Dios mío. —Contemplé con la boca abierta la piscina que una vez

había contenido prístina agua azul. Ahora el agua había desaparecido para ser reemplazada por bolas de plástico—. ¿Sabes? Cuando sugerí esto no esperaba exactamente... *esto*.

Maddox sonrió con orgullo, con las manos en las caderas.

—¿A que es una pasada?

—¿Tus padres no se han enfadado? —pregunté.

Él agitó una mano, como descartando la idea.

—No les importa siempre y cuando vuelva a llenarla de agua después.

—Ajá... —asentí.

—¿A qué estás esperando? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Tú primero —dije.

Él se rio con los ojos entrecerrados por el sol.

—Lo haré en cuanto deje a Sonic en su sitio.

—Oh, claro. —Me había impresionado tanto la pila de bolas (aunque supongo que “piscina” sería el término apropiado), que me había olvidado de Sonic.

—Espera aquí —dijo Maddox como si temiera que fuera a huir.

Pero yo no estaba asustada, solo alucinada. No había esperado nada como aquello.

Una sonrisa comenzó a formarse en mi boca: aquello iba a ser divertido.

Maddox volvió y se fijó en mi expresión.

—Deduzco que ya no estás acojonada.

—No. —Sacudí la cabeza—. Pero me preguntaba de dónde has sacado todo esto.

—Conozco a gente. —Se encogió de hombros—. ¿Aún quieres que vaya el primero?

Asentí.

Él se cogió el bajo de su camiseta blanca y comenzó a quitársela.

—¡Eh, eh, eeeeh! ¿Pero qué estás haciendo? —grité.

Maddox se sacó la camiseta y la tiró sobre el césped.

—Quitándome la camiseta, ¿no es obvio?

—¿Y por qué tienes que quitártela para saltar ahí? —siseé.

—Es una piscina, Emma.

—Sí —acepté—. ¡Pero no hay agua!

Él sonrió, travieso, y se revolvió su cabello castaño. El movimiento hizo que mis ojos registraran cómo se flexionaban los músculos de su brazo, lo

que me llevó a bajar la vista por su esculpido pecho y estómago. Su cuerpo estaba tonificado, no era para nada delgaducho. Nunca antes había repasado tan descaradamente a un chico, pero no podía apartar los ojos de Maddox.

—¿Te gusta lo que ves?

Chillé y me tapé la cara con las manos, avergonzada por haber sido pillada.

La risa de Maddox resonó a mi alrededor y di un respingo cuando sentí que me cogía del brazo para apartarme las manos de la cara.

—No te me pongas tímida ahora, Em. Estamos a punto de saltar a una piscina de bolas.

Resoplé y él sonrió.

—¿Qué te parece si lo hacemos juntos? —sugirió mirándome fijamente a los ojos.

—Sí, eso estaría bien —asentí.

Su sonrisa era cegadora. Se llevó una mano a la espalda y se sacó del bolsillo trasero un par de baquetas que ni me había dado cuenta de que llevaba. Las dejó en el suelo y me tendió la mano, una mano enorme que cubrió por completo la mía.

La emoción recorría mi cuerpo. Me sentía atolondrada como una niña pequeña, cuando eres demasiado joven para que lo malo haga mella en ti y cosas como una piscina de bolas te parecen lo más guay del mundo.

—¿Lista? —preguntó Maddox, y cuando asentí, empezó a contar—: Uno, dos... ¡tres!

Corrimos juntos y saltamos a la piscina llena de bolas de plástico. Me reí sin parar mientras mi cuerpo se hundía entre las bolas multicolores.

—Esto es bastante impresionante —sonreí.

—Lo es —dijo Maddox devolviéndome la sonrisa.

Recorrí la piscina de bolas riendo a carcajadas y sonriendo. Estaba bastante segura de que nadie podía permanecer enfadado haciendo algo como aquello.

No sé cuánto tiempo pasó, pero de pronto oí exclamar:

—¿Qué coño está pasando?

Me volví y vi a Ezra y Mathias de pie al borde de la piscina. Ezra estaba sonriendo, pero Mathias tenía el ceño fruncido.

—Nos estamos divirtiendo —respondió Maddox a su hermano gruñón.

—Esto es tan guay... —Ezra juntó las manos—. ¡Boooombaaa! —gritó, y saltó con nosotros.

Mathias puso los ojos en blanco.

—Estáis todos como putas cabras.

—¡Vamos, Mathias! ¡Diviértete un poco!

Mathias arrugó la nariz como si le resultáramos desagradables.

—No.

—Mathias —gruñó Maddox.

—Vaale —bufó Mathias. Se dio la vuelta y se dejó caer de espaldas como un surfista de multitudes en un concierto.

—¡Así se haces, Mattie! —le animó Ezra.

—Oh, cállate —murmuró Mathias, pero su voz sonaba más animada cuando añadió—: En realidad esto mola bastante, pero tengo que preguntarlo: ¿por qué has llenado nuestra piscina de bolas?

—Fue idea de Emma —contestó Maddox.

Mathias se volvió hacia mí.

—¿Por qué?

—Pensé que sería divertido. Aunque en realidad no esperaba que Maddox llegara a estos extremos —sonreí alzando una bola azul para lanzársela a Maddox. Este no estaba prestando mucha atención y le rebotó en la cara, haciéndonos reír a todos.

Después de un rato Mathias y Ezra se fueron y volvimos a quedarnos solos. El entusiasmo ya se nos estaba pasando, así que salimos de la piscina y fuimos a la casa de invitados.

Maddox llamó a alguien para que se llevara las bolas y volviera a llenar la piscina de agua. Yo me senté en el sofá, sin saber muy bien qué hacer. Me sentía un poco fuera de lugar y aún no tenía tanta confianza con Maddox como para ponerme demasiado cómoda.

«Pues bien cómoda que parecías cuando le dejaste besarte», dijo mi conciencia.

Comencé a sonrojarme ante la sola idea de sus labios moviéndose contra los míos.

Tras colgar el móvil Maddox pasó junto a mí y se sentó a la batería. Se había vuelto a poner la camiseta, así que no volvería a ponerme en ridículo mirando embobada su pecho desnudo.

—¿Te importa si toco? —preguntó, sacándose las baquetas del bolsillo trasero y enarcando una ceja.

—No, para nada. Me encantaría oírte tocar.

Me senté para no perderme ni un momento de aquello. Maddox bajó los

ojos, tratando de disimular una sonrisa.

Con un giro de muñeca comenzó a marcar el ritmo. Al principio era lento, como si casi temiera tocar frente a mí, pero pronto su pasión superó el miedo. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras ganaba velocidad. Los platillos estallaron y el ritmo de la batería recorrió mi cuerpo.

Había supuesto que sería bueno, pero no esperaba que lo fuera tanto.

Me quedé allí sentada, alucinada oyéndole tocar. Estaba casi segura de que Maddox era la persona más asombrosa que había conocido jamás... y eso que ni siquiera sabía su apellido.

Diez minutos más tarde se detuvo. Alargó una mano para silenciar el platillo y me sonrió.

—¿Qué te ha parecido?

Sacudí la cabeza, incapaz de encontrar las palabras.

—¿Bueno? ¿Malo? —insistió.

—Eres increíble —jadeé por fin.

Él sonrió, poniéndose en pie para meterse las baquetas en el bolsillo una vez más.

—¿Sabes? —comencé—, acabo de darme cuenta de que no sé tu apellido.

Maddox rio por lo bajo y se sentó a mi lado en el sofá.

—Es Wade —dijo.

—Y el mío Burke —respondí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa cuando me tendió la mano.

—Encantado de conocerte, Emma Burke.

—Igualmente, Maddox Wade.

Se hizo el silencio entre nosotros, y la forma en que me miraba me hizo estremecer.

—¿Cuál es tu segundo nombre? —pregunté porque no soportaba el silencio. Además, estaba deseando conocerlo aún más.

—Carson —contestó con una risita, pasando una mano por el respaldo del sofá. Sus dedos quedaron peligrosamente cerca de mi brazo y se me puso la piel de gallina ante su cercanía—. ¿Y el tuyo? —preguntó—. Espera... deja que lo adivine... —tamborileó con sus dedos en la mejilla—. Tallulah.

Resoplé.

—¿Tallulah? ¿Cómo diablos se te ha ocurrido algo así?

Él me ofreció una sonrisa torcida.

—Tu madre parece capaz de ponerte un segundo nombre estrafalario —

se encogió de hombros—, y ese ha sido el primero que se me ha ocurrido.

—Pues es bastante diferente —admití.

—No será Moon, ¿verdad? —preguntó.

—¡No! —me reí. Y poniéndome seria, añadí—: aunque se acerca.

—Oh, Dios —echó la cabeza hacia atrás y su nuez vibró de risa.

—Es Rayne —confesé por fin—. Pero se deletrea R-a-y-n-e, no *rain*^[3].

—Aún tendremos que dar gracias por eso —se rio.

—Mi madre es un poco hippy. —Me encogí de hombros—. Supongo que podría haber sido peor.

—Sí, te podrías haber llamado Emma Moon... que es como nombre de *stripper* —y sus ojos brillaron con risa apenas contenida.

Resoplé y rompí a reír tan fuerte que hasta se me saltaron las lágrimas. Él rio conmigo y yo me relajé, perfectamente a gusto en su presencia. Estando con él no sentía la necesidad de ser otra persona. Era solo... Emma.

—Bueno, está claro que no soy una *stripper* —continué riendo.

—No sé yo... —Me miró el pecho—. Con esas curvas creo que podrías serlo.

—¡Maddox! —chillé dándole un manotazo juguetón en el brazo.

Él fingió encogerse.

—Eso ha dolido...

—Oh, estoy segura de que es una herida mortal. —Me volví hacia él, estudiando cuidadosamente su cara.

—¿Por qué me miras así? —preguntó con asombro.

Me encogí de hombros.

—Ya hace tiempo que vives aquí, ¿verdad? —pregunté

—Sí, toda mi vida —contestó con un tono que sugería que sentía curiosidad por saber adónde quería llegar con aquello.

—¿Cómo es posible que hayamos vivido en el mismo lugar todos estos años sin habernos conocido antes?

—Porque —dijo, bajando la voz e inclinándose hacia mí hasta dejar apenas espacio entre nosotros— no estábamos destinados a encontrarnos antes. Ahora es nuestro momento.

Cerré los ojos y sus palabras fueron como una caricia sobre mi piel.

Volvió a incorporarse y el hechizo se rompió.

Abrí los ojos y me alejé de él un poco, esperando que la energía que vibraba a nuestro alrededor se disipara.

Me miró con intensidad y me removí, nerviosa.

—¿Somos amigos, Emma? —Su inesperada pregunta me sorprendió.

—Sí... ¿creo que sí? —y me salió como una pregunta.

—¿Te gusto? —continuó.

—Sí —dije de nuevo—. ¿Por qué? ¿Adónde quieres llegar? —Estaba muy confusa por el extraño giro de la conversación.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué es lo que más te gusta de mí?

—Maddox... —comencé frunciendo el ceño—, estoy confusa.

—Solo contesta a la pregunta, por favor —gruñó con desesperación.

Me lo quedé mirando durante un momento, extremadamente confusa. Su pregunta no era difícil, solo curiosa, pero aún me parecía una pregunta extraña.

—Me gusta cómo me haces reír. —Me encogí de hombros—. Me gustas porque tenemos cosas en común, como la música. Me gustas porque cuando estoy contigo soy yo misma.

Él bajó la cabeza y pareció casi aliviado. Por fin volvió a alzar la vista, recuperada su expresión pícara.

—Creí que ibas a decirme que solo te gusto porque estoy buenísimo.

Puse los ojos en blanco.

—Maddox —gemí.

—Lo siento —se disculpó, pero su sonrisa desmentía su arrepentimiento. Para mi sorpresa, extendió una mano para atrapar un mechón de mis rubios cabellos y enroscárselo en un dedo.

—¿Maddox? —pregunté—. ¿Qué estás haciendo?

Dio un respingo, mirándose la mano y desenredando mi cabello. Sonrió con timidez, como si no se hubiese dado cuenta de lo que hacía.

—No he podido resistirme. Hay algo en ti... —bajó la voz hasta que fue un susurro y apartó la vista, casi como si deseara que yo no le hubiese oído —, que me atrae sin que yo pueda evitarlo.

Permanecí en silencio sin saber qué decir, pero por suerte Maddox me salvó de tener que contestar.

—¿Te importaría volver a tocar el piano para mí? —preguntó con los ojos brillantes de esperanza.

—Me encantaría —sonreí, con las manos ya temblando de ganas de volver a acariciar aquellas suaves teclas. El piano de mi casa era viejo, estaba desafinado y se caía a pedazos. En cambio, aquel era perfecto. De hecho, era tan prístino que tenía la sensación de que era prácticamente nuevo—.

¿Quieres que toque algo en especial?

Él sacudió la cabeza.

—Lo que te apetezca.

Me puse en pie y fui a sentarme al piano. Pasé las puntas de los dedos sobre las teclas e inmediatamente mi cuerpo comenzó a canturrear de felicidad.

Oí ruido a mi espalda y al volverme vi a Maddox estirado en el sofá con los brazos cruzados tras la cabeza. Me dedicó una media sonrisa cuando me descubrió observándole.

—Venga, toca.

Volví a la posición, fingiendo que no sentía sus ojos recorriendo mi cuerpo. Se me puso la piel de gallina y me estremecí.

Cerré los ojos y comencé a tocar la primera canción que me vino a la mente.

La música surgía de mis dedos, atravesaba el piano y llenaba la sala. Mi cuerpo se balanceaba a su ritmo, sintiéndola, viviéndola.

Toqué canción tras canción, no quería dejarlo jamás.

La música me hacía sentir viva, casi como Maddox cuando estaba cerca. No solo viva, sino libre... como si nada de lo ocurrido importara ya. Algo me decía que haber encontrado a alguien que me hiciera sentir igual que la música era algo único.

La música cesó y dejé caer las manos en mi regazo. Me volví en la banqueta y me reí al descubrir que Maddox se había quedado totalmente dormido y hasta roncaba suavemente.

Estaba segura de que estaba exhausto tras el viaje nocturno.

Las angulosas curvas de su rostro se suavizaban durante el sueño, lo que le hacía aún más atractivo. Había una manta en el brazo del sofá y la recogí, la desplegué y le cubrí con ella.

Maddox parpadeó hasta medio abrir los ojos y bostezó.

—¿Te tumbas conmigo? —me preguntó con una voz adormilada que hizo que mi cuerpo cantara y bailara por dentro.

—Yo... esto... —dudé.

Me cogió del brazo abriendo un poquito más los párpados, dejándome ver la media luna plateada de sus ojos que me miraban.

—¿Por favor?

¿Cómo podía resistirme?

—Vale, pero solo un ratito —acepté.

Él se movió intentando hacerme sitio, pero el sofá era pequeño. Me rodeó con un brazo y me estrechó contra su pecho. Estaba bastante segura de que aquello era lo que llamaban “hacer la cucharilla”, y también estaba bastante segura de que mi corazón se había parado.

—¿Está bien así? —susurró él, apartándome el cabello del cuello.

—Sí —grazné.

—Bien —murmuró, y juro que posó sus labios sobre la piel justo bajo mi oreja y me besó, pero el roce fue tan rápido y suave que no podría asegurarlo al cien por cien.

Se quedó callado y unos minutos más tarde su respiración se hizo pesada contra mi cuello, por lo que supe que se había dormido.

Me sentía como una intrusa allí, hecha un ovillo contra su cuerpo, como si estuviera interpretando un papel en la vida de otra persona pero deseando, egoístamente, que aquella vida fuera la mía.

Quería interpretar el papel principal en la vida de Maddox, y aquello me asustaba más que cualquier cosa en el mundo.

11

—Vaya, vaya, interesante —rio alguien.

Abrí los ojos con dificultad y me los froté para despejar el sueño. Maddox gruñó, intensificando su abrazo y agarrándome...

—¿Acabas de agarrarme una teta? —chillé apartándome de él a la defensiva.

—Perdón —sonrió—, ha sido un reflejo.

—Ajá, claro —murmuré levantándome del sofá.

Evité que mi mirada se cruzara con la de un sonriente Ezra y un pensativo Mathias. La camiseta se me había enroscado hacia arriba y me apresuré a bajarla. Me cubrí el pecho con los brazos, como si eso pudiera protegerme de la penetrante mirada de Mathias. Había algo en él que me ponía nerviosa. No le tenía miedo pero algo me advertía de que debía mantener cierta distancia. Me preguntaba qué le habría pasado en la vida para hacerle tan infeliz.

Ezra me sonrió apartándose los rizos oscuros de sus ojos. Mirando a Maddox y luego a mí dijo:

—Hayes quiere que quedemos.

—¿Quién es Hayes? —pregunté.

Maddox habló antes de que ninguno de los otros pudiera decir algo.

—Es un amigo.

Miró a los otros dos como si les retara a llevarle la contraria. Yo no entendía qué estaba pasando.

—Vaaaale —conseguí decir—. Entonces me iré a casa —murmuré, y me di cuenta de que no tenía coche.

—Ni hablar —rio Ezra, mirando a Maddox con una sonrisa victoriosa—. Te vienes con nosotros.

—¿Con vosotros? —repetí—. ¿Para hacer qué?

—Jugar a los bolos —respondió Mathias arrastrando cada sílaba—. Jugar a los putos bolos porque no hay nada más que hacer en este estúpido pueblucho.

—Oye —Maddox señalaba hacia la puerta—, tenemos una piscina de bolas en el patio. Yo diría que hay mucho que hacer.

Mathias puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Me voy a fumar.

Salió hecho una furia mientras se sacaba un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón.

—Es la alegría de la huerta —dijo Ezra, socarrón—. A veces me cuesta creer que seáis gemelos. Diablos, es que si no fuerais idénticos, nunca lo adivinaría.

Maddox rio por lo bajo.

—Juraría que este ya nació más cabreado que un mono.

—¿Mono? —me reí—. Juraría que es “más enfadado que una mona”.

—En el caso de Mathias es un mono —dijo riendo—, un mono grande, peludo y apestoso.

Ezra y yo nos reímos. No podía evitar imaginarme al alto y siniestro Mathias como a un mono lanzando gritos de enfado. Sí, era una visión bastante divertida.

Maddox se levantó del sofá y estiró los brazos hacia el techo.

—Vale, vamos, pero cogeremos tu coche. No pienso escuchar a Mathias quejarse por tener que ir en el asiento trasero del mío.

Ezra rio entre dientes.

—Mathias siempre se queja por todo.

—Cierto. —Se encogió de hombros—. Enseguida vuelvo.

Subió corriendo las escaleras y yo miré inquisitiva a Ezra, que no hizo más que responder a mi mirada interrogativa con un encogimiento de hombros.

Maddox no estuvo fuera mucho rato y, cuando volvió, llevaba una boina de lana negra. Le asomaban mechones de cabello castaño sobre la frente.

—Muy bien, vamos.

Nos dirigimos hacia la puerta conmigo en la retaguardia. Sonreí al ver las baquetas en el bolsillo de atrás de los pantalones de Maddox. Casi siempre llevaba unas encima, como si fueran una importante extensión de sí mismo.

Seguí a los tres chicos hasta el garaje y me quedé mirando la hilera de vehículos. La gente normal no tiene tantos coches bonitos. Sus padres debían de ganar mucho dinero.

Intenté no mostrar demasiado mi alucine cuando Maddox abrió la puerta de un SUV negro y brillante. Era un trasto enorme, parecía más un tanque que un coche. La piel de los asientos estaba fría al roce con mis piernas

desnudas y era suave como la seda.

Maddox cerró la puerta y corrió para entrar por el otro lado. Ezra conducía, por supuesto, y Mathias se sentó con él delante.

—¿Qué clase de coche es este? —pregunté dejando clara una vez más mi ignorancia en lo que a coches se refería.

—Un GMC Yukon —contestó Ezra mirándome a través del retrovisor interior mientras la puerta del garaje se abría.

Ezra alargó el brazo y encendió la radio. El volumen estaba a tope y lo bajó de golpe a unos decibelios menos ensordecedores. No reconocí la canción pero sí el nombre del grupo que brillaba en la moderna pantalla táctil del navegador.

—Oye, estos son Willow Creek —comenté—. Son de aquí. Nunca había escuchado nada suyo hasta ahora.

Maddox tosió a mi lado, y cuando me volví hacia él estaba mirando a Ezra. Mathias resopló y fue directo a cambiar el dial.

—Nadie quiere escuchar esta porquería.

Ezra no contestó, seguía mirando a Maddox con el coche parado en el garaje. No entendía la guerra silenciosa que parecía estar llevándose a cabo entre los dos. En aquel momento deseé no haber dicho nada.

El camino hasta la bolera fue angustiosamente silencioso. El silencio me ponía nerviosa porque me sentía como si hubiera hecho algo malo. Me alegré cuando Ezra aparcó y pude dejar la tensión atrás, o al menos eso esperaba.

Me adelanté a los chicos y entré en el edificio. Ellos me siguieron y yo les observé por encima del hombro, boquiabierta. Ahora Ezra llevaba una gorra de béisbol que echaba hacia atrás sus rizos y Mathias llevaba una boina de lana parecida a la de Maddox pero en gris. ¿A qué viene tanto gorro?

Cogimos los zapatos que nos dio la mujer del mostrador y Ezra señaló a un lado de la bolera.

—Se supone que Hayes está por ahí.

Entramos tras él a la sala oscura. Las sillas y las mesas brillaban en morado y verde para indicar el camino, y una especie de canción country retumbaba en los altavoces.

Un tío alto nos saludó con la mano desde la última pista.

—¿Alguien puede recordarme una vez más por qué vamos a jugar a bolos? —refunfuñó Mathias entre dientes, pero Hayes le escuchó.

—Porque jugar a bolos es genial y me apetecía mucho un perrito caliente —sonrió Hayes.

Eché la cabeza hacia atrás para poder abarcar su monstruosa altura. El tío era un gigante, seguramente de casi dos metros. Su cabello rubio caía sobre sus ojos azules y una barba incipiente asomaba en sus mandíbulas. Era atractivo al más puro estilo americano, digamos.

—Hola —me sonrió, y la mano de Maddox agarró posesiva mi cintura—. Me llamo Hayes, ¿y tú?

—Emma —sonreí.

—Encantado de conocerte, Emma.

Mi nombre se deslizó por su lengua como si de un vino exótico se tratara. Maddox gruñó a mi lado y Hayes soltó una risita.

—No intento ligar con tu chica, así que tranquilo.

Maddox retiró la mano y murmuró:

—Ya lo sabía.

No me molesté en corregir a Hayes sobre el hecho de que yo no era la chica de Maddox porque digamos que parecía que lo era.

Mathias se sentó en una de las sillas y apoyó las piernas sobre la mesa mientras Ezra introducía nuestros nombres en el ordenador.

—¿Vamos a jugar a los bolos o a ver quién la tiene más larga, chicos?

Hayes sonrió sacudiendo la cabeza.

—Bienvenida a la familia —y se encogió de hombros como diciendo "qué se le va a hacer".

Nos llevó un rato preparar la partida. Empezaron los chicos, y todos consiguiendo un *strike* menos Mathias que acabó con un semipleno. Tampoco dejaba de quejarse y sentí la enorme tentación de decirle que cerrara el pico. Su negatividad empezaba a darme ardor de estómago.

Cuando llegó mi turno me aterrorizaba la idea de hacer el ridículo delante de los cuatro. Cogí mi bola, una con una espiral morada que Maddox había elegido para mí, y caminé hacia la pista. Alineé los hombros y solté aire por la boca, como si supiera lo que estaba haciendo. Balanceé el brazo hacia atrás y solté la bola... pero no fue hacia donde se suponía que debía ir.

Me ardían las mejillas y deseé poder meterme en el agujero más cercano y desaparecer. Mathias fue el primero en echarse a reír, lo que me chocó, pero el resto no tardó en unirse a él. La gente a nuestro alrededor empezó a mirarnos y el nivel de humillación aumentó.

Maddox cogió la bola y se acercó sigilosamente. Yo tragué saliva. Algo me decía que me había metido en un lío, un lío del tipo sexy y peligroso, porque Maddox sabía cómo jugar conmigo. Me dio la bola.

—Así.

Su voz era un ronco susurro en mi oído. Con una mano en mi cintura me posicionó y usó la otra para mover mi brazo. Me sentí como una marioneta a la que le movían los hilos, dispuesta a dejarle hacer conmigo lo que él quisiera. ¿Desde cuándo era tan patética? Era como si se me hubiera partido la columna.

—Y luego —sus labios me rozaron la mejilla y juraría que lo estaba haciendo a propósito, intentando hacerme flaquear—, la sueltas.

Dijo algo más antes de todo ese rollo pero ni me enteré. Esperaba que no fuera importante.

Me soltó y mi cuerpo sintió frío sin su cálido contacto. Respiré hondo, mirando los bolos e intentando no pensar en cómo notaba su mirada recorriendo mi cuerpo. Eché el brazo hacia atrás y dejé ir la bola. Fue directa a la canaleta.

—Mierda —solté, cabreada conmigo misma.

Maddox se rio.

—No te preocupes, volveré a ayudarte.

Me repateaba decírselo, pero estaba bastante segura de que había sido "su ayuda" la que me había hecho cagarla esa vez.

Esperamos la lenta progresión de la bola y Mathias empezó a soltar odiosos ronquidos. Un día de esos iba a saltarle al cuello por ser tan maleducado.

—¿Qué tal si te ayudo yo ahora? —me sobresalté al escuchar la nueva voz y me volví para toparme con los ojos de Hayes de pie detrás de mí con la bola entre las manos. Ni siquiera me había dado cuenta de que la bola ya había regresado.

—La estaba ayudando yo —gruñó Maddox.

—Eso parecía más provocar que ayudar. —Hayes me sonreía a mí y no a Maddox.

—¿Por qué no dejas que un tercero imparcial ayude a Emma? —Esta vez sí que miró a Maddox.

Los ojos de Maddox se fijaron entonces en mí y resopló.

—Vale.

Supongo que se había dado cuenta de que no tenía ningún derecho sobre mí y de que estaba siendo absurdo.

Hayes me dio algunas instrucciones básicas y me ayudó a colocarme. No hubo nada provocativo en su forma de tocarme, y el que lo hiciera no

ponía mi cuerpo a mil como cuando lo hacía Maddox. Hayes realmente solo intentaba ayudarme.

Esta vez, cuando solté la bola, rodó por la pista hasta tumbar todos los bolos menos dos.

—¡Sí! —grité dando saltos—. ¡Lo conseguí!

Salté sobre Hayes y le di un abrazo.

—Gracias.

—De nada —soltó una risita cálida.

Al escuchar un golpetazo Hayes me dejó en el suelo y nos giramos a tiempo de ver una silla en el suelo y a Maddox largándose de allí. Fruncí el ceño y miré primero a Hayes y luego a los otros chicos.

—No pretendía...

—Lo sabemos —me interrumpió Ezra—. Maddox está siendo un poco...

—Posesivo —concluyó Mathias con una sonrisa burlona.

—Debería pedirle disculpas —murmuré.

Di media vuelta para marcharme pero Hayes me agarró el brazo, deteniéndome. Levanté la cabeza y le miré a los ojos.

—Dale unos minutos para que se le pase y vea lo idiota que ha sido —sugirió.

—¿Estás seguro? —dije con una mueca, pellizcando el dobladillo de mi camiseta—. Me siento mal.

—Claro —asintió señalando la mesa—. Siéntate aquí un rato.

Los tres chicos jugaron a su turno, pero cuando apareció el nombre de Maddox en la pantalla, aún no había vuelto. Me sentí fatal porque sabía que era culpa mía.

Ignoré las súplicas de Hayes para que me quedara y fui a buscar a Maddox. No me costó mucho encontrarle cerca de la entrada principal, jugando en una de esas máquinas con pinzas para pescar premios.

Me quedé quieta detrás de él, y por la forma en la que se tensó su cuerpo supe que sabía que era yo.

—Maddox —susurré temerosa.

—¿Qué? —gruñó, sus ojos conectaron por un instante con el reflejo de los míos en el cristal.

—Lo siento —dije—. Solo ha sido un abrazo. No quería que te enfadaras.

—Lo sé —murmuró bajando la cabeza, avergonzado—. Y por eso estoy así. No debería estar cabreado, pero lo estoy. No eres mía pero me siento

como si lo fueras, y ver sus brazos rodeándote... no me ha gustado.

—Lo siento —repetí—. Tendría que haber pensado en tus sentimientos.

—No —sacudió la cabeza mirando mi reflejo—, no tenías que hacerlo. Me he comportado como un estúpido.

—Maddox —empecé a decir, casi sin palabras ya.

Se dio la vuelta y el oso de peluche que había ganado cayó en el compartimento.

—Vale, ya lo pillo. No te gusto como tú me gustas a mí y tengo que superarlo. Tengo que... tengo que dejar de quererte.

Soltó un profundo suspiro y volvió la mirada hacia la pared.

—¡Sí que me gustas! —grité, y por una vez me dio igual si llamaba la atención. Volvió la cabeza para mirarme—. Me asusta lo mucho que me gustas, bastante más que un amigo. No quiero sentir esto, pero lo siento. Solo estoy asustada.

Bajé la mirada hasta el suelo y le di una patada con la puntera de mi Converse a un pedazo de suelo de madera que estaba levantado.

—Me da miedo lo que siento por ti. Acabo de conocerte.

Levanté la vista, encontrando de nuevo su mirada.

—No estoy lista para más. Dame tiempo.

El silencio se extendía entre nosotros como un mar eterno, y jadeaba intentando respirar.

—Eso puedo hacerlo —dijo por fin.

El aire abandonó de golpe mis pulmones como un globo que se desinfla. Él sonrió lentamente y yo le devolví la sonrisa.

—¿Todo bien, entonces? —pregunté.

—Sí —rio, bajando la cabeza avergonzado—. Siento haberme comportado como un capullo.

—Estás perdonado, pero solo si me invitas a tomar algo —bromeé.

Se rio, agachándose a recoger su premio.

—Puedo hacerlo, y toma.

Me dio el oso de peluche. Era pequeño y llevaba una camisa azul con el nombre de la bolera.

—Así cada vez que lo mires, pensarás en mí.

—No te quepa duda —le aseguré, apretando el oso contra mi pecho—. Pero necesita un nombre.

Maddox ladeó la cabeza, mirando detenidamente al oso.

—Harold.

—¿Harold? —reí.

Se encogió de hombros.

—Es un nombre muy distinguido.

—Vale, pues será Harold —acepté con una risita, inhalando el olor grasiento del oso de peluche. Supongo que el olor de la bolera había calado en él.

—Entonces, ¿vamos a por comida y bebida? —dijo señalando con la cabeza hacia la pequeña cafetería.

Mi estómago rugió al escuchar la palabra comida.

—Sí —acordé, siguiéndole hasta la cola.

La cola avanzaba con lentitud así que estuvimos esperando sus buenos diez minutos a que nos atendieran. Maddox pidió para él y los chicos y yo pedí lo que quería... y una Coca Cola. Maddox soltó un resoplido.

—Emma, no puedes pedirte una Coca Cola.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque a mí me gusta la Pepsi Light, y Pepsi y Coca Cola no son amigos.

Le miré arqueando las cejas.

—Voy a beberme una Coca Cola.

Murmuró algo y la cajera nos miró como si estuviéramos locos. Le informó del total y Maddox se sacó la cartera del bolsillo trasero en el que no llevaba las baquetas. Ella pasó la tarjeta y le dio el recibo para que lo firmara. Todo lo hacía con el ceño fruncido, como si fuéramos un par de adolescentes impertinentes fastidiándole el día. Tal vez fuéramos adolescentes pero no creo que fuéramos impertinentes. Puede que me equivocara.

Tras firmar el recibo nos pusimos a un lado para esperar la comida y la bebida, lo que tardó otros quince minutos. Me sorprendió que los demás no hubieran venido a buscarnos. Tal vez aún no nos echaban de menos... o tal vez pensarán que andábamos ocupados en otra cosa.

Dios mío.

¡Ahora me daría vergüenza mirarles a los ojos, y ni siquiera había hecho nada malo!

Antes de que pudiera volverme loca de verdad, dijeron nuestro número y Maddox cogió las dos bandejas de comida y yo la que llevaba la bebida. Paramos en un mostrador de condimentos para coger todo lo podíamos necesitar. Cuando por fin volvimos con los chicos, estos se habían cansado de esperar y habían terminado la partida sin nosotros. Ya iban por la mitad de la

segunda.

—Comida —sonrió Hayes, frotándose la tripa—. Sois nuestros salvadores.

—Bueno —Ezra nos miró a uno y a otro—, ¿todo perdonado?

—No había nada que perdonar —Maddox se encogió de hombros mientras abría un sobrecito de ketchup con los dientes—. Me he pasado.

Los otros tres chicos intercambiaron miradas y luego las dirigieron hacia mí. Todos me miraban con curiosidad, como si fuera un animal exótico. Mathias fue el primero en hablar.

—Creo que has embrujado a mi hermano.

Maddox rio.

—Puede que sí. Mírala, es encantadora.

Sacudí la cabeza ignorando aquella conversación. Cogí el perrito caliente y las patatas fritas.

—Maddox, ¿me pasas la Coca Cola? —le pregunté, ya que la bandeja le quedaba más cerca que a mí.

Resopló con dramatismo.

—Eso es, tíos, Emma se ha pasado al lado oscuro y ha pedido una Coca Cola.

—¿Qué tiene de malo la Coca Cola? —me reí mientras cogía el vaso que me estaba pasando.

—La Pepsi es muchísimo mejor —se encogió de hombros y se comió una patata.

Abrí un sobre de ketchup y lo eché sobre el perrito caliente.

—En mi defensa diré que no suelo beber refrescos, pero si puedo elegir, prefiero Coca Cola. No quiero decir que la Pepsi esté mala —seguí—, pero no es mi favorita.

Maddox fingió una mueca de dolor.

—Eso me ha dolido. Creía que eras la chica más perfecta que existe cuando en nuestra cita pediste una Pepsi Light, y ahora siento que me has traicionado.

Me reí, incapaz de ocultar la sonrisa. Cuando levanté la mirada Ezra me estaba observando con atención. Rápidamente bajó los ojos, como si le diera vergüenza que le hubiera pillado.

—¿Tenía algo en la cara? —pregunté cogiendo una servilleta.

Ezra sacudió la cabeza, sus rizos negros bailando bajo la gorra de béisbol.

—No...

—Ah, ¿entonces por qué me miras así?

Su sonrisa se volvió tímida, casi avergonzada. Nos miró a Maddox y a mí y contestó:

—Le haces feliz.

Me atraganté con un trozo de perrito caliente y me entró un ataque de tos de esos que te hacen hasta llorar mientras intentas respirar. Maddox se acercó para golpearme la espalda. Al final conseguí tragarme el perrito caliente y di un largo trago de Coca Cola.

—Perdón —dije sin aliento—, me ha pillado por sorpresa.

Por suerte ninguno de los chicos dijo nada. Eso sí, la mano de Maddox no se separó de mi espalda, donde se quedó dibujando suaves círculos para relajarme.

Terminamos de comer y jugamos a otra partida. Hayes ganó.

Cuando nos fuimos de la bolera, Maddox y yo nos separamos un poco del resto.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó.

Asentí con entusiasmo. Quitando cuando casi me había ahogado, aquel día había sido genial, uno de los mejores que recordaba.

—Sí. Me gustan tus amigos... y Mathias.

—No mientas, a nadie le gusta Mathias —rio frotándose la mejilla.

—Vale, puede que no sea su fan número uno —admití tímidamente—, pero me cae bien... de alguna forma.

—Bueno, eso ya es más que la mayoría —se encogió de hombros.

—De la forma que yo lo veo, cada persona tiene motivos para actuar de determinada manera.

—Cierto —acordó—, pero Mathias y yo hemos compartido muchas desgracias y yo no me comporto como un capullo.

Dejé de andar y ladeé la cabeza para mirarle.

—Sí, pero Mathias también es una persona distinta a ti. Procesará las cosas de forma diferente. Supongo que tú lo encajas todo mejor.

Y entonces alargué la mano y le acaricié la mejilla en un gesto demasiado cariñoso para el tipo de relación que teníamos.

—Lo siento —tartamudeé con torpeza retirando la mano y fijando la mirada en el suelo—, no tendría que haber hecho eso.

¿Qué me estaba pasando?

—No pasa nada —respondió con sus ojos grises abrasándome.

Asentí, leyendo en sus ojos más cosas de las que quería o me sentía capaz de ver.

—¡Daos prisa, joder! —gritó Mathias con las manos haciendo de altavoz alrededor de su boca.

Maddox me sonrió con picardía.

—Vamos, haré que Ezra te deje en casa.

Seguimos caminando, con nuestros brazos rozándose. Ansiaba alargar la mano y coger la suya.

¿Qué diablos me estaba haciendo?

12

El día siguiente pasó lentamente.

Oh, tan lentamente...

De hecho, aún no había acabado.

La oscuridad empezaba a teñir el cielo.

Maddox no me había llamado ni escrito en todo el día, lo que era inusual. Supuse que estaba ocupado y que estaba bien. No era su novia, no me debía una explicación, pero odiaba lo perdida que me sentía sin él. No era normal. Uno no debería sentir algo tan intenso por alguien que acaba de conocer, pero así era para mí y no podía evitarlo. Empezaba a creer que no quería evitarlo.

Presioné las bases de mis pulgares contra mis ojos, bloqueando la visión del techo de mi habitación sobre mí. Deseé que aquel simple gesto pudiera borrar los extraños sentimientos que invadían mi cuerpo, pero sabía que nada podría hacerlo.

Me di la vuelta apretando la almohada contra mi pecho.

Sadie había ido a la ciudad con su madre, por lo que no había podido distraerme de mis propios pensamientos, que estaban llenos de Maddox.

—¿Emmie?

Me sobresalté y al mirar me encontré a mi madre de pie en la puerta con dos tazas de té humeantes en las manos.

—¿Estás bien? —preguntó entrando y sentándose en mi cama—. Parece que no te encuentras bien. ¿Crees que estás enferma?

Sí, estaba enferma... si contaba como enfermedad la locura de amor.

—Estoy bien, mamá —forcé una sonrisa —, solo que muy cansada.

Apretó los labios mientras me miraba, casi como si no me creyera.

—Bueno, bébete esto. Si te estás poniendo mala, te ayudará.

Me tendió la taza y la cogí. En cuanto tuve las manos ocupadas, las suyas volaron a tocarme la frente.

—No te noto caliente —sopesó.

—¿Ves? —levanté una ceja—. Solo es cansancio.

Suspiró y miró un póster que colgaba en la pared, uno de un espectáculo de Broadway, nada de bandas de chicos para mí.

—¿Esto es por Maddox? —preguntó, su mirada cayendo sobre mí—. ¿Ha pasado algo entre vosotros? No te ha hecho nada malo, ¿verdad? Te juro por Dios que si te ha hecho daño...

—No, mamá —reí por primera vez aquel día—. Solo estoy siendo la típica adolescente enfurruñada. No te preocupes por mí, por favor —le supliqué, alargando una mano para coger la suya.

Suspiró profundamente como si el peso del mundo hubiera estado sobre sus hombros.

—Soy tu madre, Emma. Me preocupo. Siempre me preocupo por ti.

Dejé la taza en la mesita junto a mi cama. Me acerqué a ella y la rodeé con los brazos.

—Lo sé, mamá, pero te prometo que no hay nada de qué preocuparse.

—Vale —suspiró deslizando sus dedos entre mi enmarañado cabello—. ¿Qué te parece si pedimos algo para cenar y vemos una peli? ¿Te apetece? —preguntó apartándose.

—Suena genial —sonreí.

—Bien. —Se puso en pie y se dirigió a la puerta—. Ah, y... ¿Emma?

—¿Sí? —pregunté.

—Péinate.

Puse los ojos en blanco.

—Vale, mamá.

Sonrió y desapareció pasillo abajo. Me peiné como me había pedido pero no me molesté en quitarme el pantalón de chándal y mi camiseta de tirantes. Al fin y al cabo no había dicho nada de eso y me apetecía hacer el vago.

—He pedido bocadillos de carne con queso —anunció cuando entré en la cocina. Con una sonrisa, añadió—: Siento no ser de esas madres que preparan comidas sofisticadas a todas horas y *brownies* para las funciones del colegio.

Me reí, sentándome a la mesa con mi taza de té.

—No te preocupes, creo que eres una madre estupenda aunque no cocines. Además, me preparas té —dije jugando con la cuerdecita de la bolsa de infusión.

Mi madre se acabó el té y señaló al comedor.

—¿Elegimos una película?

—Sí, claro —asentí, siguiéndola.

Al final nos decidimos por *Guerra de Novias* y acababa de empezar

cuando llegó nuestra comida. Además de los bocadillos había pedido patatas fritas con queso fundido y palitos de mozzarella. Aquello era el paraíso.

Nos reímos y charlamos durante la película, y me alegré de poder pasar aquel agradable momento con mi madre. Como trabajaba a todas horas, era raro que pudiéramos hacer algo juntas.

La película terminó y para cuando limpiamos todo eran más de las nueve, lo que aún era bastante temprano, pero pensé que podía irme a la cama y leer un rato. Le di las buenas noches a mi madre y me fui a mi habitación.

Las luces titilantes que tenía colgadas de la pared iluminaban la habitación oscura. Cogí mi libro y el iPod de Maddox, me puse los auriculares y le di al *play*, escuchando música mientras leía.

No llevaba ni dos capítulos cuando mi móvil empezó a vibrar. Me quité los auriculares y dejé el libro a un lado para buscar el teléfono, que en aquel momento estaba perdido bajo un mar de mantas.

Al final lo localicé y respondí.

—Hola —saludé casi sin respiración.

—Sal aquí afuera.

—¿Maddox?

—Sí —respondió lentamente—. ¿No aparecía mi nombre en la pantalla al llamarte?

—No he mirado —murmuré—. Entonces, ¿estás aquí? —pregunté acercándome a a ventana de mi dormitorio a curiosear a través de la persiana.

—Sí, puedo verte, Emma.

Chillé y me aparté de la ventana de un salto, dejando caer el móvil en el proceso. Mientras gateaba para recuperarlo su escandalosa risa resonaba al otro lado de la línea.

—Eres malo —solté cuando el móvil volvió a estar en mis manos.

Mi declaración no le perturbó lo más mínimo. Siguió riendo.

—Y ahora voy a colgar —le amenacé.

—¡Espera! —reaccionó—. Sal un momento, por favor —suplicó—. ¿Vamos a tomar un helado?

¿Había dicho helado?

—Voy enseguida.

—Dios mío, esto está tan bueno... —gemí—. Me encanta el helado.

Maddox me miraba con los ojos muy abiertos.

—Eso veo.

Sus ojos se concentraban en el movimiento de mi lengua sobre la cuchara y mis mejillas empezaron a arder.

—Tengo curiosidad, ¿por qué el helado? —pregunté, cogiendo un poco más de aquella delicia cremosa de frambuesa y chocolate.

—Quería pedirte disculpas por lo de hoy. —Se encogió de hombros mientras comía un poco de su propio helado de vainilla.

Tal vez hubiera estado un poco molesta por no saber de él, pero no quería que lo supiera. Lo último que quería era que pensara que estaba pendiente de él.

—¿Por qué? —pregunté con fingida indiferencia.

—Me siento mal por no haberte llamado.

—No tienes por qué llamarme —le dije. Y era verdad. Aunque hubiera estado molesta, no tenía nada que echarle en cara. No tenía que compartir toda su vida conmigo.

Ladeó la cabeza.

—El caso es —continuó—, que quería verte y quería helado, así que me ha parecido el combo perfecto. También quería decirte que he despejado mi agenda de mañana y que vamos a hacer algo divertido.

La forma en la que dijo "divertido" me dio mucho miedo.

—¿Despejado tu agenda? —pregunté, mis labios formando una sonrisa—. Tienes diecinueve años y no tienes trabajo. ¿Qué agenda podrías tener que despejar?

Se rio limpiándose un poco de helado del labio.

—Una muy ocupada llena de cosas increíblemente maravillosas que no podrías creer.

—Déjame adivinar —levanté un dedo—, ¿limpiar la jaula de Sonic?

—Eso es los jueves —respondió con una risita.

—¿Y me vas a decir qué es eso tan divertido que vamos a hacer mañana?

—No —dijo mirándome como si estuviera loco—. La sorpresa es parte de la aventura.

Y entonces sacudió su cuchara hacia mí, haciendo que me cayera helado en el cabello.

—¿Lo ves? ¡Sorpresaaaa!

—¡Serás gilipollas! —reí, lanzándole una cucharada de mi helado. Cayó

como un gotarrón sobre su frente.

Y entonces se desató entre nosotros una guerra de helado en toda regla. Supongo que fue una suerte que la heladería fuera una de esas paradas pequeñas y estuviéramos sentados fuera.

—¡Mamá! —gritó un niño—, ¡quiero hacer eso!

El niño nos señalaba a los dos mientras nos salpicábamos de helado el uno al otro.

—No, vamos, ni se te ocurra —gruñó la madre, probablemente maldiciendo nuestra existencia por darle ideas a su hijo.

Nuestras carcajadas llenaban el ambiente. No recordaba la última vez que me lo había pasado tan bien.

No dejamos de pelear hasta que se nos acabó todo el helado y estuvimos cubiertos de restos pegajosos. Se me escapaba la risa nerviosa mientras Maddox me cogía de la mano y corríamos hacia su coche. La gente nos miraba raro pero no me importó. Era feliz, y cuando eres feliz te da igual lo que piensen los demás. Sus pensamientos y opiniones dejan de importar.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando Maddox condujo en dirección opuesta a mi casa.

—Al parque —respondió.

—¿El mismo parque en el que nos detuvieron? —pregunté, mi voz muy seria.

Río con fuerza.

—Sí, el mismo, pero te prometo que hoy no van a detener a nadie.

—Mhmmm... —murmuré intentando no sonreír —, eso suena a promesa que tal vez no puedas cumplir.

Se encogió de hombros.

—Supongo que siempre hay una pequeña posibilidad... pero dudo que mirar las estrellas pueda llevarnos a una detención.

—¿Mirar las estrellas? —pregunté ladeando la cabeza.

Se rio mientras entraba en el aparcamiento.

—Sí, mirar las estrellas. Ya sabes, cuando te tumbas en el suelo y miras al cielo.

Quería decirle que eso sonaba romántico, pero me preocupaba que interpretara mal mis palabras, así que me callé.

Cogió una sudadera del maletero del coche y me la dio.

—Toma, puede que la necesites. Esta refrescando.

—Estoy cubierta de helado —dije—, no quiero mancharte la sudadera.

Se encogió de hombros.

—La lavaré. No es para tanto.

Como la temperatura estaba cayendo, acepté la sudadera que me ofrecía y pasé los brazos por las enormes mangas. Aquella cosa casi se me tragó entera. La mano de Maddox buscó la mía pero la dejó caer antes de que se tocaran. Se aclaró la garganta y miró a otro lado como si esperara que no me hubiera dado cuenta de su gesto.

Maddox paseó por el parque en busca de un lugar desde el que pudiéramos mirar al cielo sin que las copas de los árboles nos taparan la visión. Tras cinco minutos caminando, al final eligió un sitio que le pareció lo bastante bueno. Se tumbó en el suelo y yo le imité, estirando todo mi cuerpo.

Mi mano ansiaba coger la suya, más o menos como él la mía. Al final crucé las manos sobre el pecho esperando que el ansia desapareciera. No lo hizo.

—Ahí está la Estrella Polar —señaló Maddox.

Entrecerré los ojos, intentando ver lo que él veía.

—Uhum... —asentí, fingiendo verla.

Enumeré rápidamente algunas más y yo quedé sorprendida por sus conocimientos de astronomía. A mí nunca me habían interesado los cielos ni las estrellas, siempre me había centrado más en mundos ficticios. Y puede que aquel fuera mi problema: la vida había pasado de largo ante mí hasta que conocí a Maddox. Ahora de verdad sentía que la estaba viviendo, como participante activa en mi destino y futuro.

—Es bonito —susurré. Aquello no describía bien aquella belleza, pero no encontraba las palabras.

—Es extraordinario —añadió él.

—Sí —coincidí.

—¿Emma? —susurró en la oscuridad.

Me incorporé un poco y le miré.

—¿Qué?

Me contempló un momento, su mirada plateada haciéndome estremecer de la intensidad. Tragó saliva y la nuez ondeó en su garganta.

—No importa —y apartó la vista.

—Dilo —le supliqué, mi voz apenas un susurro.

Su cara se contrajo como si sintiera dolor.

—No.

—Maddox —le rogué—. Ahora estoy preocupada pensando que es algo

malo.

—Solo... solo quería saber si puedo cogerte la mano.

Miró hacia otro lado mientras murmuraba entre dientes:

—Es una estupidez.

Bajé la cabeza intentando ocultar mi sonrisa de satisfacción. Me tumbé y dije:

—Puedes cogermela mano. No me importa.

—¿Estás segura? —preguntó sonando más joven.

Y con diecinueve era joven. Maddox parecía saber mucho más que yo, tener mucha más experiencia vital, por lo que siempre se me olvidaba que teníamos casi la misma edad. A ojos de algunas personas seguíamos siendo niños y no los adultos que pretendíamos ser.

—Totalmente —sonreí a las estrellas titilantes y dejé mi mano a su alcance.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y en mi cuerpo saltaron chispas de una electricidad que solo Maddox podía producir.

Me acerqué más a él hasta que nuestras piernas se tocaron. Él colocó nuestras manos entrelazadas sobre su pecho y me pregunté si su sonrisa se parecería a la mía.

De repente el cielo estrellado sobre nosotros dejó de llamar mi atención. Giré la cabeza para mirarle, estudiando el elegante arco de su nariz y sus labios carnosos. Sintió mi mirada y se volvió hacia mí. Nuestros ojos conectaron y alargó la mano libre para acariciarme la cara con el dorso de sus dedos.

En aquel momento no había ningún lugar en el que hubiera preferido estar más que allí con él.

Daba miedo y era excitante a la vez.

Sabía que estaba cayendo, cuesta abajo y sin frenos. Solo esperaba que Maddox estuviera allí para cogermela.

13

El reluciente coche deportivo de Maddox serpenteaba por la carretera interminable. A nuestra derecha sobresalían rocas y a la izquierda de la carretera había un barranco directo al río. No tenía miedo. Ni un poquito.

Era mentira, estaba aterrorizada, sobre todo porque conducía como si estuviéramos en una carrera, hasta que finalmente paró en un claro en el que había varios coches aparcados. Cuando frenó, el coche acabó rodeado por una nube de polvo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, agarrada al cinturón de seguridad como si me fuera la vida en ello.

—Aparcar el coche —dijo como si fuera tonta.

—Ya lo veo pero, ¿por qué?

—Porque vamos a bajar en tirolina —declaró con una sonrisa orgullosa.

Mi cuerpo de repente vibraba de emoción y se me olvidó todo el miedo que había pasado en la carretera. Era gracioso que me aterrorizara una estúpida carretera y la conducción temeraria de Maddox pero no el pensar en una tirolina. No había duda, era rara.

Salí a toda prisa del coche y juntos cruzamos la carretera. Le seguí por un sendero estrecho preguntándome cómo habría descubierto aquel lugar. El sendero de gravilla enseguida se convirtió en barro y vi gente al final.

—¿En serio vamos a hacerlo? —pregunté.

Bajó la mirada hacia mí y se le escapó una risilla.

—Sí, Em.

Maddox se presentó a uno de los hombres que supuse debía ser el encargado. Me froté las manos y se me puso toda la carne de gallina mientras mi cuerpo entero burbujeaba con emocionante energía.

Vi que sobre todo había chicos, algunos sin duda trabajaban en la tirolina y otros se estaban colocando los arneses. Solo había una mujer y parecía trabajar allí.

—Soy Brad. —El chico extendió la mano hacia mí.

—Ah, yo Emma —esperaba no haber tardado mucho en responderle.

Muchas veces me sumía tan profundamente en mis pensamientos que no me daba cuenta de lo que pasaba en el mundo real.

—Encantado de conocerte —dijo con una sonrisa agradable. Si hubiera tenido algún miedo de hacer aquello, su sonrisa me hubiera tranquilizado—. Vamos a rellenar el papeleo.

Tardamos unos diez minutos en rellenar los formularios y en firmar una exención. Una vez completado todo y Brad estuvo satisfecho, él y otro chico que se presentó como Jim nos ayudaron a colocarnos los arneses.

El corazón me retumbaba en el pecho. El miedo empezaba a instalarse en mi cuerpo pero no pensaba echarme atrás. La emoción valdría la pena.

El arnés me apretaba en las caderas y muslos pero al menos no tenía que preocuparme por que se me fuera a caer. Los que trabajaban allí sabían muy bien lo que se hacían.

—¿Quién irá primero? —preguntó Stan.

Maddox levantó la mano para ofrecerse.

—Nada de rajarse ahora —me advirtió.

—No pienso hacerlo —le aseguré, sonriendo. Las piernas me empezaron a temblar de pura adrenalina.

Íbamos a volar, o al menos era así como yo lo veía. Nos pusieron un casco a cada uno y colocaron a Maddox para anclarle al cable.

—Te veo en el otro lado —me sonrió y levantó los pulgares antes de saltar. Soltó un grito de alegría mientras se deslizaba hacia abajo por el cable, sobre el río y hacia el otro extremo.

Lo miré boquiabierto.

Maddox llegó al final y los que trabajaban en aquel lado le soltaron del cable y le ayudaron a quitarse el arnés.

—Te toca —dijo Stan. Me dio algunas instrucciones que yo escuché con atención a pesar de que ya lo sabía todo de cuando se lo había contado a Maddox. Se me paró un momento el corazón cuando me colgaron del cable.

—Una, dos, tres —contó Stan.

Y entonces caí, solo que no caía, volaba como imaginé que iba a hacerlo.

Extendí los brazos como si fuera un pájaro y solté un grito de placer. Era increíble. El mundo pasaba volando junto a mí en un torbellino de verde, azul y gris. En pocos segundos llegué al otro extremo y todo acabó demasiado rápido. Me sentí en la gloria o puede que borracha fuera el término más adecuado. Sí, borracha de vida. De posibilidades.

Un hombre me descolgó del cable y me ayudó a quitarme el arnés. Maddox estaba de pie a un lado, mirándome con atención mientras sonreía

como un loco. Cuando me liberaron del todo corrí a sus brazos, estrellándome contra él. Dio un paso atrás para equilibrarse y me rodeó con sus brazos.

—Ha sido increíble —susurré.

—Me alegro de que te haya gustado.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarle. Sus ojos eran gris tormenta, llenos de deseo.

—Bésame.

Las palabras no eran más que un susurro en mi garganta, casi inaudible. Se sobresaltó y me miró como si no pudiera creer lo que había dicho.

—Bésame —repetí, mi voz más fuerte esta vez—. Por favor, bésame y no pares.

—Nunca —prometió, cogiéndome la cara entre sus grandes manos e inclinando mi cabeza hacia atrás para besarme.

Madre mía.

Aquel beso no se pareció en nada al primero.

Tenía razón, me hizo olvidar quién era. Mierda, me hizo olvidar dónde estábamos o que existía un mundo entero más allá de nuestros labios. Ni siquiera los ruidos y voces de los tíos de la tirolina fueron capaces de atravesar la fortaleza.

Su lengua recorría mis labios y mi boca se abría para respirar. Maddox me estaba devorando, no había otra palabra para describir aquello. Mis dedos se enredaron entre los cortos mechones de su cabello oscuro. Me sentí perdida en él, en nosotros.

Mis manos bajaron hasta sus hombros, aferrándome a él. Necesitaba el apoyo porque su beso me estaba dejando mareada.

—Te lo dije —susurró apartando con cuidado el cabello de mi frente.

—¿Qué me dijiste? —pregunté confundida. Me había dejado sin aliento y con el mundo dando vueltas a mi alrededor.

—Que me pedirías que te besara.

Y entonces me besó de nuevo. Estaba bastante segura de que no tendría ningún problema con dejarle besarme el resto de mi vida.

Unos minutos antes pensaba que lo más excitante que había hecho era tirarme en tirolina. Pero estaba equivocada.

Aquello lo era.

Admitir mis sentimientos, pedir lo que quería, eso era lo más excitante que había hecho en mi vida.

Maddox y yo nos sentamos en una pequeña cafetería, en el mismo banco del reservado y con las manos entrelazadas. Apoyé la cabeza en su hombro firme, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara. Me sentía aturdida, en la cima del mundo. Nada podía tocarme ni amargarme el día.

¿Quién iba a pensar que algo así fuera a hacerme tan infinitamente feliz?
Miré a Maddox y me sonrió.

Me podría haber perdido algo genial de haber sido una estúpida. Supongo que lo único que me hizo falta fue lanzarme en tirolina a lo desconocido para conseguir algo de claridad.

—¿En qué estás pensando? —preguntó, sus ojos analizando mi cara.
—Tú. Nosotros —admití.

Enroscó un mechón de mi cabello rubio oscuro en un dedo.

—Cosas buenas, espero —y bajó la cabeza para rozar sus labios contra los míos.

Me dio la impresión de que ahora que le había pedido que me besara, nunca iba a parar, y yo no tenía ningún inconveniente al respecto.

—Mmm... —murmuré —, claro. —Me puse un poco tensa y miré sus ojos grises—. ¿Significa eso que soy tu novia?

—Bueno... —pasó un brazo alrededor de mis hombros mientras jugaba con el salero con la mano libre —. Quiero que lo seas pero será como tú quieras.

No me miraba al decirlo y sabía que era porque no quería que me sintiera presionada a nada.

—Quiero serlo.

Seguramente pronuncié las palabras demasiado rápido pero, seamos sinceros, no tenía ninguna experiencia en aquel tipo de cosas.

—Entonces lo eres —sonrió y volvió a besarme, solo un piquito rápido.

—Aquí tenéis —dijo la camarera dejando nuestros platos. Ambos habíamos pedido hamburguesas y, por supuesto, Maddox pidió una Pepsi Light.

—Dios, me muero de hambre.

El brazo de Maddox se apartó de mi cuerpo para abalanzarse literalmente sobre la hamburguesa. Sin embargo no podía culparle. Yo también tenía hambre.

Como lo de la tirolina no había sido suficiente aventura para un día, también fuimos al acuario. Le pareció que era lo mejor puesto que la tirolina pillaba de camino al acuario, pero nos había entrado hambre y habíamos acabado parando en esta cafetería.

Eché mano a mi propia hamburguesa. Lo único que había desayunado era una barrita proteica, así que decir que tenía hambre se quedaba corto.

Teníamos tanta hambre que no tardamos mucho en acabar y marcharnos. Maddox salió con un vaso de Pepsi Light para llevar y yo con un novio.

Joder.

Maddox era mi novio.

Tenía novio.

Estaba convencida de que aquello era lo más loco que me había pasado en la vida, más aún de lo que fue conocer a Maddox en primer lugar.

Tardamos otra hora de camino en llegar a Baltimore pero no me importó. Hablábamos sin dificultad de todo un poco. Supe que cuando tenía cinco años se cayó de un árbol y se rompió el tobillo. Y que tenía una cicatriz en el hombro porque chocó con su moto BMX a los diecisiete. Eran cosas pequeñas pero me hizo muy feliz saber más sobre su vida. Sabía que ambos teníamos mucho más que confesarnos, yo sobre mi padre y él sobre sus verdaderos progenitores, pero aquellos temas eran más duros y llegarían con el tiempo.

Maddox encontró un aparcamiento que afirmaba tener plazas libres y entró. Dimos vueltas y más vueltas buscando una de aquellas plazas, y al final encontramos una en la azotea. Y no había ascensor.

—Mierda —soltó—. Lo que faltaba.

—No pasa nada —le aseguré—. No me importa caminar.

Se bajó del coche y yo le seguí. Tardamos un montón en bajar los seis tramos de escaleras, pero Maddox me entretuvo cantando una canción. La hubiera cantado con él pero no me sabía la letra.

Emergimos del aparcamiento y el calor del verano nos prendió fuego. Era casi abrasador.

Maddox descolgó sus gafas de sol del cuello en pico de su camiseta y se las colocó junto con la boina.

—Es por aquí.

Señaló con la cabeza hacia la derecha, extendiendo su mano para coger la mía. Encajé mi mano con la suya, más grande, mi cuerpo canturreando

de placer.

El puerto, las tiendas y restaurantes cercanos estaban llenos hasta el punto de tenernos que abrir paso a codazos. La gente paseaba por el agua en una especie de barcas con forma de dragón.

—Deberíamos hacer eso —señalé.

Maddox miró en la dirección que señalaba y se echó a reír.

—Lo que tú quieras, Em.

Nos acercamos a la cola de entrada al acuario. No era tan larga como había temido y enseguida estuvimos de camino a la puerta con las entradas en la mano.

Quedé alucinada por los colores brillantes de los peces y el coral. Nunca había visto algo tan impresionante. A menudo nos olvidamos de parar y apreciar las cosas sencillas de la vida, los fragmentos de belleza natural que están a nuestro alcance todos los días.

—Esto es increíble —miraba a mi alrededor maravillada. Me quedé sin aliento cuando un tiburón de puntas negras pasó nadando por encima de mi cabeza—. ¡Uauh!

Maddox rio.

—Pareces una niña en una tienda de chuches.

—Así me siento. —Mi cabeza daba vueltas sin parar, intentando verlo todo a la vez.

—Venga, vamos a la zona de tiburones. —Me cogió de la mano arrastrándome tras él. Supongo que había decidido que ya había estado bastante rato embobada.

—¿Hay más tiburones? —pregunté con la voz chillona de la emoción.

—Sí —rio guiándome a través del edificio.

—Este es el mejor día de mi vida —exclamé como una niña sobreexcitada y acelerada por el azúcar.

Las carcajadas de Maddox se intensificaron, resonando a nuestro alrededor y haciendo que más de uno se girara para mirarnos.

La zona de tiburones resultó ser relativamente aburrida. Nos sentamos en medio de un acuario con forma de anillo y los tiburones y otras criaturas nadaban a nuestro alrededor. Yo quería acción.

De ahí nos fuimos a la exhibición de medusas. Me enamoré de las extrañas criaturas que parecían esferas.

—Quiero una de mascota —declaré a Maddox.

Se echó a reír.

—¿En serio? ¿Una medusa de mascota? Suena peligroso.

—Habla el chico del erizo.

Resopló al escuchar el nuevo apodo que le había puesto.

—Pero los erizos no son peligrosos.

—Pero son una mascota poco corriente —argumenté.

—Y una medusa ni siquiera se considera una mascota —rio, acariciando su mentón con sombra de varios días.

Ahí me había pillado, así que ni me molesté en discutir con él.

—¿Quieres ir a ver los delfines ahora? —preguntó apoyándose en uno de los tanques de medusas como si estuviera aburrido.

—¡Delfines! —grité—. ¿Hay delfines aquí? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Los ojos de Maddox se abrieron como platos, sorprendido de mi euforia.

—No sabía que debía decírtelo.

—¡Los delfines son mi animal preferido! —Contuve mis ansias de aplaudir y ponerme a bailar. ¡Iba a ver un delfín! Un delfín de verdad. Palpitaba de emoción.

Maddox se echó a reír.

—No voy a traerte nunca más al acuario. Te vuelves loca.

Era verdad.

Intenté moderar mi emoción mientras íbamos a la cala de los delfines. Cuando por fin los vi solté un grito que hizo que Maddox se tapara los oídos.

—Tienes que dejar de hacer eso —dijo con una mueca de dolor—. Creo que me has reventado el tímpano.

—Lo siento. —Me encogí de hombros con timidez—. No he podido evitarlo.

—Ajá —murmuró como si no me creyera.

Una empleada estaba de pie junto al tanque compartiendo información sobre los delfines. Me uní al grupo que ya había allí, escuchando con atención.

—¿Alguna pregunta? —acabó la empleada.

Mi mano se levantó y ella me señaló.

—¿Puedo acariciar uno? —pregunté, bailando de puntillas.

Se rio.

—Por supuesto. Son muy juguetones.

Me acerqué al tanque y escuché sus instrucciones. Cuando uno salió a la superficie, extendí el brazo lentamente y deslicé mi dedo sobre la gruesa capa

de grasa.

—Es tan suave... —suspiré alucinada. No se parecía en nada a lo que esperaba.

Otro delfín salió a la superficie y también lo acaricié. Maddox tendría que sacarme a rastras de allí. No quería irme jamás.

Maddox vino, se puso a mi lado y también acarició a uno de los delfines.

—Hala —susurró. Se rio cuando el delfín se puso boca arriba para que le acariciara la barriga—. A este le gusto.

—En realidad es una hembra —dijo la empleada.

—Le gustas —le di un toque en el hombro en broma—. El delfín está coqueteando contigo.

Se rio, mirándome con una sonrisa cautivadora.

—Todo el mundo coquetea conmigo. ¿No me has visto la cara? Soy irresistible.

—Seeeh, lo eres, claro —asentí.

—Tú eres mi novia y eso quiere decir que no pudiste resistirte a mí —dijo guiñando un ojo.

Sonreí, bajando la cabeza.

El delfín que tenía más cerca me salpicó un poco de agua como si estuviera enfadada porque había dejado de acariciarla.

—Lo siento —le dije—. Me está distrayendo.

Maddox se rio a mi lado y yo me reí con él.

Jugamos con los delfines un rato más antes de marcharnos. No quería dejarles pero sabía que no podíamos monopolizar su tiempo porque había otras personas que también querían jugar con ellos.

—¿Sigues queriendo subir en una de aquellas barcas? —señaló Maddox.

—Pues claro... —Hice una pausa, mirando los precios—. ¿Esto va en serio? Es demasiado caro. Olvídalo, no vamos a hacerlo —dije echando a andar hacia la zona de tiendas.

Maddox me cogió del brazo y tiró de mí para hacerme regresar a su firme pecho.

—Quieres hacerlo, así que lo haremos.

—Maddox —suplicué, pero no me estaba escuchando.

Sacudió la cabeza y me llevó hasta donde estaba el encargado de las barcas. Pagó y bajamos las escaleras hacia el pequeño embarcadero.

—Elige —dijo señalando las distintas barcas con forma de dragón.

—Amarillo —decidí.

—Gracias a Dios que no has elegido el rosa —rio.

—Acabas de conseguir que quiera escogerlo —le advertí con las manos en las caderas.

—Demasiado tarde, ya estoy en este —replicó saltando al amarillo y colocándose en el asiento interior. Tendió una mano para ayudarme a bajar.

El patín se balanceaba con la combinación de nuestros pesos pero conseguimos mantener el equilibrio y sentarnos. Alargué la mano para soltar el amarre y empezamos a remar.

—Qué divertido —sonreí dejando que mis dedos rozaran el agua y que el sol calentara mi cara.

—Me alegro de que te lo parezca.

—Gracias por el día de hoy —sonreí alargando la mano para poder acariciarle la mejilla con los dedos—. De verdad que ha sido uno de los mejores que recuerdo.

Sin dejar de remar, se inclinó hacia mí y me besó.

—Creo que en eso estamos los dos de acuerdo.

Sonreí al escucharle, era una de esas sonrisas que hacen que te duelan las mejillas, y supe que con Maddox nunca iba a dejar de sonreír así.

Él era diferente.

14

Pasaron dos semanas y llegó el sofocante calor de julio. Incluso en la casa de invitados con aire acondicionado de Maddox, la camiseta se me pegaba al cuerpo con una brillante capa de sudor.

—Hace demasiado calor —gimoteé poniéndome un brazo sobre los ojos allí tirada en el suelo frío.

O me estaba ignorando o no podía escucharme por encima de la batería.

No tenía ni idea de lo que estaba tocando, no me sonaba a ninguna canción conocida, pero me estaba gustando bastante. Un momento después la batería dejó de retumbar.

—Siempre podríamos ir a nadar. La piscina es para eso cuando no está llena de bolas, ¿sabes?

—Me estabas escuchando —murmuré volviéndome hacia la zona en la que estaba la batería. Aun así seguía sin verle, desde mi posición en el suelo solo veía sus pies dentro de las zapatillas deportivas.

Se rio.

—Sí, pero quería acabar la canción. Y ahora, ¿quieres ir a nadar o no?

—No tengo traje de baño —protesté.

Le escuché levantarse del taburete y sus pasos resonaron sobre el parquet hasta detenerte frente a mí.

—A menos que no lleves nada ahí debajo —dijo echando un vistazo a mi ropa—, creo que no tendrás ningún problema.

Arrugué la nariz. La idea de desnudarme y quedarme en mi antisexy ropa interior estilo abuela delante de Maddox no me atraía para nada.

—Estaba bromeando, no tengo tanto calor.

Alzó los brazos al cielo, exasperado.

—¡Mujeres! —murmuró.

Luego su mirada se suavizó y añadió:

—Entonces te llevaré a Target a comprar un bañador.

—No, no pasa nada. —Estiré los brazos en el frío suelo de madera—. Este suelo me ha aceptado como si fuera de su especie. Ahora somos familia.

Me miró un instante, sus labios curvándose en una amenaza de sonrisa. En lugar de decir algo se agachó y me cogió en brazos.

—Maddox —gemí—, esto es absurdo.

—Estás diciendo que mi suelo es ahora de tu familia, ¿quién es el absurdo aquí?

—Tú déjame en el suelo —gemí.

—No —dijo, y sabía que estaría sonriendo—, nos vamos a Target a comprarte un bikini... uno muy de golfa.

Le di un cachete en el culo y él se rio en respuesta.

—Y luego iremos a pillar unos Slurpees^[4].

—¿Slurpees? —repetí mientras me llevaba de la casa a su coche.

—Sí. En días calurosos como este es totalmente necesario tomarse un Slurpee.

Entonces me dejó en el suelo y abrió la puerta del coche. El calor que salía del vehículo casi me derribó.

—Creo que me vuelvo al suelo.

—Ni se te ocurra —me bloqueó el paso.

Gruñí y me metí en el coche, el cuero ardiendo casi quemándome las piernas desnudas.

—Vayamos a algún sitio frío —le sugerí a Maddox cuando estuvimos dentro—, como la Antártida.

—Lo siento pero no vamos a ir a acariciar pingüinos hoy —sonrió mientras ponía el aire acondicionado a tope—. Tendrás que conformarte con Target.

—¡Mira, Emma! —exclamó Maddox—. ¡He encontrado uno perfecto!

Le miré y le vi sonriéndome con el bikini más minúsculo que hubiera visto en mi vida.

—¡Eso ni siquiera me taparía los pezones! —le espeté.

Se rio con ganas y devolvió la minúscula prenda a donde correspondía. Cogí una parte de arriba sencilla y una braguita con girasoles. Me gustaba y no enseñaría demasiado con él puesto. Tampoco quería parecer una monja.

Ya que estábamos en Target, Maddox quiso ir a mirar las cosas de piscina. Acabó añadiendo cinco churros de espuma blandita, pistolas de agua, flotadores y algunas cosas más.

—¿Crees que tienes bastante con esto? —bromeé empujando el carrito hacia la zona de cajas.

—Creo que sí —dijo muy serio.

Después de pagar pasamos por el 7-Eleven a por unos Slurpee tal y como había prometido.

Cuando volvimos a su casa Ezra estaba flotando en la piscina.

—¿Me has traído uno? —preguntó señalando el Slurpee que llevaba Maddox.

—No —sacudió la cabeza—, lo siento. Pero he traído cosas para la piscina.

Ezra se bajó las gafas de sol y sus ojos se iluminaron al ver las bolsas. Dejé a los chicos a solas y entré en la casa de invitados a ponerme el bikini. Iba balanceando la bolsa de plástico y casi golpeé a Mathias con ella al entrar y toparme con él.

—Perdón —me disculpé poniendo una mano sobre mi corazón descontrolado. Me alegré de no haber derramado el Slurpee rojo sobre su blanca y reluciente camisa—. No sabía que estabas aquí.

Gruñó en respuesta y me esquivó para salir.

Qué rarito era.

Sacudí la cabeza y me encerré en el baño para cambiarme.

No llevaba allí mucho rato cuando escuché la puerta de la casa de invitados abrirse y cerrarse.

—Me voy a cambiar —dijo Maddox, y oí sus pasos en las escaleras.

Una vez puesto el bikini, me calcé los shorts. Sabía que era una tontería porque me los iba a quitar en la piscina pero no soportaba la idea de salir y encontrarme con Mathias y Ezra sin llevarlos puestos. Salí del baño y tiré la bolsa de plástico.

Tenía la mano en el pomo cuando escuché a Maddox bajar las escaleras.

Me volví a mirarle y cualquier pensamiento coherente se fue al garete. Su cuerpo era una obra de arte. O sea, no tenía ni idea de que unos abdominales pudieran ser así, tan definidos y perfectos.

Soltó una risita, sus labios curvándose en una sonrisa burlona. Me resistí y me apresuré a darme la vuelta pero la puerta se abrió en ese momento y me dio en la cara. Me llevé la mano a la nariz y sentí la pegajosa calidez de la sangre en mis dedos.

—Dios mío —mi voz sonó nasal.

Maddox corrió hacia mí y me cogió por los hombros, dándome la vuelta.

Ezra estaba allí parado disculpándose sin parar.

—Déjame ver —suplicó Maddox intentando apartarme las manos de la cara.

Sacudí la cabeza.

—Emma —me advirtió, sus ojos plateados brillando. Al final perdió la paciencia, me agarró del brazo y me arrastró hacia la pequeña cocina. Ezra nos seguía sin dejar de murmurar lo mucho que lo sentía.

Maddox me levantó por las caderas y me sentó en la encimera.

—No, no —supliqué cuando intentó volver a apartarme las manos de la cara.

—Tontita —murmuró poniéndome el cabello detrás de las orejas—, déjame ver.

Aparté las manos con los ojos llenos de lágrimas. Me dolía la cara como si me hubiera estampado contra una pared de hormigón... que es lo que había pasado, más o menos. Solo que era una puerta... no una pared.

Maddox hizo una mueca de dolor cuando me vio la cara.

—¿Tan mal está? —pregunté—. ¿Crees que me he roto la nariz?

—¡Dios mío! ¿Le he roto la nariz? —exclamó Ezra haciéndose eco de mis temores.

Maddox negó con la cabeza.

—No creo. No me parece que haya bastante sangre para eso y no tiene pinta de estar rota. Tráeme una toalla —le dijo a Ezra que desapareció muy feliz de que le hubieran dado algo que hacer.

—Sé sincero —supliqué resistiendo la necesidad de volver a cubrirme la cara—, ¿está muy mal?

—Creo que te saldrá un moretón. —Se encogió de hombros estudiando mi cara. Me cogió la barbilla con los dedos y me giró la cabeza en todas direcciones—. Creo que vas a estar dolorida unos días.

—Genial —resoplé. Iba a llevar un moretón y la nariz hinchada por haber estado babeando por Maddox. Era como si el universo intentara castigarme por ser feliz.

Universo: ¡Mira, Emma se está comiendo con los ojos a su novio buenorro! ¡Vamos a estamparle una puerta en la cara!

Ezra volvió con una toalla humedecida y se la pasó a Maddox, que se puso a limpiarme la sangre de la cara con cuidado.

—Lo siento mucho, Emma —volvió a empezar Ezra.

—Ha sido un accidente —le tranquilicé—. No sabías que estaba ahí de pie. No estoy cabreada —aseguré.

La puerta de la casa de invitados volvió a abrirse y vi entrar a Mathias.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó mirándonos a los tres—. ¿Has intentado matarla o algo? ¿Voy a buscar la pala?

Maddox sacudió la cabeza.

—No, ha sido un desafortunado encontronazo con una puerta.

Mathias hizo un gesto de dolor.

—Tiene pinta de doler mucho.

Mathias se colocó junto a su hermano y frente a mí para inspeccionarme la cara de una forma muy parecida a como lo había hecho Maddox.

—Ponle un poco de hielo, idiota —le dijo por fin a Maddox.

Maddox se quedó parado, como si no pudiera creer que su hermano le hubiera dado una orden. Le pasó la toalla a Mathias y dijo:

—Acaba de limpiarle la cara, por favor. Tendré que ir a casa, sé que no tenemos nada aquí en la nevera.

Me sorprendió que Mathias no protestara por tener que atenderme. Siempre me había parecido que no le caía bien, ni yo ni nadie. Y aún me impactó más cuando me limpió con ternura los restos de sangre de la cara.

Ezra se sentó en la encimera a mi lado. Parecía haber dejado de disculparse, al menos de momento.

—¿Puedes respirar por la nariz? —preguntó Mathias.

Lo intenté.

—Sí.

—Bien. —Esbozó una pequeña sonrisa y supuse que aquello era mucho viniendo de él. Así de cerca me di cuenta de que sus ojos eran un poco distintos a lo de Maddox. Mientras los ojos grises de Maddox solían parecer plateados, los de Mathias eran más oscuros, como las nubes grises que se ven justo antes de una tormenta. Asintió como si estuviera de acuerdo con algo que había pensado y salió por la puerta.

Maddox apareció volando a los pocos segundos con una bolsa de hielo envuelta en una toalla. Intenté cogérsela, pero insistió en aguantarla él sobre mi cara.

—No necesito que seas mi enfermera —murmuré.

—Bueno, pues pienso serlo —se mantuvo firme.

Ezra suspiró.

—Lo siento tanto, Emma...

—No pasa nada —le asegué en lo que me pareció la enésima vez—. Vete a nadar o algo. No tienes que quedarte aquí.

Asintió y bajó de la encimera.

—Grita si me necesitas.

Cuando se hubo ido, Maddox apartó el hielo y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Se ha puesto peor?

Negó con la cabeza.

—No, no es eso, es que... siento algo raro dentro de mí.

—¿Eh? —Le miré como si se hubiera vuelto loco.

—Lo que quiero decir es que nunca me había sentido tan aterrorizado en mi vida. No me gusta verte sufrir.

Extendió la mano y me acarició con ternura la cara. Al sentir su contacto me relajé, cerrando los ojos. Nunca pensé que estar con un chico pudiera ser así, fácil y feliz. Mi padre siempre había sido un capullo, incluso cuando el alcohol aún no era un problema. Nunca había tenido una buena figura masculina en mi vida y supongo que con el tiempo acabé creyendo que todos los tíos eran como mi padre.

Le rodeé el cuello con los brazos.

—No soy tan frágil como parezco. No te preocupes por mí, por favor.

Se rio entre dientes y esbozó una sonrisita.

—No creo que pueda dejar de preocuparme por ti ni intentándolo.

Su mirada fue tan intensa que casi me caí al suelo. Me puso de nuevo el hielo en la nariz.

—Creo que si seguimos poniéndole hielo la hinchazón bajará rápido.

—Bueno —sonreí poniendo una mano sobre la suya—, al menos ya no tengo calor.

Su risa resonó entre nosotros.

—Sí, al menos eso —acordó.

—La hinchazón ha bajado mucho —comentó Maddox—. Ahora ya no tiene tan mal aspecto.

Le miré. Estaba tumbada con la cabeza en su regazo.

—Eres un mentiroso.

La película seguía avanzando en el gran televisor del sótano de la casa principal pero ninguno de los dos le estaba prestando mucha atención.

—Nunca te mentiría, Em. Te prometo que está mejor. Eso sí, debería traerte otra bolsa de hielo.

Me incorporé hasta sentarme y él se levantó.

—Enseguida vuelvo —prometió.

Le ofrecí una sonrisita, que fue todo cuanto pude expresar. Los acontecimientos del día me habían dejado fuera de juego.

Mientras Maddox buscaba el hielo yo fui al lavabo. Solo había visto parte de la casa principal al llegar, pero todo parecía bonito y reluciente. Aun así, se notaba que la casa era un hogar. No era uno de esos lugares que se ven tan impolutos que da miedo sentarse en un sofá y dejar una mancha minúscula. También me había llamado la atención el estilo colonial de la casa. La mayoría de casas de la zona no tenían aquel aspecto y eso me gustaba. Me hizo sentir como si estuviera de vacaciones en una playa del norte.

Me lavé las manos y examiné mi cara. Maddox no había mentido. La hinchazón había bajado bastante, pero en su lugar estaba empezado a salir un morado. Acababa de regresar al gran sofá modular cuando Maddox volvió con una nueva bolsa de hielo y palomitas.

El delicioso olor invadió mis sentidos y se me hizo la boca agua. Me dio la bolsa de hielo y se sentó, cubriendo nuestros cuerpos con una manta. Me acurruqué contra él, empapándome de su calor. Seguía sin creerme que estuviera con Maddox, que fuera mi novio. No había planeado que fuera así, pero estaba descubriendo que las cosas inesperadas son las que hacen la vida maravillosa.

Puso el bol de palomitas en su regazo y yo metí la mano para coger un puñado. Me puse una en la boca y gemí.

—Esto está buenísimo.

Sabían como las palomitas que compras en el cine, no como las de supermercado.

—Si crees que hago unas palomitas fantásticas, espera a probar lo que cocino —se jactó con una sonrisa orgullosa.

Le miré entornando los ojos.

—Creía que habías dicho que tu nevera estaba vacía.

Se rio.

—Eso es porque a mamá le gusta hacernos la cena —se encogió de hombros—. Le gusta vernos a todos juntos al menos una vez al día.

—Me parece bonito que llames mamá a Karen —comenté apoyando la cabeza en su hombro.

Sentí más que vi su sonrisa.

—Es mi madre. Solo porque no tengamos la misma sangre no es menos madre y siempre he querido que lo sepa.

Tuve que esforzarme por reprimir un suspiro.

—Eres un buen tío, Maddox.

—No, no lo soy —respondió enseguida, mirándome—. Soy egoísta.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté frunciendo el ceño con curiosidad.

Miró hacia otro lado con la mandíbula muy tensa. Me di cuenta de que sus manos empezaron a temblar sujetando el bol en su regazo.

—Maddox —insistí—, ¿qué pasa?

Los temblores cesaron y controló sus facciones.

—Nada. No importa.

Le miré perpleja. No podía imaginar qué estaba ocurriendo pero sentía que era importante.

—Puedes contármelo todo, Maddox. Espero que lo sepas.

—Lo sé, Em —hizo una mueca.

—Entonces ¿cuál es el problema?

Respiró hondo y me miró.

—No hay ningún problema, te lo juro.

Le miré fijamente un momento, rumiando sus palabras. Al final asentí y dije:

—Vale.

Si quería que aquella relación funcionara iba a tener que confiar en él. Si me estaba ocultando algún secreto, que es lo que me parecía, tenía que creer que había un buen motivo para ello.

No es como tu padre. Repetí el mantra una y otra vez en mi cabeza. Pero no conseguía sentirme mejor porque no dejaba de oír otra voz que decía: *¿y si lo es?*

15

—Pensaba que hoy nos lo podríamos tomar con calma y aun así hacer algo... divertido —Maddox sonrió de pie en el porche de mi casa.

Me froté los ojos intentando despejar el sueño.

—Acabo de levantarme. La diversión no entra en mis planes hasta dentro de unas horas.

Ya era por la tarde pero había estado leyendo hasta entrada la madrugada.

—Pues vas tener que encajarla en tu agenda porque tenemos que estar allí en treinta minutos.

—¿Dónde es allí? —gimoteé, poniendo una mano sobre mis ojos a modo de visera para protegerme de la luz del sol.

Maddox resopló.

—¿De verdad crees que te lo voy a decir? —Se abrió paso hasta el interior haciéndome señas con la mano—. Ve a prepararte. Tienes diez minutos antes de que vaya tras de ti y te vista yo mismo.

—No te atreverás —le fulminé con la mirada mientras cerraba la puerta.

—Lo haré —respondió con una sonrisa.

—Ugh.

Metí los dedos en mi enmarañado cabello y volví a entrar en mi dormitorio. Gracias a Dios que me había duchado la noche anterior y no tenía que preocuparme por eso. Cogí unos shorts, una camiseta de tirantes y una chaqueta con estampado azteca. Hice lo que pude por domar mi cabello, pero era una causa perdida. Al menos la hinchazón de la nariz casi había desaparecido y un poco de corrector y maquillaje tapaban el moretón.

Cogí el bolso y salí al salón como un rayo, chocándome contra el firme pecho de Maddox. Me cogió por los brazos para estabilizarme.

—Ah, ya estás lista —dijo frunciendo el ceño—. Qué decepción, con las ganas que tenía de ir a vestirte.

Me guiñó un ojo, lo que hizo que el calor y el rubor tiñeran mis mejillas. Me mantuvo a distancia para evaluar mi nariz.

—Hoy tiene buen aspecto. Ezra se sigue martirizando con eso.

Me reí.

—No es a él a quien le duele y aun así siento como si tuviera que comprarle un globo de "ponte bueno pronto".

—Deberíamos —acordó Maddox—. Le haría sentirse aún peor.

Hice una mueca.

—Fue un accidente. No me gusta que se sienta tan mal, en serio.

Maddox me soltó y se dirigió a la puerta.

—Tiene que sentirse mal —murmuró.

Dejé el tema porque no quería confesarle que todo había ocurrido porque me había quedado mirándole, embobada.

Seguí a Maddox hasta el coche, que estaba en marcha, y solté una carcajada cuando vi a Sonic sobre el salpicadero.

—¿El erizo viene con nosotros?

—Pues claro —Maddox ahogó una exclamación—, es como la mascota del equipo.

Resoplé.

—Pero no lo llevas contigo a todas partes.

—Bueno, lo de la tirolina no era apropiado para erizos. Las actividades de hoy, lo son.

—Es bueno saberlo —asentí, metiéndome en el coche.

Maddox se puso al volante y dejó a Sonic en su regazo. Cruzó todo el vecindario en dirección a su casa, así que asumí que íbamos para allá.

Me sorprendió que aparcara en la entrada de otra vivienda en la que ya había más coches que ocupaban media calle.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté desabrochándome el cinturón de seguridad.

—Ya lo verás —canturreó.

Le seguí hasta la puerta principal y llamó al timbre. Escuché el sonido de muchas voces al otro lado y al abrirse la puerta nos recibió una viejecita. Su pelo gris parecía una nube alrededor de su cabeza. Sus ojos azules eran amables y dulces y lucía una deslumbrante sonrisa de felicidad.

—¿Habéis venido a la fiesta de tejer? Karen dijo que uno de sus hijos vendría con su novia.

Sonreí contenta de que Karen me hubiera llamado su novia. Sin embargo, inmediatamente me regañé a mí misma por ser una idiota enamorada.

—Esos somos nosotros —sonrió Maddox, y yo le miré y me di cuenta por primera vez de que llevaba a Sonic posado sobre su hombro—. Soy

Maddox, él es Sonic y...

—Soy Emma —le interrumpí, extendiendo la mano para saludarla.

Ella ignoró mi mano y me abrazó. Olía a menta.

—Y yo Maise —respondió—. Te presentaré al resto de señoras.

Nos guio a través de su preciosa casa hasta un porche trasero donde había otras cinco mujeres sentadas, además de Karen. Sonreí a Karen y la saludé con la mano.

—Ya conocéis a Karen, claro —dijo Maise —, y ellas son Alice, Margaret, Beth, Jane y Mary.

Sonaron varios “hola” y Maddox y yo respondimos.

—Este es Maddox, el hijo de Karen, y su novia, Emma —nos presentó al grupo.

Maddox y yo nos sentamos en uno de los sofás y Maise nos dio un ovillo de lana y unas agujas de tejer a cada uno.

—No me puedo creer que esté haciendo esto —murmuró Maddox, cogiendo a Sonic y volviendo a colocarlo sobre su hombro. El erizo había estado intentando trepar a su cabeza.

Señalé las agujas de tejer y le dije:

—Finge que son baquetas.

Arrugó la nariz y dio unos toques con ellas en sus rodillas.

—Sí, bueno, creo que no funciona.

Me reí.

—Bueno, había que intentarlo.

Maise se aclaró la garganta y ambos la miramos. Nos enseñó cómo colocar la lana sobre la aguja y a tejer los primeros puntos. Parecía bastante fácil.

Al cabo de un rato Maddox soltó:

—Joder.

La habitación había estado llena de la tranquila charla de las señoras pero todo el mundo se calló al escuchar la exclamación de Maddox. Él alzó la vista, sus ojos abiertos como platos, como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

—Ups —murmuró—, es que se me ha caído —dijo señalando un montón de lana enmarañada en su regazo.

Maise suspiró.

—Pues empieza de nuevo e intenta guardarte las palabrotas para ti mismo.

—Lo siento. —Bajó la cabeza y parecía avergonzado de verdad. Era una monada. Y volvió a empezar, esta vez con más lentitud.

Sonreí orgullosa mirando mis perfectas hileras de puntos. Puede que hasta pudiera hacer una bufanda.

—Hay demasiado silencio aquí —murmuró Maddox a mi lado. Su cara se iluminó—. Ya sé...

Dejó su bufanda, o lo que fuera que estuviera intentando tejer, a un lado. Acomodó a Sonic con una mano y sacó su móvil y unos auriculares del bolsillo. Me dio uno, se puso el otro en la oreja y encendió la música.

—¡Uah! —grité cuando empezó a sonar a todo trapo.

—Lo siento—murmuró bajando rápidamente el volumen.

Maddox volvió a coger las agujas y reanudó el trabajo. Sé que sonará a locura pero hacía que tejer pareciera sexy.

Al cabo de unos minutos me dio un toquecito en el hombro y me volví a mirar. Tenía a Sonic en el regazo con el trocito de tela que había tejido puesto sobre el lomo del erizo.

—¡Mira, Emma, le he hecho una capa! ¡Es Súper Sonic!

Me entró la risa y me tuve que tapar la boca con una mano para contener las carcajadas. Pero no sirvió de nada: al poco estábamos muertos de la risa, con las lágrimas cayéndonos por las mejillas.

—¿Súper Sonic? ¿No has podido inventarte nada mejor? —reí limpiándome las lágrimas.

Se encogió de hombros con una gran sonrisa.

—Es lo primero que me ha venido a la cabeza.

Asentí a lo que decía intentando no sonreír.

—Tal vez puedas crear tendencia con las capas para erizos.

Maddox cogió a Sonic y lo sostuvo contra el pecho.

—¿Qué te parece, Sonic? ¿Quieres ser mi modelo?

El erizo movió el hocico. No estaba segura de si aquello significaba sí o no.

—Sonic dice que será mi modelo —dijo devolviendo el erizo a su hombro una vez más.

Levanté la mirada y me descubrí a todas las señoras mirándonos y observando a Sonic como si fuera una especie de roedor.

—¿Qué es ese animal? —preguntó una de ellas. Estaba casi segura de que era Alice.

—Es un erizo —contestó Maddox.

—Uh—murmuró, y se puso a tejer de nuevo.

Miré a Maddox y sonreí.

Solo Maddox Wade se sentaría en una habitación con un montón de señoras mayores a tejer una bufanda con un erizo en el hombro por mí. Se había salido de su zona de confort para hacerme feliz, para hacerme sentir especial. Era increíble, y puede que yo fuera joven pero sabía lo suficiente como para reconocer que la mayoría de chicos no eran como él.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta y miré hacia abajo, a la colorida lana que tenía en mi regazo. ¿Qué estaba haciendo conmigo?

Respiré hondo luchando contra el pánico que amenazaba con ahogarme. Sabía lo que sentía por él era demasiado, demasiado pronto. Me estaba volviendo una de esas chicas de las que me reía porque afirmaban querer a un tío después de la primera cita.

—Emma —la voz de Maddox sonaba preocupada—, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo un poco sedienta —mi voz sonaba agitada.

—Iré a buscarte un poco de agua, querida —sonrió Maise dándome unos toquecitos amables antes de salir de la habitación.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Maddox, sus ojos plateados irradiando preocupación.

—Segurísima.

Maddox me estudió sin mucha convicción pero lo dejó correr. Mi pánico empezaba a decaer cuando Maise volvió con una botella de agua. La cogí y me la bebí con ansia.

—¿Mejor? —me preguntó Maddox.

—Sí —contesté dejando la botella en el suelo.

Me observó un poquito más antes de dirigir su atención a Maise.

—¿Qué tengo que hacer si quiero terminar esto? —preguntó levantando el pequeño pedazo de tela.

—¿Y por qué querrías hacer eso? —replicó ella—. Eso está muy lejos de ser una bufanda, querido.

—Lo sé, pero quiero que sea una capa para erizos.

Maise volvió la vista a Karen como si no pudiera creer que Maddox se atreviera a pedir algo así. Karen se encogió de hombros con una pequeña sonrisa.

—De acuerdo —suspiró Maise acercándose para enseñarle cómo rematar. Una vez lista, Maddox se la puso a Sonic sobre las púas y sonrió con orgullo.

Mientras yo terminaba la bufanda Maddox se quedó a mi lado con Sonic dormido en su regazo, canturreando la canción que sonaba en su móvil. Yo ya hacía rato que había dejado de escuchar. Maise me ayudó a terminar la bufanda como había hecho con Maddox. Sabía que mi bufanda no era lo más bonito que se hubiera tejido jamás pero me sentía bastante orgullosa de ella. Sabía que siempre la guardaría con cariño en recuerdo de aquel día. Y todo era gracias a Maddox.

De camino al coche me puse de puntillas y le di un beso rápido en la mejilla sin afeitarse.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

—Por ser tú.

Sonrió al escucharme y empezó a decir algo, pero le interrumpió Karen que estaba saliendo y nos llamaba. Nos detuvimos a esperarla y ella se dio prisa en alcanzarnos.

—Me alegro de haberos pillado. Temía que ya os hubierais ido.

—¿Qué querías, mamá? —preguntó Maddox. No fue brusco al decirlo, sonaba sinceramente preocupado.

—Me preguntaba si Emma querría venir a cenar. —Me miró, sonreía con amabilidad esperando mi respuesta.

—Me encantaría —acepté con sinceridad.

—Genial —juntó las palmas de sus manos —, entonces os veo para cenar.

Nos dijo adiós y se fue hacia su coche.

—¿Te parece bien si nos quedamos un rato en la casa de invitados? —me preguntó Maddox.

—Sí, claro.

No tardamos mucho en llegar a su casa. Metió a Sonic en su jaula y el erizo fue directamente a su pequeño iglú a dormir.

—Tengo algo a lo que me gustaría que echaras un vistazo —dijo Maddox agachando la cabeza, extrañamente tímido.

—Vale —respondí, siguiéndole hasta el escritorio que siempre estaba lleno de papeles. Nunca los había mirado bien pero ahora que los tenía más cerca pude ver que estaban llenos de partituras y letras de canciones.

Cogió unos cuantos papeles y me hizo señas con la cabeza para que le siguiera hasta el piano. Colocó los papeles y me miró con cierta timidez.

—¿La tocarías mientras canto?

La estudié atentamente.

—Lo has compuesto tú, ¿verdad? —pregunté.

Asintió.

—Llevo tiempo trabajando en algunas canciones pero se me ocurrió la idea para esta hace unas semanas y desde entonces no he podido quitármela de la cabeza. Eso sí, creo que por fin la tengo lista. Si no te gusta, dímelo. Confío en tu opinión.

—Claro que me gustará —le miré como si estuviera loco.

Se encogió de hombros.

—Podría pasar.

Hizo una señal con la mano para que empezara a tocar. No me costó mucho reconocer la canción, era la misma que había tocado a la batería el día anterior.

Al principio cantó flojito y capté su miedo en el aire, como si realmente pensara que la canción podía no gustarme. Pero era preciosa y absolutamente maravillosa y en mi (im)parcial opinión, lo mejor que había escuchado en la vida.

Su voz, como la canción, crecía en intensidad. No pude evitarlo y comencé a cantar con él, una canción de amor, esperanza y perdón. Mi voz era tranquila y aguda comparada con la suya tan grave, pero de alguna forma empastaban muy bien, era bonito.

Me moría de ganas de mirarle, pero no aparté la vista de las partituras que tenía delante. Sin embargo, podía sentir sus ojos en mi cara y era estresante.

La canción se acabó, y la última nota seguía suspendida en el aire cuando me volví a mirarle y vi la pasión ardiendo en sus ojos. No estaba preparada cuando me cogió la cara y me atrajo hacia él.

Su boca se lanzó a por la mía y me besó profundamente, con su corazón y su alma. Yo le devolví el beso, agarrándole por el cuello de la camisa blanca. Nuestros labios se movían juntos en una canción compuesta por nosotros mismos.

Una de sus manos bajó hasta mi nuca y un gemido de felicidad trino en su garganta. Apreté mi pecho contra él y solté una exclamación cuando su otra mano me agarró de la cadera para sentarme en su regazo. Me mecí sobre él, besándole con toda la pasión de la que fui capaz.

Él se inclinó más sobre mí y mi codo y yo tocamos varias teclas del piano. A ninguno de los dos nos molestó el sonido. Él se apartó apenas un suspiro y susurró:

—¿Qué me estás haciendo?

No me dio oportunidad de responder. Su beso era electrizante. Me quemaba hasta el mismo centro de mi ser, marcándome para siempre.

Tomé sus mejillas sin afeitar entre mis manos y desde esa posición, me puse sobre él. La banqueta del piano osciló y di un grito cuando perdimos el equilibrio. Nos caímos y Maddox me envolvió con sus brazos. Me apretó contra su pecho para amortiguar el golpe de la pequeña caída.

Nos miramos durante un segundo antes de echarnos a reír.

—Eso ha sido un pedazo de beso —dijo entre risas, y alargó una mano para colocarme el pelo detrás de la oreja. Seguí tumbada sobre su pecho sin intención de moverme.

—¿Quién ha dicho que se haya terminado? —solté con osadía, acortando la distancia entre nosotros.

Nuestros labios se unieron una vez más y mi cuerpo pareció electrizarse. Una chispa y hubiera ardido en llamas.

Maddox nos hizo rodar hasta quedar él encima y yo de espaldas en el suelo. Sus fuertes brazos me apresaron y mis piernas le rodearon la cintura. Tiré de él hacia abajo para que sus caderas se pegaran a las mías y ambos soltamos un suave gemido.

Nunca había sentido aquello antes y daba miedo lo intenso que era todo con Maddox.

—Emma —murmuró entre nuestros labios.

Jadeé, incapaz de responder. Su lengua se enredaba con en la mía y tiré de los cortos mechones de su nuca, animándole a seguir.

—¿Qué cojones...? —Se oyó un portazo—. Gracias a Dios que tenéis la maldita ropa puesta. Vivo aquí, ¿sabéis? Y no necesito ver estas cosas.

Los labios de Maddox abandonaron los míos y se apartó. Su pecho se movía en suaves jadeos. Me tendió una mano y me ayudó a levantarme.

—Me alegro de verte, Mathias —gruñó Maddox claramente enfadado por la interrupción de su hermano.

—Ya, seguro —murmuró Mathias yendo a la nevera y cogiendo una botella de zumo de naranja. Se sirvió un vaso y nos miró—. Ninguno de los dos lo siente ni un poquito, ¿verdad?

Ambos negamos con la cabeza.

—No te comportes como si tú no hubieras hecho lo mismo con Remy —le desafió Maddox.

La cara de Mathias pasó del ligero enfado a la furia. Lanzó el vaso que

se estrelló en el suelo a nuestros pies. Se me escapó un grito y me aferré al brazo de Maddox.

—¡No vuelvas a pronunciar nunca más su nombre! —rugió Mathias señalando a Maddox con un dedo acusador—. ¡Lo que pase con ella no es cosa tuya!

Se agarró con tanta fuerza a la encimera que los nudillos palidieron. Con otro rugido se largó a toda prisa escaleras arriba y di un brinco cuando cerró su habitación con un brutal portazo.

Maddox y yo nos quedamos en silencio sin saber qué hacer. Al cabo de un minuto me obligué a reaccionar.

—Voy a buscar un trapo para limpiar esto —murmuré mientras rodeaba los cristales rotos.

Mis palabras consiguieron que Maddox se moviera.

—Iré a por un recogedor —dijo.

Juntos conseguimos limpiar el estropicio en silencio, sumido cada uno en nuestros lúgubres pensamientos. Al acabar miré a Maddox.

—¿A qué ha venido eso?

Suspiró, tirando parte de los cristales que había recogido a la basura.

—Ese es Mathias.

—Es muy explosivo, ¿no? —pregunté dubitativa.

Maddox asintió.

—Tiene poco aguante.

Su mandíbula se contrajo y miró hacia otro lado. Me moría de ganas por pedirle que se explicara pero me callé. Cuando estuviera listo para decírmelo, lo haría.

—¿Qué quieres que haga con esto? —pregunté, levantando el trapo empapado en zumo de naranja.

Me lo quitó, sujetando el pequeño cubo de basura con la otra mano.

—Me lo llevaré dentro y lo meteré en la lavadora. ¿Qué hora es? —preguntó.

Saqué el móvil.

—Las cuatro.

Asintió.

—Mamá tendrá la cena lista enseguida. Le gusta que comamos temprano.

Se encaminó hacia la puerta y yo pregunté:

—¿Mathias va a venir?

Miró hacia las escaleras.

—No creo.

—Ah. —Fruncí el ceño.

—No te preocupes por él —murmuró Maddox—. Confía en mí, no se merece tu compasión.

—Pero es tu hermano —dije confundida.

—Y también es un capullo —respondió—. Puede que le quiera pero sé que es mejor no acercarse a él cuando está así.

Suspiré y salí con él de la casa de invitados.

Entramos en la principal a través de unas cristalerías que daban a un salón acogedor. Maddox siguió por un pasillo y yo fui detrás. Abrió la puerta a una habitación de la colada que era más grande que los lavabos de mi casa. No me podía creer que la gente viviera en casas tan grandes, y sabía que aquella no era tan grande como otras.

Eché el trapo sucio a la lavadora y se dirigió a la cocina, donde se deshizo de la bolsa llena de cristales y puso una nueva en su lugar.

Karen estaba cocinando pero no hizo ninguna pregunta. A ella solo le pareció que estaba cambiando la bolsa de basura. No tenía ni idea de por qué y me preguntaba qué habría opinado del arrebato de Mathias de haber estado allí. Algo me decía que no hubiera tolerado semejante comportamiento.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté. No me gustaba nada estar ahí quieta sintiéndome inútil.

Me sonrió por encima del hombro.

—Sería maravilloso si pudierais poner la mesa.

—No hay problema, mamá —intervino Maddox.

Me señaló el cajón de la cubertería mientras él cogía los platos. A pesar de que había dicho que Mathias no se molestaría en venir, me di cuenta de que ponía un plato para él.

Ezra entro tranquilamente en la cocina cuando estábamos acabando de poner la mesa.

—Hola —me saludó, pasando un brazo sobre mis hombros—. No sabía que te quedabas a cenar con nosotros.

—Tu madre me ha invitado —dije.

—A mamá le encanta eso de tener a una chica en casa —bromeó Ezra.

—Basta —riñó a su hijo.

Él rio y se sentó.

—Papá ha llamado para decir que llegará un poco tarde.

Karen frunció el ceño.

—A mí no me ha llamado.

Ezra apoyó un codo en la mesa y apoyó la cabeza en su mano.

—Dice que lo ha intentado. Ya sabes lo absorta que estás en la cocina. Seguramente no lo has oído.

Ella se metió la mano en el bolsillo frontal del delantal y sacó un móvil reluciente que parecía idéntico al que Maddox me había regalado.

—Ah, tienes razón —rio.

Ezra sacudió la cabeza y me dijo:

—No sé por qué duda de mí.

—Tal vez porque cuando tenías diez años mentías en todo —le chinchó Maddox apartando una silla para que me sentara. Lo hice y él se sentó a mi lado.

—Eso fue hace nueve años —se defendió Ezra—. Tendría que haber recuperado ya la fe en mí.

—Te estoy oyendo —le advirtió su madre al tiempo que dejaba un plato con una especie de cazuela sobre la mesa.

—Perdón —Ezra agachó la cabeza. Aunque tuviera diecinueve años, claramente respetaba a su madre y seguía actuando como un niño pequeño en su presencia.

Karen acabó de servir los distintos platos en la mesa y para cuando se sentó, la potente voz de un hombre exclamó desde la entrada:

—¡Siento llegar tarde!

Me volví para ver a un hombre alto y atractivo entrar en la habitación. Llevaba un buen traje, y cuando digo bueno quiero decir *bueno*. Llevaba su cabello oscuro bien corto, salpicado de algunas canas aquí y allá, e iba impecablemente afeitado.

El hombre se sorprendió al verme y dejó su maletín en suelo junto al arco de la entrada. Sonrió mientras se aflojaba la corbata.

—No sabía que teníamos compañía. Soy Paul. —Me tendió una mano para saludarme.

—Emma —respondí, aceptando la mano que me ofrecía.

Sonrió con amabilidad y volvió su mirada hacia Maddox, que se encogió un poco en su silla pero no dijo nada.

—Supongo que no la habéis recogido por la calle... —Paul hizo una pausa esperando que Maddox se explicara.

Creí verle sonrojarse, pero cuando volví a mirar su inseguridad parecía

haber desaparecido.

—Es mi novia.

—Y yo que pensaba que nos lo contabas todo.

Paul le dio unos toquitos en el hombro mientras rodeaba la mesa para saludar a su mujer, sentada a uno de los extremos. Se inclinó para besarla en la mejilla y susurrarle algo al oído. Mientras iba a ocupar su lugar frente a ella, le dijo a Maddox:

—Siempre supe que serías el primero en caer.

Ezra resopló y Maddox intentó reprimir una sonrisa. Yo me sentí como si me estuviera perdiendo algo.

—¿Disculpa? —pregunté, mirando a Paul, Ezra y Maddox.

—Siempre supe que Maddox sería el primero en enamorarse —respondió Paul sencillamente.

Si hubiera tenido la boca llena de agua, la hubiera escupido.

—¿Qué? —susurré.

Paul se encogió de hombros.

—Solo digo lo que veo.

Estoy segura de que me puse tan blanca como Casper el fantasma.

¿Amor? Maddox no me quería. No podía ser. Solo hacía un mes que nos conocíamos. Ese no era tiempo suficiente para enamorarse.

Estaba allí sentada, negando con la cabeza. De repente, había perdido el apetito.

A mi lado, Maddox gruñó:

—Gracias, papá, acabas de darle un susto de muerte. —Y a mí me dijo—: Respira, Emma.

¿Respirar? ¿Qué era respirar?

Ah, sí, eso que se hace al inhalar oxígeno.

—No se va a desmayar, ¿verdad? —preguntó Ezra—. ¿Y si le refrescamos la cara con agua? Creo que es lo que suelen hacer en las pelis en situaciones como esta.

—Cierra el pico —soltó Maddox—. Emma —me cogió por los hombros y me volvió hacia él—, por favor, no te asustes.

—¿Asustarme? —jadeé—. No estoy asustada.

Levantó una ceja, incrédulo.

—Vale, bueno —cedí—, estoy asustada.

—Toma. —Cogió mi vaso de agua—. Bebe un poco, te ayudará.

No veía muy bien en qué, pero estaba dispuesta a probar lo que fuera

para intentar calmar mi corazón desbocado. Tomé lentamente unos sorbos del frío líquido y de alguna forma consiguió calmar mis nervios.

Cuando conseguí serenarme, Karen se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Dónde está Mathias? ¿No cenará con nosotros? —y miró el sitio vacío junto a Ezra.

Maddox refunfuñó:

—Está en uno de esos días, enfurruñado en su habitación.

—Ah —murmuró su madre—. Entonces le guardaré un plato. —Y cambiando de tema de nuevo, me preguntó—: Dime, Emma, ¿irás a la universidad en otoño?

—No —negué con la cabeza—, empezaré el último año de instituto.

Sonrió.

—Es maravilloso. El último año fue el único que de verdad me gustó. También fue el año que conocí a Paul —señaló a su marido con el tenedor.

—¿En serio? —pregunté, aguantándome las ganas de reír mientras Maddox llenaba nuestros platos de comida—. Entonces, ¿juntos desde el instituto?

—Sí —sonrió con melancolía.

Miré a uno y al otro. Se veía lo enamorados que estaban, incluso tantos años después. Me dio esperanzas de que algunos amores pudieran durar.

Sacudiendo la cabeza, Karen volvió a dirigirse a mí:

—¿A qué se dedican tus padres?

—Ah, ugh, mi madre es artista —tartamudeé—. Sobre todo se dedica a la cerámica y cosas del estilo. Y mi padre se fue.

—Vaya, siento oír eso. —Frunció el ceño—. Enfrentarse a la muerte de un padre tan joven es muy difícil. Mi madre murió de cáncer de mama en mi segundo año de universidad y fue horrible.

Hice una mueca de dolor.

—No murió —aclaré, soltando un suspiro—, nos abandonó. Decidió abandonarnos.

Bajé la mirada a la mesa cuando sentí el ardor familiar de las lágrimas en los ojos.

Karen ahogó una exclamación y la vi luchar buscando algo que poder decir.

—¿Podría usar el baño? —pregunté sin mirar a nadie. Tendría que haberle contado a Maddox lo de mi padre, pero era un tema del que no me gustaba hablar.

—Por supuesto —respondió Paul, aclarándose la garganta—. Está al fondo del pasillo, segunda puerta a la derecha.

Me aparté de la mesa y huí al baño. Una vez dentro cerré la puerta y eché el pestillo, apoyando la espalda contra la hoja de madera. Respiré hondo tomando y soltando el aire durante unos minutos.

A veces el hecho de que mi padre nos abandonara me golpeaba con fuerza. Me gustaba fingir que no me importaba pero en el fondo no era así. ¿Qué chica no necesitaba a su padre en su vida? Y el mío me había dejado, y no por haber muerto, sino porque no podía soportarnos ni a mi madre ni a mí. Sabía que estábamos mejor sin él, no era un buen hombre, pero no dejaba de ser mi padre. Joder, mis sentimientos eran un caos: a veces le odiaba y al rato le echaba de menos. Menuda estupidez, todo.

Me acerqué a la pila y dejé correr el agua fría. Me mojé la cara un poco para refrescarme. Ayudó, pero seguía estando mal. Respiré hondo, centrándome en el estampado de damasco plateado del papel pintado.

—Emma. —Unos nudillos golpearon la puerta—. ¿Puedo entrar, por favor?

—Estoy bien —murmuré, esperando que se fuera.

—Emma —suplicó de nuevo—, déjame entrar.

Por algún motivo sentí que sus palabras "déjame entrar" se referían a mucho más que al hecho de dejarle pasar al baño.

—Vale —suspiré, girando el pestillo y abriendo la puerta.

Se coló rápidamente y cerró la puerta. El baño era uno de esos aseos pequeños, demasiado pequeño para que estuviéramos los dos. Su pecho se pegó al mío cuando envolvió mi cara con sus manos.

Deslizó los pulgares bajo mis ojos. Los suyos, normalmente plateados, parecían casi negros.

—No soporto verte llorar.

—No sabía que lo estaba haciendo.

Pero tenía razón: lágrimas silenciosas se deslizaban por mis mejillas.

Él tragó con fuerza.

—Tu padre fue un capullo por abandonarte. Eres maravillosa, y tu madre también. Algunas personas no saben apreciar lo que tienen y, en su lugar, lo destruyen.

Sacó la lengua y se humedeció los labios, mirándome con una expresión seria. Normalmente Maddox era todo despreocupación y sonrisas, así que aquella era una nueva faceta de él.

—A veces doy gracias por haber tenido unos inicios tan duros en la vida, porque me hacen apreciar cada cosa buena que tengo, como poder cenar con mi familia y contigo. No tuve eso de pequeño. Por favor —suplicó—, no dejes que ese hombre te amargue. No le dejes ganar, Em. Mereces ser feliz y no puedes hacerlo si no le dejas marchar.

Hice una mueca de dolor y empecé a sollozar.

—Le odio tanto, Maddox. Detesto lo cruel que fue con mi madre y conmigo. Pero creo le detesto aún más porque le quiero y eso me cabrea. Es un círculo vicioso que no se acaba nunca.

—Shhh —susurró, rodeándome con sus brazos—. Suéltalo, Em. Suéltalo todo.

—Elegió abandonarme —lloré sobre su pecho, mojando su camisa con mis lágrimas—. No era lo bastante buena para él.

—Eso no es verdad —negó con la cabeza, su mentón rozando la parte superior de mi cabeza mientras me aferraba a él—. Él no era lo bastante bueno para ti.

Me acarició el pelo mientras yo le abrazaba con fuerza, como si fuera un chaleco salvavidas y lo único capaz de mantenerme a flote.

Sentí la suave presión de sus labios sobre mi cabeza.

—¿Sabes? —se me atragantaban las palabras—. Es como aquel día en la feria, cuando supiste que necesitaba que me salvaras.

—No, Emma, era yo el que te necesitaba. No lo olvides nunca.

Y se quedó allí, envolviéndome en su abrazo, y supe que todo iba a ir bien.

16

MADDOX: ME TENGO QUE IR UN PAR DE DÍAS DE LA CIUDAD.

La pantalla de mi móvil se iluminó cuando recibí el mensaje. Estaba sentada en la cama, con un libro en el regazo mientras los rayos de sol se colaban por la persiana abierta de mi habitación.

EMMA: ¿HA PASADO ALGO?

No pude evitar preguntárselo.

MADDOX: NADA. VOLVERÉ EN 2 DÍAS... SI TENGO SUERTE MAÑANA X LA NOCHE YA ESTARÉ DE VUELTA.

EMMA: OK, NOS VEMOS.

MADDOX: TE ECHARÉ DE MENOS.

Mentiría si dijese que no le echaría de menos, pero mi vida no giraba a su alrededor. Además, me venía bien que se fuese: Sadie llevaba días quejándose de que ya no pasaba tanto tiempo con ella. No podía culparla por estar enfadada conmigo, y me sentía mal por dejarla de lado. Todo había sido tan nuevo y excitante con Maddox que había empezado a abandonar a mi mejor amiga.

Después de contestarle a Maddox que yo también le iba a echar de menos, le envíe un mensaje a Sadie para ver si la noche de chicas que me había sugerido seguía en pie. No tardó mucho en contestarme.

SADIE: ¿TE APETECE VENIR ESTA NOCHE A CASA? ¿TE QUEDAS A DORMIR Y CENAMOS PIZZA? MAÑANA PODEMOS IR DE COMPRAS.

EMMA: PINTA BIEN.

—Está tan bueno... —suspiró Sadie con ojos soñadores mientras se quedaba

embobada mirando al chico semidesnudo que salía en la pantalla. Creo que era un hombre lobo, o algo así. No veía mucho la tele, así que no lo tenía muy claro. No sé qué tenían los programas que me aburrían, por eso me centraba en mi música y mis libros—. ¿No te parece que está buenísimo? —me preguntó mi mejor amiga.

—Sí, claro —contesté. Estaba demasiado ocupada devorando un trozo de pizza como para fijarme en el chico.

—Uf, de verdad, ¡qué sosa eres! —refunfuñó Sadie y me dio un golpecito cariñoso en el hombro.

—Oye, míralo así, al menos no nos peharemos por ver quién se queda con él —le dije con una sonrisa.

—Mira, guapa, es todo mío —afirmó Sadie. Entrecerró los ojos y luchó por evitar sonreír—. Ya sabes cómo me ponen los chicos con el pelo y los ojos oscuros.

—Sí, hacen que se te caigan las bragas —repliqué, entre risas.

Sadie se tumbó boca arriba sin dejar de reír:

—Es verdad. —Después, un poco más seria, añadió—: Me voy a autoimponer la estricta regla de no salir con chicos durante nuestro último año.

Resoplé ante semejante afirmación

—¿Qué? —preguntó con los ojos como platos—. ¿Crees que no lo cumpliré?

—Pues no.

—Ya verás, te demostraré que te equivocas. —Elevó el mentón, con un gesto desafiante.

—Vas a durar un día —contesté con una sonrisa mientras le daba otro mordisco a mi pizza.

—Qué poca fe tienes en mí —dijo sacudiendo la cabeza—. Eres mi mejor amiga, deberías apoyarme en esto.

—Creo que tienes un par de pompones en el armario, por si quieres que sea tu animadora personal —le dije en broma. Un poco más seria, añadí—: A ver, ahora en serio, creo que te vendrá bien centrarte en otra cosa que no sean los chicos, para variar.

Sadie cogió un trozo de pizza.

—Ya no quiero ser esa chica, ¿sabes? —dijo, y se encogió de hombros—. La facilona.

—No eres una facilona, Sadie —repliqué poniendo los ojos en blanco.

Sabía a ciencia cierta que solo se había acostado con un chico. Quizá le gustara provocar, pero no se metía entre las sábanas de todos los chicos a los que les ponía ojitos.

—Pues eso no es lo que cree la gente del insti —suspiró—. Quiero demostrarles a los demás, y a mí misma, que puedo valerme por mí misma y que no necesito a nadie. No, no solo eso —añadió con el ceño fruncido—. Quiero demostrarles que puedo llegar a ser alguien en la vida.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Sadie se encogió de hombros y dejó el borde de la pizza en la caja. Volvió a tumbarse boca arriba y clavó la vista en el ventilador, que giraba y giraba sin parar.

—Es nuestro último año de instituto, Emma. Después de esto viene el mundo real. Tengo miedo y tengo que averiguar qué coño quiero hacer con mi vida.

—Yo estoy igual que tú, ya lo sabes —dije.

—Lo sé.

—Bueno, pues... —dudé, pero me atreví a preguntárselo—: ¿Qué crees que vas a hacer después de la graduación?

¿Acaso no era esa la gran pregunta del millón?

—No lo sé —contestó con lágrimas en los ojos—, y estoy cagada. Necesito un plan y no se me ocurre otra cosa que ponerme a trabajar.

—Bueno, al menos es un comienzo —dije con una sonrisa con la que esperaba infundirle algo de confianza.

—Ya está bien de hablar de cosas serias —exclamó y se secó las pocas lagrimillas que había soltado—. Me estoy perdiendo la serie.

Yo solté una carcajada mientras recogía los restos de pizza y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Una de las cosas que más me gustaban de Sadie era que podíamos estar hablando de algo muy serio y, dos minutos después, decía algo que hacía que me partiese de risa.

Intenté concentrarme en aquella serie pero, sinceramente, no tenía ni la más remota idea de qué estaba pasando. Lo único que sabía era que aparecían un montón de chicos semidesnudos... que justo era lo que más le gustaba a Sadie de toda la trama.

—Espero que estés lista para un largo día de compras —me avisó mientras me preparaba para dormir en la cama nido de Sadie. Sus padres habían insistido en comprar una dada la cantidad de noches que me había quedado a dormir allí a lo largo de los años.

—Uf... —refunfuñé—. De compras.
—¡Oye! —exclamó—. Si mejoras esa actitud, quizá consigas convencerme para ir un rato al mercadillo.
—Trato hecho.

—Te juro que me sudan hasta las pestañas —se quejó Sadie mientras se apartaba la larga melena del cuello y se abanicaba con una mano.

—No seas quejica —le advertí, concentrada en el puesto de bisutería en el que estábamos.

—Creo que me voy a morir —jadeó.

Saqué una botellita de agua del bolso y se la tendí.

—Toma, bebe.

Sadie la cogió y se la bebió de un trago.

—¿Por qué tiene que hacer tanto calor? —lloriqueó.

Me volví y le lancé una mirada feroz.

—Me he tirado cinco horas contigo en el centro comercial y apenas han pasado treinta minutos desde que hemos llegado. Deja ya de quejarte, pesada.

—¿Por qué no tienes calor? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Sí que tengo —confesé—. Pero no me quejo.

—Vale —contestó resignada—. Me callaré un rato.

Algo me decía que sería afortunada si Sadie aguantaba cinco minutos en silencio. Estuve echando un vistazo por varios puestos más; me compré un par de collares, una rebeca, unas botas de *cowboy* marrón claro de segunda mano y una figura de metal de un batería con su instrumento hecha a mano con tuercas, tornillos y demás chatarra. No pude evitar comprársela a Maddox; por suerte, cuando la encontré Sadie ya me había abandonado para resguardarse a la sombra de un árbol.

—Ya está —anuncié al acercarme a ella.

—¡Al fin! —exclamó y se secó el sudor de la frente—. ¿Podemos ir a comer algo? Necesito un sitio fresquito en el que tumbarme y creo que una mesa sería el lugar perfecto para hacerlo.

—Como quieras —contesté con una risilla.

Esperé un momento a que se levantará, pero Sadie no se movió.

—Creo que no me funcionan las piernas —dijo. Frunció los labios pintados de rosa en un mohín y se dio un golpecito en una de las piernas—.

Moveos —exigió. Entonces, me miró y dijo—: No responden.

—Venga va, quejica —contesté sin dejar de reírme, estirando una mano para ayudarle a levantarse.

—Odio este calor —se lamentó Sadie—. Tengo el pelo superencrespado.

Sadie levantó un brazo para apartarse la melena de la cara. Negué con la cabeza mientras regresábamos al aparcamiento. Dejé mi bolsa en el maletero e intenté no echarme a reír cuando vi las cincuenta bolsas de Sadie.

—¿Dónde quieres ir a comer? —preguntó mientras encendía el aire acondicionado.

—Donde quieras, me da igual, la verdad.

—Pues vamos a TFI Friday's —canturreó—. Me apetece un poco de esas judías verdes fritas que tienen; así puedo autoengañarme y pensar que estoy comiendo sano.

—Pues ya tenemos plan —contesté con un bufido.

Cuando llegamos el restaurante estaba lleno y tuvimos que esperar treinta minutos para poder sentarnos. Cuando por fin nos dieron una mesa, al fondo, me moría por irme a la cama. Ir de compras era agotador.

Sadie parecía pensar lo mismo que yo pues, en cuanto se sentó, apoyó la cabeza en la mesa y refunfuñó:

—Los pies me están matando.

—Tendrías que haberte puesto otros zapatos —comenté y agité los pies, enfundados en un cómodo par de zapatillas.

—Ya, tienes razón. —Sadie se puso recta y descansó la cabeza en una mano—. Me los quitaría ahora mismo si no fuese porque creo que el olor de mis pies mataría a todo aquel que estuviese a menos de dos metros de distancia.

No pude evitar partirme de la risa al imaginarme a la gente sentada a nuestro alrededor cayendo fulminada por la peste de los pies de Sadie.

—Sí, mejor no te los quites.

La camarera se acercó a nuestra mesa para tomar nota de nuestras bebidas y, antes de que se marchara, Sadie le pidió una ración de judías verdes fritas como aperitivo. A mí no me llamaban mucho la atención, pero Sadie me juró que eran lo mejor que había probado jamás.

—Hace bastante que no me cuentas nada de tu ligue —dijo en tono pensativo, mirándose las uñas en un vano intento por ocultar la curiosidad que sentía.

—No hay nada de qué hablar —contesté y me encogí de hombros. Cuando Maddox no pudo acompañarme a la barbacoa de la familia de Sadie lo tomé una señal del destino que me decía que tenía que guardármelo un poquito más para mí. No era que creyera que Sadie me lo iba a quitar (mi mejor amiga no era así), o que pensase que, al conocerla, Maddox se prendaría de ella. Era que, por una vez en la vida, quería algo que fuese solo mío, que no tuviese que compartir con nadie. Sentía que con Maddox vivía una vida, que no un mundo, completamente ajena a los demás, y me había acabado gustando. No estaba preparada para contárselo a Sadie todavía, pero si la cosa se ponía más seria, se lo presentaría. Aunque, por el momento, me gustaba el punto en el que estábamos.

La camarera llegó con nuestras bebidas, las dejó sobre la mesa y Sadie empezó a quitarle el papel a la pajita.

—Voy a empezar a creer que no existe —dijo.

—Claro que existe —confirmé. En realidad, y para se honesta, añadí—: Lo que pasa es que no sé hasta dónde llegará todo esto y me gustaría no ir pregonándolo a los cuatro vientos, al menos por ahora.

—Así que... ¿lo que me estás diciendo es que no se lo vas a presentar a tu mejor amiga? —preguntó arqueando las cejas.

—Exacto —contesté.

—Pues no me parece bien —dijo, e hizo un puchero—. Como tu mejor amiga, yo tendría que saber todos los detalles de tu vida. Tener secretitos no está bien, Emma. —Sus palabras iban acompañadas de una sonrisa, para hacerme saber que estaba de broma—. Bueno, vale. No volveré a preguntarte por él. Pero me alegra que por fin hayas encontrado un chico. Ahora bien... —se inclinó hacia mí y susurró—, si tu primera vez va a ser con él, más te vale que yo sea la primera en enterarme.

—Sadie, de verdad... —refunfuñé poniendo los ojos en blanco.

Mi mejor amiga se echó a reír, se sentó de nuevo y empezó a hablar de un montón de cosas, ninguna relacionada con Maddox.

Yo me alegraba de haber pasado el día y la noche anterior con ella. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos aquellos momentos de chicas. Sin embargo, cuando me dejó en casa lo único en lo que pensaba era en irme a la cama. Estaba agotadísima y los pies me dolían una barbaridad después de haber caminado tanto. Estaba claro que estaba en baja forma.

Tiré el bolso en el sofá, dejé mis compras en el suelo y, cuando me

estaba quitando los zapatos, llamaron al timbre de mi casa. Suspiré; ¿me habría dejado algo en el coche de Sadie?

Abrí la puerta y retrocedí un paso, sorprendida:

—¡Maddox! —exclamé con un jadeo ahogado—. ¿Qué haces aquí?

—¡Sorpresa! —me dijo con una sonrisa y un ramo de tulipanes rosas entre las manos—. Son para ti.

Maddox me tendió las flores y yo lo miré, todavía asombrada.

—Yo... yo creía que regresabas mañana. —Di un paso hacia atrás y con un gesto le invité a pasar.

—Ya te dije que, con suerte, podría volver antes. —Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa—. Me apetecía pasarme y verte un rato.

—Eres increíble —susurré.

—Lo intento —contestó con una sonrisa socarrona.

—Voy a ponerlas en agua. —Con la cabeza le indiqué la cocina y Maddox me siguió hasta allí. Cogí un jarrón vacío y lo llené de agua—. Le diré a mi madre que estás aquí

Señalé con el dedo la puerta que daba al garaje, que ella utilizaba como taller para sus esculturas.

Maddox asintió, demasiado ocupado mirando las fotos familiares que teníamos colgadas en la pared de la mesa de la cocina. Entré en el taller de mi madre y ella desvió la atención del tiesto que estaba pintando.

—¿Te lo has pasado bien con Sadie?

—Ajá —asentí—. Ha estado guay pasar tiempo con ella.

—Qué bien. —Mi madre volvió a concentrarse en el tiesto; estaba trabajando en una especie de complicado diseño circular.

—Solo quería decirte que Maddox ha venido a verme —comenté mientras señalaba la cocina con el pulgar. Por lo general no interrumpía a mi madre mientras estaba trabajando en su arte, pero no quería que pensase que le estaba ocultando algo al no contarle que Maddox estaba en casa.

—Ah, vale —respondió con una sonrisa—. No hagas ninguna tontería.

Entonces me miró con severidad y yo no pude evitar reírme:

—Mamá, no tienes nada de qué preocuparte.

—Es un adolescente, por lo que es él quien me preocupa. Puede que me caiga bien, pero sé con total exactitud qué está pasando por su mente en estos momentos, Emma, y no es precisamente ver tu colección de conchas de mar. No le enseñes tu perla, hija.

Yo me quedé estupefacta, con la boca abierta ante las palabras de mi

madre.

—¡Dios, mamá, qué asco! —Me tapé los ojos con la mano, como si así pudiese bloquear la visión que se había formado en mi cabeza—. ¡No me puedo creer que hayas dicho lo que has dicho!

Me dieron ganas de vomitar. Es que, en serio, ¿quién decía cosas así?

—Vale, a ver, déjame buscar otras palabras... —contestó, riéndose entre dientes—. No le enseñes tu vagina.

Estoy segura de que mi madre solo intentaba que mi rostro adquiriese diez tonalidades diferentes de rojo en cuestión de segundos y que yo me quedase petrificada, farfullando como una idiota.

—¡Mamá, para ya, anda! —Me tapé las orejas—. ¿Dónde está la lejía? Quiero borrar todas esas guarradas que has dicho de mi memoria.

Mi madre no dejó de mirarme y de reírse, divertida. Al final la dejé a solas con su ataque de risa y regresé a la cocina. Maddox ladeó la cabeza cuando me reuní con él:

—¿Una charla interesante?

¡Dios mío, por favor, que no haya escuchado nada!

—No —casi chillé.

Maddox arqueó una ceja: estaba claro que no me creía. Cogí el jarrón con los tulipanes dentro y lo llevé a mi habitación. Dejé las flores encima de la cómoda; le daban un toque de diversión a mi cuarto y me descubrí sonriendo mientras las miraba. Había sido un gesto precioso.

Maddox se echó en mi cama y empezó a rodar de un lado a otro.

—Es cómoda —sonrió cruzando los brazos detrás de la cabeza.

Yo me puse roja. Aunque Maddox ya había estado en mi habitación, todavía me incomodaba un poco verle allí. De repente, toda la decoración y lo que tenía en mi dormitorio parecía demasiado... infantil. Las paredes eran amarillas; pero no de amarillo mostaza, sino amarillo pastel. Había colgado unas titilantes luces de Navidad en la pared, encima de la cama, e irradiaban un resplandor dorado que bañaba la habitación. El edredón de la cama era verdeazulado y todo el mobiliario iba a conjunto. A mí me encantaba, pero no podía evitar preguntarme qué habría pensado Maddox al entrar en ella.

—Ven, tumbate conmigo —dijo, y le dio un par de palmaditas al hueco vacío que había quedado a su lado.

Me acerqué a la cama y de pronto me detuve de golpe.

—Un segundo —le pedí alzando un dedo—. Tengo algo para ti.

Dejé a Maddox tumbado en mi cama, fui corriendo al salón y cogí la

bolsa del mercadillo. Regresé a mi cuarto, me senté en la cama y saqué la figurita de metal envuelta en papel de burbujas.

—Toma —dije mientras le tendía el regalo—. Espero que te guste.

De pronto ya no estaba segura de si debería habérselo comprado o no. Maddox me sonrió mientras arrancaba la cinta adhesiva y el papel de burbujas. Levantó la figura y la contempló, dándole vueltas. Una lenta sonrisa torcida se formó en sus labios. Se volvió y me dijo:

—Em, es el mejor regalo que me han hecho en la vida. En serio, es increíble. Me encanta, joder —murmuró mientras la examinaba desde todos los ángulos posibles.

—¿En serio? —pregunté—. ¿No lo dices por decir?

—Me encanta, en serio —repitió—. Es el regalo perfecto. —No dejaba de mirarlo y la sonrisa no desaparecía de su rostro—. No tenías por qué comprarme nada, lo sabes, ¿verdad?

—Ya, pero me apetecía —repliqué. Se me quedó mirando un par de segundos. Tenía los ojos de un gris plata tan intenso que no podía sostenerle la mirada sin sentirme avergonzada—. Me... me recordó a ti y sentí la necesidad de comprarlo —tartamudeé. Necesitaba rellenar el silencio que se había formado.

No apartó la mirada de mí ni por un momento y las mariposas hicieron acto de presencia en mi estómago. Dejó al batería a un lado y, antes de que pudiese pestañear, me tenía recostada en la cama con su cuerpo sobre el mío, rodeándome con sus robustos brazos.

Me quedé sin aliento mientras él me miraba fijamente. Mi corazón latía tan rápido y con tanta fuerza que era imposible que no pudiese oírlo.

—Gracias.

—¿Gracias? —repetí.

Maddox asintió y un mechón de cabello castaño le cubrió la frente.

—Sí, gracias por este regalo tan perfecto y considerado.

—Ah, sí —tartamudeé—. De nada.

Se le oscurecieron los ojos, que adquirieron el color gris oscuro de los nubarrones de tormenta.

—Creo que debería besarte. Ya sabes, como muestra de mi agradecimiento.

—¿Eso crees? —le pregunté, casi sin aliento.

Se inclinó, pegando su cuerpo al mío; nuestros labios estaban a una respiración de distancia.

—Sí.

Salvó aquella minúscula distancia que nos separaba y me besó. Me besó como si fuese un hombre al que le faltara el oxígeno y yo su fuente de aire, lo único que podría mantenerle con vida. Los dedos de Maddox se enroscaron en mi cabello, mientras me acercaba cada vez más, empujándome contra él.

Le rodeé el cuello con los brazos; un gemido se escapó de mi interior y chocó contra su boca. Parecía imposible que una persona pudiera crear aquel huracán de sensaciones, pero Maddox lo había conseguido. Había revuelto el remanso de tranquilidad que había sido mi vida hasta entonces y, en esos momentos, todo se había convertido en una tormenta en la que reinaba el caos. Y me encantaba.

Me besó hasta que mis labios quedaron enrojecidos y agrietados, marcándome para que el resto del mundo supiese que era suya.

Maddox se dio la vuelta, se puso boca arriba y me estrechó contra su pecho.

—Buenas noches, Emma —susurró, y después me dio un beso en el espacio de piel entre el cuello y el hombro.

En esos momentos creí que sería imposible conciliar el sueño después de semejante beso, pero estaba agotada. Con el calor que emanaba del cuerpo de Maddox rodeándome como si fuese la manta más calentita del mundo, me quedé dormida. Y tuve el sueño más dulce de mi vida.

17

Un fuerte carraspeo me despertó y abrí los ojos, todavía medio dormida.

—Hola, mamá —bostecé.

—Buenos días, Emmie... Hola, Maddox.

—¿Maddox? —pregunté.

Mi madre arqueó las cejas e hizo un gesto con la cabeza.

Me asusté. No me había despertado del todo porque, de haberlo hecho, me habría dado cuenta antes de que un cuerpo me rodeaba. Maddox me había pegado a su pecho y su cabeza descansaba sobre el recodo de mi cuello. Su cálido aliento chocaba contra mi piel. Estaba profundamente dormido. Al menos, los dos estábamos vestidos de pies a cabeza, así mi madre no podría acusarnos de haber hecho nada.

—Perdona —susurré moviendo los labios—. Nos quedamos dormidos.

—Ya lo veo —contestó, y puso su mejor cara de madre—. Me cae bien, de verdad, pero esto no me gusta —añadió en voz baja.

Hice una mueca: odiaba disgustar a mi madre.

—Lo siento, de verdad.

Mi madre asintió, como si mis palabras mejorasen un poco la situación.

—Voy a preparar el desayuno. Despiértale.

Asentí para asegurarle de que lo haría; mi madre nos lanzó una última mirada y salió de mi habitación. Intenté ponerme boca arriba, pero el brazo de Maddox me tenía aplastada contra la cama. Traté de quitármelo de encima, pero no funcionó. Al final, tuve que pellizcarlo. Eso sí dio resultado.

—¿Emma, qué coño haces? —gritó, poniéndose boca arriba y frotándose los ojos.

—Mi madre. —Solo fueron dos palabras, pero bastaron para que Maddox abriera los ojos de par en par, horrorizado.

—¿Está enfadada? —preguntó mientras se pasaba una mano por el alborotado cabello. Yo asentí y Maddox, poniéndose en pie, gruñó—: Joder. Lo siento, de verdad. Me iba a ir en cuanto te durmieras, pero entonces me quedé dormido y...

—No pasa nada —le interrumpí—. Pero no puede volver a pasar o me matará... y me gustaría ir a mi baile de graduación.

—Vale, no más fiestas de pijamas —contestó con una risilla.

Algo en el tono de su voz me dijo que, en realidad, sí habría más fiestas de pijama y noches juntos. Antes de darle más vueltas al tema, dejé escapar un chillido y, rodando, me caí de la cama.

—¿Estás bien? —preguntó Maddox.

—Síiii —dije mientras trataba de taparme la cara con las manos. De repente me había dado cuenta de que acababa de despertarme junto a Maddox: mi pelo estaría hecho un desastre y... Dios, ¿y si me apestaba el aliento? Ahuequé las manos delante de la boca y exhalé para comprobarlo—. ¡Uf, qué asco!

—¿El qué es un asco? —Maddox, lleno de curiosidad, rodeó la cama y se quedó de pie, junto a mí, mirándome desde arriba.

—¡Nada! —grité y, de un salto, me puse en pie. Seguro que pensó que me había vuelto loca. Quizá estuviera loca. Levanté un brazo e intenté domar mi salvaje melena—. Voy a lavarme los pendientes.

—¿Los pendientes? —repitió Maddox y se mordió el labio para reprimir una carcajada.

—¡Quería decir los dientes! —Lo dejé atrás y salí de la habitación, directa al cuarto de baño. Cerré de un portazo y me recosté contra la hoja de madera. Dejé escapar una bocanada de aire. Dios mío, qué humillante. ¿Los pendientes? ¿En serio? A veces, parecía que mi cerebro y mi boca no estaban conectados.

Podía escuchar la risa de Maddox a través de la puerta cerrada. Bueno, al menos se lo pasaba bien conmigo.

Sacudí la cabeza y comencé a lavarme los dientes y a cepillarme el cabello, tratando de parecer una persona decente y no la hija de Satanás... que era lo que solía parecer cada mañana cuando me despertaba.

Cuando regresé a mi habitación, estaba vacía. Me puse un par de shorts y una camiseta de tirantes un poco ancha con la que se me veía un trozo del estómago. No era algo que soliera llevar a menudo, pero esperaba hacer que Maddox olvidase mi metedura de pata mañanera.

Lo encontré sentado a la mesa de la cocina, bromeando con mi madre. Un plato con el desayuno me esperaba, junto con una taza de té.

—Estás muy guapa —dijo Maddox con una sonrisa, analizando mi figura mientras me sentaba a la mesa—. No puedo decir lo mismo de mí. —Me guiñó un ojo y tiró de su camiseta, toda arrugada.

Quería decirle que él estaba guapo siempre, pero pensé que no

necesitaba precisamente que le aumentasen el ego.

—Mmm, mamá, está buenísimo —dije mientras me comía un trozo de beicon.

—Pensé que lo menos que podía hacer era prepararos un buen desayuno, dado que apenas estoy por casa para cenar y... que ahora estás más... ocupada. —Señaló a Maddox con un gesto y este agachó la cabeza para ocultar una sonrisa.

Cuando Maddox alzó la mirada, me sonrió.

—¿Qué pasa? —pregunté, llevándome la taza de té a los labios.

—¿Una taza para el té con un T. Rex? —preguntó, mirando la taza.

—Tenía que tenerla —contesté con una risita.

—Ya veo por qué —se rio—. Te pega. Es peculiar.

—¿Peculiar? —lo confronté, con una ceja arqueada—. No creo que a la mayoría de las chicas les guste que las llamen “peculiares”.

Con una sonrisa torcida y los ojos grises brillando, Maddox respondió:

—Pero no eres como el resto de chicas. Esa es una de las cosas que más me gusta de ti.

—¿Te gusta que sea una rarita? —contesté conteniendo una carcajada—. No me parece que sea una cualidad irresistible.

Maddox se encogió de hombros, jugueteando con los huevos revueltos que le había preparado mi madre:

—No he dicho que seas rarita, Emma. Solo intentaba decirte que eres diferente y que, para mí, eso es una gran cualidad. No eres como las demás.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, olvidándonos de que mi madre todavía estaba en la cocina. Juro que en el aire se podía sentir la electricidad que existía entre nosotros. Era algo que solía leer en los mil y un libros que atestaban las paredes de mi habitación, pero jamás, ni en un millón de años, creí que podía ser real.

Fui la primera en romper el contacto visual, incapaz de seguir soportando aquella intensidad ni un minuto más. Terminamos de desayunar sumidos en un silencio relativo.

Recogí los platos y me acerqué al fregadero para lavarlos. Oí el sonido que hacía la puerta del garaje al cerrarse y supe que mi madre nos había dejado solos y se había ido a su taller. Nunca me había molestado lo mucho que trabajaba; sabía que, para ella, no era un trabajo, sino una forma de dar rienda suelta a su pasión, como me pasaba a mí con la música. Aunque dudaba que pudiese dedicarme profesionalmente a ella en el futuro.

Unos segundos después sentí la presencia de Maddox de pie, detrás de mí, y mis divagaciones cesaron.

—Déjame que te ayude. —Cogió el plato limpio, pero mojado, que sostenía entre las manos y un paño para secarlo. Una vez seco, lo dejó a un lado y apoyó las manos en la encimera de la cocina. Ladeó la cabeza, me miró y yo dejé de hacer lo que estaba haciendo—. Quiero enseñarte una cosa.

—Eh... —vacilé—. ¿Vale?

No sé por qué, cuando le contesté, pareció que le estaba haciendo una pregunta. Maddox sonrió, aunque sus ojos plateados reflejaban un gesto serio. Pensé que añadiría algo más, pero me cogió otro plato limpio de las manos y se puso a secarlo, como si nada hubiese pasado.

Chicos. ¿Quién podía entenderlos?

Sentía mucha curiosidad por averiguar qué podía ser aquello que quería enseñarme. Primero creí que podría ser otra “aventura”, pero la seriedad que desprendían sus ojos hizo que desechara la idea. Sentí que algo importante estaba a punto de suceder, pero quizá le estaba dando demasiadas vueltas a la situación. Terminamos de fregar los platos y Maddox quiso parar en su casa para cambiarse antes de irnos adonde fuese que estuviésemos yendo.

Mientras se cambiaba yo esperé en el coche porque, la verdad, no me apetecía encontrarme con Mathias. Todavía no me había recuperado del numerito que había montado por lo de esa chica llamada Remy.

Maddox apenas tardó diez minutos en vestirse y salir de la casa de invitados. Se había puesto un par de vaqueros, una camiseta blanca y, por encima, una camisa vaquera abierta, con las mangas remangadas. Cuando se giró para cerrar la puerta, me reí ante la visión de sus baquetas en el bolsillo trasero del pantalón.

Maddox se montó en el coche, dejó las baquetas en el posavasos y salió marcha atrás de la entrada, sin decirme adónde nos dirigíamos. Decidí sentarme y disfrutar del viaje. No tenía sentido que me estresase.

Veinte minutos después se desvió de la carretera principal y nos metimos por un camino de tierra. Era consciente de que aquel camino nos llevaba a uno de los peores barrios, con casas en ruinas (bueno, en realidad eran caravanas) y personas que daban verdadero pavor... la gran mayoría, drogadictas.

—¿Adónde vamos? —le pregunté, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Maddox hizo una mueca y se rascó la barba de dos días. Tamborileó los

dedos contra el volante mientras pensaba su respuesta:

—He estado dándole vueltas a una cosa desde... desde que te vi llorar en el baño de mi casa. —Hice una mueca al recordar cómo me había echado a llorar como una niña pequeña, apoyada sobre su hombro, mientras no dejaba de hablar del gilipollas de mi padre. Me miró durante un par de segundos antes de continuar hablando—: Y me he dado cuenta de que apenas te he contado nada sobre mi vida antes de que Karen y Paul nos acogiesen. Quiero cambiar eso... así que pensé que lo mejor sería comenzar por el principio.

Tragué saliva. No sabía qué decir. Desde luego, aquello no era lo que había esperado cuando me dijo que me quería enseñar algo.

—Maddox... —comencé, pero alzó la mano con un gesto para que me callara.

—No hace falta que digas nada.

Salimos del camino de tierra y nos metimos por un sendero que se veía claramente que no formaba parte del camino de tierra que habíamos dejado atrás. Recorrimos un corto trecho antes de parar. Los árboles rodeaban el vehículo de tal manera que otras personas no podían vernos.

Apagó el motor y se quedó con la llave en la mano. No me miró, y me dio la sensación de que seguramente se estaba dando una charla motivacional a sí mismo.

Respiró hondo un par de veces y se quitó el cinturón. Me miró con una expresión en la cara que no pude descifrar.

—¿Estás lista?

—¿Y tú? —respondí. Parecía que era la pregunta más importante.

Asintió a la vez que observaba a través del parabrisas.

—Sí, lo estoy.

Bajó del coche y yo le seguí.

Se puso unas oscuras gafas de sol y me miró por encima del hombro.

—Vamos —asintió.

—¿Por aquí? —Señalé recto—. Creía que íbamos a ir por aquel camino.

Entonces señalé detrás de nosotros, donde estaba el camping de caravanas.

—Pensaba que querías esconder el coche. No soy ninguna experta, pero este coche parece demasiado bueno como para dejarlo por aquí —divagué.

Él rio y vino a mi lado.

—No, no vamos a ir allí. Cuando me fui de allí me prometí que jamás volvería.

—Pero estamos aquí, has vuelto. —Estaba muy confusa. Solo quería que fuera al meollo de la cuestión.

—Incluso cuando las cosas iban fatal tenía un lugar al que ir... un lugar que no me trae malos recuerdos, solo buenos. Es lo que te quería enseñar hoy: mi santuario. —Me cogió la mano y entrelazamos nuestros dedos—. También te voy a hablar de las partes más feas de mi vida, las partes destrozadas y en ruinas, pero primero te quiero enseñar las bonitas.

No dijo nada más y me guio a través de la descuidada maleza y las ramas retorcidas de los árboles.

—No está lejos —dijo.

Tenía razón, después de un minuto atravesamos el último arbusto y apareció un pequeño arroyo. Me detuve y cerré los ojos para así escuchar el sonido del agua fluyendo.

Abrí los ojos y le sonreí.

—Así que este es tu lugar feliz.

Se sentó en el suelo con los brazos apoyados en las rodillas.

—Sí. —Se quedó mirando al horizonte con los ojos ocultos tras las gafas de sol.

A nuestra derecha se alzaba un gran sauce. Había un columpio atado a una de las ramas.

Maddox vio que me había fijado en él.

—Ezra, Mathias y yo lo colgamos un verano. Creo que teníamos diez años —añadió con una risa—. Pensaba que trepar hasta la rama y colgarlo era de lo más temerario.

Negó con la cabeza y se frotó la cara con las manos de forma que se le torcieron las gafas.

—Éramos tan jóvenes —dijo en voz baja.

Fruncí el ceño.

—Aún eres joven.

Entrecerró los ojos mientras se recolocaba las gafas.

—A veces me siento viejísimo. —Se pasó los dedos por el cabello, despeinándose—. La vida me ha tratado mal desde pequeño y ahora que las cosas me van de maravilla me persigue mi pasado.

Me senté a su lado, envolví su fuerte bíceps con los brazos y apoyé la cabeza en su hombro. Él observaba el arroyo. Sabía que retomaría la conversación cuando se sintiera preparado.

—A veces me pregunto si siempre ha ido todo tan de puto culo —

prosiguió—, si quizá hubo un tiempo en el que todo iba bien con mis padres pero que yo era demasiado pequeño como para recordarlo, pero me parece que nunca ha sido así.

Bajó la cabeza un instante y volvió a observar el arroyo.

—Cuando éramos muy, muy pequeños nos gritaban. Luego, cuando tendríamos unos cinco años, tanto mi madre como mi padre empezaron a pegarnos.

Me estremecí. Cinco años es una edad muy corta, pero tal y como lo dijo él parecía que fuera mucho mayor.

—Mi padre era alcohólico, como el tuyo. —Dirigió su mirada hacia mí—. Era un borracho violento. Nos estampaba contra la pared y nos gritaba en la cara. Pero prefería aquella mierda antes que lo de mi madre...

Maddox calló y se perdió de nuevo en los recuerdos del pasado.

—Mi madre era... cruel —dijo con desprecio, mirando al suelo—. Nos pegaba más que mi padre. Pero... la violencia física no era su arma favorita. Le gustaba usar las palabras y... —Me miró una vez más, casi como si estuviera considerando si yo podría o no con lo que estaba a punto de revelar—. Le gustaba ahogarnos.

—¿Ahogaros? —Se me entrecortó la voz—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé... Supongo que le parecía emocionante ver cómo se apagaba la luz en nuestros ojos.

Tenía ganas de vomitar. ¿Qué clase de madre podía hacer eso a sus propios hijos?

—Mi padre murió cuando teníamos siete años. Se estrelló contra un árbol con el coche por ir borracho. Lo de mi madre fue a peor después de aquello. Muchísimo peor —añadió—. Paul y Karen vivían en la caravana que había detrás de la nuestra, fue así como conocimos a Ezra. Ellos nunca supieron nada de las cosas terribles que nos estaban pasando, si no habrían intervenido. Ojalá hubiera sido lo suficientemente fuerte para decirles lo que sucedía, pero me aterrorizaba mi madre, lo que podría hacerme.

Tragó saliva.

—A Mathias le trataba incluso peor que a mí. Iba mal en el colegio y tenía problemas para leer, lo que la ponía furiosa y, aunque se enfadaba con nosotros, jamás nos leyó nada o nos ayudó con los deberes. De todas formas —dijo, sacudiendo la cabeza—, un día, cuando estábamos en sexto curso, el profesor de Mathias mandó a casa una carta en la que decía algo como que se

le daba fatal la lectura y que veía conveniente que mi madre lo llevara a un especialista para comprobar si tenía dislexia. Ella se cabreó mucho cuando leyó la carta... —Apretó los dientes y se quitó las gafas para frotarse los ojos—. Aunque yo no era el que tenía problemas, huí de ella, tenía miedo de que también me hiciera daño a mí. Me escondí debajo de mi cama y escuché cómo Mathias forcejeaba contra ella en un intento por escapar de allí... Estábamos muy escuálidos por aquel entonces —rio, pero no sonó divertido—. Escuché cómo lo arrastraba hasta el cuarto de baño y cómo cerraba la puerta de golpe.

Cerró los ojos y su cuerpo se estremeció. Antes incluso de que continuara, yo ya sabía adónde iba a parar todo aquello.

—Intentó ahogarle en la bañera como... como si fuera un puto animal o algo así.

Creía que se iba a poner a llorar, pero no fue así, era la ira lo que le hervía bajo la piel. Apretó los puños como si fuera a golpear algo.

—Lo más gracioso de todo es que ella era el animal. Era una yonqui y una puta, por eso la arrestaron y nosotros acabamos en el programa de acogida. Intentó vender su cuerpo a cambio de drogas a un poli encubierto. Entonces teníamos trece años y, aunque nos libramos de ella —lleno de rabia, miró al horizonte—, el daño que nos había provocado era irreversible.

Arrancó el césped y se ensució las uñas con tierra.

—Quizá sea porque no lo pasé tan mal como Mathias, o que simplemente me lo tomé de otra manera, pero, por algún motivo, yo no estoy tan resentido como él. —Me miró—. Mi hermano no es un capullo porque sí, sino porque mi madre lo hizo así.

Me estremecí: se me rompía el corazón por Mathias y Maddox. Ningún niño tendría que pasar jamás por todo lo que ellos habían pasado.

—Cuando vivíamos aquí... —Hizo un movimiento con la mano—, era en este lugar donde encontrábamos consuelo. Cuando las cosas se ponían feas nos íbamos de casa y veníamos aquí corriendo. Al fin y al cabo, no podíamos quedarnos siempre en casa de los Collins y, de todas maneras, era el primer sitio donde nos buscaba nuestra madre. Ella nunca descubrió este lugar. Era todo para nosotros.

Apareció en su rostro una expresión de paz, puede que hasta de felicidad.

—Nunca ha pasado nada malo en este lugar y eso es lo que lo hace especial: los malos recuerdos no nos pueden seguir hasta aquí. Ya no

venimos mucho, al menos yo, pero siempre será especial.

Calló y su mirada se perdió en la distancia.

—¿Sabes? —continuó—, lo normal habría sido que con el programa de acogida hubiéramos acabado en un cuchitril, pero entonces los Collins se hicieron cargo de nosotros. Al fin y al cabo, prácticamente ya vivíamos con ellos: se marcharon del camping de caravanas, pero seguíamos estando tan cerca que cogíamos hasta el mismo bus, así que íbamos allí por las tardes. Nos salvaron la vida —dijo con seguridad—. Sin ellos, Mathias estaría más jodido de lo que ya lo está. ¿Y yo? Yo sé que no estaría ahora mismo aquí sentado contigo —sonrió— y que no estaría tan feliz. Les debo todo. Nos quisieron cuando nadie más lo hizo. Durante años he estado intentando devolverles el favor por su amabilidad, pero al final me di cuenta de que ya lo había hecho simplemente con devolverles todo el cariño.

Observó el arroyo, cómo el sol brillaba en la superficie.

—Ellos son la razón por la que me metí en la música. Creían que la música podía ser una buena vía de escape para nuestra rabia.

—¿Mathias también toca?

No tenía ni idea de que su hermano gemelo tuviera algún tipo de talento musical.

—Bueno —rio—, él canta. También sabe tocar el piano, y un poco la guitarra, pero prefiere cantar.

—Jamás lo habría dicho —dije con honestidad.

—Se lo guarda para sí mismo, no te lo tomes como nada personal.

—¿Tú por qué decidiste tocar la batería? —pregunté, curiosa.

—No sé. —La sonrisa desapareció de su rostro—. Simplemente me gustaba.

Nos quedamos callados. Lo único que se oía a nuestro alrededor era el arroyo, el crujido de las hojas y los graznidos de los pájaros.

Solté su brazo y él estiró las piernas, lo que me convenció de tumbarme y apoyar la cabeza sobre ellas. Me miró; su cara estaba seria de una extraña manera.

—¿Sabes una cosa? —dijo, mientras me apartaba un rizo rubio extraviado de la mejilla—. Pensaba que me iba a costar más contártelo, pero ha sido sorprendentemente sencillo.

Sus dedos fueron desde mi mejilla hasta mis labios y los contornearon.

—Gracias por confiar tanto en mí como para contármelo —susurré.

Sus ojos se posaron en mis labios, siguiendo el rastro ardiente que

dejaban sus dedos al dibujar su contorno.

—Eres demasiado buena para mí.

—Eso es mentira. —Le cogí de la mano, envolví sus dedos con los míos y puse nuestras manos unidas sobre mi pecho—. Yo no soy buena para ti. Soy normal, Maddox. No soy más que una chica y tú no eres más que un chico. —Levanté la mano que me quedaba libre y le cogí de la barbilla, de manera que se vio obligado a mirarme—. Pero juntos somos más que eso. Quizá no seamos perfectos, pero somos algo realmente extraordinario.

Maddox sonrió al oír aquello.

—Podrías ser poetisa, Emma.

Se quitó las gafas de sol y se las colgó del cuello de la camiseta, así pude ver cómo me guiñaba un ojo. Yo me reí.

—Si te portas bien conmigo igual te dejo usarlo en alguna canción.

—O tal vez podrías escribir una conmigo. —Seguía sonriendo, pero sus ojos brillaban, serios—. Habías dicho que escribías.

—¿Que escriba una canción contigo? ¿Yo? —Me reí—. Sí, claro. Si apenas soy capaz escribir una redacción para la clase de lengua.

Aunque sí que había escrito canciones, en casa, donde nadie las pudiera ver. Palidecí al recordar una conversación de hacía tiempo en la que le había dicho que escribía canciones. Dios, ¿por qué no podía mantener la boca cerrada cuando estaba con él?

Maddox se mordió el deseable labio inferior para reprimir una sonrisa.

—Escribir canciones no se parece en nada a escribir una redacción. Las redacciones salen de aquí —dio un golpecito en mi frente— y las canciones —bajó la voz hasta emitir un susurro ronco y sus ojos se oscurecieron— salen de aquí. —Posó su mano sobre mi pecho, justo en el corazón: fue tocarme y empezar a latirme desbocado y, por la manera en la que me miró, supe que se había dado cuenta.

—¿Qué estás haciendo? —Las palabras salieron con torpeza de mi boca y me recordaron a los bloquecitos del Jenga cayendo sobre una mesa.

—Enamorarme de ti —respondió con rapidez.

No sé quién hizo el primer movimiento, supongo que no importa, pero de repente estaba sentada en su regazo con las piernas envolviendo sus caderas mientras me besaba apasionadamente.

Era el tipo de beso que te quemaba el alma.

Mordió mi labio inferior y yo le rodeé el cuello con los brazos. Apreté mi pecho contra el suyo y tuve la necesidad repentina de sentir su piel

desnuda bajo las palmas de mis manos. Casi como si hubiera adivinado lo que deseaba, se desprendió de la camisa y, después, de la camiseta.

—Eres preciosa —susurró entre besos.

Su mano encontró mi nuca, me acercó a él y su lengua rozó mis labios. Yo los abrí, suplicando, deseando que me lo diese todo.

Mi corazón se aceleró, la sangre me corría por las venas a toda velocidad. Lo deseaba. Todo. Allí. En ese momento.

Mecí mis caderas contra las suyas, intentando calmar el dolor que sentía. Él me agarró los muslos.

—Eh... —murmuró—. Emma, tienes que parar.

Se giró sobre sí mismo, dejándome en el suelo con las manos por encima de mi cabeza.

—Para —jadeó. Sus ojos se habían oscurecido tanto que solo se percibía un fino anillo plateado de iris. Mis labios sufrían por perder los suyos. Él se los humedeció con la lengua.

—Te deseo, Em, te deseo mucho, muchísimo. Pero no quiero hacerlo aquí, ni de esta manera.

Cerré los ojos y fui consciente de lo que había hecho.

—Lo siento —susurré.

—No te disculpes. —Sacudió la cabeza—. No por esto, por favor.

Me tembló el labio inferior y a punto estuve de echarme a llorar: me sentía como si me hubiera lanzado sobre él y me hubieran abatido. Siendo realista, sabía que eso no es lo que había pasado, que simplemente me había pillado en caliente, pero me seguía doliendo.

—Emma, no llores. —Frunció el ceño—. Intento hacer lo más sensato, pero tu carita triste me lo está poniendo muy difícil.

Conseguí soltar una risilla. Él sonrió.

—¿De verdad querrías que tu primera vez fuera aquí? —Pasó con suavidad sus dedos por mi pómulo.

—No —respondí—. Lo siento —repetí—. No sé qué me pasa.

Maddox se rio y apoyó la cabeza en mi cuello antes de levantarse.

—No te pasa nada, Em. —Me tendió una mano para levantarme—. Se llaman hormonas.

Aún me sentía avergonzada y confundida cuando él recogió su ropa y se la volvió a poner. Luego me rodeó con los brazos, me acercó a su cuerpo y me besó en la cabeza.

—No le des más vueltas, Em.

Solté una risa tenue. Me conocía tan bien... A veces incluso demasiado bien.

—Exactamente ¿qué es este lugar? —le pregunté antes de que nos fuéramos.

Dirigió su mirada al agua, su rostro se tornó sombrío con... ¿era pena aquello?

—Estamos en Willow Creek.

18

Seguí a Maddox hasta su coche mientras hacía todo lo posible por olvidar que me había abalanzado sobre él. Mis mejillas aún se encendían con solo pensarlo y deseé que dejaran de sonrojarse. Necesitaba algo, cualquier cosa, de lo que hablar.

—¿Así que Karen y Paul también vivían aquí? —Fue lo primero que se me ocurrió.

Él asintió, abrió el coche y los dos subimos a él.

—¿Por qué se fueron? —Me estremecí al pronunciar aquellas palabras. Sonaron insensibles y violentas—. Lo siento, no quería decir eso... solo quería decir que... —empecé a divagar, incapaz de construir una oración con sentido.

Maddox estiró el brazo y me dio un apretón en la rodilla. Dejó la mano allí.

—Tranquila, sé lo que quieres decir. —Hizo una pausa para evaluar sus próximas palabras—. Paul consiguió un ascenso y tuvieron que mudarse para estar más cerca de su nuevo trabajo, pero no se mudaron a la casa en la que están ahora, si es eso lo que estás pensando —Apretó las manos contra el volante.

Se le notaba tenso y me preocupó que fuera por contarme lo de sus padres, por habérmelo contado antes de estar preparado.

Maddox interrumpió mis pensamientos diciendo:

—Tu madre ha dicho que tu cumpleaños es en unas semanas.

Me estremecí.

—¿Qué más te ha contado?

Sonrió al oír la pregunta y, aunque las oscuras gafas le ocultaban los ojos, sabía que se habían iluminado de alegría.

—Me ha dicho que te gustaba disfrazarte y cantar las cancioncillas que te inventas.

Me puse roja y respiré con dificultad. Recuerdo que, con cinco años, me vestía con mi brillante traje rojo y mis zapatos negros, me ponía el maquillaje de mi madre, que tampoco era mucho, ya que ella apenas llevaba, y cantaba sobre... queso. Sí, queso. Casi todas las canciones que inventaba hablaban de

mi amor por cosas de ese estilo, normalmente de comida. ¿Qué le voy a hacer? Siempre tenía hambre.

—Oye, no eran simples *cancioncillas* —rebatí—, eran brillantes.

Sin embargo, las canciones que escribía ahora eran solo para mí y nadie, ni siquiera Maddox, las iba a escuchar jamás.

—¿Aún las recuerdas? —preguntó él, levantando una ceja con interés.

Solté un gritito. Me sentí como un conejo acorralado, si no hubiera estado en aquel momento en un vehículo en movimiento, habría salido por patas.

—Puede.

Él se rio e intentó ocultar su sonrisa tras una mano mientras conducía.

—Qué mona.

Arrugué la nariz con aversión. No estaba segura de si me gustaba que mi novio me considerara *mona*. Parecía una palabra para chingar, como algo que le dirías a tu hermana pequeña. También es verdad que estaba demasiado a la defensiva debido a mi inexistente experiencia con los chicos: había pasado más tiempo espantándolos que intentando entenderlos.

—Mathias me ha pedido que le pillemos algo de comer, pero luego espero verte poner a prueba tus habilidades como compositora.

Me puse blanca y sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Mis habilidades como compositora son más bien escasas —me defendí—, no como las tuyas —añadí con suavidad al recordar el día que toqué al piano la canción que Maddox había escrito mientras él la cantaba.

La canción era preciosa, incluso llegué a pensar que la podría haber escrito alguien mucho mayor que Maddox. Las canciones que yo componía no eran nada en comparación con las suyas.

—¿Cómo lo sabes si no dejas que nadie las escuche? —replicó.

Cabrón. Me había pillado.

—¿Y si no lo hago bien? —pregunté con una vocecita tenue. Odiaba pensar que podía hacer mal algo que me gustaba tanto.

Se metió en el aparcamiento de un restaurante del barrio y apagó el motor. Se quitó las gafas de sol y, con un semblante de indignación, me habló con franqueza.

—¿Cómo podemos saber si somos buenos en algo si nunca lo intentamos?

Me esforcé valientemente en contener una sonrisa, pero no la pude evitar.

—Vale, Yoda.

Él rio.

—Me sorprende que sepas quién es Yoda cuando no sabías quién es el erizo Sonic.

Nunca iba a olvidar el tema del erizo. Me encogí de hombros.

—Lo vi una vez con mi padre.

No quería que Maddox pensara que iba a romper a llorar otra vez por hablar sobre mi padre, así que cambié de tema a toda prisa.

—¿Mathias te ha dicho que quiere comida de aquí? —Señalé el edificio.

Un momento, ¿la comida? ¿Pero no acabábamos de desayunar?

Abrí los ojos como platos al comprobar la hora en el móvil. Ya pasaban de las doce, de hecho, era casi la una del mediodía. ¿Tanto tiempo habíamos pasado en el arroyo? Parecía que sí.

—Sí —asintió Maddox mientras salía del coche. Metió la cabeza por la puerta abierta del vehículo—. Vamos.

—¿No la vas a recoger tú? —pregunté, pues yo estaba más que dispuesta a quedarme felizmente dentro del coche y así evitar a la gente y todas esas cosas.

Negó con la cabeza.

—*Nosotros* vamos a comer aquí. Que Mathias coma solo y sufra en su soledad autoimpuesta.

Torcí la boca, salí del coche y le seguí en dirección al edificio. Se puso un gorro antes de entrar. En serio, ¿a qué venía tanto sombrerito?

Le seguí a través del oscuro local, que estaba relativamente vacío para ser la hora de comer, aunque en la barra había algunos clientes. Maddox me llevó a una de las mesas que había al fondo y pronto apareció un camarero con las cartas.

—¿Has estado aquí alguna vez? —preguntó Maddox retorciéndose el labio inferior con los dedos mientras leía con detenimiento el menú.

—No —respondí.

Dejó la carta sobre la mesa como si se hubiera ofendido.

—Muy mal. Este sitio tiene la mejor comida que he probado nunca.

—Supongo que esta es otra de las cosas que hago por primera vez contigo —dije y, a continuación, me escondí detrás de la carta porque empecé a pensar en otro tipo de primeras veces, de esas que implican desnudez. En serio, no sé qué coño le pasaba a mi cabeza.

Maddox se rio de mí a carcajada limpia, lo que solo sirvió para que

sintiera todavía más vergüenza. Al final se serenó y cogió la carta de nuevo.

El camarero volvió y los dos pedimos un té helado. Además, yo me pedí un sándwich y Maddox la mitad de la carta. Ojalá yo hubiera estado de broma y ojalá que *parte* de su comida fuera para Mathias.

Ya que mis pensamientos se habían encaminado en esa dirección, consideré que aquel era un buen momento para preguntarle sobre la misteriosa Remy.

—Me estaba preguntando...

—¿Sí? —me animó. Sus ojos recorrían el restaurante, como si estuviera buscando a alguien o algo.

—Oye, ¿y lo de Remy? —pregunté al fin—. ¿Qué relación tiene con Mathias? Es decir, ya he dado por hecho que era su novia, o más bien su exnovia, aunque aquella noche tu padre te dijo en la cena que ibas a ser el primero en tener novia.

Era consciente de que me estaba yendo por las ramas, así que cerré el pico de inmediato. No me gustaba meterme en los asuntos de otros, pero después de que Mathias se pusiera como Godzilla y nos lanzara un vaso, pensé que merecía saber qué le pasaba, sobre todo si iba a tener que aguantar voluntariamente su odiosa presencia.

Nos sirvieron la bebida y Maddox asintió con la cabeza a modo de agradecimiento. Esperó a que el camarero se fuera antes de contestar.

—Remy y Mathias... —Hizo una mueca—. Estuvieron saliendo juntos durante una temporada cuando tenían dieciséis años.

—¿Eso es todo? —pregunté. Tenía que haber más de lo que él me acababa de contar.

—Mathias se guarda las cosas para él mismo, muchas ni me las cuenta a mí, así que la verdad es que no sé mucho más. Ella nunca ha venido a casa, pero sí que salíamos todos juntos. Siempre estaban juntos, pero discutían mucho. Los dos tenían mucho carácter y a Remy parecía no afectarle las mierdas de mi hermano. Ella se mudó antes de pasar al último curso en el instituto, entonces rompieron. A partir de entonces Mathias se volvió incluso más cabrón, pero lo cierto es que no sé qué es lo que sucedió y me parece que no lo sabremos nunca.

Se recostó en el asiento y apoyó un brazo en la mesa.

Yo fruncí el ceño, sintiendo aún más compasión por su malhumorado y arrogante hermano gemelo.

—¿Él la quería? —No sé por qué, pero me pareció una pregunta

importante.

Maddox se encogió de hombros y tomó un sorbo de té helado.

—Supongo que lo haría de la única manera en la que Mathias Wade sabe hacerlo: destruyendo.

No pareció importarle hablar así de su hermano. Creo que lo que más le molestaba era que Mathias estuviera así de... destrozado... pero había aprendido a aceptarle tal y como era. Maddox se estiró y le escuché pisotear con fuerza el suelo de cemento con sus botas.

—Pero pasa de lo de mi hermano, hablemos de lo que vamos a hacer para tu decimoctavo cumpleaños.

Cerré los ojos y los apreté.

—No.

—¿No? —se rio—. Creía que a la mayoría de las tías os gustaba hablar sobre vuestros cumpleaños y todas las mierdas caras que queréis.

—A mí no.

Antes me gustaba celebrar mi cumpleaños, hasta que un año mi padre se lo cargó emborrachándose y poniéndose violento. Después de aquello las celebraciones no volvieron a ser lo mismo, era como si, de alguna manera, lo hubiera mancillado.

Maddox pareció entender mis sentimientos. Se inclinó hacia mí entrelazando las manos con interés.

—¿Por qué?

Solo fueron dos palabras, pero me pusieron los pelos de punta.

—¿Tú qué crees? —respondí con otra pregunta para ganar algo más de tiempo.

Arqueo una oscura ceja.

—Voy a poner la mano en el fuego y a decir que creo que es por tu padre.

—¡Ding, ding, ding! Tenemos un ganador.

Puso cara de indignación.

—¿Qué hizo para arruinarte el cumpleaños?

No me podía creer que fuera a contar aquella historia otra vez. Tenía ocho años y mi madre me hizo invitar a toda mi clase de tercer curso, no solo a Sadie. Pasé mucha vergüenza cuando mi padre apareció borracho en el jardín trasero, farfullando cosas que no tenían sentido. Yo ya estaba acostumbrada a verle así, pero los otros niños no tenían ni idea de lo que estaba pasando y empezaron a cuchichear entre ellos.

—Apareció en mi fiesta de cumpleaños totalmente borracho — mascullé. Cerré los ojos y recordé cómo soplaba la brisa en mi cara y los globos naranjas balanceándose al viento—. Luego aplastó la tarta y me vomitó encima.

Maddox rio soltando el aire por la nariz.

—¡No es gracioso! —grité.

—Lo siento. —Se tapó la boca con la mano y se puso serio.

—Fue traumático para mí —me defendí—. Ahora, cada vez que se acerca mi cumpleaños, no puedo pensar en otra cosa.

Sus ojos se iluminaron con un fuego plateado.

—Este año vamos a cambiar eso.

Me estremecí al oír el alentador tono de su voz.

—¿Qué tienes pensado hacer? —pregunté, fingiendo que el tema no me interesaba en absoluto.

—Todavía no lo sé. —Se frotó su barba incipiente—. Pero ya se me ocurrirá algo.

No lo dudaba.

—Aquí tienes tu comida, capullo. —Maddox le tiró a Mathias la bolsa de comida contra el pecho.

Su hermano la cogió con torpeza. Estaba sentado en uno de los taburetes de la cocina de la casa de invitados y no esperaba nuestra llegada.

—Joder, Maddox. —Mathias se las apañó para que no se le cayera la bolsa al suelo—. Te voy a clavar mis cigarrillos en ese estúpido pelo de erizo de mierda que llevas.

Maddox se rio, las palabras de su hermano no le afectaban lo más mínimo.

—Los dos sabemos que jamás malgastarías tus cigarrillos de esa manera.

A continuación, se dirigió a la nevera y cogió una botella de Gatorade azul. Mientras él hablaba con su hermano, yo me fui al rincón en el que se encontraban los instrumentos y un sofá sencillo.

Aún había papeles esparcidos por todo el escritorio, lo que me llevó a preguntarme cuántas canciones habría compuesto ya; después de ver todos aquellos papeles, supuse que un montón. Yo tenía un cuaderno lleno de

canciones escritas de manera limpia y con cierto orden. Los papeles de Maddox eran un desastre. Eso sí, cuando me acerqué más, tuve que admitir que tenía una letra muy bonita. ¿Habría algo que hiciera mal?

Sobre la mesa había otro par de baquetas. No pude evitar cogerlas y aporrear con ellas la superficie del mueble.

—Para. —Una mano apareció y me quitó las baquetas de las manos.

—Qué mal me ha parecido eso—dije con un gesto mohíno.

Le quité las baquetas a la fuerza y las levanté en el aire con aire triunfal.

—Ahora. Son. Mías —recalqué dándole un golpecito en el pecho con ellas por cada palabra que decía.

Me fulminó con la mirada.

—No hagas eso.

—¿Hacer el qué? ¿Toquetear tus cosas? —sonreí con malicia.

—Qué mal ha sonado eso. —Intentó reprimir una sonrisa.

—Porque tienes una mente muy sucia —dije, y dejé las baquetas sobre la mesa.

Miré alrededor porque me sorprendía que Mathias no nos hubiera interrumpido con alguno de sus comentarios pedantes, pero al parecer se había ido.

Maddox se fijó en mi expresión de desconcierto y dijo:

—Mathias se ha ido a la casa principal a comer.

—Ah.

—¿Qué? ¿Ahora tienes miedo de quedarte a solas conmigo? —sonrió.

—No —me reí.

—Pues deberías.

Sus labios se acercaron a los míos y puso sus manos en mis caderas. Me sentó encima de la mesa y se colocó entre mis piernas. A continuación, mordió suavemente mi labio inferior: estoy segura de que se me escapó un gemido que esperé no hubiera oído. Sus manos se enredaron en mi cabello y me despeinó aún más.

Cuando perdí toda la capacidad para respirar, él dio un paso atrás. Maddox respiraba profundamente, pero me miró con picardía.

—¿Y ahora? ¿Tienes miedo?

—Ni un poquito —jadeé.

Maddox sonrió ante mi respuesta.

—Entonces tendré que esforzarme más.

Sus ojos se posaron en mis turgentes pechos. Lo normal habría sido que

me hubiera tapado, horrorizada, pero sus besos me habían matado algunas neuronas y era incapaz de moverme.

Acercó su cara a la mía y cerré los ojos con anticipación, pero sus labios no llegaron a rozar los míos. En cambio, me besó en la mejilla: estaba desesperada por probar más. Idiota.

—¿Te parece si bajas de la mesa y componemos una canción? —Puso las manos sobre la madera, al lado de mis muslos, y sus ojos quedaron a la altura de los míos.

Él sabía perfectamente que no me bajaría de aquella mesa así como así.

—Has sido tú el que me ha subido aquí.

Él se rio.

—Vamos, Emma. —Me ayudó a bajar de manera que caí a su lado—. Siéntate ahí. —Señaló unos cojines, mantas y pufs que había en el suelo. Normalmente no estaban allí, lo que me llevó a preguntarme si lo habría planeado todo de antemano.

Cogió los papeles en los que tenía varias canciones a medias, algunos folios en blanco y lápices. Los puso en el suelo delante de mí y se fue a abrir la jaula de *Sonic*.

En un abrir y cerrar de ojos estaba sentado con su erizo al hombro. A aquellas alturas ya era algo de lo más normal. Aunque aquel no fuera el caso, tampoco me habría sorprendido si *Sonic* hubiera llevado su capita.

Observé los papeles esparcidos, cogí uno al azar y empecé a leer. En cuanto terminé con aquel, cogí otro.

Eché una miradita a Maddox e intenté no reírme de lo adorable que estaba con el cabello despeinado y *Sonic* al hombro.

—Son muy buenas... Mejor incluso, son increíbles. —Agité los papeles en mis manos—. ¿Me recuerdas por qué necesitas que te ayude?

—Porque quiero —susurró.

Tragué saliva. La mirada en sus ojos era indescriptible.

—Entonces será mejor que nos pongamos manos a la obra —sonreí. Cogí un folio y uno de los lápices—. ¿Tienes en mente algo en concreto para esta canción?

Sus ojos adquirieron una tonalidad gris, como los nubarrones de una tormenta.

—Sí, me gustaría que empezara con un piano y que, poco a poco, fuera *in crescendo*. En cuanto a la letra... pues no he llegado ahí.

—Parece un trabajo hecho a medida para nosotros —reí. Fruncí el ceño

—. ¿Te importa que te pregunte qué haces con estas canciones?

—Las grabo —respondió.

—¿Quieres conseguir un contrato discográfico?

Era una pregunta sincera; Maddox nunca hablaba de su estado de desempleo o de lo que quería hacer en un futuro.

Apartó la vista y murmuró:

—Algo así.

Pasé de él y di golpecitos en el papel con el lápiz mientras pensaba. Las palabras me vinieron muy fácilmente y las escribí sobre la hoja. Embelesado, Maddox me observaba trabajar. Me senté a posta con los hombros colocados de tal manera que no pudiera ver lo que escribía. Pasaron minutos antes de que él rompiera el silencio:

—¿Puedo verlo?

—No —le reñí—, aún no.

Sí, había sido él quien me había pedido ayuda, por lo que deberíamos estar componiendo juntos, pero quería plasmar todos mis pensamientos sobre el papel antes de que él lo viera.

Cuando terminé, había pasado una hora. Alcé la vista y me reí cuando vi que Maddox se había quedado dormido. Estaba tumbado en uno de los pufs con *Sonic* en el pecho. Menudo par. Casi me daba pena tener que despertarle. Casi.

Me encontré una baqueta tirada en el suelo (en serio, estaban por todas partes) y le di un golpecito en la rodilla. De acuerdo, básicamente le pegué con ella, pero da igual.

Se despertó con un grito y se cogió la rodilla. Del movimiento, Sonic rodó por su pecho y hasta su regazo.

—¿Por qué has hecho eso? —se quejó frotándose la rodilla—. Seguro que me has dejado un moratón.

—Oh, pobrecito —le puse morritos—. Toma.

Le tendía las hojas y corrió a cogerlas. Nadie, repito, nadie había leído jamás ninguna de mis canciones. Dejé de cantarlas por casa más o menos cuando dejé de componer canciones sobre queso. No podía creer que hubiese conseguido convencerme. Me tenía completamente bajo su hechizo.

Mantuvo la boca abierta mientras leía y yo resistí el impulso de encogerme. Mis canciones siempre habían sido muy personales, como la entrada de un diario, y me sentía como si estuviera enseñándole mi alma al dejarle leer una.

Cogió el lápiz, tachó unas cuantas cosas y añadió algo de su propia cosecha. ¡Dios mío! ¡No le gustaba! La odiaba y estaba tratando de arreglarla. Escondí la cara tras mis dedos. No podía soportar aquel silencio.

—No pasa nada si no te gusta —espeté.

Él seguía en silencio. Entonces posó las manos sobre las mías, apartándolas de mi cara. Sus dulces ojos grises se encontraron con los míos azules.

—Emma —pronunció mi nombre lentamente—, la canción es alucinante, de verdad. ¡Me... me fascina!

—Pero... pero estabas anotando cosas —tartamudeé.

—Admito que la he modificado un poco, pero no mucho. ¿Quieres ver lo que he cambiado? —dijo sonriendo.

Asentí y me pasó las hojas. Era verdad, no había cambiado muchas cosas, y lo que había cambiado era para mejorarla. La había convertido en una canción con más fuerza.

—Normalmente hago unos diez borradores antes de tener lista una letra y tú... has hecho esto en un abrir y cerrar de ojos. —Sacudió la cabeza y se pasó los dedos por su oscuro cabello—. Eres increíble, de verdad.

—¿Y te das cuenta ahora? —dije sonriendo.

—No —rio—, lo supe desde el primer momento en que te vi. Por eso te entré.

Sus palabras encendieron mi cuerpo y me ruboricé complacida.

—Ahora, la parte más difícil. —Me tendió una mano para ayudarme a levantarme—. La hora del piano.

Una vez más me encontré sentada en la banqueta con él. El banco era muy pequeño así que no había espacio entre nosotros.

—Estaba pensando en algo así...

Empezó a tocar y cerré los ojos. Las notas fueron apagándose y abrí los ojos a tiempo de verle encogerse de hombros.

—Algo así. Tú eres mejor que yo en esto.

—Apenas —resoplé.

Había escuchado lo suficiente para saber cómo quería que sonara, así que toqué mientras él lo anotaba todo. La música era mi segunda naturaleza, tan sencillo como respirar. Me encantaba que también fuera así para Maddox. Nos permitía conectar de una forma que mucha otra gente no conseguía. Era un vínculo especial que podíamos compartir.

—Quiero que empieces desde el principio —dijo mientras se

levantaba—. Dame solo un minuto.

Se fue a su batería y sacó las baquetas de su bolsillo trasero.

—Puedes empezar.

Me reí, sacudí la cabeza ante su actitud autoritaria pero hice lo que me pedía. Ya había interpretado un cuarto de la canción cuando empezó a tocar la batería. Al principio era un murmullo y fue creciendo poco a poco, justo como él quería que fuera. Acabamos el tema, saltó con las baquetas en las manos y me señaló con ellas, mordiéndose el labio, excitado.

—Eso, Em, es lo que se llama un *hit* —dijo.

—¿Tú crees? —pregunté, todavía insegura de mi letra.

—No lo creo, lo sé —contestó.

Se acercó, se inclinó hacia mí y apoyó su frente contra la mía.

—¿Recuerdas que me dijiste que no sabías qué querías hacer cuando acabaras el instituto? —Yo asentí—. Creo que lo acabas de descubrir.

—¿Qué? —pregunté confusa.

—Eres compositora, Em. Así de simple.

Lo miré boquiabierta y me eché a reír.

—No, no lo soy, para nada.

—Lo eres y me creerás cuando esta canción se convierta en un *hit*.

—No sé si te acuerdas de que somos dos adolescentes escribiendo canciones en una casa de invitados. No se va a convertir en un *hit* —resoplé.

—Ya lo verás —sonrió.

Y algo me dijo que lo haría.

19

Unos días después me encontré a mí misma apresurándome para poder seguir los largos pasos de Maddox hacia el centro de Winchester. El sol empezaba a ponerse y nos bañaba con su luz rojiza.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Maddox me cogió de la mano y me guio por la calle. Al parecer no estaba caminando lo suficiente rápido para él. Como de costumbre, llevaba unos tejanos, con sus baquetas en el bolsillo trasero, una camiseta negra y una gorra.

—Si te lo digo te fastidiaré la sorpresa. —Me miró por encima del hombro mientras curvaba los labios en una sonrisa.

Putas sorpresas. Puse los ojos en blanco antes de que volviera a girarse.

—¿Esa sorpresa también me hará correr y gritar por la calle?

—No lo sé... depende de lo que te asuste. Me has dicho que saltarías de un avión conmigo y no me imagino nada que asuste más que eso —se rio.

—No me gusta nada no saber qué es —refunfuñe. Algo me decía que no me iba a gustar lo que había planeado.

—Mis labios están sellados.

—Yo los abriré —repliqué.

Se rio de mí. Al final se detuvo y abrió la puerta de una cafetería. Conocía aquel lugar.

—Ah, no, ni de coña. —Me solté de su mano—. Sé lo que tramas y no va a pasar. —Sacudí la cabeza.

—Emma —gimió. Pocas veces me llamaba por mi nombre completo así que supe que iba en serio—, la gente merece escuchar nuestra canción. Quiero ver cómo reaccionan.

—Definitivamente, no —balbuceé.

No me consideraba una persona tímida, pero no era sociable. Subirme a un escenario a cantar delante de la gente era demasiado para mí.

—Em. —Alzó una mano para acariciarme la mejilla con ternura. Casi me derrito bajo su dulce mirada—. Por favor, hazlo por mí.

Dios, me estaba mirando como un cachorrito, casi esperaba que hiciera pucheros. Se acercó más a mí y deslizó la nariz por mi mandíbula.

—Por favor —suplicó de nuevo.

Parpadeé y dejé escapar un suave gemido.

—No estás jugando limpio.

—Nunca dije que lo haría.

—Vale, está bien —me rendí enseguida.

Debí creer a Maddox cuando dijo que la canción era buena y, en realidad, el hecho de que esa canción me hubiese salido del corazón me asustaba más que cantar.

—¡Gracias! —dijo Maddox con una sonrisa de triunfo.

Me dio un beso rápido, alejándose antes de que la cosa se calentase, y corrió a abrir la puerta del Griffin's. Al instante añoré el calor de su cuerpo. La cafetería era una especie de extraño lugar donde los adolescentes y los universitarios pasaban el rato. Una vez dentro me invadió el divino aroma de café y tarta.

—Ey, Griffin —Maddox llamó al fornido propietario, que estaba en la caja.

El hombre lo saludó con un gesto de la mano.

—¿Tu grupo toca hoy? —le preguntó.

—No, solo nosotros —contestó Maddox mientras me pasaba un brazo por los hombros.

Griffin se rio.

—Me tranquiliza un poco que tu hermano no esté. Tuve que parar una pelea la última vez que vino.

—Lo siento —suspiro Maddox junto a mí.

—El pasado, pasado es. —Griffin se encogió de hombros—. ¿Queréis tomar algo, chicos?

Maddox me miró.

—Yo un café helado. —Busqué mi cartera en el bolso.

—Yo lo mismo —dijo Maddox, que también comenzó a buscar su cartera en su bolsillo trasero.

Estaba decidida a ganarle. Siempre estaba invitándome y ahora me tocaba a mí. Le di un culetazo tan fuerte que tropezó y se le cayó la cartera.

—Toma. —Le tendí un billete de diez dólares a Griffin.

—Me gustas —se rio Griffin.

—Joder, Em —protestó Maddox mientras le quitaba el polvo a su cartera—. Creo que me has hecho otro moretón.

—Perdón, tenía que hacerlo —reí.

Griffin me dio el cambio y fue a prepararnos las bebidas.

—Lo habría pagado yo —refunfuñó, y volvió a guardar la cartera en el bolsillo trasero del tejano.

—Ya lo sé —le aseguré—. Pero esta quería pagarla yo.

Murmuró algo así como que a veces era una mandona de primera. Mis labios dibujaron una sonrisa. Griffin nos trajo nuestras bebidas y seguí a Maddox hasta una mesa en un rincón del fondo que estaba parcialmente oculto por una pared. La cafetería estaba bastante llena, pero no tan atestada como si fuera una noche de micrófono abierto. Había ido una vez con Sadie y el local estaba a rebosar, apenas había espacio para pasar.

Empecé a moverme, nerviosa, tironeé de las puntas de mi cabello y acabé jugueteando con el envoltorio de la pajita. Sabía que solo era cuestión de tiempo que Maddox me arrastrara hasta el pequeño escenario y que todo el mundo escuchara nuestra canción.

Maddox también parecía inquieto. Se había sentado y había comenzado a tamborilear con los dedos en la mesa. Aunque, por otro lado, Maddox siempre estaba tamborileando o golpeteando algo.

—¿Podemos quitarnos ya esto de encima? —siseé finalmente.

Se rio entre dientes y se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—Vamos a cantar una canción, no vamos al dentista. No es algo que tengas que quitarte de encima. Tienes que esperar hasta que sientas que es el momento.

—En ese caso no siento que vaya a llegar el momento. Creo que deberíamos irnos.

Empecé a levantarme pero me cogió del brazo y no me dejó marchar.

—No tan rápido.

Volví a sentarme.

—¿Qué pasa si a la gente no le gusta? —le pregunté, dejándole ver cuánto me preocupaba aquello.

Se inclinó hacia delante con una mirada pensativa.

—Yo lo veo así: siempre habrá quienes te adorarán y quienes te detestarán. Seamos sinceros, a la gente le encanta criticar a los demás, pero cuanto más confías en ti misma, más deja de importar el resto.

—Estaba hablando de la canción, no de mí —argumenté.

Sonrió ahogando una risa.

—Se pueden aplicar los mismos principios. Si confías en tu canción, lo que piensen los demás no debe importarte.

¿Por qué siempre tenía razón? Era irritante e injusto. Cuadré los hombros y alcé la barbilla.

—Creo en nuestra canción —dije.

—Yo creo en ti.

Se levantó y me dio un beso en la mejilla antes de señalarme con la cabeza el escenario. No necesitaba decir nada más. Sabía que era el momento. Le seguí hasta la tarima. No había batería, pero sí una guitarra y un teclado. Maddox cogió la guitarra y se sentó en un taburete mirando hacia el teclado, que era para mí.

Una vez en el escenario, sentada tras el teclado, todos mis nervios se esfumaron. Me encantaba aquella canción y estaba orgullosa de ella. No solo nosotros dos merecíamos escucharla.

—Esto es algo que hemos escrito juntos y que esperamos que os guste tanto como a nosotros —nos presentó Maddox a toda la gente que estaba en la cafetería.

Me hizo un gesto con la cabeza y supe que era la señal para comenzar a tocar. Respiré profundamente y coloqué los dedos sobre las teclas. Entonces comencé a tocar. Resultaba evidente que al principio la gente no parecía muy impresionada, dado que empezaba muy despacio, pero entonces empezamos a cantar y hacia la mitad del tema empezaron a engancharse.

Era una sensación indescriptible ver cómo la gente se enamoraba de nuestra canción. Cuando acabamos, una sonrisa boba me iluminaba la cara y era incapaz de borrarla. Creo que nunca, en toda mi vida, me había sentido tan feliz como en aquel momento.

Me levanté detrás del teclado, pero antes de poder bajar del escenario, Maddox me cogió entre sus brazos y selló mis labios con un beso que me dejó sin respiración. Me agarré a sus hombros. Me ardían las mejillas de la vergüenza y la gente se acercó al escenario y empezó a silbar y a aplaudirnos.

Cuando Maddox sintió que ya me había besado a base de bien, se separó lo justo para apoyar su frente en la mía. Vi que quería decirme algo, lo tenía ahí, en la punta de la lengua, pero se contuvo. Me cogió de la mano y volvimos a la mesa para recoger nuestras bebidas antes de marcharnos. Escuché a alguien llamándonos mientras la puerta se cerraba a nuestra espalda, pero Maddox no aminoró el paso, más bien aceleró. Básicamente me tocó correr para seguirle el ritmo hasta que llegamos a su coche. Una vez a salvo en el interior, me miró.

—Después de este subidón de adrenalina, estoy pensando que

deberíamos hacer algo más loco. Estamos en racha.

—¿Como qué? —dije arqueando una ceja.

Tenía el presentimiento de que ya sabía lo que iba a decirme y, de todas formas acabaría sucediendo.

—Creo que es el momento de ir a hacer paracaidismo.

—Sabes que estoy dispuesta —repliqué mientras me abrochaba el cinturón y le sonreía.

Se rio y su carcajada llenó todo el coche.

—Debes de ser la única chica del planeta que le tiene más miedo a cantar un tema que ella ha escrito que a saltar desde un avión.

—No hay ningún tipo de juicio respecto a saltar desde un avión. Lo haces y ya está. Cantar una canción que has escrito... eso es personal. Como si alguien leyera tu diario —dije encogiéndome de hombros.

Le brillaron los ojos ante esa información.

—Tienes un diario.

—No —dije recalcando la palabra.

Antes de quitar el freno cogió su móvil.

—¿Te importa que se acoplen los demás? Se lo dije hace tiempo y se cabrearán si voy sin ellos.

—No, no me importa —aseguré.

A veces pasaba tanto tiempo sola que se me olvidaba que él tenía amigos y que yo tenía a Sadie. La había dejado de lado por completo aquel verano. Si la situación hubiera sido al revés y hubiera sido ella la que me hubiera abandonado durante todo el verano por un tío, me habría enfadado mucho. Habíamos salido juntas unas cuantas veces, pero no tanto como solíamos hacer. Iba a tener que aprender a priorizar. No necesitaba pasar todo mi tiempo con Maddox.

—Genial —dijo Maddox sonriendo, sin darse cuenta de que, o bien estaba perdida en mis pensamientos, o bien había decidido no hacer ningún comentario.

Me quedé allí sentada, en silencio, mientras Maddox llamaba a Ezra y le pedía que avisara a los demás. Le escuché darles las indicaciones para llegar a la pista de paracaidismo. No estaba nerviosa. Quizá hubiese algo en mí que no estaba bien, pero en realidad me entusiasmaba pensar en saltar de un avión. Me sentía como si literalmente fuera a desplegar mis alas y a volar. Solo esperaba no acabar espachurrada.

A Maddox, Mathias, Ezra, Hayes y a mí nos instruyeron sobre qué era lo que podíamos y no podíamos hacer. Nos dieron una larga explicación. Lo más importante era que no debíamos hacer el gilipollas.

Demasiado sencillo.

Nos pusieron los arneses y me empezó a temblar el cuerpo de la emoción. Sin lugar a dudas eso era lo más insensato que había hecho en mi vida. Sabía que una persona sensata habría tenido miedo, pero el sentido común me había abandonado al conocer a Maddox. Él había lanzado mi reglamento por la ventana y me había empujado a vivir la vida al máximo.

Cuando estuvimos listos nos metieron en manada en el avión y nos dieron unas cuantas instrucciones más. Como éramos unos novatos, todos acabamos atados a un instructor. Yo acabé emparejada con Tyler, un instructor solo unos años mayor que nosotros, rematadamente guapo, con un *look surfer*.

—Hola —sonrió. Los ojos azules le brillaban.

—Hola —contesté, mirando de reojo a Maddox. Tenía los dientes apretados y juraría que estaba gruñendo.

—Cálmate, chico —le dijo Ezra, como si fuera un perro.

No pude contener la risa y Maddox pareció relajarse un poco cuando vio que tenía mi atención.

—¿Por qué queréis hacer paracaidismo, chicos? —preguntó Tyler.

Parecía que la pregunta iba dirigida a todos, pero solo me miró a mí. Me revolví, incómoda. Quiero decir, su pregunta era inocente, pero la forma en la que me miraba no lo era. Sus ojos recorrieron lentamente y al detalle todo mi cuerpo con una sonrisa altanera en sus labios carnosos. Supuse que no habría muchas chicas que quisieran lanzarse de un avión y que eso le había intrigado.

—Porque nos da la puta gana —intervino Mathias antes de que Maddox pudiera decir nada—. Y mientras estés aquí, deberías dejar de mirar a la novia de mi hermano como si quisieras darle un puto lametazo, ¿me entiendes?

Los labios de Maddox se curvaron en una sonrisa cuando su hermano le defendió. Ezra se rio, mientras que Hayes sacudió la cabeza. Yo me quedé muerta. Nunca pensé que escucharía a Mathias soltar tantas palabras de una sola vez.

Tyler dejó caer la cabeza y se alejó de mí con dificultad. El hombre que se suponía que debía saltar con Mathias cambió el sitio con Tyler. Supuse que trataban de evitar un drama innecesario, y puede que tuvieran miedo de Mathias. Su mirada era fría como el hielo y probablemente habría hecho llorar a cualquier niño pequeño.

Una vez hicieron el cambio, mi nuevo compañero se ocupó de atarnos. Maddox buscó mi mano para darme un apretón tranquilizador. Le sonreí tratando de demostrarle que no estaba asustada y que no tenía de qué preocuparse.

En unos minutos alcanzamos la altitud necesaria para saltar. Era el momento. No había vuelta atrás.

—¿Quién quiere ir primero? —preguntó Tyler.

Yo alcé la mano. De ninguna manera iba a dejar que los chicos fueran delante. Maddox se rio de mi entusiasmo y bajó la cabeza para ocultar su sonrisa.

—Perfecto —dijo el tipo que estaba atado a mí. No sabía su nombre.

La puerta se deslizó, se abrió y yo di un paso atrás asustada por la corriente de aire que entró en el avión. Los chicos se rieron de mí, pero los ignoré.

—Cuando tú digas —me dijo el hombre.

Cerré los ojos. Uno, dos y tres.

Y salté.

20

—¡Ha sido impresionante! ¡Fantástico! ¡Absolutamente mágico! —exclamé rodando por la hierba.

—Alguien debería hacerla callar —gruñó Mathias mientras vomitaba.

—Estás celoso porque ella no se ha mareado y tú sí —le contestó Maddox.

Se puso a mi lado y paseó los dedos por mi cadera. Me puse de puntillas y le di un casto beso en la mejilla. Mathias se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Putra mierda, no puedo creer que la gente haga esto por diversión.

Maddox puso los ojos en blanco.

—¿Crees que eres capaz de hablar sin utilizar la palabra puta y sus derivados?

—Ni de puta coña —se rio Mathias.

Maddox refunfuñó y se volvió hacia mí.

—Es ridículo.

—Es tu hermano —respondí.

—Y si no fuéramos idénticos nunca habría dicho que éramos familia —replicó.

Mathias le escuchó y le enseñó el dedo corazón.

—Yo también te quiero, puta princesa —se burló Mathias.

Maddox entrecerró los ojos.

—Solo lo dices para fastidiarme.

—Sí —aceptó mientras caminaba tambaleándose hacia el edificio.

Maddox se volvió hacia mí con una expresión indescifrable.

—Da gracias por ser hija única —gruñó—. Es una mierda tener hermanos.

—Me encanta —dije mientras le cogía de la mano.

—Sí, lo sé. Y eso es todavía peor —suspiró y se tocó el puente de la nariz con la mano que le quedaba libre.

—¿Venís o qué? —nos llamó Mathias por encima del hombro. Hayes y Ezra eran unas motas en la distancia.

—Sí, sí —dijo Maddox mientras le hacía un ademán.

—¿Sabes? —comenté bajando la voz lo suficiente para que Mathias no me escuchara—. Me ha sorprendido mucho lo que ha hecho en el avión.

—A mí también —coincidió Maddox—, pero Mathias es muy protector con su familia —dijo mientras me miraba de reojo—, y él te considera parte de nuestra familia.

—¿Q...qué? —me atraganté.

Sonrió y me acercó hasta que pudo presionar sus labios contra mi frente en un tierno beso.

—No te vas a ir ninguna parte, Emma.

Cerré los ojos y disfruté de sus palabras. Era bonito escucharlo. Me estaba pillando mucho de Maddox y ahora estaba empezando a pensar que podía no ser la única que se sentía así.

Una vez en el aparcamiento nos despedimos de los demás. Los otros tres se dirigieron al gigantesco Yukon de Ezra mientras Maddox y yo íbamos hacia su deportivo. Casi no había conducido mi pobrecito Volkswagen en todo el verano. Tendría suerte si arrancaba cuando empezaran las clases.

—¿Sabes qué? —comenzó Maddox mientras se ponía el cinturón—. Me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—No necesitamos estas aventuras... Sí, son divertidas, pero no las necesitamos para pasarlo bien. Estar contigo es suficiente.

Se me aceleró el corazón y me dio un brinco en mi pecho. Y como era la persona menos romántica del planeta, dije:

—¿Eso quiere decir que no tenemos que hacer senderismo?

Si no recordaba mal el senderismo era la única cosa que aún no habíamos hecho.

—No tenemos que hacer senderismo —rio sonoramente.

—Gracias a Dios —suspiré aliviada —, ya me estaba asustando de las ampollas que me iban a salir.

Me sonrió y esa simple sonrisa hizo que todo mi cuerpo se llenara de felicidad. Nunca pensé que mis sentimientos podrían estar tan en armonía con los de otra persona, pero con Maddox estaba completamente sincronizada.

Entonces supe que estaba enamorada de verdad. No era ese tipo de amor fugaz. Era real y verdadero. Era un amor para siempre. Eso no me asustaba, no de la forma en que puede que lo habría hecho unos meses atrás. En cambio, me hizo sonreír. Había logrado encontrar a la única persona en el mundo que era completamente perfecta para mí.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras apoyaba la cabeza en su hombro y miraba el mundo que pasaba ante nosotros a través del parabrisas.

—¿Acaso importa? —me preguntó.

—No —contesté.

Mientras estuviera con él, sabía que solo me podían pasar cosas buenas.

—Siempre había querido venir aquí —dijo Maddox al aparcar el coche a un lado de la carretera.

Estábamos muy arriba, en el borde de la montaña y yo sabía que, en línea recta, bajo nosotros, estaba el río. Maddox bajó del coche y caminó hacia el acantilado. Yo hice lo mismo y me senté con las piernas colgando. A nuestros pies podíamos ver a la gente en la orilla del río. Fluía demasiado rápido para nadar o hacer kayak. Era precioso ver cómo el agua lamía las rocas y el verdor de los árboles lo cubría todo. Maddox se sentó a mi lado y miró al cielo antes de decir:

—A veces se me olvida cuánta belleza hay aquí. —Cerró los ojos y respiró profundamente—. Durante mucho tiempo todo lo que quería era largarme de aquí y ahora no puedo imaginarme viviendo en ningún otro sitio.

Envolví su brazo con las manos y apoyé la cabeza en su hombro.

—Sé lo que quieres decir.

—¿Alguna vez has pensado en volver a verle? —me preguntó de repente.

—¿A quién? —pregunté confusa.

—A tu padre —susurró.

—Lo dudo. Sí, es una putada que se fuera, pero estoy mejor sin él. Si apareciera mañana y pidiera perdón por todo lo que ha hecho, entonces quizá podría perdonarle y seguir adelante... pero sin unas disculpas, no vale la pena. La gente debe admitir sus errores en lugar de esconderlos debajo de la alfombra. No puedo olvidar lo que hizo, pero puedo perdonarle si me lo pide, si me demuestra que se lo merece. Pero no creo que vuelva a saber nada de él nunca. Antes me entristecía... —dije apagándome poco a poco—. Pero ahora estoy bien —añadí volviendo a centrarme—. ¿Por qué lo preguntas? —Levanté la cabeza para mirarle.

Se encogió de hombros.

—Maddox —insistí.

Miró hacia el agua y se le tensó un músculo en la mandíbula.

—He estado pensando en mi madre... y planteándome si tendría valor para volver a verla otra vez... y no creo que pueda. Sé que el pasado, pasado es, pero no puedo olvidar todo lo que nos ha hecho. Sobre todo a Mathias. ¿Eso me convierte en una mierda de persona? —Cuando me miró pude ver la preocupación en su mirada plateada—. ¿Eso me hace igual que ella?

—No, para nada —respondí enseguida—. Habéis pasado por mucho y alguien como tu madre, lo siento, pero no creo que cambie. Hay gente que simplemente es mala.

—Tienes razón.

Me puso la mano en la mejilla y me besó en la cabeza. Tragó saliva, miró hacia el agua y golpeteó sus pies contra el borde del acantilado.

—No quiero acabar como ella —dijo.

—No lo harás.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó; tenía los ojos anegados de dolor. No me gustaba verle así.

—Porque no tienes nada que ver con ella. Tú eres una buena persona.

—Soy un mentiroso —dijo retorciéndose, como si mis palabras fueran cuchillas que se le clavaban.

—No, no lo eres —dije sacudiendo la cabeza.

—Lo soy.

Su mandíbula se tensó y cuando me miró me pareció ver lágrimas en sus ojos, pero la humedad desapareció enseguida.

—Pero no puedo arrepentirme de mis decisiones. No puedo —dijo.

—Maddox, ¿de qué estás hablando? —pregunté, completamente perdida. ¿A qué venía aquello?

Sacudió la cabeza hacia adelante y hacia atrás rápidamente, se puso de pie y me tendió la mano.

—Ahora no es el momento.

—¿Y cuándo será el momento? —pregunté molesta. Algo le agobiaba y yo quería llegar al fondo del asunto.

Apartó la mirada de mis ojos y una vez más miró fijamente el sobrecogedor paisaje.

—Nunca.

21

—Cumpleaños feeeeliiz —cantó mi madre entrando en mi habitación antes de que el sol saliera—. ¡Cumpleaños feeeeliiz, te deseo, querida Emmaaaa! ¡Cumpleaaañoos feeeeliiz!

El 12 de agosto. Mi cumpleaños. ¿Estaba emocionada? No.

Me estampé un cojín en la cara y gruñí:

—Gracias, mamá.

Mi colchón se hundió cuando mi madre se sentó en la cama y me apartó el cojín de la cara.

—Estaba pensando que podríamos desayunar en el Marigold's. Unos sándwiches de huevo, por ejemplo.

—Suenan bien, mamá —bostecé.

La noche anterior había vuelto tarde de casa de Maddox. Al final habíamos tenido un maratón de *El señor de los anillos* en el sótano que había durado todo el día. Incluso Ezra, Mathias y Hayes se nos habían unido. Sabía, por ciertas insinuaciones que él había hecho la noche anterior, que preparaba algo para mi cumpleaños, pero no sabía el qué. Solo podía confiar en que no fuera una fiesta. Yo no hacía fiestas. Nunca.

—¿Invitamos a Sadie? —preguntó mi madre.

—Sí, me encantaría —dije, emocionada.

—Pues venga, fuera de la cama, a la ducha y lista —y me dio unos golpecitos en el pie antes de levantarse.

—¿Es esa tu forma de insinuar que apesto? —Fruncí el ceño.

—No —se rio—. Es la forma de decirte que tu pelo parece un nido de ratas.

—Gracias, mamá —gemí, rodando fuera de la cama—. Las mañanas son un asco —murmuré yendo al baño.

—Oh, Emma, no seas tan dramática —suspiró ella de camino a la cocina, probablemente para hacer té.

Me duché, asegurándome de ponerme medio bote de acondicionador en el pelo para deshacer todos los nudos y enredos. Después me lo sequé con secador, tratando de que quedara medio decente. La mayoría de días ni me hubiese molestado en hacerlo... Pero a juzgar por el comentario de mi madre,

debía de tenerlo muy mal.

Revolví en mi armario en busca de algo que ponerme y acabé con mis shorts de vestir y una camiseta de tirantes, pero le añadí un jersey ancho de un solo hombro encima. Era de color crema y hacía que el azul de mis ojos destacara aún más.

Cogí el móvil de la mesita de noche y le envié un mensaje a Sadie sobre ir a desayunar. Ella aceptó rápidamente.

—¿Estás lista? —preguntó mi madre, sentándose a la mesa con su taza de té.

—Sí.

—Tu pelo está mejor —sonrió—. No habrás sacado de ahí ninguna criatura peluda, ¿verdad? ¿O quizá un erizo?

Me sonrojé al recordar el día en que creí haber perdido a Sonic.

Ella se rio y recogió las llaves de la encimera.

—Oh, Emmie —suspiró—. ¿Tenemos que pasar a por Sadie? —preguntó mientras dejaba la taza en el fregadero.

—Sí —dije, incorporándome.

Mi madre volvió a dejar las llaves y dijo:

—Oh, quiero darte esto primero.

Y antes de que pudiera preguntar qué era, ya había ido a su habitación y vuelto con un paquete cuidadosamente envuelto.

Me senté en el suelo, porque las sillas son para los débiles, y comencé a rasgar el papel. Alcé la tapa de la caja y ahugué una exclamación. Dentro había un precioso vestido de flores, pero lo que me dejó con la boca abierta fue el reloj de oro que había encima.

—Mamá —me atraganté. Sabía, sin necesidad de cogerlo, que era caro—. Es precioso. No tenías por qué gastarte tanto.

—Lo sé —me sonrió—, pero cumples dieciocho años y quería hacer algo especial. Incluso está grabado por detrás.

Lo cogí y le di la vuelta para leer las pequeñas letras de la inscripción.

Emmie,

Creo en ti. Siempre.

Te quiero, Mamá.

Me puse en pie con el reloj en la mano, y mientras la caja caía a un lado, yo abracé a mi madre.

—Muchas gracias. Me encanta, y te quiero.

Ella me abrazó con fuerza, como si no quisiese soltarme jamás. Nunca

antes lo había pensado, pero probablemente a mi madre le asustase pensar que aquel iba a ser mi último año de instituto. A mí me asustaba también, sobre todo porque no tenía ni idea de lo que quería hacer, y no estaba segura de estar preparada para dejar a mi madre. Era aterrador pensar en vivir sola, pero algún día tendría que hacerlo.

Por fin me dejé ir y di un paso atrás para ponerme el reloj en la muñeca. Ya estaba pensando en llevar mi vestido nuevo para el misterioso plan de Maddox. Llevé la caja con el vestido a mi habitación y la dejé sobre la cama.

—¡Estaré en el coche! —avisó mi madre, y salí de mi habitación a toda prisa.

Cuando llegamos a casa de Sadie ella ya estaba fuera, sentada en los escalones del porche y con los ojos pegados a la pantalla de su móvil. Alzó la vista al oír el coche y sonrió, poniéndose en pie y cogiendo una enorme bolsa de regalo.

Yo ya estaba instalada en el asiento trasero y le abrí la puerta para que se uniera a mí.

—Feliz cumpleaños, zorra —dijo, la risa cascabeleando en su voz mientras me tendía la bolsa y cerraba la puerta. Iba a abrirla, pero ella me detuvo—. Puede que quieras esperar —y le lanzó una mirada a mi madre.

Palidecí.

—¿Qué has hecho?

—Nada malo —me aseguró, poniéndose el cinturón.

—No te creo —siseé, sosteniendo la bolsa como si fuera una granada.

—¿Pero por qué tienes tan poca fe en mí? —suspiró—. Es un regalo increíble. Solo quiero que esperes antes de abrirlo.

—Vale —dije lentamente, dejando la bolsa en el suelo.

—¿Cómo te van las cosas con tu chico? —preguntó Sadie.

—Genial —sonreí.

—Entonces te he hecho el regalo perfecto —se rio como una maníaca.

A la mierda el esperar. Cogí la bolsa y destrocé el papel de regalo.

—¿Pero qué demonios...? —Sostuve el conjunto de sujetador y braguitas de encaje negro—. Ni hablar. —Sacudí la cabeza y volví a meterlo en la bolsa—. Eres la peor mejor amiga de la historia de las mejores amigas.

—Eh, que solo trataba de ayudarte. —Alzó las manos de forma defensiva—. Ese sujetador hace auténticos milagros. Hará que tus tetas parezcan el doble de grandes.

Crucé los brazos para cubrirme el pecho.

—No creo que necesite ayuda en ese departamento, muchas gracias —murmuré.

Ella se echó a reír, agarrándose los pechos.

—Bueno, yo sí.

—Entonces quédatelo —y le tendí la bolsa.

—También hay una tarjeta regalo, por si quieres ir a la tienda a por más. —Movié las cejas arriba y abajo—. Porque sé que querrás más.

—Basta —siseé con la cara ardiendo. Aquello ya habría sido humillante en cualquier situación, pero el hecho de que mi madre condujera el coche lo hacía cien veces peor.

—Y —susurró Sadie—, también hay condones.

—¡Necesito aire! —jadeé, pulsando el botón automático de la ventana. Pero al parecer mi madre tenía puesto el seguro infantil—. ¡Aire, por favor! —supliqué, tratando de bajar la ventanilla con las manos. Hasta me planteaba saltar del vehículo en marcha para huir de aquella conversación.

Mi madre bajó la ventanilla y saqué la cabeza como si fuese un perro. Sadie se rio.

—Deja de actuar como si tuvieras cinco años, Emma.

Me hubiese gustado, pero yo no era como ella. No era capaz de hablar con tanta facilidad de sexo. Me hacía sentir incómoda y nerviosa.

—Solo bromeaba, Emma —gruñó, tirándome del hombro para volver a meterme en el coche—. No hace falta que te acojones. Era una broma.

Cuando por fin me recompuse volví a meter la cabeza en el coche y mi madre subió la ventanilla.

—Lo siento —murmuré, mirando a Sadie avergonzada.

—No pasa nada —se rio—. Pero tendrás que superarlo en algún momento. No vas a ser virgen de por vida.

Me retorcí en mi asiento y susurré por lo bajo, para que mi madre no pudiera oírme:

—Lo que me asusta no es la idea del sexo, es hablar de ello. Siento como si debiera de ser algo privado.

—Oh. Dios. Mío. —Sadie se quedó boquiabierta—. Ya te has acostado con él, ¿verdad? ¡Y no me lo has contado!

Mi madre alzó la vista para mirarme a través del retrovisor.

—No —solté—, claro que no.

Me parecía de chiste que sugiriera siquiera algo así. ¿Había pensado en ello? Sí. Sabía que estaba preparada. Sabía que él era el indicado para mí.

Sadie esbozó una lenta sonrisa, como la del gato que se ha comido al canario.

—Pero quieres, ¿verdad? Por eso te has puesto como te has puesto.

—Cállate —murmuré, apartando la vista.

—Aaaah, mi mejor amiga finalmente se ha hecho mayor.

Le lancé una mirada fulminante.

—Y tu mejor amiga empieza a cuestionarse en serio esta amistad.

—Vaaale, ya me callo. —Fingió cerrarse la boca con cremallera y tirar la llave, pero no podía tomarla muy en serio cuando lo hizo todo sin dejar de sonreír.

—Hemos llegado —anunció mi madre.

Nunca antes había tenido tantas ganas de bajar de un coche. Prácticamente me lancé fuera, consiguiendo, por los pelos, evitar destrozarme las rodillas sobre el pavimento. Me alcé y fingí que no había pasado nada, pero la sonrisa pícaro de Sadie me dijo que lo había visto todo.

—No digas ni una palabra—advertí.

—No pensaba hacerlo —contestó, cubriendo su risita con una mano.

Me apresuré a entrar en el Marigold's antes de ponerme más en ridículo.

Dos de las tres mesas ya estaban ocupadas, así que Sadie y yo tomamos la última, dejando a mi madre a cargo del pedido con Betty.

Mi madre se nos unió minutos más tarde y entrelazó los dedos, dedicándome “la mirada”. Estaba a punto de preguntarle qué había hecho yo cuando dijo:

—Como no me has dejado organizarte ninguna fiesta de cumpleaños desde que ibas a primaria, te aviso desde ya que pienso organizar una fiesta de graduación el verano que viene. Tenemos que celebrar al menos eso.

—Claro, mamá —acepté. No necesitaba ni quería una fiesta, pero era evidente que ella sí, así que lo soportaría por ella.

—Deberíamos dar una fiesta conjunta —intervino Sadie—. Podríamos hacer algo bien grande y bonito, en vez de dos fiestas separadas.

—Esa es una idea excelente —sonrió mi madre.

Y las dos se lanzaron a una conversación sobre cosas relacionadas con fiestas mientras yo solo quería meterme bajo la mesa para evitar una fiesta que no se celebraría hasta casi un año después. En realidad, la idea de una fiesta de graduación no me daba tan mal rollo como una fiesta de cumpleaños. Lo que de verdad me asustaba era el hecho de que iba a graduarme y salir al mundo real. No estaba preparada. Para nada. ¿Podría

seguir siendo una niña para siempre? Eso sería genial.

Al cabo de poco, Betty nos trajo las bebidas y los sándwiches a la mesa.

—Feliz cumpleaños, cariño —me dijo con una brillante sonrisa.

—Gracias —le sonreí también.

En cuanto vi la comida mi estómago rugió. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba, y ahora me sentía famélica. Devoré mi sándwich como si no hubiera un mañana, pero ni me importó.

—Estoy llena —declaré, apartando el plato vacío.

Como si mis palabras la hubieran invocado, Betty volvió a aparecer junto a nuestra mesa, esta vez trayendo un elegante pastel en una bandeja.

—Tu favorito —anunció—. Pastel de lavanda con cobertura de limón.

Casi se me saltaron las lágrimas ante aquel generoso gesto.

—Muchísimas gracias —le dije con total honestidad—. Y gracias —añadí, volviéndome hacia mamá y Sadie—. No sé qué haría sin vosotras dos.

—¡No me hagas llorar! —Sadie me señaló con un dedo mientras se abanicaba con la otra mano como si pudiera secarse las lágrimas solo con aquel gesto.

Ignoré su dramatismo y me volví hacia mamá.

—En serio, gracias por soportarme durante esos dieciocho años. Sé que las cosas no siempre han sido fáciles, pero tú siempre has estado ahí para mí, y nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Mi madre saltó de su silla para envolverme en sus brazos.

—Te quiero tanto, Emmie. Eres lo mejor que me ha pasado jamás, nunca lo olvides.

Le devolví el abrazo con la misma intensidad. Sabía que tenía suerte de tener una madre tan asombrosa como la mía.

Cuando nos separamos vi que Betty había regresado con velas.

—¿Las enciendo? —preguntó con una sonrisa amable.

—Por supuesto —asentí.

Ella clavó dieciocho velas en el pastel y las encendió. Las tres comenzaron a cantar y por fin llegó el momento de soplar las velas.

Pero no pedí ningún deseo porque ya tenía todo cuanto podía desear.

Mi móvil comenzó a sonar y corrí a contestar al ver el nombre de Maddox en

la pantalla. Siempre evitaba enviarme mensajes si era posible. Era una de esas rarezas que tanto me gustaban de él.

—Ey —contesté, casi sin aliento.

—Te recogeré a las siete. Ponte algo bonito.

Arrugué la nariz.

—¿Vamos a salir por ahí?

Él se rio.

—No pienso contestar a ninguna de tus preguntas, pero ponte elegante y estate lista a las siete —repitió.

—Tengo coche, ¿sabes? —Me llevé una mano a la cadera en actitud defensiva, aunque él no estuviera allí.

—Ya, y estoy convencido de que esa cosa necesita que la lleven al desguace más cercano. Está todo oxidado.

Ahugué una exclamación.

—¿Cómo osas burlarte de mi coche? Daisy ha sido una compañera leal.

Se quedó callado y de pronto su cálida risa atravesó la línea.

—¿Has llamado Daisy a tu coche?

—Bueno, tú llamas Sonic a tu erizo —repliqué, y enseguida quise abofetearme por el comentario.

—Y es un nombre cojonu... ¡Mathias, para ya! ¡Te lo vas a comer todo antes de que acabemos!

—Uh... ¿qué está pasando? —pregunté.

—Nada —murmuró—. Tengo que irme.

Y colgó antes de que pudiera responder. Me quedé mirando la pantalla y sacudiendo la cabeza. ¿Qué demonios acababa de pasar?

Como aún faltaban varias horas antes de que tuviera que arreglarme, las invertí en tocar un rato el piano y en leer.

Aquella vez decidí dedicarle más tiempo a mi apariencia de lo que habitualmente hacía. Ya tenía el cabello rizado, pero hice todo lo posible para domar los tirabuzones para no parecer Medusa. Incluso me puse más maquillaje. Para cuando acabé, juro que había una persona totalmente diferente reflejada en mi espejo.

Comprobé la hora y vi que aún faltaban treinta minutos para la llegada de Maddox... lo que significaba que probablemente tardaría quince.

Me puse el nuevo vestido de flores que me había regalado mi madre. Era azul marino con grandes flores en rosa y naranja. Los tirantes eran anchos y por suerte el escote no era muy bajo. Llevaba un estrecho cinturón marrón a

la cintura. Giré ante el espejo. Descubrí una sonrisa en mi cara que hacía tiempo que no veía y supe que le debía mi reencontrada felicidad a Maddox.

Di la espalda a mi reflejo y cogí un cárdigan color crema por si necesitaba un poco de calidez extra. Después me calcé unas sandalias planas.

Mi móvil sonó y antes de poder decir “hola”, Maddox soltó:

—Llego en cinco minutos.

Sacudí la cabeza y colgué antes de salir a esperarlo al porche.

Oí el murmullo ronco del motor de su coche antes de que apareciera en la calle. Me acerqué al coche, pero él se apeó de un salto y me detuvo alzando una mano.

—No.

Pues vale.

Volvió a meterse en el coche y reapareció con un jarrón lleno de flores.

—Son preciosas —exclamé cuando se me acercó. Cogí mi llave y volví a abrir la puerta para poder dejarlas dentro—. ¿Son orquídeas?

Él asintió con una gran sonrisa.

—Una por cada día que hace que nos conocemos.

Abrí los ojos, sorprendida, y me quedé con la boca abierta.

—Maddox... —su nombre no fue más que un susurro en mis labios. Me había emocionado más allá de lo que podía describir.

Fue directamente a mi habitación con las flores, dejándolas en la mesita de noche. Las contempló durante un momento y acabó asintiendo con aprobación.

Al darse la vuelta su sonrisa era tan brillante que casi me cegó.

—Feliz cumpleaños, Em —dijo suavemente, tomado mi cara entre sus manos.

Antes de poder responderle, me inclinó hacia atrás y bajó sus labios hasta los míos en un sutil beso que aun así consiguió que se me llenara el estómago de mariposas. Cuando se apartó, depositó un beso tierno en la punta de mi nariz. Dejé escapar un suspiro ante aquel dulce gesto.

—Realmente espero conseguir que este cumpleaños sea especial para ti —dijo cogiendo mi mano. Con la otra me acarició la mejilla—. Quiero que vuelvas a adorar tus cumpleaños, en vez de temerlo.

—Eres único —susurré. Mucha gente no se preocuparía tanto como Maddox. Su corazón era tan amable y puro que a veces no me sentía merecedora de su afecto.

Él sacudió la cabeza con una sonrisa juguetona en los labios.

—Tú eres la especial, Em. —Me besó en la frente y me guio hasta el exterior. Abrió la puerta del copiloto para mí y antes de que pudiera inclinarme para entrar en el coche, me cogió del brazo y me estrechó contra su pecho—. Estás preciosa. —Su aliento me acarició la mejilla y todo mi cuerpo se estremeció ante la intensidad de mis sentimientos. Las rodillas me temblaron de una forma que solo había creído posible en libros y películas.

Tragué saliva intentando contener la marea de sensaciones que me embargaba, y le miré de arriba abajo como él había hecho conmigo. No sé cómo pudo pasármelo antes, pero llevaba unos elegantes pantalones de vestir gris oscuro, con una camisa blanca remetida por dentro y un cinturón negro. Estaba para comérselo, sí señor.

Como yo no decía nada y seguía recorriéndole el cuerpo con los ojos, su sonrisa se volvió malvada.

—¿Te gusta lo que ves? —Se inclinó hacia mí apartándome el cabello del hombro para tocarme la oreja con sus labios—. Porque te prometo que te gustaré aún más sin ropa.

Ahugué una exclamación y lo aparté de mi hombro.

—Maddox —le regañé, pero él solo se echó a reír mientras yo entraba en el coche.

Yo estaba bastante segura de que a él solo le gustaba decir aquellas cosas para ver mi reacción. La próxima vez destaparía su farol pidiéndole que se desnudase.

Oh, Dios. ¿Y si no era un farol y comenzaba a quitarse la ropa?

Me moriría. De vergüenza o al ver su cuerpo demasiado perfecto.

Me puse roja como un tomate ante la imagen que se formó en mi mente.

«¡Basta!», me regañé a mí misma, esperando que para cuando Maddox ocupara su asiento tras el volante mis mejillas hubiesen recuperado su color normal. No quería que me hiciera preguntas, porque por lo general yo siempre acababa soltando la verdad.

Me abroché el cinturón y ni me molesté en preguntarle adónde íbamos. Sería una pérdida de tiempo, porque Maddox no iba a decirme nada.

Como me había pedido que me arreglara supuse que iba a llevarme a algún restaurante elegante. No es que aquello fuera la mía, pero la intención era lo que contaba.

Sin embargo, y para mi sorpresa, condujo directamente hasta su casa.

—¿Es que has olvidado algo? —le pregunté frunciendo el ceño.

—No. Este es nuestro destino —sonrió bajando del vehículo.

Le imité y me puse a su lado, temiendo que me hubiese preparado una fiesta sorpresa. Recé a cualquier dios que pudiera escucharme para que no hubiese ninguna fiesta.

Él me tomó por la cintura y guio mi tembloroso cuerpo hacia delante.

«Por favor, nada de fiestas. Por favor, te lo suplico.»

Cerré los ojos con fuerza, y cuando la puerta se abrió y no hubo ningún grito de “¡sorpresa!” supuse que era seguro abrir los ojos.

La casa de invitados estaba sorprendentemente vacía.

Entré, medio esperando que alguien me saltara encima. Por fin me volví hacia Maddox con las manos juntas.

—Estoy confusa.

Él sonrió, cruzó los brazos sobre su amplio pecho y se recostó contra la pared.

—¿De verdad crees que te montaría una fiesta después de que me dijeras que no te gustaban esas cosas?

—Tal vez —dije, encogiéndome de hombros.

Él sacudió la cabeza con los labios ligeramente ladeados. Dio un lento paso hacia mí, como un león rondando a una presa. Me tomó el rostro entre las manos y me miró directamente a los ojos.

—Esa no sería la forma de conseguir que te vuelva a gustar tu cumpleaños. Haremos las cosas de forma más simple.

—¿Simple? —repetí.

—Sí —susurró, acariciándome los labios con los suyos. Ni siquiera fue un beso, apenas una caricia, pero aun así lo sentí hasta la punta de los pies.

Maddox dio un paso atrás y yo miré alrededor, notando que las luces estaban atenuadas y había velas por todas partes... ya encendidas, llenando todo el lugar de un fulgor cálido.

—Avisé a los chicos de que estábamos a punto de llegar y ellos las han encendido. Tampoco quiero que pienses que he estado a punto de quemar la casa —se rio.

—Es precioso —susurré, asombrada.

—Y esta ni siquiera es la mejor parte. —Bajó la voz y su mano encontró mi cintura, pegándome contra su cuerpo.

—¿A-Ah, no? —tartamudeé.

Él sonrió, acariciándome el cuello con la nariz.

—Es solo el principio.

Con aquellas palabras me guio hasta la pequeña cocina, donde me

indicó que me sentara en uno de los taburetes.

—Sorpresa de cumpleaños número uno: vas a verme cocinar para ti —sonrió como un niño mientras se dirigía al fregadero.

—¿Y qué plato prepararás, Chef Wade?

—Tu favorito —dijo lavándose las manos y pivotando para mirarme.

—¿Y cuál es mi favorito? —pregunté, alzando una ceja.

—Pizza —contestó él, confiado.

Sonreí.

—Supongo que no era ningún secreto.

Sacó una lata de masa de la nevera y antes de abrirla, pregunté:

—¿Puedo hacerlo yo?

—Es tu cumpleaños. —Frunció el ceño—. Se supone que debes sentarte y mirarme trabajar.

—Pero quiero ayudar —me reí.

Él sonrió y sus ojos brillaron ante mis palabras.

—Vale —aceptó—, pero solo porque podría ser más divertido.

Salté del taburete y le cogí la lata.

—Esta es mi parte favorita —le dije, defendiendo mis acciones.

Maddox se rio en respuesta, abriendo un armario para sacar el molde de la pizza.

—Todo tuyo, Em.

Aplasté la lata contra la encimera para abrirla y saqué la masa extendiéndola sobre el molde en un círculo perfecto. Maddox sacó la salsa y los *toppings* de la nevera mientras yo trabajaba.

—Esto ha sido una gran idea —le sonreí, incapaz de ocultar mi alegría.

Vertió la salsa en medio de la pizza y cogió una cuchara del cajón para extenderla. Incapaz de controlarme, me puse de puntillas para besarle en la barbilla.

—¿Y eso por qué? —me sonrió.

Yo me encogí de hombros.

—Simplemente porque me apetecía.

Él se rio, bajando la cabeza.

—Y quizá a mí me apetezca hacer esto.

Depositó un beso en mis labios. Y aunque apenas fue un roce, aquello me dejó el cuerpo temblando... y me hizo recordar que estaba usando el regalo de Sadie. Sí, llevaba puesto el conjunto de lencería. Pero no pensaba decírselo jamás a mi amiga: disfrutaría demasiado sabiendo que había tenido

razón.

Para distraerme de cualquier posible pensamiento malicioso, cogí la bolsa de queso y comencé a esparcirlo por toda la pizza.

Por lo general yo solo comía pizza de queso, pero acabamos añadiendo pimientos verdes, cebolla, pepperoni y salchicha antes de meterla en el horno.

Maddox puso el temporizador y se volvió hacia mí.

—¿Qué tal está yendo tu cumpleaños hasta ahora?

—Bastante perfecto —confesé.

Su sonrisa era contagiosa.

—Bien. —Cogió su móvil y apretó un botón. La música empezó a sonar a través de un altavoz mientras él me cogía por la cintura—. Baila conmigo —suspiró en mi oído.

Asentí, entrelazando mis dedos con los suyos mientras bailábamos lento alrededor de la cocina.

Maddox me levantó un brazo y me hizo girar hasta que acabé pegada a su pecho. Solté una risita y me colgué de su cuello. Estaba tan feliz que me sentía a punto de explotar.

Él comenzó a cantar muy bajito la letra de la canción que sonaba. Me volvió a hacer girar, esta vez inclinándome hacia atrás y besándome en el cuello. Yo no podía borrar la sonrisa de mi cara, y tampoco quería hacerlo.

Cuando volvió a incorporarnos apreté mis brazos alrededor de su cuello, hundiendo mis dedos entre los cortos mechones de su cabello.

—Te quiero —le dije con los ojos clavados en los suyos para no flaquear en mi confesión. Aunque desnudar mis sentimientos ante él me llenaba de ansiedad no iba a avergonzarme de ellos.

Su sonrisa fue cegadoramente brillante. Dejó una mano en la curva de mi cintura mientras la otra se posaba en mi nuca.

—Dilo otra vez —me suplicó con expresión asombrada en la cara.

Me acerqué aún más.

—Te quiero. —Posé mis labios suavemente sobre los suyos al pronunciar las palabras—. Te quiero. —Pasé mis labios por su barbilla—. Te quiero. —Esta vez me puse de puntillas para rozar el lóbulo de su oreja con mis labios.

Él bajó la cabeza hasta el hueco de mi cuello y mis ojos se cerraron.

—Yo también te quiero —susurró, y presionó sus labios suavemente contra el punto donde me latía el pulso. Me estremecí ante sus palabras. No había esperado que sonaran tan bien en su boca.

Por un momento permanecemos así, el uno colgado del otro, con nuestras palabras flotando en el aire.

Le quería.

Y él me quería a mí.

Me sentía completa con ese conocimiento.

Me apartó el cabello de la cara, mirándome a los ojos. Abrió la boca como si fuese a hablar, pero acabó callando. Con un gruñido bajo se apoderó de mis labios. Nos abrazamos aún más estrechamente, aferrándonos el uno al otro como si fuéramos la única cosa que nos sostenía mutuamente. Él arrugó la tela de mi vestido en su mano, subiéndome peligrosamente. Una de mis piernas se enroscó alrededor de su cintura y antes de que pudiera dar otro paso me cogió por las caderas y me subió a la encimera sin romper el beso. Conmigo en la encimera ahora estábamos a la misma altura. Él se colocó entre mis piernas, cogiéndome los muslos.

—Te quiero —murmuró contra mis labios.

Sonreí al oír sus palabras, amando su sonido.

Depositó pequeños besos a lo largo de mi mandíbula y bajando por mi cuello. Sus labios descendieron hacia mis pechos, pero entonces el temporizador sonó y él se alejó de mí de un salto como si se hubiese quemado. Sonrió con timidez, pasándose los dedos por su cabello castaño, y se volvió a sacar la pizza. Mientras me daba la espalda, yo me abaniqué la cara con las manos. Dios bendito, aquello había sido de lo más caliente... en todos los sentidos de la palabra.

Él apagó el horno y colocó la pizza sobre una rejilla en la encimera.

Yo había perdido el apetito tras el beso. Todo lo que quería era a Maddox.

Y eso era mucho decir, teniendo en cuenta lo mucho que adoro la pizza.

Él dejó que la pizza se enfriara y volvió a acercarse a mí. Puso las palmas de sus manos en la encimera, a cada lado de mis caderas. Tan cerca, pero no lo suficiente...

Se inclinó hacia mí, buscando algo en mis ojos. Inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado y sacó la lengua para lamerse los labios.

—Así que me quieres —sonrió, feliz.

Le rodeé el cuello con los brazos.

—Sí. ¿Necesitas oírlo de nuevo?

Sus ojos se oscurecieron con pasión.

—Siempre querré oírtelo decir.

—¿Para siempre? —pregunté con cautela.

Él tomó mi mejilla, pasando el pulgar sobre mi piel. Sus ojos pasaron de mis labios a mis ojos y dejó escapar un pequeño suspiro.

—Durante todo el tiempo que desees.

—Entonces, para siempre —reafirmé besándole.

Él rompió el beso antes de que fuera más allá.

—Quiero darte tu regalo... bueno, uno de ellos —se encogió de hombros—. Espera aquí —pidió, alzando un dedo.

Corrió escaleras arriba y volvió un minuto después con un paquete. No era el paquete mejor envuelto que había visto, pero no iba a criticar sus habilidades con la papiroflexia porque, francamente, lo había hecho mejor de lo que yo habría podido.

Arranqué el papel porque no soy de las que se entretienen desenvolviendo regalos poco a poco, siempre destrozo el papel como si fuese un animal.

Bajo el papel había una sencilla caja marrón con cinta de embalar de colores cerrando la tapa.

—¿Tienes un cuchillo? —le pregunté.

—Oh, sí. —Abrió un cajón y me tendió uno.

Corté la cinta y abrí la tapa. Lo que fuera que contenía la caja estaba envuelto en grueso papel marrón.

—De verdad no quieres que vea el regalo, ¿eh? —me reí.

Él rio por lo bajo, inclinando la cabeza para esconder su sonrisa.

—Venía así.

Saqué el objeto y le quité el papel, sonriendo al ver qué era.

—Sé que es una tontería —comenzó él—, pero me recordaba a nosotros, y a ti te gusta beber té, así que... —lo dejó a medias, y parecía un poco avergonzado—. Si no te gusta solo dímelo, no herirás mis sentimientos.

Abracé la taza contra mi pecho.

—¿Estás de coña? Esta es mi nueva taza favorita, oficialmente supera a Té-Rex.

—Bien —sonrió él.

Sostuve la taza, sonriendo ante el diseño. Tenía dos erizos, uno pegado al otro, con una frase escrita: “Estoy clavado a ti”.

—Es perfecta —susurré. A alguien podría haberle parecido un regalo tonto, pero para mí no podría haber sido mejor.

—¿Quieres ver tu segundo regalo? —preguntó, recogiendo el papel y la

caja para tirarlos a la basura.

Asentí con impaciencia.

Él me tomó de la mano y salté de la encimera. Me llevó a la parte de la casa de invitados donde estaban los instrumentos musicales y la jaula de Sonic... solo que ahora había dos jaulas.

—¿Qué has hecho? —exclamé.

—Tu madre dijo que no había problema... —se rascó el cogote, nervioso.

—¿De verdad me has conseguido un erizo? —pregunté, mirando dentro de la caja.

Él se encogió de hombros.

—Sé que he bromeado sobre el tema, pero como tu madre dijo que habías disfrutado cuidando de Sonic pensé que querrías tener el tuyo.

—¿Dónde está? —pregunté, buscando por entre los barrotes. Tenía las manos juntas, emocionada. Puede que no hubiese sido capaz de mantener con vida a un pez, pero encargarme de Sonic había demostrado que sí que podía cuidar de un erizo... excepto por el tema de haberlo perdido en mi propia cama, claro.

—Durmiendo —contestó Maddox.

Abrió la jaula y levantó algo parecido a un pequeño iglú, bloqueando la visión del erizo con su cuerpo. Lo despertó con suaves caricias y se lo puso en la mano, volviéndose lentamente hacia mí para que por fin pudiera verlo.

—¡Es tan pequeño! —chillé, intentando coger al bebé erizo.

Maddox lo depositó en la palma de mi mano y el animalito me miró durante un momento antes de volver a dormirse.

—¿Es chico o chica? —pregunté.

—Chico, así podrás traerlo a jugar con Sonic y no tendremos que preocuparnos por posibles bebés sorpresa.

Me reí mientras pasaba suavemente un dedo por las pequeñas púas. Era la cosita más mona que había visto jamás.

—Voy a robarte tu nombre de reserva y llamarlo Apúa el Huno —anuncié.

Maddox se echó a reír.

—Sonic y Apúa... eso será interesante.

Como era evidente que Apúa quería dormir, lo devolví a su jaula y coloqué el iglú en su sitio. Abracé a Maddox con fuerza.

—Muchísimas gracias. Has hecho que este sea el cumpleaños más feliz

de mi vida.

Él sonrió.

—Pues aún no ha acabado.

—¿Ah, no? —exclamé.

—No —él sacudió la cabeza—, aún hay más.

—Me estás malcriando —le avisé.

—Solo porque quiero. Pero antes de mostrarte el resto, creo que deberíamos comer.

Me había olvidado por completo de la pizza, pero ahora que la mencionaba, descubrí que estaba hambrienta.

Él cogió un cortador y dividió la pizza, repartiendo las porciones en dos platos.

Nos sentamos el uno junto al otro en la barra y Maddox esperó a que yo diera el primer bocado.

Dejé escapar un pequeño gemido.

—Oh, Dios mío, está deliciosa. Deberíamos hacer pizza todos los días.

Eché la cabeza hacia atrás soltando una carcajada.

—¿Tan buena está?

—Está fenomenal.

Dio su primer bocado y asintió, dándome la razón.

—Tienes razón, está deliciosa. Mamá estaría orgullosa.

—Deberías llevarle un trozo a Karen.

—Mañana —asintió—, esta noche es nuestra.

Se me incendió el cuerpo al oírle. Acabamos de comer y recogimos la cocina juntos. Mientras limpiábamos íbamos cantando las canciones que él ponía. Unos meses antes yo no hubiese sido capaz de cantar ni una sola de sus letras, pero como él me había dejado su iPod, ahora conocía un montón de canciones. En cierto momento comenzamos a bailar de nuevo, así que tardamos más de lo normal en limpiar, pero no me importaba.

Cuando la cocina estuvo lista, Maddox se volvió hacia mí y me rodeó la cintura con sus brazos, atrayéndome hacia su pecho.

—¿Quieres ahora tu pastel?

—¿También me has traído pastel? —pregunté sorprendida.

Él sacudió la cabeza sonriendo con orgullo.

—No, lo he hecho yo mismo. —Hizo una pausa y añadió—: Bueno, todos nosotros. Mathias, Ezra y Hayes me ayudaron, así que no puedo prometer que sea lo más delicioso que hayas probado en tu vida, pero lo

hemos intentado.

Me sentía a punto de llorar.

—Es lo más dulce que han hecho por mí.

—Puede que no opines lo mismo después de verlo —se rio.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño, confusa.

—Bueno... —comenzó—. Te lo enseñaré.

Había escondido el pastel en uno de los armarios, lo sacó y lo puso en la encimera.

—Es un pastel amarillo con cobertura de chocolate. Tú madre dijo que era uno de tus favoritos. Intentamos hacer un bizcocho por capas, pero se derrumbó... y ahora es como una especie de masa amorfa.

—Es precioso —dije.

—¿Precioso? —se rio—. Ni de lejos. También había escrito “Feliz cumpleaños, Emma”, pero ahora no se puede ni leer —añadió con el ceño fruncido.

—Maddox —dije cogiéndole del brazo—, esto de verdad que es supermono. No me importa si el pastel es un amasijo gigante. Lo que cuenta es la intención.

—¿Seguro?

—Me encanta —le aseguré—. Y ahora deja de fruncir el ceño y vamos a comer pastel.

—Vale, vale —se rio. Se quedó mirando el pastel deforme y murmuró—. Creo que vamos a necesitar cuencos, no platos.

—Probablemente tengas razón —asentí retirando la campana de cristal.

Él sirvió una cucharada de pastel en un cuenco y me lo tendió, sirviéndose otra para él.

—No puedo creer que los cuatro me hayáis hecho un pastel —aún estaba en estado de *shock*.

—Fue divertido. —Se encogió de hombros—. Excepto porque Mathias no hacía más que comerse la cobertura, así que Hayes tuvo que ir a comprar más.

—¿Por eso le estabas gritando esta mañana, cuando me llamaste por teléfono?

—Sí —dijo riendo—. No quería parar, y encima no dejaba de darnos instrucciones... y se rio cuando el pastel se desmoronó cuando no le hicimos caso.

—¿Entonces Mathias tenía razón? —Solté una risita al imaginar a los

cuatro chicos discutiendo sobre la mejor forma de preparar un pastel.

Maddox se encogió de hombros.

—Probablemente, pero no pienso decírselo.

En vez de sentarme en una silla acabé en el suelo con las piernas cruzadas. Maddox se unió a mí, estirando las piernas y apoyando la espalda contra los armarios de la isla.

—Esto está muy bueno —dije, lamiéndome la cobertura de chocolate de los labios.

—¿Aunque sea una masa informe en vez de un pastel? —preguntó con una ceja alzada.

—Eso lo hace incluso mejor —sonreí.

Acabamos el pastel y entonces me cogió de la mano, guiándome hacia las escaleras.

—Tu último regalo está arriba. No es un regalo de verdad, es... —se encogió de hombros con timidez—. Ya lo verás.

Aquello despertó mi curiosidad.

En lo alto de la escalera había dos puertas, una a la izquierda y otra a la derecha. Él se dirigió a la de la derecha, la abrió y me invitó a entrar con un gesto en su dormitorio.

Yo nunca antes había visto su habitación, así que lo observé todo con gran curiosidad. Las paredes estaban pintadas de un gris oscuro. Todos sus muebles eran negros, con detalles cromados, y su cama estaba cubierta con un edredón gris claro tan mullido que yo estaba segura de poder perderme en él.

Pero lo que me dejó sin aliento fue lo que vi en una esquina.

Maddox había levantado una tienda con luces parpadeantes colgando por todos lados. Sábanas y almohadones cubrían el suelo, y había libros delineando el perímetro.

—Como te gusta leer... quería que tuvieras un lugar propio.

Le rodeé el cuello con los brazos y le besé en la mejilla.

—Esto es lo mejor de todo.

Me solté de él, corrí hacia el fuerte, que es como había decidido llamarlo, y me dejé caer de rodillas sobre los almohadones. Uno en particular llamó mi atención y me hizo reír. “Anatomía de un erizo”, leí en el cojín. Bajo las letras había una imagen de un erizo con líneas que lo apuntaban. En la que señalaba a su trasero ponía: “achuchable retaguardia”.

Alcé el almohadón y enarqué una ceja.

—¿En serio, Maddox?

—Tenía que haber un erizo —declaró—. Erizos por todas partes.

Puse el almohadón de nuevo en su sitio y palmeé un espacio vacío a mi lado para que viniera. Cuando lo hizo me tumbé de espaldas mirando el techo del fuerte. Ahora que estaba más cerca podía ver que cada lucecita tenía una estrella de papel pegada.

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Gracias por el mejor cumpleaños que podría haber deseado jamás.

Sus ojos se pusieron serios y alargó una mano para colocarme un rizo tras la oreja.

—¿Significa eso que ahora ya te gusta tu cumpleaños?

—Significa que lo amo—susurré.

—¿Más que a mí? —bromeó poniéndose de lado e incorporándose un poco para mirarme.

—Jamás.

Se me quedó mirando con tanta intensidad que me quedé sin aliento. Nunca nadie me había mirado así antes, como si yo lo fuera todo.

Bajó la cabeza acortando la distancia entre nosotros tan lentamente que casi me volví loca. Cuando casi había llegado a mis labios, se detuvo. Se me escapó un pequeño gemido de protesta.

—Ahora voy a besarte —dijo casi con un rugido bajo—, y no pararé hasta que hayas olvidado tu nombre.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Promesas, promesas...

Él se rio y me acarició el cuello con los labios antes de comenzar a mordisquearme suavemente.

—Yo siempre cumplo mis promesas, Emma.

Sus labios sellaron los míos y me arqueé hacia él. Mis manos buscaron sus hombros para tener algo a lo que aferrarme, porque estaba segura de que su beso me haría flotar.

Se separó lo suficiente para preguntar:

—¿Cuál es tu nombre?

—Emma —jadeé.

Maddox sonrió con malicia y volvió a besarme. O quizá “devorarme” describiría mejor la acción. Me mordisqueaba suavemente el labio inferior para luego pasar la lengua por aquel mismo lugar, haciéndome gemir. Sus manos se enredaron en mi cabello, tirando un poco de él, lo suficiente para

sentir una pequeña presión, pero no tanto como para que me doliera.

Podría asegurar, sin temor a equivocarme, que cada beso era mejor.

Él se apartó de nuevo.

—¿Cómo te llamas?

Fruncí el ceño.

—E... ¿Emma?

—Casi estamos ahí —gruñó él.

Esa vez el beso me hizo estallar en llamas. Sentía fuego en todo mi cuerpo y me aferré a él como un animal salvaje, intentando desabrocharle los botones de la camisa. Él se apartó lo suficiente como para abrírsele de un tirón. Sí, la desgarró por completo. Y fue muy sexy.

Tiró la prenda al suelo sin importarle lo más mínimo haber roto lo que parecía una carísima camisa de vestir.

Cuando nuestros labios volvieron a colisionar, a mí también dejó de importarme.

Deslicé mis dedos por sus abdominales, preguntándome cómo sería sentirlos contra mi piel desnuda.

Él me cogió de la nuca. Sus labios cayeron sobre los míos. Dejé escapar un pequeño jadeo ante aquella sensación y le rodeé la cintura con las piernas.

Sus labios se movían lentamente contra los míos, sin prisa, pero con la misma pasión que había exudado momentos antes. Había algo infinitamente mejor en aquel beso, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Se separó de mi boca y noté que su pecho subía y bajaba con cada respiración.

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé —jadeé—, ni me importa.

Él sonrió, orgulloso de haber ganado.

—No hace falta que me lo restriegues —advertí.

—Deja que me recree en mi victoria —se rio, demasiado satisfecho de sí mismo.

Sacudí la cabeza. Me dolía el cuerpo de ganas de acercarme al suyo.

—Cállate y bésame.

Por suerte no discutió conmigo. Al fin y al cabo era mi cumpleaños y tenía que obedecer todos mis deseos, ¿verdad?

Sus dedos se deslizaron por mi costado, encendiendo mi piel. Me cogió el muslo con la mano, estrechándome aún más contra él. Jadeé contra sus labios cuando se apretó contra mí.

Depositó tiernos besos en mi cuello y mi cuerpo se arqueó sobre los almohadones.

—Maddox —jadeé.

—¿Qué? —Su voz sonaba igualmente entrecortada—. Dime qué quieres —murmuró, atrapando mi labio inferior entre sus dientes para luego soltarlo.

Cerré los ojos y tragué saliva.

—Mírame —rugió por lo bajo, cogiéndome por la barbilla—. Dime qué quieres.

El intenso deseo de sus ojos me hizo estremecer. Estaba segura de que los míos reflejaban exactamente lo mismo.

—Tú —gemí—. Te quiero a ti.

Maddox apoyó su cabeza en mi pecho, en el lugar donde mi corazón latía enloquecido.

—¿Estás segura? —preguntó

Mi corazón se aceleró y él sonrió.

—Segurísima —afirmé.

Se alzó ligeramente para mirarme. Le devolví la mirada, negándome a apartar la vista.

Lo que fuera que vio en mis ojos debió de ser suficiente para él, porque asintió y volvió a besarme.

Me quitó el vestido lentamente, como si estuviera desenvolviendo un regalo y quisiera saborear cada momento del proceso. En cuanto lo hubo hecho, sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, deteniéndose en el conjunto de sujetador y braguitas que llevaba. En aquel momento di gracias a Dios por contar con Sadie.

—Eres preciosa —susurró alzando los ojos hacia mí—, y te quiero.

Le rodeé el cuello con los brazos y le hice descender sobre mí para susurrarle al oído:

—Demuéstramelo.

Nuestros labios se unieron de nuevo y el resto de nuestra ropa comenzó a desaparecer.

Justo allí, bajo aquel fuerte hecho de sábanas y a la tenue luz de aquellas luces de estrella, Maddox me hizo el amor.

Y no podría haber sido más perfecto.

22

Lo primero que pensé al despertar fue: Tío, el pecho de Maddox sí que es una buena almohada.

Sonreí, abriendo lentamente los ojos con un parpadeo. Él ya estaba despierto, pasando sus dedos por entre mi enredado cabello.

—Buenos días —sonrió, besándome la punta de la nariz.

—Mmm... —murmuré, disfrutando de la sensación de sus dedos recorriendo la piel desnuda de mi espalda—. Buenos días.

Me acurruqué aún más cerca de él, pegándome a su costado. No quería moverme jamás de aquel lugar entre sus brazos. En serio, habría sido feliz quedándome allí eternamente, siempre y cuando alguien nos trajera comida. Quizá pudiésemos convencer a Mathias para que fuese nuestro mayordomo... aunque probablemente intentaría matarnos mientras dormíamos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Maddox, cogiéndome la barbilla entre sus dedos e inclinándome la cabeza para mirarme a los ojos.

Estiré mis músculos agarrotados y pasé revista a mi cuerpo para saber cómo estaba. No me sentía profundamente cambiada ni como si hubiese vivido algún tipo de despertar. Aún me sentía yo misma, solo un poquito dolorida, pero feliz y enamorada.

—Increíble. —Era la verdad más absoluta.

—Bien —rozó mi frente con la suya y su flequillo me hizo cosquillas—. Temía haberte hecho daño.

Sacudí la cabeza con rapidez.

—No, no. Fue todo perfecto —«Porque te quiero», querría haber añadido.

Maddox había sido amable y delicado conmigo, mostrando una paciencia infinita. La pasada noche había sido mucho más de lo que esperaba de mi primera vez. No es que hubiera pensado en ello muy a menudo, pero cuando lo hacía lo imaginaba como algo oscuro e incómodo y la peor experiencia del mundo. Pero con Maddox todo había sido distinto, y sabía que era porque nos amábamos de verdad. Aquel hecho lo cambiaba todo.

Puse mi mano abierta sobre su pecho y después empecé a trazar dibujos sobre su piel. Sabía que, por mucho que deseara permanecer en nuestro fuerte

para siempre, al final tendría que ir a casa. Si mi madre hubiera notado que no había pasado la noche en casa ya se habría presentado en casa de Maddox para derribar la puerta a golpes. Puede que fuera más permisiva que otras madres, pero seguía siendo una madre, por lo que sabía que no le entusiasmaría enterarse de que había pasado la noche con Maddox. Y probablemente le daría un ataque si supiera lo que habíamos hecho. Sí, los padres probablemente sepan (vale, lo saben seguro) lo que hacen la mayoría de adolescentes, pero eso no significa que quieran que se lo restrieguen por la cara.

—Supongo que debería ir a casa —susurré, casi temiendo pronunciar las palabras en voz alta.

Maddox me apretó la mano, la misma que había estado recorriendo su estómago, y entrelazó sus dedos con los míos.

—Tienes razón. —Me desinflé ante sus palabras, por mucho que me estuviera dando la razón—. Pero antes, te voy a preparar el desayuno.

—¿Podemos prepararlo juntos? —pregunté.

Él se rio, y el sonido retumbó en su pecho, contra el que tenía apoyada mi oreja. El firme *bum, bum, bum* de su corazón se estaba convirtiendo en mi sonido favorito en el mundo entero. Era como una batería tocando solo para mí.

—Podemos hacer lo que te apetezca. —Se sentó, y la sábana cayó alrededor de su cintura. Sus ojos me recorrieron el cuerpo descaradamente. El rubor amenazaba con cubrir toda mi piel, pero lo ignoré. Sus labios se curvaron en una sonrisa y se inclinó hacia mí—. Te quiero, Em. —Presionó sus labios suavemente contra los míos. Estaba empezando a creer que aquellos besos me gustaban más incluso que los de tornillo. Había algo en los besos más dulces que me hacía sentir incluso más amada y deseada.

Enredé mis dedos en sus cabellos para mantenerlo pegado a mí un poco más.

—Yo también te quiero —susurré contra sus labios.

Sonrió ampliamente. Me pregunté si alguna vez nos cansaríamos del impacto de aquellas palabras.

Se puso en pie, sacando un par de bóxeres y unos tejanos de un cajón. Se dejó el cinturón desabrochado y optó por no ponerse camiseta, cosa que permitió que mis ojos devoraran su perfectamente esculpido pecho y brazos... y de verdad que esta vez esperaba no tropezar contra otra puerta. Aunque no había ninguna cerca, así que era más fácil que se me derrumbara

el fuerte encima.

La sola idea hizo que saliera de allí debajo en dirección al centro del dormitorio. Mantuve la sábana alrededor de mi cuerpo mientras gateaba de un lado a otro en busca de mi ropa.

Maddox estaba de pie mirándome con los brazos cruzados y una sonrisa asombrada en los labios.

—¿Qué estás haciendo?

—Busco mi ropa. —En serio, ¿dónde estaba? Prácticamente me la había arrancado como un loco, así que sabía que tenían que andar por el suelo, en alguna parte. Jesús, ¿es que las había lanzado tan lejos que habían ido a parar a otra dimensión o algo así?

—Esto... Em. —Se arrodilló a mi lado y yo dejé de buscar—. Están justo ahí —y señaló hacia su cama, donde estaba mi ropa perfectamente doblada.

—¿Cómo han llegado ahí? —pregunté.

—Los duendes del hogar —contestó con una risita. Y poniéndose serio, añadió—: Los he recogido antes.

—¿Cuánto llevas despierto? —pregunté.

—Quería cerrar la puerta con llave por si aparecía Mathias. —Se encogió de hombros—. No es que suela colarse en mi habitación, pero siempre hay una primera vez para todo y no quería que te viera. —Sus ojos se oscurecieron con posesividad—. Así que ya que estaba en pie, recogí tu ropa.

—Bueno... pues gracias —sonreí. La cogí y vi que me estaba mirando—. No mires —gruñí.

Él me dedicó media sonrisa, inclinando la cabeza.

—Ya he visto todo lo que había que ver, Em, así que ahora no te me pongas tímida. Además, tú me has visto vestirme —y me guiñó un ojo.

Maldito fuera.

Mascullé entre dientes mientras dejaba caer la sábana. Sabía que estaba siendo tonta, pero era diferente estar allí de pie frente a él, desnuda, que lo que habíamos hecho la noche anterior. Aquello había sucedido en el calor del momento, pero ahora solo éramos... nosotros.

El corazón me latía tan fuerte que estaba segura de que él podía verlo a través de mi piel.

Me vestí tan rápido como pude pero sin darle nunca la espalda.

Cuando por fin estuve vestida me cogió por la cintura y me besó apasionadamente, haciendo que la cabeza me diera vueltas. Por un momento

me olvidé de respirar, así que cuando me soltó acabé jadeando en busca de aire como si hubiese corrido una maratón.

Él sonrió con picardía, visiblemente complacido con sus habilidades para besar. Se volvió y abrió con llave la habitación. Lo seguí escaleras abajo, aún flotando. Estaba convencida de que aquel beso había matado varias de mis neuronas.

Encendió las luces y parpadeé varias veces ante la repentina luminosidad.

—¿Qué te apetece? —me preguntó mientras abría la nevera—. Tenemos... a ver... huevos... cereales... básicamente podemos hacer un buen desayuno.

—Pues hagamos huevos revueltos. —Alargué la mano para coger el cartón de huevos—. ¿Tienes pan? Podríamos hacer tostadas también.

—Ah... No —frunció el ceño—. Pero iré a buscar. Vuelvo enseguida.

Me besó la mejilla rápidamente al pasar, casi como si fuera un gesto automático.

Mientras él estaba fuera yo comencé a preparar los huevos.

—¿Qué coño estás haciendo? —explotó una voz.

Di un salto y solté un gritito. El cuenco con los huevos que estaba batiendo casi escapó de mis manos, pero conseguí atraparlo y evitar el desastre. Me volví para enfrentarme a Mathias.

—Haciendo el desayuno, como es evidente.

—Hostia, Emma, lo siento. —Cerró los ojos con fuerza y parecía estar arrepentido de verdad—. Pensé que eras otra persona.

—¿Y quién creías que era? —pregunté con el ceño fruncido.

—Pensé que a lo peor me había traído a alguna chica anoche que no había captado la indirecta de que tenía que largarse —bostezó apartando uno de los taburetes.

Le miré mientras procesaba sus palabras.

—¿Creías que podías haber traído a una chica? ¿Significa eso que ni siquiera lo recuerdas?

—Por Dios, deja de gritarme, coño —gimió, poniéndose el canto de la mano contra los ojos.

—No estoy gritando. —Le miré fijamente. El inconfundible hedor del alcohol emanaba de su aliento, trayéndome recuerdos de mi padre.

Gimió de nuevo, apoyando la cabeza contra la fría encimera.

—Creo que bebí demasiado.

—¿Solo lo crees?

—¿Me pasas una botella de agua? —preguntó—. ¿Por favor? —añadió, su expresión más suave y su voz menos gruñona.

—Solo porque me lo has pedido sin palabrotas —suspiré mientras abría la nevera. Deslicé una de las botellas por la encimera en su dirección.

—Gracias —me dedicó una sonrisa agradecida.

Maddox volvió con el pan y Mathias se encogió cuando cerró la puerta de un portazo.

—Me sorprende verte ya despierto —le dijo Maddox a su hermano al pasar—. Pensé que habías olvidado lo que es despertarse por la mañana como un ser humano normal.

Los ojos grises de Mathias brillaron con rabia.

—Y si no soy un humano normal, ¿qué coño soy?

—Un capullo —replicó Maddox con tranquilidad.

—Que te jodan —le desdeñó Mathias—. Y yo que pensaba que si por fin follabas serías más divertido... —y cabeceó en mi dirección.

Maddox apretó la mandíbula con rabia y cerró los puños.

Mis mejillas enrojecieron y el cuenco de huevos batidos se me escapó de las manos, esta vez por la sorpresa. La viscosa masa me salpicó las piernas y me encogí de asco.

Maddox sacudió la cabeza con fiereza.

—No hables de ella como si fuera una cualquiera.

—Pasando —Mathias se encogió de hombros, levantándose con su botella de agua y dirigiéndose hacia la escalera—. Era una puta broma, tío. Tal vez deberías relajarte un poco.

—No le ha hecho gracia a nadie —gruñó Maddox, pero a Mathias nunca parecían afectarle los enfados de su hermano.

—Hasta luego —dijo Mathias desapareciendo escaleras arriba y actuando como si no acabara de cabrear lo máximo a Maddox.

Maddox se volvió a mirarme y yo me apresuré a agacharme y recoger el cuenco.

—Lo siento, no quería tirarlo...

Él me lo quitó de las manos y lo tiró al fregadero.

—No me importa el cuenco, me importas tú. ¿Estás bien?

—Sí. —Me encogí de hombros, desviando la vista de sus ojos al suelo.

—Habla conmigo, Em. —Me cogió de la barbilla, forzándome a mirarle—. Dime qué está pasando en esa preciosa cabecita tuya.

No quería confesar mis miedos en voz alta porque no quería ni pensar en la posibilidad de que pudiera ser verdad, pero Mathias ya había sembrado las dudas en mi mente.

Me removí, incómoda, mirando al techo y murmuré:

—¿Solo buscabas sexo conmigo?

Él me soltó la barbilla como si le hubiera quemado.

—Dios, no. Em, no puedo creer que hayas pensado en eso siquiera —y se pasó los dedos por el cabello, herido.

Me encogí de hombros.

—No lo pensaba, no hasta que...

—Hasta que el capullo de mi hermano abrió la boca. —Dejó escapar un pesado suspiro—. Le quiero más de lo que podría describir, pero siempre tiene que cruzar la línea. Solo está amargado porque no tiene lo que tenemos nosotros. —Me envolvió con sus brazos, estrechándome contra su pecho.

Le rodeé con mis brazos, devolviéndole el gesto.

—Espero que lo encuentre algún día —susurré, y lo decía en serio.

—Yo también —asintió él—. Pero me temo que ese día nunca llegará.

Maddox me llevó a casa y se quedó lo suficiente para ayudarme a preparar un sitio para la jaula de Apúa e instalarlo en su nueva casa, es decir, mi dormitorio. El erizo era pequeñísimo y mono, incluso más que Sonic... pero claro, yo no era imparcial.

Después me tumbé en mi casa, mirando al techo con una sonrisa tonta en la cara. La noche anterior había sido un sueño, aunque mis doloridos músculos dijeran que había sido real.

Parecía tan increíble... todo aquel verano lo estaba siendo.

Recordé cómo me había pegado a Maddox, pidiéndole que me besara después y consolidando nuestra relación.

Había empezado el verano sin planes, y a dos semanas de volver al instituto ya podía asegurar que había tenido el mejor verano de mi vida.

Maddox y nuestras aventuras habían sido algo totalmente inesperado, pero también lo mejor que me había pasado.

Aún incapaz de borrar la tonta sonrisa de mi cara me encaminé al baño para ducharme. Como planeaba quedarme en casa la mayor parte del día me vestí con un par de shorts de algodón gris y una camiseta blanca con el

desteñido dibujo de una mariposa delante.

Entré descalza en la cocina para hacerme un té, planeando usar la taza que me había regalado Maddox... y oí que algo se caía en el garaje.

Abrí la puerta y asomé la cabeza.

—¿Mamá? —llamé—. ¿Va todo bien?

—Sí —respondió ella—, solo me he cortado. ¿Me puedes traer una tirita?

—Claro.

Recorrí el pasillo hasta el baño y cogí una tirita de Hello Kitty, las únicas que teníamos.

El timbre de la puerta sonó y oí a mi madre decir “¡Yo abro!” justo cuando cerraba la puerta del botiquín.

Volví a la cocina para encontrar a Sadie de pie junto a mi madre.

—Hola —sonreí a mi mejor amiga. Saqué la tirita y mi madre me tendió la palma de la mano para que le cubriera el corte—. No creo que vaya a aguantarte mucho —le advertí.

—No importa —murmuró ella, volviendo a su estudio.

Tendría que controlarle el corte. Una vez necesitaba que le pusieran cinco puntos y ella insistía en que estaba bien. Acabó con una infección.

—Tenemos que hablar. *Ahora* —siseó Sadie, agarrándome de la mano. Me arrastró hasta mi dormitorio y cerró de un portazo. Yo no me había fijado antes, pero Sadie estaba lívida. No podía entender de dónde provenía aquella repentina furia. ¿Qué habría hecho yo?—. Siéntate. —Me señaló la cama y de pronto me sentí a punto de ser interrogada.

Entonces puso un ejemplar de la revista *US Weekly* en mis manos.

Con los brazos en jarras, Sadie me miró fijamente.

—Estoy tan enfadada ahora mismo que ni siquiera puedo pensar. No me puedo creer que me hayas ocultado algo así. ¡Pensé que eras mi mejor amiga! ¡Y ahora me siento como si yo ni siquiera te importara! —comenzó a gritar, temblando de la rabia—. ¡Se supone que nos lo tenemos que contar todo, y tú me has ocultado este gran secreto! Eso duele, Emma, de verdad.

Frunció el ceño, con lágrimas asomando entre sus pestañas. Estaba realmente disgustada, pero no tenía ni idea de qué me estaba acusando y qué tenía que ver la revista en todo aquello.

—Me he perdido —le dije con sinceridad.

Ella resopló y me retiró la mirada.

—Emma, estás saliendo con *Maddox Wade*.

—¿Cómo sabes su nombre? —dije con el ceño fruncido.

Sabía que nunca se lo había dicho, siempre había evitado el tema. Sí, había sido un acto egoísta por mi parte, y estaba dispuesta a asumir las consecuencias, pero aún creía que estaba haciendo una montaña de un grano de arena. ¿Que no le había dicho su nombre? ¿Y? Ella ya sabía que estaba saliendo con alguien y había comprendido que no quisiera hablar de ello. ¿A qué venía aquel repentino cambio de opinión?

Me miró como si yo fuera estúpida.

—Es el puto Maddox Wade.

—Sí —asentí—, ese es su nombre. Pero no sé por qué importa tanto su nombre. Ahora mismo estoy alucinando. —También empezaba a asustarme. ¿Adónde demonios quería llegar?

—Oh, Dios mío —Sadie ahogó una exclamación y se tapó la boca con una mano. Una sola lágrima se deslizó por su mejilla—. No lo sabes, ¿verdad?

—¿Saber el qué? —siseé entre dientes, urgiéndola a ir al grano—. ¿Y por qué me has dado esto? —y agité la revista en el aire.

—Ve a la página catorce. —Se sentó y me la quitó de las manos antes de que pudiera siquiera abrirla. Cuando llegó a la página correcta me la devolvió—. Ahí —señaló—. Mira.

Entrecerré los ojos ante la fotografía desenfocada.

—¿Qué demonios...? —jadeé y el estómago me dio un vuelco.

La fotografía era granulada, como si la hubiesen hecho con un móvil y desde bastante lejos, pero cualquiera podía ver que era yo, si es que me conocían, claro, y salía con Maddox. Yo tenía el rostro alzado hacia él, que me miraba desde su altura, y ambos sonreíamos. Llevaba sus baquetas en el bolsillo trasero y por la ropa que vestíamos supe que era del día que habíamos cantado en Griffin's.

—Léelo. —Sadie señaló el titular.

Mis ojos se apartaron de la foto para leer:

Maddox Wade, del grupo Willow Creek, ha sido visto en compañía de una joven no identificada que creemos es su novia. Los dos fueron vistos juntos en una cafetería de la ciudad natal de Maddox. Según nuestras fuentes, la pareja incluso cantó un nuevo tema original. Parece que el amor está en el aire. ¿Qué chico de Willow Creek será el siguiente?

Dejé caer la revista y me abracé el estómago.

—Voy a vomitar. —Me tapé la boca con una mano y corrí al baño.

El pánico recorría mis venas, ahogándome. Aquello no podía ser real.
Por favor, no dejes que sea real.

Pero tenía que serlo: la prueba estaba en una maldita revista.

—¡Emma! —gritó Sadie corriendo tras de mí. Me recogió el cabello mientras yo vomitaba sobre la taza del váter. Con la otra mano me acariciaba suavemente la espalda—. Pensé que lo sabías —sollozó—. Lo siento... Pensé que lo sabías —repitió.

Tiré de la cadena y me incorporé para lavarme los dientes. Las lágrimas me caían por las mejillas sin que pudiera hacer nada por detenerlas. Estaba tan llena de rabia que me sentía a punto de explotar.

Caminé, envarada, de vuelta a mi habitación y me senté en la cama. Me rodeé el cuerpo con los brazos, tratando de mantenerme entera. Aún no podía ni empezar a procesar todo aquello.

—¿No te lo dijo? —preguntó Sadie, aunque fuera innecesario.

—No —susurré—. No lo sabía. —Me tiré del pelo y grité—. ¡Dios, qué estúpida he sido! ¡Lo tenía justo delante y fui incapaz de verlo!

Sadie me alargó un pañuelo y lo usé para secarme la cara.

—Me siento tan idiota —sollocé.

—No puedes culparte, Emma —dijo Sadie con suavidad, sentándose a mi lado. Sus delgados brazos me rodearon los hombros—. Tú no escuchas ese tipo de música, ni lees revistas. Joder, si apenas ves la tele y ni siquiera tienes Facebook. Eres una especie de friki mutante.

Eso me arrancó una pequeña carcajada, pero en seguida volví a deprimirme.

—En serio, fui una estúpida. Toca la batería, tiene un montón de equipo musical... Sadie —chillé, apartándome de su abrazo mientras las lágrimas volvían a rodar por mis mejillas—. ¡Pero si me llevó a su sitio especial! ¿Y sabes cómo se llama?

—Ni idea —contestó con el ceño fruncido.

—Willow Creek.

—Vaya, joder... pues un poco idiota sí que eres —bromeó.

—Esto es una locura. —Me aparté el pelo de la frente y entonces empecé a mover los brazos—. Madre mía, qué calor.

—Te estás poniendo roja —indicó Sadie.

Cada vez que me enfadaba era como si la temperatura me subiera dos o tres grados.

—No puedo creer que lo tuviera delante de mi cara todo el tiempo y no

lo viera. Sadie, estaba en el maldito coche con él y sus amigos cuando sonó una de sus canciones en la radio. Hice un comentario sobre que Willow Creek era de aquí y ninguno de ellos fue capaz de decírmelo. —Mi voz iba subiendo a medida que me enfadaba más y más—. Me siento tan utilizada... —Me hundí de hombros, derrotada—. ¿Qué he sido para él? ¿Su puto juguete?

Sadie se sobresaltó, porque yo apenas decía tacos o me enfadaba de aquel modo.

O sea, joder, mi novio era famoso. Era una locura. Cosas así no ocurren en la vida real. Era como si hubiese viajado a un universo alternativo.

—No lo sé —susurró Sadie.

—Me dijo que me quería. —Mi voz se rompió—. Y ahora todo me parece mentira.

Cada mirada.

Cada caricia.

Cada beso.

Ahora todo parecía sucio.

—Tuvimos sexo —siseé—, y probablemente ahora esté fanfarroneando sobre cómo consiguió follarme y joderme la vida, porque soy la idiota niñita inocente que ni siquiera sabe que es un puto famoso —chillé con los puños apretados. Me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta dejar marca.

—Emma... —Sadie me miró con tristeza, realmente arrepentida de haberme soltado la noticia así—. ¿Qué vas a hacer?

Tomé aire, calmándome, y me cuadré de hombros.

—Lo que cualquier persona cuerda haría... Voy a cortarle las pelotas y a dárselas de comer a su erizo.

Sadie se enderezó con una sonrisa endiablada.

—Te ayudaré.

Cogí las llaves de mi coche de encima del tocador.

—Entonces, vamos.

23

—Venga, arranca —le supliqué a mi coche, girando la llave. Aquella vez, al quinto intento, el motor se puso en marcha.

—Tal vez deberíamos coger mi coche. —Sadie señaló a la calle mientras salíamos de mi entrada.

—Estoy pensando en atropellarle, y no creo que quieras sangre en tus ruedas.

—Tienes razón. —Miró hacia delante—. Lo siento muchísimo, Emma.

—No tienes que disculparte por nada. Tú has sido la única que me ha dicho la verdad, mientras que él me la ha ocultado, igual que Mathias, Ezra y Hayes. Y juro por Dios que como estén allí les arrearé a todos. —Desvié la vista hacia ella—. Recuérdame que le dé las gracias a tu hermano por enseñarme a dar puñetazos como Dios manda.

Ella ignoró el comentario.

—Espera. —Se agarró al cinturón—. ¿Me estás diciendo que los has conocido a todos?

—Sí —rugí—, a todos esos mentirosos, inútiles pedazos de mierda.

—¿Ezra está tan bueno como parece en las fotos? —me preguntó con aire soñador—. Con ese pelo negro ondulado... Dios, quiero pasar los dedos por esas ondas.

—Eh, eh, eh —chillé—. ¿De qué parte estás tú?

—De la tuya, por supuesto. No era más que una pregunta inocente...

Sacudí la cabeza y me concentré en la carretera.

Mi rabia iba creciendo por segundos, pero debajo de ella me sentía herida. Quería a Maddox y había confiado en él, y eso era lo que más me dolía, el hecho de que esos dos sentimientos me habían cegado tanto que había sido incapaz de ver la verdad cuando esta me había mirado directamente a los ojos. La gente tiene razón al decir que el amor nos vuelve ciegos.

Me pareció que tardábamos una hora en llegar a su casa, aunque sabía que habían sido solo minutos.

—Quédate aquí —le gruñí a Sadie.

—¿Y si necesitas refuerzos? —preguntó—. Tengo espray de pimienta.

Me detuve con la mano en la puerta.

—¿Tienes espray de pimienta?

—Mi madre me lo compró. Viene en bote con estampado de leopardo —y alzó con orgullo su llavero, de donde colgaba el bote.

Sacudí la cabeza, alucinada.

—Solo... quédate aquí de momento. —Cogí el maldito ejemplar de *US Weekly*, dispuesta a golpearle la cabeza con él.

—Vale —aceptó, y volvió a sentarse.

Cerré la puerta del coche de un portazo y de inmediato me arrepentí de pagar mi rabia con un objeto inanimado.

Fui directamente a la casa de invitados, y en cuanto abrí la puerta la música me golpeó. Los cuatro chicos estaban inmersos en su mundo y ni me vieron.

Un grito salió de mi garganta mientras atravesaba la sala. Vi un par de baquetas sobre el escritorio y las cogí con mi mano libre, lanzándoselas a Maddox con más fuerza de la que creía tener. Le golpearon directamente en la frente y rebotaron hasta el suelo.

La música se detuvo y todos los chicos se volvieron a mirar a Maddox, que había dejado de tocar. Tenía una mano en la frente y se había doblado de dolor. Alzó la vista y, cuando me vio, se quedó pálido.

—Emma, puedo explicarlo...

—¿Explicar el qué? —Abrí los brazos—. ¿Que me has mentido? ¿Que me has usado? ¿Que te has estado riendo de mí a mis espaldas? ¿Acaso te he importado lo más mínimo?

—Emma... —Se puso en pie a toda prisa, tirando la banqueta al suelo—. Te quiero. Déjalo ya.

—¿Que deje el qué? ¿De gritarte? ¡Me has mentido, Maddox! —me señalé el pecho, respirando agitadamente. Las lágrimas acudieron de nuevo a mis ojos—. Nunca en mi vida me he sentido tan traicionada, ni siquiera cuando mi padre nos abandonó sin ni siquiera decir adiós.

Él se encogió ante mis palabras, el dolor reflejado en su cara.

—Nunca quise herirte...

—¡Pues lo has hecho! —grité—. ¡Incluso aunque esto no fuera más que un estúpido juego para ti, me tenías que haber dicho la verdad! —Me dolía el pecho y estaba apretando tan fuerte la revista que se empezaba a arrugar. Él se me acercó y yo le lancé la revista a la cara. Maddox la atrapó pero ni la miró—. No era así como merecía descubrirlo. —Mi voz bajó y mis ganas de

pelear desaparecieron—. Soy un ser humano, tengo sentimientos, y ver la verdad en una revista no es justo —y se me quebró la voz.

—Chicos, ¿nos dejáis un momento? —preguntó Maddox.

Los tres chicos se encogieron de hombros y, tras murmurar algo, se fueron escaleras arriba.

En cuanto se marcharon, Maddox y yo nos quedamos de pie, uno frente al otro, sin decir ni una palabra.

—Nunca has sido un juego para mí —dijo él por fin, su voz apenas un susurro.

—Entonces ¿cómo llamarías a esto? —Abrí los brazos para abarcarlo todo—. Todo lo que ha habido entre nosotros es mentira.

Él se encogió como si mis palabras le hubiesen apuñalado.

—Por Dios, Emma —gruñó, el dolor reflejado en su semblante—. Eso no es verdad.

—¡Entonces dime cuál es la verdad! —Le clavé un dedo en el pecho, inclinándome hacia él.

Maddox apretó los dientes y su mandíbula se tensó.

—Quería conseguir algo por mí mismo, ¿vale? Porque soy un puto capullo egoísta. El año pasado, cuando la banda se hizo popular, fue una locura. Todo el mundo quiere algo de nosotros, y estaba cansado y harto de sentirme usado —casi escupió, y sus ojos brillaron con lágrimas contenidas—. Y entonces te conocí, y tú no sabías quién era y... y... volví a sentir que era yo mismo. Ya no era Maddox Wade, el batería de Willow Creek... era solo Maddox. Y lo necesitaba.

—¿Entonces, qué? ¿Solo te gusté porque no sabía quiénes erais? —Mis propias palabras me destrozaban por dentro.

—¡No! —gritó tirándose del pelo—. ¡Haces que suene peor de lo que es!

Me crispé de rabia.

—¿Yo lo hago peor de lo que es? —solté—. Tú has sido el que me ha ocultado su verdadera identidad. ¡Ni siquiera te conozco!

—Sí que me conoces. —Dio un par de pasos hacia mí, acortando la distancia entre nosotros. Me cogió la cara entre las manos y me encogí de miedo ante su contacto. Él dejó caer las manos al notarlo y sus ojos se llenaron de dolor—. Me conoces mejor que nadie, Em. —Su voz era suave, como suplicándome que le creyera—. He compartido contigo cosas que la mayoría de la gente no conoce de mí. Sé que ahora mismo no me creerás,

pero eres especial para mí, y te quiero. Y eso nunca ha sido mentira.

—Entonces ¿por qué no me dijiste la verdad? ¿Creías que me iba a importar? ¿Creías que me aprovecharía de ti?

—¡No! —gritó, elevando las manos al aire—. ¡Por el amor de Dios, no pensé eso ni por un momento! Es solo que... nunca me parecía el momento... —Tomó una profunda inspiración—. Estaba asustado —admitió. Comencé a replicar algo, pero él me cortó—. Estaba mortalmente asustado de que si sabías quién era, mi fama te apartaría de mí, y lo último que quiero es vivir sin ti, Emma.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas, pero me las secaba tan rápido como podía.

—Pues enhorabuena, Maddox —dije con desdén, buscando herirle tanto como él me había herido a mí—, porque a partir de ahora descubrirás lo que es vivir sin mí.

Y tras decirlo, di media vuelta y me dirigí a la puerta.

—¡Emma! —gritó a mi espalda—. ¡Para, por favor!

Lo hice. Mi cerebro me decía que siguiera, pero mi corazón me hizo quedarme.

Me volví lentamente a mirarle por encima del hombro. Él estaba allí de pie, con el dolor reflejado en sus ojos y los puños apretados. Su camiseta oscura moldeaba sus músculos tensos y parecía debatirse entre quedarse donde estaba o venir hacia mí.

Finalmente habló, con una voz suave y rota.

—Amarte es mi mayor aventura. Nada más importa sin ti.

—Entonces supongo que vas a tener una vida muy vacía.

—¡Emma! —exclamó de nuevo, avanzando hacia mí.

—¡No me sigas! —le detuve a gritos—. ¡No tienes derecho a seguirme! ¡Déjame en paz! ¡Ya me has hecho suficiente daño! Si me sigues... ¡secuestraré a tu erizo! —Sí, aquello sonaba como una gran amenaza.

—Emma... —se le rompió la voz—. No hagas esto.

Cayó de rodillas y yo cerré los ojos, con el corazón partido en dos. Nunca antes había experimentado un dolor semejante y en aquel momento juré que jamás volvería a pasar por aquello.

—Demasiado tarde.

Salí por la puerta, y justo antes de cerrarla le oí gritar mi nombre otra vez y a los chicos bajar las escaleras.

Corrí hasta mi coche y arranqué a toda velocidad por si acaso se le

ocurría seguirme.

Sadie permaneció en silencio, dejándome llorar.

A mitad de camino las lágrimas me impidieron seguir conduciendo. Aparqué en el arcén y puse las manos sobre el volante. Tenía la cara empapada de tanto llorar.

—¿Por qué duele tanto? —sollocé con todo el cuerpo temblando.

—Porque le quieres —susurró Sadie.

Sus palabras me hicieron llorar aún más.

Le quería. Muchísimo. Aquello no era justo: tenía derecho a saber la verdad desde el principio y él me lo había denegado. Tal vez tuviera razón, tal vez le hubiese apartado, pero no me dio la oportunidad de descubrirlo. Y ahora había traicionado mi confianza, y eso era lo que más dolía. Yo se lo había dado todo y él solo me había entregado, a cambio, la mitad de quien era.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Sadie con suavidad.

Asentí.

—¿Y podemos ir a tu casa... solo por si...?

Ella ni siquiera necesitó oír la frase entera.

—Claro.

—Gracias —la abracé, mojando su camiseta con mis lágrimas—, de verdad que eres la mejor amiga del mundo entero.

—¿Y ahora te das cuenta? —se rio—. Debería sentirme ofendida.

—No, siempre lo he sabido —le aseguré.

Ella me soltó, dedicándome una mirada seria.

—Sé que ahora no lo parece, pero estarás bien. No hoy, y probablemente tampoco mañana, o la semana que viene. Pero un día estarás bien.

—Gracias. —Forcé una sonrisa, pero acabó convirtiéndose en una mueca cuando las lágrimas regresaron.

Obligué a mi cuerpo lívido a salir del coche y Sadie y yo cambiamos de asiento.

Apoyé la cabeza en la ventanilla y cerré los ojos, pero la oscuridad no me recibió. En su lugar, vi a Maddox cayendo de rodillas y gritando mi nombre, y mi corazón se rompió aún más.

Sabía que Sadie se equivocaba. No iba a superar aquello.

Maddox me había destrozado.

24

—Toma —Sadie me alargó un cuenco de sopa—, tienes que comer algo.

Sacudí la cabeza, enterrándome aún más bajo el edredón de su cama.

—No tengo hambre.

—Llevas dos días sin comer. Por favor... —Alzó la cuchara—. Me tienes preocupada.

Tenía la frente arrugada y los labios curvados hacia abajo en una mueca.

—Lo intentaré —acepté, solo porque me sentía fatal por preocuparla. Me senté, con las sábanas en el regazo. Sadie trató de darme de comer, pero la detuve con una mirada—. Puedo hacerlo yo sola.

—Vale. —Me dio el cuenco y la cuchara—. Es sopa de pollo y fideos casera.

Sabía que Sadie no la había preparado, lo que significaba que...

—¿Se lo has contado a tu madre?

Ella sonrió, avergonzada.

—Bueno, tuve que hacerlo. Quería saber qué hacías encerrada en mi habitación llorando sin parar.

—¿Tan mal he estado? —pregunté, soplando sobre la sopa caliente.

Sadie me dedicó una mirada tipo “¿estás de coña?”.

—Sí, tan mal.

—Lo siento —suspiré.

Aquellos dos días habían sido un infierno. Echaba de menos a Maddox más de lo que podía describir. Mi corazón sangraba por él. Jamás había experimentado un dolor como aquel, uno que parecía querer desgarrarte las entrañas.

Mis sentimientos estaban desatados.

Le amaba.

Le odiaba.

Le echaba de menos.

Todo era absurdo y estaba más que enfadada. No me podía creer que me hubiese ocultado algo así. Si realmente me amaba como decía tendría que habérmelo contado, ¿no?

Sadie frunció el ceño y apartó la vista. Su postura me dijo que estaba a

punto de decirme algo que no me iba a gustar. Volvió a mirarme.

—¿No puedes perdonarle?

Le lancé una mirada de asombro.

—Es que parece herido y arrepentido de haberlo mantenido en secreto. —Me miró con tristeza—. Tu madre dice que ha estado pasando varias veces al día por tu casa para verte.

—Y eso prueba de que debo quedarme aquí. —Fruncí el ceño—. Me mintió, Sadie, y sobre algo muy grande, además. No es como si me hubiese dicho que había sacado la basura y no lo hubiese hecho. Esto es... vamos, ¡pero si es famoso!

—¿Y? —Se encogió de hombros—. Él te quiere.

Estuve tentada a tirarle la sopa por encima.

—¿Qué te ha pasado? Estabas tan enfadada como yo —siseé—. Además, el amor no lo arregla todo.

—Bueno... —sonrió con timidez—. Hablé con él. Y también con Ezra. Estaban en tu casa cuando fui a recoger tu ropa. Aunque no la hayas usado. —Arrugó la nariz y señaló el pijama sucio que llevaba puesto.

—Estoy revolcándome en mi miseria y visto como quiero —bufé—. Esta habitación es una zona libre de juicios.

—Creo que olvidas que esta es mi habitación, por lo que puedo mangonearte. Acaba de comer. —Me palmeó una pierna—. Y luego cámbiate, porfa. Estoy hasta de verte tan triste, y quizá una ducha te reviva un poco.

Odiaba tener que decírselo, pero nada iba a hacer que me sintiera mejor.

—Sí, claro —acepté.

—Volveré en quince minutos —me avisé, lanzándome una mirada mientras se dirigía a la puerta—, y si para entonces no estás en la ducha, te meteré yo misma.

—Oído cocina —murmuré. Me detuve y ladeé la cabeza—. Creo que tal vez debería volver a casa.

Se detuvo bajo el dintel de la puerta.

—¿Estás lista para eso?

—Puede que él aparezca por allí —dije frunciendo el ceño—, pero no tengo por qué verle. Tampoco puedo ocultarme de por vida en tu habitación. Tengo que enfrentarme a ello. —Mis palabras sonaron más fuertes de lo que yo me sentía.

Ella se apoyó en el marco de madera y me miró con tristeza.

—De verdad creo que deberías hablar con él.

—No —siseé. Y el veneno en mi tono de voz sorprendió a Sadie.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Y de verdad puedes culparle por mantener su identidad en secreto? El chico merece a alguien que le quiera por quien es, y no por lo que hace. Eso es todo lo que él quería, Emma.

—Para ya —le advertí—. No quiero oírlo.

Necesitaba que mi mejor amiga estuviera de mi lado, y era evidente que no era así.

—No quieres oírlo porque sabes que tengo razón.

Cogí una almohada y se la lancé, pero ya se había ido y cayó de forma patética al suelo tras chocar contra la puerta cerrada.

Comencé a llorar de nuevo, que era lo único que parecía hacer últimamente, e intenté acabarme la sopa. Pero no pude. No quería comer nada. Me sentía miserable y sabía que la única forma de superar aquello era perdonarle, pero su traición era muy profunda y no sabía si podría hacerlo.

—Estaba empezando a pensar que ya no tenía hija —dijo mi madre al entrar en mi habitación con una taza de té para mí. Por suerte no usó la taza que Maddox me había regalado.

—Ja, ja, ja —me burlé.

Cogí el té, lo puse en la mesa y abrí la jaula para ver cómo estaba Apúa. Mi madre había recibido instrucciones para cuidar de él los últimos días. Me sentía fatal por eso, pero había necesitado alejarme.

—¿Qué ha pasado exactamente? —Mi madre se sentó al pie de la cama—. Maddox me contó su versión de la historia, y ahora quiero oír la tuya.

Yo también me senté en cuanto estuve segura de que Apúa seguía vivo, y mamá empezó a trenzarme el cabello como solía hacer cuando era pequeña.

Odiaba que hubiese hablado con Maddox. Deseé que se mantuviera alejado. Cuando me mintió perdió el derecho a preocuparse por mí.

Aunque aquello era lo último de lo que quería hablar, comencé desde el principio, contándoselo todo... vale, quizá no *todo*, pero sí lo suficiente. Ella me escuchó, asintiendo y haciendo comentarios de vez en cuando.

Al terminar, se puso en pie y se encaminó a la puerta.

—No me dirás que tengo que perdonarle, ¿verdad? —pregunté, sorprendida por la pasión en mi tono.

—Emmie... —Se detuvo en la puerta—. ¿Que si creo que deberías perdonarle? Sí, lo creo, pero no soy yo quien debe tomar esa decisión. Tú —me señaló—, debes tomarla. Perdonarle o no es tu prerrogativa. —Se encogió de hombros—. Yo te apoyaré decidas lo que decidas.

—Pues menudo asco —murmuré, estrechando una almohada contra mi pecho.

Ella soltó una pequeña carcajada.

—El amor nunca es fácil, Emmie. De hecho, puede llegar a ser imposible. Pero siempre vale la pena luchar por él... si es el amor apropiado.

Dejé escapar un tembloroso suspiro.

—Pues yo creo que jamás podré superar algo así.

—Es tu elección. —Se encogió de hombros—. O le amas lo suficiente como para luchar contra tu dolor, o le dejas ir.

—Confíe en él, mamá, y él rompió esa confianza como si no valiera nada —mi labio inferior empezó a temblar.

Ella volvió a entrar en la habitación y se sentó en la cama de nuevo para abrazarme con fuerza.

—Cariño, creo que olvidas que Maddox no es más que un chico. Es joven e impulsivo. Él creía estar haciendo lo correcto, para él y para ti. No había nada malicioso en su engaño. ¿Puedes culparlo?

Sadie me había preguntado exactamente lo mismo.

—No lo sé. —Se me quebró la voz. Estaba demasiado afectada para pensar con claridad y todo cuando quería hacer era odiarlo, pero nadie parecía dispuesto a dejarme hacerlo.

—Solo piénsalo bien —dijo mi madre soltando un pequeño suspiro.

Gemí, dejándome caer de espaldas en el colchón. Quería patalear, gritar y llorar, pero ya había hecho todas aquellas cosas y no había servido de nada.

Lo amaba tanto que una enorme parte de mí quería ir a su encuentro, correr a sus brazos y suplicarle que nunca me soltara. Pero no podía. No ahora, quizá nunca.

Con sinceridad, no podía imaginar mi vida sin Maddox, pero era lo suficientemente madura para saber que la vida sigue, y aquello no era el final.

Y, pese a todo, me sentía como si lo fuese.

Me cubrí la cara con las manos y gemí. ¿Por qué se había complicado todo tanto?

¿Por qué tenía que llevar todas mis emociones a flor de piel?

¿Por qué no podía hallar una respuesta clara en mi mente?

¿Perdonarle o dejarle?

Pero ni siquiera era tan simple.

La vida rara vez tiende un sendero claro ante ti, y aquel era uno de esos instantes en los que el camino parecía desaparecer por completo... y yo no estaba segura de poder encontrarlo de nuevo.

25

Cinco días más tarde aún no había perdonado a Maddox.

Se había presentado muchas veces para hablar conmigo. Al principio me negué a verle. Una de las veces abrí la puerta, le grité y volví a cerrársela en la cara, segura de que después de semejante explosión me dejaría en paz.

No lo hizo.

¿Por qué?

Porque decía que me quería... y eso me desgarraba más que nada de lo que pudiera haber dicho, porque yo también le quería, pero estaba herida.

—Por favor, Emma —rogaba con ojos suplicantes—. Tienes que creerme, te quiero y nunca quise herirte. Todo esto se ha descontrolado. Por favor, solo escúchame.

—No quiero escuchar —gruñí.

Él apoyó todo su peso contra la puerta principal para que no pudiera cerrarla.

—Nunca quise herirte. Me enamoré de ti y se me hizo imposible contártelo.

—¿Imposible? —jadeé—. ¿Lo dices en serio?

—No quería decir eso. Yo... yo solo... nunca quise herirte.

—¡Deja de decir eso! —grité—. ¡Claro que me heriste!

Él bajó la cabeza y cuando volvió a mirarme sus ojos estaban teñidos de dolor.

—Lo siento tantísimo, Em. Sé que no me crees, pero lo siento. Siento muchísimo no habértelo contado. Nunca quise mantenerlo en secreto, pero cuando vi que no me reconocías, se hizo tan fácil fingir que mi otra vida no existía...

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Quería que se callara. No quería oír aquello.

—Maddox —mi voz se quebró—, necesito que te vayas. Por favor. No puedo pensar cuando estás cerca. Déjame respirar.

Él dio un paso atrás y yo cerré la puerta.

—Em, por favor —le oí decir a través de la puerta—. Por favor, perdóname.

Yo necesitaba tiempo y él no parecía entenderlo. Necesitaba la oportunidad de pensar y dejar pasar la rabia. No hacía más que recordarme a mí misma que Maddox no era mi padre. Maddox no me había abandonado. Me había mentido, y mentir era malo, pero no me había abandonado y sabía, en lo más profundo de mi corazón, que no había jugado conmigo, como al principio creí.

Pero no estaba preparada para correr a sus brazos y actuar como si nada hubiese pasado.

Aquello era grande.

Desde que descubrí la verdad pasé más tiempo que nunca viendo la tele y en mi ordenador. Y lo que averigüé de Willow Creek fue alucinante. Su EP había salido a la venta al comienzo del verano, tres de las canciones habían entrado en el Top 100 y una incluso iba camino de ser número uno. El nivel de emoción por su álbum de larga duración era una locura.

Estaba claro: los chicos de Willow Creek eran famosos. Lo que significaba que, si seguía con Maddox, sería expuesta a la opinión pública.

Diablos, ya lo había sido. Mi foto salía en *US Weekly*, y en *eOnline* habían publicado un artículo sobre Maddox y sobre mí, con mi nombre incluido. No tenía ni idea de cómo lo habían averiguado, pero le agradecía a todas las estrellas de la suerte que aún no se hubiese presentado nadie en mi jardín para tratar de sacarme una foto.

Eran demasiadas cosas que procesar.

El timbre de la puerta sonó por tercera vez aquel día y estuve tentada de lanzar la taza que tenía en la mano al suelo.

Ignoré el timbre, fui a mi habitación y cerré la puerta. Después de mi conversación del día anterior con él, no tenía ganas de volver a verle. Si no respetaba mis deseos de espacio, entonces le diría que me dejara en paz y que no quería volver a saber nada de él... que no podía perdonarle.

Mi corazón se encogió al pensarlo. El estúpido órgano aún lo añoraba.

Era de lo más molesto.

Todo lo que quería era poder pensar con claridad y racionalidad, pero no podía hacerlo si mi corazón quería otras cosas.

Y tal vez aquel fuera el problema, que el amor no es racional, solo es... amor.

—¡Emma! —me llamó mi madre.

Maldita sea, había abierto la puerta.

—¡Estoy ocupada limpiando mi habitación! —respondí. Era una

mentira patética, pero en ese momento no se me ocurrió nada mejor.

—¡Emma! —gritó de nuevo—. ¡Ven aquí!

Oh, no. Había usado su voz severa. Estaba en problemas.

Saqué a Apúa de su jaula y lo acuné. Supuse que si salía con un bebé de erizo en las manos tendría menos tentaciones de lanzarle algo a la cabeza a Maddox.

Recorrí el pasillo con los ojos fijos en el erizo que llevaba, haciéndole carantoñas. Cuando llegué a la sala de estar y alcé la vista di dos pasos atrás, asombrada al ver allí a Ezra, Mathias y Hayes.

—¿Qué estáis haciendo aquí, chicos? —pregunté, con una mano en la cadera y sosteniendo al erizo con la otra. Me sentía superada en número y a punto de recibir una intensa bronca. Genial. Empezaba a sentir que no tenía a nadie de mi lado, lo cual era muy injusto. Yo no había sido la que había mentido sobre quién era. Yo no había traicionado la confianza de nadie. Maddox lo había hecho. Pero todo el mundo parecía pensar que debía dejarlo pasar, como si nada hubiese sucedido.

¿Acaso no veían que estaba herida? Me sentía como si me hubiesen arrancado las entrañas. El chico del que me había enamorado había guardado un enorme secreto. Ya no era simplemente Maddox. También era el Maddox, de Willow Creek.

Mi novio era jodidamente famoso.

O exnovio.

Ya ni siquiera lo sabía lo que éramos. Todo era muy confuso, además de extenuante.

—Queremos hablar —dijo Mathias—. ¿Podemos sentarnos? —Señaló el sofá—. ¿O vas a arrearnos con una puta baqueta?

—¡Ese lenguaje! —le avisó mi madre mientras abandonaba la sala.

Suspiré.

—Fue en el calor del momento —me defendí. No me había disculpado con Maddox por eso cuando hablamos. Quería hacerlo, sobre todo después de ver el moratón de su frente, pero estaba demasiado enfadada para ser sensible.

Hoy ya no me sentía tan enfadada, más bien triste. Y vencida.

Y, francamente, estaba empezando a añorarle de verdad.

Estaba tan confusa... era como si mis emociones fueran una enorme madeja de lana enmarañada y no pudiera desenredar el ovillo. Cuanto más lo intentaba, más se enredaba.

—En realidad fue divertido —Hayes se rio mientras se sentaba. Pero incluso sentado, el tipo era un gigante.

Mathias le lanzó una mirada asesina.

—Podría haberle provocado una conmoción a mi hermano. No creo que eso sea divertido.

Los labios de Hayes se curvaron en una sonrisa y hasta yo tuve que sonreír. La fiera defensa de Mathias hacia su gemelo era realmente adorable... incluso aunque yo deseara estrangular al gemelo en cuestión.

Ezra se sentó entre los otros dos chicos. Se retiró su ondulado cabello negro de los ojos y les preguntó:

—¿Por qué no vamos al grano y le explicamos a qué hemos venido? ¿Os parece?

—Claro, claro —asintió Hayes.

—Él ha empezado —señaló Mathias como si tuviera cinco años.

Ezra sacudió la cabeza y suspiró. Mathias se volvió hacia mí, fulminándome con la mirada.

—Estamos aquí para comentar que le has roto el puto corazón a mi hermano.

—¡Eh! —grité, poniéndome a la defensiva—. ¡No fui yo la que mintió!

Apúa se hizo una bola en mis manos, nada complacido por mi súbita explosión.

—Vamos, vamos, vamos —Ezra alzó las manos para aplacar los ánimos—. No hemos venido a gritarte o a hacerte sentir mal. —Le lanzó una mirada de advertencia a Mathias—. Solo queremos oír tu versión.

—Eso es —asintió Hayes.

—Lo que sea —masculló Mathias, cruzándose de brazos y recostándose contra el respaldo del sofá. Se quedó mirando fijamente la pared con la mandíbula apretada.

Ezra sacudió la cabeza y su negro cabello, demasiado largo, volvió a caerle sobre los ojos.

—Solo queríamos decirte que todos nosotros creíamos que debía decírtelo.

—¿Qué? —Me enderecé al oírlo. No me esperaba aquello.

—Nos caes bien —intervino Hayes—. Eres una buena chica y creíamos que no era justo que él te ocultara la verdad.

—Pero —le cortó Ezra—, también entendíamos por qué lo hacía.

—Creo que todos nosotros estamos de acuerdo en que mola saber que

alguien te quiere por quien eres en realidad. No es que seamos estrellas de rock o que tengamos cuentas millonarias en el banco. —Hayes se encogió de hombros—. Pero hasta cierto punto lo entendíamos. Pero también creíamos que debería de habértelo dicho antes. Tú no eres como las otras chicas, eso era obvio para todos —Hayes abarcó a los otros tres con un movimiento de la mano—, y pensábamos que, si no estabas de acuerdo con su vida, tendría que dejarte ir.

Oh, Dios. Estaba a punto de volver a llorar. Imaginar mi verano sin Maddox y todas nuestras aventuras me rompía el corazón. Por muy herida que estuviera, nunca renunciaría a aquellos momentos.

—Sinceramente —Mathias suspiró y su expresión se suavizó—, lo he discutido varias veces con él. No deberías haberte enterado de la forma en que lo hiciste. Ya hubiese sido un palazo saberlo por él, pero que te enteraras por una revista... —Mathias se estremeció—. Yo también me sentiría traicionado. —Sus ojos se oscurecieron y gruñó—: Pero es mi hermano y sé lo afectado que está, y lo mucho que te echa de menos. Puede que yo no crea en el amor, pero él sí, y te quiere. Maddox no deja que cualquiera se le acerque, recuérdalo. —Se puso en pie, mirando a su alrededor por un momento—. Estaré en el coche, por si me necesitáis.

La puerta principal se cerró tras él. Y ya solo quedaban dos.

Miré a los chicos que seguían frente a mí.

—No sé qué se supone que debo hacer —se me quebró la voz. Últimamente me pasaba mucho de tanto llorar.

Ezra se encogió de hombros.

—Todo cuanto tengo que decir es que si vuelves con él, creo que es bastante seguro que no vuelva a cagarla así. Está muy hecho polvo... se odia a sí mismo por no habértelo dicho antes. Sabe que se equivocó, Emma. No trata de negarlo.

Ezra se puso en pie y yo le imité, con Apúa contra mi pecho. Me sorprendió cuando Ezra me abrazó. Era algo más bajo que Maddox, y más delgado.

—De verdad que lo siento —susurró. Y se fue.

Y solo quedó uno.

Hayes se puso en pie, sonriendo como un crío. Se inclinó sobre mí y me fijé en que su rubio cabello corto estaba casi rapado en las sienes.

—Ven aquí —abrió los brazos y le abracé también.

Cuando se separó no se fue directamente hacia la puerta, sino que se

quedó allí, de pie, mirándome con atención.

—Dentro de tres días salimos para Los Ángeles y no sé cuándo volveremos. No te lo querían decir para no añadirte presión, pero yo creo que mereces sábelo.

Asentí, tragando el nudo de mi garganta.

—Gra-gracias por decírmelo.

—De nada —asintió. Salió al porche y pilló la contrapuerta antes de que se cerrara. Le contemplé mientras luchaba contra las lágrimas—. Somos una familia, Emma, y pase lo que pase, tú siempre formarás parte de ella, ¿vale?

Asentí.

—Adiós —susurré.

—Nos vemos, Emma.

Parecía bastante convencido de ello, pero yo no estaba tan segura. Ya no estaba segura de nada.

26

Me senté en el escalón del porche contemplando el vuelo de un avión sobre mi cabeza. Me pregunté, una vez más, si Maddox iría en aquel avión, volando hacia Los Ángeles para vivir su sueño mientras yo me quedaba atrás, atormentándome por las decisiones que había tomado.

Tras la visita de los chicos esperaba que Maddox volviera de nuevo.

No lo hizo.

Tampoco vino al día siguiente, ni al otro. Y hoy sabía que viajaba a Los Ángeles.

«No fui con él.» Aquel pensamiento rompía mi ya maltrecho corazón.

«No fui con él porque soy egoísta y rencorosa.»

«Le he dejado marchar.»

Quería creer que nuestro amor era lo bastante fuerte para resistir cualquier tormenta, pero esta la habíamos creado nosotros mismos. Él había mentido y yo no fui capaz de perdonarle. Pero, oh, Dios, lo añoraba más de lo que jamás creí que pudiese añorar a alguien. Sentía que me ahogaba en su ausencia, como si me estuvieran sacando lentamente todo el aire del cuerpo.

No había tenido aquel tipo de reacción cuando mi padre nos dejó.

La respuesta parecía muy obvia: «Ve con él».

Pero ahora él se había ido y ya era demasiado tarde. Había dejado que las cosas llegaran demasiado lejos y había perdido el control.

Sí, podía coger el teléfono y llamarle, pero después de toda una semana viviendo así, hacer eso no me parecía suficiente. Además, había una vocecita en mi cabeza que me decía que él merecía algo más que yo. Una modelo, o una actriz. No una chica que vivía inmersa en libros y música clásica. Yo no era *nadie* y él merecía a *alguien*.

«Pero él te quiere a ti», dijo otra voz. Yo quería creerla, pero resultaba difícil. Éramos muy jóvenes y Maddox era famoso, por mucho que me costara hasta pronunciar la palabra, así que lo teníamos todo en contra.

«Merece la pena arriesgarse por algunas cosas.»

¿Maddox valía la pena?

Sí. Definitivamente, sí.

Oh, Dios.

Un grito surgió de mi garganta y entré corriendo en casa antes de que algún vecino creyera que había algún animal moribundo... porque justo era así como me sentía.

—¿Emmie? —me llamó mi madre desde la cocina mientras yo corría de vuelta al dormitorio. Oí sus pies resonando sobre el suelo mientras se precipitaba tras de mí.

Me derrumbé bocabajo en la cama, sollozando como una histérica.

—¿Pero qué he hecho? —murmuré, aunque es probable que sanara rollo “peroquecho” porque mi madre me respondió con un:

—¿Qué has dicho?

Rodé sobre mi espalda y la miré con la cara bañada en lágrimas.

—¿Qué he hecho? —me atraganté—. He tirado a la basura lo mejor que me ha pasado en la vida, y todo porque estaba enfadada. —Lloré, y me temblaba el labio inferior—. Me siento como papá.

—Oh, cariño —me abrazó—, no te pareces en nada a tu padre.

—He abandonado a Maddox —murmuré.

Ella me besó en la coronilla.

—Tú no le has abandonado. Estabas afectada y herida, así que hiciste lo único que podías para protegerte, y eso era alejarte. No hay nada de malo en ello.

—Lo echo tanto de menos, mamá —lloré—. Lo he fastidiado todo y ahora él se ha ido.

—Sssh —susurró—, eso no es verdad.

Sacudí la cabeza y me sequé las lágrimas.

—Hoy se han ido a Los Ángeles, y Hayes no sabe cuándo volverán. Se ha acabado.

Mi madre me cogió por los hombros, obligándome a mirarla.

—Nada se acaba hasta que te rindes. ¿Te estás rindiendo?

—No quiero hacerlo —contesté con sinceridad—. Quiero luchar por él.

La cara de mi madre se iluminó con una sonrisa.

—Esta es mi Emmie. La había echado de menos.

—Mamáaaa —gemí mirando hacia otro lado.

—Ahora solo tenemos que pensar en cómo enviarte a los Ángeles —dijo emocionada.

Yo estaba segura de que iba a decirme que había sido una idiota por apartar a Maddox de mi vida, pero ella sabía que debía llegar a aquella conclusión por mí misma. Sí, estaba herida y él me había mentado. Sí, sabía

que sería duro salir con una estrella del rock. Pero también sabía que Maddox valía la pena, y aquello era lo único que me impedía venirme abajo.

—Pero los vuelos son caros —murmuré.

Mi madre me fulminó con la mirada.

—No te hagas la tonta conmigo. Las dos sabemos que quieres hacer esto en persona y que ese chico merece algo más que una llamada telefónica. —Apartó la vista con el ceño fruncido—. Creo que nunca he visto a nadie con una expresión tan devastada como la suya. —Abrí la boca para decirle que yo también me había sentido así, pero ella me cortó—. Él estaba incluso peor que tú, así que no empieces.

—Te gusta —me reí.

—Es un buen chico y puedo ver que te quiere —dijo con una sonrisa—. Y eso es cuanto siempre he deseado para ti, Emma, que seas feliz y que tengas a alguien que te ame tanto como mereces. Nunca he querido que te pasara lo que a mí. —Me dio unos golpecitos en la rodilla y se puso en pie—. Voy a ver si puedo comprarte un billete de avión.

—No, mamá. —Sacudí la cabeza. Alcé una mano cuando intentó replicar—. No —dije con firmeza—. Quiero hacerlo yo misma. Puedo ocuparme de esto. Es mi desastre y lo voy a arreglar.

Ella sonrió.

—Estoy tan orgullosa de ti, Emma...

—No creo que haya gran cosa de lo que sentirse orgullosa —resoplé.

—Eso es porque tú no ves lo que yo veo.

Desapareció pasillo abajo y yo cogí mi móvil. Nunca antes había marcado aquel número, pero sabía que él era mi única esperanza.

—Aquí Mathias —contestó justo en el último tono.

—Necesito un favor —susurré como si Maddox pudiera oírme a través del teléfono.

Oí algo de ruido y después el sonido de una puerta al cerrarse.

—Te escucho.

—Necesito un billete de avión para Los Ángeles. Te devolveré el dinero, lo juro.

Mathias no solía sonreír muy a menudo, y aunque no podía verle, estaba segura de que aquella lo hacía.

—Mándame toda tu información y tendrás el billete en una hora. Un chófer te recogerá.

—Gracias —suspiré, aliviada. Me había aterrorizado la idea de haber

esperado demasiado, que Mathias no me quisiera ayudar—. También necesitaré que alguien me recoja al llegar allí.

—Me ocuparé de todo —me aseguró—. Solo asegúrate de llegar.

—Lo haré —asentí.

—Y... ¿Emma?

—¿Sí? —titubeé.

—Si le vuelves a romper el corazón no seré tan majo.

—Entendido.

—Y como en el fondo no soy un bastardo injusto, si él vuelve a herirte yo le daré un buen puñetazo de tu parte. Nada de volver a arrojar proyectiles mortales, ¿vale?

Me reí.

—Trato hecho.

—Nos vemos pronto —y colgó.

—Nos vemos —susurré al aire mientras una sonrisa me transformaba la cara. Iba a recuperar a Maddox.

«¿Pero y si ya no te quiere?»

Si no me quería, entonces tendría que vivir con mis decisiones... aunque eso me matara.

—Joder —exclamó Sadie mirando fijamente la limusina. El conductor me abrió la puerta para que entrara, pero Sadie se me adelantó y se lanzó al interior—. ¡Emma! ¡Hay luces como estrellas en el techo! ¡Es lo más guay del mundo!

Metí la cabeza por la puerta.

—Te he llamado para poder despedirme de ti, no para que babearas sobre la limusina.

Por desgracia, Mathias no había sido capaz de encontrar un billete para el día anterior, así que volaba de mañana.

—Vale, lo siento. —Sadie frunció el ceño, deslizándose por el asiento para salir—. ¿Volverás antes de que empiecen las clases? —preguntó.

Era sábado por la mañana y el instituto comenzaría el martes.

—Por supuesto —contesté.

Ella asintió y me dio un fuerte abrazo.

—Ve a por tu hombre —dijo, y me dio una palmada en el culo mientras

se apartaba.

—¡Sadie! —chillé.

Ella simplemente se echó a reír y se alejó de la limusina alzando ambos pulgares.

Mi madre se me acercó y la abracé durante todo el tiempo que pude. No quería soltarla, porque aquel momento parecía simbólico. Era la primera vez que dejaba a mi madre para viajar sola, y en cuestión de meses acabaría el instituto y comenzaría una nueva vida.

—No te metas en problemas —me advirtió—. No pienso sacarte de la cárcel.

Me reí entre dientes. Si ella supiera...

—Te veré en unos días —le dije.

—Te echaré de menos. —Las lágrimas asomaron a sus ojos y me pregunté si estaría pensando lo mismo que yo, que algún día me iría de casa para siempre.

—Te quiero, mamá —sonreí, entrando en la limusina—. ¡No me añores demasiado! —le grité a Sadie, que estaba ya junto a su coche.

—Baaah, ¿añorarte? ¡Nunca! —y soltó una carcajada.

Le hice un gesto con la cabeza al conductor y este cerró la puerta. Me recosté en el asiento y cerré los ojos.

Estaba a punto de coger un avión, y eso que nunca antes había volado, para cruzar el país por un chico.

Si alguien me lo hubiese dicho tres meses antes, nunca le hubiese creído.

El destino es realmente impredecible, ¿verdad?

Atravesé las puertas del aeropuerto buscando a Mathias. Una mano se elevó en el aire, y al mirar en su dirección sonreí al reconocerle. Atravesé la multitud con mi maleta traqueteando detrás de mí.

Él estaba apoyado en un brillante Cadillac Escalade negro, con una gorra de béisbol azul en la cabeza pero con la visera hacia atrás. Vestía unos sencillos pantalones de deporte y una camiseta.

—Anda, dame eso —y cogió mi maleta para meterla en el portaequipaje.

Subimos al Escalade, y al volante del coche estaba...

—¿Es un guardaespaldas?

—No, este es mi novio, Hank —soltó Mathias.

El enorme hombre de color se echó a reír.

—Ya te gustaría, chaval.

—Me asombra que te haya dejado salir del coche —murmuré mirando por la ventana, fijándome en las palmeras y en el cielo azul.

—Hank y yo tenemos un acuerdo: él me deja hacer lo que me dé la gana...

—Dentro de lo razonable —intervino Hank.

—...Y yo pago sus facturas. Además, mantiene a los acosadores lejos, lo cual está bien —Mathias se encogió de hombros—. Una tía intentó cortarle un mechón de pelo a Ezra. Hay mucho psicópata por ahí suelto.

—Uh... eso... da miedo.

—¿Estás segura de poder aguantarlo? —Sus ojos brillaron ante el reto.

Me cuadré de hombros, devolviéndole la mirada.

—Lo estoy. —Sabía que tendría que hacer grandes ajustes en mi vida, sobre todo teniendo en cuenta que aún iba al instituto, pero no dudaba ni por un momento que por Maddox valía la pena el sacrificio.

Al estar sin él me había dado cuenta de lo grande que era mi amor. No iba a desaparecer, nunca, y yo lucharía por nuestro felices para siempre. Me negaba a creer que pudiera vivir sin él. Sabía que tendríamos altibajos, por no hablar de las sorpresas que podía depararnos el futuro, pero todo valía la pena.

—¿Dónde está? —pregunté con los ojos muy abiertos al ver el océano Pacífico.

—Sesión de fotos —contestó Maddox—. Que es donde se supone que tendría que estar yo.

—¿Así vestido? —Observé su ropa deportiva.

—Eh, que me he duchado. —Me señaló con un dedo—. Además, en la sesión tienen todo el vestuario.

Me comenzaron a temblar las manos de los nervios y me mordisqueé el labio inferior.

—Eh —dijo Mathias, cubriendo mis manos con la suya. Me volví a mirarle y me sorprendí al ver compasión en su firme mirada—, todo va a ir bien, confía en mí.

Puede que sonara raro confiar en el amenazante, temperamental y sarcástico Mathias, pero yo lo hacía.

—De acuerdo —asentí.

Aunque le creía, eso no mitigó mis nervios. Las últimas ocasiones en las que había visto a Maddox me había mostrado menos que amistosa. Le había evitado y le había gritado. Había sido, en definitiva, una auténtica zorra.

Si yo fuera él, no me perdonaría tan fácilmente.

Pero supongo que los dos nos habíamos equivocado, él al mentirme y yo por no escucharle.

Aunque estaba segura de que podríamos superarlo. Él había tratado de llegar hasta mí y yo le había hecho el vacío.

Ahora era mi turno de arreglar las cosas.

—Hemos llegado —dijo Hank deteniendo el Escalade.

Eché un vistazo al edificio cuadrado y gris. No parecía un buen sitio para una sesión de fotos, pero yo no tenía mucha idea del tema.

Mathias y yo bajamos del vehículo. Él se sacó un cordón del bolsillo, con una especie de tarjeta identificativa colgando.

—Vamos. —Me puso una mano en la espalda, guiándome hacia delante. Hank iba detrás, como un protector silencioso.

Me guio a través de un sinuoso pasillo y bajamos una escalera. Finalmente se detuvo ante otra puerta.

—¿Lista?

—Totalmente —y me froté las manos.

Él abrió la puerta y me indicó con la cabeza que entrara. Podía oír los disparos de una cámara y vi destellos de flash. Esperaba no meterme en líos por aquello.

—Vamos —me urgió Mathias.

Asentí y di dos pasos más. Él me siguió y se fue hacia la izquierda. Yo empecé a seguirle, pero él me detuvo con una mano. Señaló por encima de su hombro, hacia donde Ezra y Hayes esperaban en un sillón. Cuando me vieron empezaron a sonreír de oreja a oreja. Ezra alzó un pulgar y Hayes me lanzó una sonrisa llena de ánimo.

—Por ahí —siseó Mathias, mandándome en la otra dirección, que estaba bloqueada por algún tipo de sábana blanca.

Di la espalda a los chicos y di un paso hacia delante, luego otro.

Y entonces, ahí estaba él.

Al principio no me vio, porque estaba escuchando las instrucciones del fotógrafo. Lo observé durante un momento, reparando en la facilidad con la que parecía posar con sus baquetas al hombro. Había estado mirando hacia el otro lado cuando entré, pero entonces volvió la cabeza y abrió la boca, sorprendido.

—¿Emma?

Dijo mi nombre titubeando, como si tuviera miedo de que yo fuera un fantasma conjurado por su imaginación y pudiera desaparecer para siempre con una sola palabra.

—Hola —le saludé débilmente. Me había quedado petrificada, mis pies se negaban a avanzar.

El fotógrafo miró por encima de su hombro y, al verme, frunció el ceño confuso.

—¿Puedes darnos un momento? —le preguntó al hombre.

Este murmuró algo ininteligible, aunque con un tono algo borde, y salió de la habitación con su cámara a cuestas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, metiéndose las baquetas en el bolsillo trasero.

—Yo he-he venido a verte —susurré, temiendo acortar el espacio entre nosotros por miedo a su rechazo.

—¿A verme? —Se señaló el pecho—. ¿Por qué? Tenía la impresión de que no querías volver a verme jamás.

Miró hacia otro lado por un momento, intentando ocultarme la tristeza de sus ojos.

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Estaba confusa y herida. No debería de haber sido la última en enterarme, Maddox. Tú deberías habérmelo contado. En cambio, me hiciste sentir como si yo fuera una parte insignificante de tu vida y no mereciera conocer la verdad.

—Nunca fue así. —Se encogió de dolor—. No fue mi intención ocultarte la verdad, simplemente ocurrió. Me gustaba pasar el tiempo con alguien que solo quería estar conmigo por ser yo. Cuanto más tiempo pasaba más difícil se me hacía encontrar la forma de explicártelo. Lo siento, pero no me arrepiento, ni por un minuto. No cambiaría ni uno solo de los momentos que pasé contigo por nada del mundo —dio un paso hacia mí—. Y tienes razón, no tendrías que haber sido la última en enterarte de lo mío... no cuando el mundo entero ya sabe quién soy —sonrió.

—No te pongas chulito —dije entrecerrando los ojos.

Él se rio entre dientes y dio un paso más.

—¿Pero sabes qué, Emma? —Otro paso.

—¿Qué? —pregunté, con la vista fija en sus caderas.

Otro paso.

Y otro.

Y de pronto sus deportivas estaban pegadas a mis botas. Alzó una mano para acariciarme la mejilla. Se inclinó hacia mí, rozando mi oreja con sus labios.

—En realidad no has sido la última en enterarte, porque eres la única chica que me conoce como realmente soy, y eres la única a la que voy a amar para siempre.

Se separó, cogiendo uno de mis rizos entre sus dedos.

—¿Me perdonas? —suplicó con una mirada sincera.

Las lágrimas acudieron a mis ojos.

—Ya lo he hecho.

Él sonrió ante mis palabras.

—¿Significa eso que ya puedo besarte?

—¿Desde cuándo tienes que preguntar? —me reí.

—Cierto —dijo, tomando mi cara entre sus manos.

Su boca cayó sobre la mía al tiempo que me envolvía en sus brazos.

Oí a los chicos lanzar gritos de júbilo, haciéndome sonreír contra los labios de Maddox.

—Bienvenida a casa, Em —susurró, enredando sus dedos entre mi pelo.

Sonreí, y todo mi cuerpo cantó de felicidad.

Él tenía razón.

Ahí estaba mi hogar.

Justo entre sus brazos.

Epílogo

Ocho meses después

—Esto es absurdo —gruñí—. Ni siquiera quiero ir —protesté, gimiendo de dolor cuando Sadie tropezó con un enredo en mi pelo.

—Cállate, es el baile de graduación. Vas a ir, incluso Maddox ha insistido. —Trenzó algunos mechones reuniéndolos luego en un moño.

—No sé qué importa aquí la opinión de Maddox. Está en Los Ángeles, así que no tiene ni voz ni voto en si voy o no. Esto es cosa mía —insistí, mirando el vestido que colgaba detrás de mi puerta. Al menos el vestido no estaba mal.

Lo había encontrado en una salida que había hecho con Sadie y nuestras madres. Tenía tirantes muy finos, y un escote profundo en forma de V, aunque por suerte acababa antes de resultar demasiado revelador. El top era de un suave color melocotón que degradaba hacia la falda en azul y púrpura. Se ceñía a la cintura y luego se abría cayendo hasta el suelo. No era uno de esos enormes vestidos de baile ni nada demasiado llamativo. Era sencillo y bonito.

—Es nuestro baile de graduación, y he rechazado una cita como favor especial a tu novio, para que podamos ir como amigas. Así que jódete, princesa —y me puso una diadema con flores en la cabeza.

—Pero todo el mundo me mirará —murmuré, bajando la vista a mi regazo.

El año escolar había sido raro, por decirlo suavemente. Todo el mundo sabía que estaba saliendo con Maddox, así que había pasado de ser una don nadie a convertirme en la chica más popular del instituto en cuestión de segundos. Todo el mundo quería ser mi mejor amigo con la esperanza de conocer a los chicos de Willow Creek. Resultaba hasta molesto lo lejos que podía llegar la gente para intentar acercarse a ellos. Por suerte yo tenía a Sadie, que mantenía a los más locos alejados gracias a su bote de pimienta y estampado de leopardo. Era una buena compañera, aunque en realidad podría decirse que ella era una superheroína y yo su ayudante, cosa que ya me parecía bien.

Sadie acabó de pelearse con mi cabello y dio un paso atrás.

—Pelo y maquillaje, hechos. —Dio una palmada—. Ahora, a vestirse para que pueda ver el resultado final.

—Sí, mi ama —me cuadré. Descolgué el vestido de mi puerta.

Ella ya se había puesto el suyo, un precioso vestido en rosa pálido con detalles plateados. En contraste con su piel bronceada y su cabello castaño, la combinación resultaba asombrosa.

Me vestí y me giré para estudiar mi reflejo en el espejo.

—¿Qué te parece? —Me volví hacia Sadie para que pudiera verme de frente.

—Si fuera lesbiana saldría contigo pero ya.

—Gracias —y puse los ojos en blanco.

—Eh, ese es el mayor de los cumplidos. No hay muchas chicas por las que me cambiaría de acera.

—Mejor déjalo ya —le dijo, aguantando la risa.

Sadie comprobó su móvil.

—Será mejor que nos vayamos ya.

—¿No se supone que deberíamos llegar elegantemente tarde? —dije, repitiendo sus palabras de antes.

—Emma —me miró—, ya llegamos elegantemente tarde. El baile empezó hace una hora.

—Ooooh. —Fruncí el ceño—. No lo sabía.

—Obviamente —se rio.

La seguí hasta la sala de estar, donde mi madre y sus padres nos esperaban. Tras tomarnos todas las fotos del mundo, llegó el momento de marchar. Habíamos planeado llevar el coche de Sadie, pero cuando abrimos la puerta había una limusina aparcada en la calle.

—Maddox —sonreí, suspirando con ojos soñadores.

Sadie gimió.

—Odio cuando pones esa cara de tonta.

—Solo estás celosa porque no estás enamorada.

—Cierto. —Se encogió de hombros—. Espero estarlo, algún día.

—Y sucederá —le aseguré.

—Señorita Burke —llamó el conductor, abriendo la puerta.

Sadie y yo nos dimos toda la prisa que nos permitían los tacones.

Una pequeña parte de mí esperaba encontrar a Maddox dentro de la limusina, pero, por supuesto, estaba vacía. Habíamos hablado por

videoconferencia aquel mismo día y había sido genial verle. Odiaba que estuviera tan lejos, en Los Ángeles. Había volado hasta allí en Navidad, cosa que mi madre había aceptado porque Karen y Paul estaban allí, y mientras estuve en Los Ángeles, Maddox me había llevado al estudio de grabación para que pudiéramos grabar un dueto. Era uno de los mejores recuerdos que tenía del viaje. Y gracias a Maddox ya no me asustaba lo que el futuro pudiera depararme tras la graduación. Sabía lo que quería hacer, y eso era escribir canciones. Ya no sentía aquel miedo paralizador cuando intentaba ver mi futuro. En su lugar, Me sentía en paz.

El viaje hasta el hotel donde se celebraba el baile fue corto y comencé a ponerme nerviosa de nuevo. Odiaba que la gente me mirara, pero sabía que iban a hacerlo. Era lo mismo que experimentaba cada día en los pasillos del instituto.

—Hora del espectáculo —dijo Sadie, subiendo los escalones del hotel grácilmente mientras yo la seguía como si llevara una bola de veinte kilos encadenada al tobillo.

Entramos en el salón de baile, donde un tema *techno* sonaba muy pero que muy alto de fondo. Luces azules latían por toda la pista, dándole a la sala un aire de club nocturno.

Observé la forma de bailar de algunos de nuestros compañeros de clase y arrugué la nariz con disgusto. Esto... como que no.

—Venga, vamos a bailar —Sadie me arrastró hasta la pista de baile junto a nuestros compañeros. Algunos ojos se volvieron hacia mí, pero sorprendentemente la mayoría parecían ajenos a mi presencia. Supuse que aquella noche tenían la cabeza en otra cosa, gracias a Dios.

Entre el bailar y el calor de los cuerpos hacinados no tardé mucho en tener la piel cubierta por una fina capa de sudor.

—Voy a por un poco de agua —dijo Sadie apartándose de mí—. ¿Tú quieres? —preguntó, pero estaba mirando por encima de mi hombro. Me volví a ver qué miraba, pero solo vi a mis compañeros de clase.

—Sí, tráeme agua —le dije, pero cuando volví a mirarla ya se había ido, abandonándome.

Genial.

Empecé a salir de la pista, pero me detuve en cuanto una canción familiar comenzó a sonar por los altavoces.

Una canción que, por lo que yo sabía, aún no había salido al público.

Giré sobre mis talones, intentando encontrar al DJ para preguntarle

cómo le había puesto las manos encima a *mi* canción, pero en vez de eso colisioné con un torso muy sólido.

—Cuidado, Em, que te vas a partir las cervicales.

El corazón se me paró y cerré los ojos, temerosa de creer que fuera realmente él.

—Estoy aquí —susurró, sus dedos acariciando la curva de mi cuello y bajando por mi brazo—. Ya puedes abrir los ojos.

Lo hice y me encontré con su plateada mirada.

—¿Có-Como? —tartamudeé—. ¿Pero esta mañana no estabas en Los Ángeles?

—¿Realmente creíste que te iba a dejar ir a tu baile de graduación sin mí como tu cita? —preguntó, alzando una ceja castaña. Noté que en vez de un esmoquin llevaba una impecable camisa blanca de vestir, pajarita y pantalones negros. Estaba segura de que, si miraba, también encontraría sus baquetas en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Bueno... sí —contesté por fin.

—Oh, Em —sonrió, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué siempre dudas de mí?

Le miré fijamente.

—Claro —se rio.

—¿Y la canción? —pregunté, alzando una mano al aire como si pudiera tocar las notas y nuestras palabras.

Él sonrió.

—El sello discográfico ha aceptado incluirla en el álbum como *bonus track*.

—¿Hablas en serio? —exclamé, con los ojos abiertos como platos.

—No bromearía con algo así, Em.

Solté un chillido emocionado y le eché los brazos al cuello, estrechándole con fuerza.

—Cuidado —dijo, separándose de mí—. Casi aplastas a Sonic.

Me quedé boquiabierta.

—¿Has traído a tu erizo a mi baile de graduación?

—Por supuesto. Sonic también se merece un baile —sonrió poniéndose el erizo en el hombro—. Mira, incluso le he tejido una pajarita —y señaló la cinta que rodeaba el cuerpo del erizo.

Me dio un ataque de risa. Maddox simplemente sonrió ante mi diversión. Creo que su único objetivo era hacerme reír tantas veces como

fuera posible a lo largo del día.

—¿Me concedes este baile? —preguntó, tendiéndome la mano.

Yo miré al erizo y luego a sus ojos plateados.

—Sí, este y todos los demás.

Su sonrisa resultaba casi cegadora cuando me rodeó la cintura con el brazo y me estrechó contra su cuerpo. Bailamos al son de la música, de nuestra música, y sonreí al imaginar todas las aventuras que aún estaban por llegar.

Fin

Contenido extra

Entrevistador: Es un placer estar hoy aquí con vosotros. Vuestra canción, “El único” está subiendo hacia los primeros puestos de las listas. Mucha gente no sabía que podías cantar, Maddox. ¿Hay algo que no nos estés contando? ¿Alguna otra habilidad oculta?

Maddox: Soy muy habilidoso besando. Como el mejor del mundo.

Emma: Cállate.

Maddox: ¿Qué? ¿No estás de acuerdo? Pues siempre pareces bastante impresionada con mis habilidades. A ver, no es que me lo haya montado conmigo mismo para comprobarlo, pero tú siempre haces esos ruiditos...

Emma: Te odio.

Maddox: Eso no fue lo que me dijiste anoche. Estoy bastante seguro de que me dijiste que me amabas y que soy un dios.

Emma: Me voy. Puedes acabar esta entrevista tú solo.

Maddox: Aaah, no te vayas, Em.

Entrevistador: (aclarándose la garganta) ¿Nos podéis contar de dónde sacasteis la idea para “El único”?

Maddox: Creo que es bastante obvio. Ella es la única para mí y yo el único para ella. Caso cerrado.

Entrevistador: ¿Tenéis planes de boda para el futuro?

Emma: Esto... no. Solo tengo diecinueve años. No habrá ninguna boda por un largo tiempo.

Maddox: ¿No quieres casarte conmigo, Em?

Emma: Algún día.

Maddox: Con eso me basta.

Entrevistador: Parece que nos hemos quedado sin tiempo. Felicidades por el éxito de “El único” y por todo el álbum debut.

Maddox: Gracias, tío. (Volviéndose hacia Emma.) Creo que necesito demostrarte lo increíble que soy besando.

Emma: Oh, Dios. Tienes esa mirada que dice que estoy en peligro.

Maddox: (risas) Oh, ya lo creo que estás en peligro.

Emma: (gritando y huyendo a todo correr de la sala)

Maddox: ¡Puedes correr, Em! ¡Pero siempre te atraparé!

La serie Willow Creek continua en...



Agradecimientos

Siempre he dicho que escribir los agradecimientos es la parte más difícil de cualquier libro. Siempre temo olvidar a alguien... o decir siempre las mismas cosas.

La última en enterarse es una historia que he querido escribir desde hace dos años, pero nunca era el momento. Pues bien, Maddox y Emma me hicieron saber que este era el momento de que su libro viera la luz. Me ha encantado compartir sus aventuras, sus altibajos, y espero que a vosotros también.

Este libro no habría sido posible sin la ayuda de mis betas. Haley, Stefanie, Becca y Kendall, me alegro de teneros a mi lado para decirme cuándo las cosas no funcionan... o cuándo algo está bien. Gracias por adorar esta historia tanto como yo y por darle la forma que ahora tiene.

¡Abuelita! Gracias por estar siempre ahí para mí, soportando mis locuras. Eres una entre un millón. Pero ahora, en serio, deja de leer mis “sucios” libros. ¡Ja!

Mamá y papá, muchísimas gracias por apoyar mis sueños. Sé que no lo digo muy a menudo, pero significa mucho para mí teneros de mi parte y saber que os he hecho sentir orgullosos.

Regina Bartley, sin ti y sin todos los maratones nocturnos de escritura este libro podría no haberse escrito. Me encanta que siempre coincidamos trabajando en nuestros libros, así podemos animarnos la una a la otra. Gracias por estar ahí siempre para hablar cuando más desesperada estoy, para ayudarme con las escenas o simplemente para charlar de cualquier cosa.

Regina Wamba, diosa del diseño de cubiertas, gracias por crear la portada perfecta para esta historia. Es dulce y sencilla y tiene ese aire a portada de revista que yo quería. Además, ¡ERIZOS! Gracias por no creer que estaba loca cuando los pedí... o quizá lo pensaste y no dijiste nada...

Eric y Lailah, gracias, muchísimas, muchísimas gracias por dar vida a Maddox y Emma. No puedo imaginar esta portada sin vosotros dos. Es exactamente lo que quería y creo que habéis sabido transmitir el amor desenfadado y algo loco que viven Maddox y Emma sin casi ni esforzaros. ¡Ja, ja!



©Micaela Smeltzer

De la traducción ©Sandra De Lamo

Red Apple Ediciones 2018
www.redappleediciones.com

-
- [1] *Marigold* significa margarita. (N. de la T.)
- [2] *Five Guys*: cadena de hamburgueserías también presente en España.
- [3] *Moon* significa “luna” y *rain*, “lluvia”, de ahí las bromas de Maddox.
- [4] Marca de una especie de granizados cremosos de diferentes colores muy populares en EE. UU. (N. de la T.)